

LA MAGIA DE TU MÚSICA

Serie Galway_Snowhill_02

ELENA DE LA CRUZ

LA MAGIA DE TU MÚSICA

(Serie Galway_Snowhill_02)

Elena de la Cruz

*Un pintor pinta su arte sobre el papel, los
músicos lo pintan sobre el silencio.*

PRÓLOGO

PARTE PRIMERA —POR UNA NOCHE LOCA

PARTE SEGUNDA —LAS OPCIONES Y EL DESTINO

PARTE TERCERA —LOS MESES ETERNOS

PARTE CUARTA —UNA NUEVA LUZ

PARTE QUINTA —MÚSICA EN LONDRES

PARTE SEXTA —SNOWSHILL, MI REFUGIO

EPILOGO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

—¡Oriol! ¡Vamos! —el grito de Arnau me recuerda que he quedado a la salida del instituto con mis amigos y que hemos de ir a mi casa a celebrar mi cumpleaños. Hoy hago dieciséis y ya me siento muy adulto. Además, mis padres y mi hermano, no están esta noche y la fiesta será sonada.

—¡Voy! —vuelvo a mirar a Xenia que me sonrío.

—¡Venga, vete! Te están esperando —me da un pequeño empujón en el hombro.

—¿Por qué no quieres venir a celebrar mi cumpleaños a mi casa? —insisto de nuevo —mi madre nos ha dejado hecho un pastel de chocolate y sé que te encanta ¡venga, ven con nosotros!

—¡Ya sabes que no me van las fiestas, como la que has preparado! —Xenia se pone colorada enseguida —las chicas de la clase, llevan toda la tarde cuchicheando, decidiendo con quién se van a enrollar, pensando quién se va a vestir de forma más atrevida y yo no estoy cómoda en ese ambiente, ya me conoces. Ni siquiera me gusta el alcohol —se acerca y me besa en la mejilla— ¡Felicidades, otra vez! ¡Anda, vete!

Al final desisto, no la voy a convencer. Veo cómo se aleja, vestida con un jersey de rayas de colores, sus pantalones anchos y su trenza pelirroja balanceándose sobre su espalda. Me acerco a mis amigos, que me esperan.

—¿Ha habido suerte? —Xavi sonrío de medio lado, conociendo la respuesta.

—¡No! ¡Es dura de pelar! —me encojo de hombros.

—¡Bah! ¿Qué más da? Siempre ha sido un poco rarita. Vas a tener un montón de tías donde escoger.

—¡Ya lo sé! Pero ella es mi amiga. Hemos de ir a comprar la bebida, mi madre ya me ha dejado la nevera llena de comida y, desde luego... solo refrescos.

Nos pasamos la tarde organizando la fiesta, que resulta ser un éxito. La música suena a todo volumen y a pesar de ser un viernes por la noche, varios vecinos se quejan. Tenemos suerte de que no acaben llamando a la policía, supongo que por conocer a mis padres y apreciarlos, acaban soportando el jaleo. El alcohol y los porros han corrido toda la noche entre unos y otros, las

carcajadas y las voces en alto se escuchan toda la noche, las parejas enrollándose por los rincones se aíslan en sus burbujas, yo mismo he tenido un rato entretenido con una de las chicas de mi clase, que hace tiempo que me va detrás; hasta que pasadas unas horas, el ambiente empieza a decaer.

Estoy bastante mareado, cuando finalmente, casi todos se han ido. Hoy ha sido como un paréntesis, mis padres me han dejado montar esta fiesta con los amigos, con la condición de que mañana tendremos la celebración familiar y se han ido a un pequeño apartamento que tenemos en un pueblo de la costa.

Solo se quedan conmigo Arnau y Xavi, que pasarán la noche aquí. Cuando entro en mi habitación, con mis amigos siguiéndome, me encuentro un gran paquete con un lazo rojo y una nota. Le prometí a mi madre que no abriría mi regalo hasta el final de la fiesta y la verdad es que me había olvidado de él. Cojo el papel y empiezo a leer.

“Oriol, a pesar de que mañana celebraremos tu cumpleaños en familia, hemos querido dejarte tu regalo aquí, para que lo abras al final de tu fiesta especial. Sabemos que te gustará, ya que ha sido un tostón (no te ofendas, cariño), escucharte día tras día, pedir y suplicar por lo que contiene. Sabemos que vas a disfrutarlo y esperamos de todo corazón que no lo tengamos que sufrir nosotros. O sea que aprende a tocarla bien y a contener el volumen. Te queremos:

Papá y mamá”

Abro la gran caja, sabiendo lo que me voy a encontrar dentro. Quito el gran lazo, abro la enorme caja de cartón y la funda curvilínea del instrumento, me confirma lo que ya sé: ¡Una guitarra eléctrica! Es una Gibson, justo la que yo quería. Cierto que he sido insistente pidiéndola, pero ya la daba por perdida, nunca creí que mis padres cedieran. Miro alucinado a Arnau y Xavi y suelto una carcajada, mientras la miran con envidia.

—¡No me digáis que no es una pasada!

—Vamos por buen camino —dice Arnau —¡ahora ya tengo más argumentos para pedirles a mis padres un piano!

—¡Y yo una batería! —Xavi es un chiflado de la percusión en general, pero las baterías lo vuelven loco.

Me entretengo en conectarla al amplificador con efectos y como he practicado mucho últimamente con mi vieja guitarra, empiezo a tocar cerrando los ojos. Mis amigos me acompañan cantando una vieja canción, hasta que me

pongo a puntear y se quedan en silencio. Solo el sonido de mi guitarra, lo rompe y es justo entonces, cuando descubro la magia que esconde la música. Esa que siempre voy a amar.

PARTE PRIMERA— POR UNA NOCHE LOCA

ORIOLO

Un sonido insistente y machacón, me despierta. Hundo la cara en la almohada y mi estómago hace una pirueta, mientras una avalancha de recuerdos de la noche anterior, invaden mi memoria. Sería una bendición no acordarme de nada. El revés en mi estómago, no sé si es debido a todo el alcohol que ha tenido que asimilar mi cuerpo, o al tacto de la piel en mi mano, de la mujer que descansa a mi lado y que preferiría no tener que enfrentar. Un poco de amnesia, no me iría mal, ahora mismo. El sonido no cesa y consigo identificarlo con el timbre de la puerta. Adele abre los ojos y nos quedamos mirando en silencio. Me parece que se siente tan incómoda como yo. Aparto mi mano de su cadera, como empujado por un resorte.

—Voy a abrir, ponte algo encima —me sale una voz ronca, después de una noche de juerga.

—¡Oriol!, tenemos que hablar —el tono de Adele, no deja lugar a escaqueos.

No contesto, me incorporo, cojo mis tejanos del suelo y salgo a abrir la puerta.

—¿Qué hacéis aquí a estas horas? —Mi hermano y Xenia, me miran sonrientes.

—¡Vaya recibimiento! —Biel se acerca a darme una palmada en el hombro y me mira más de cerca— ¡Qué mala cara!

—Mejor no digas nada —solo pensar en la cagada monumental que se me ha ido de las manos, me pongo enfermo. Los hago pasar, cierro la puerta y me siento en el sofá bostezando y suplicando en silencio, que a Adele no se le ocurra salir de la habitación.

Antes de que les dé tiempo a abrir la boca y explicarme que narices hacen aquí a estas horas, oímos abrirse la puerta de mi habitación y Biel y Xenia se miran, conscientes de que no estoy solo y que me han pillado acompañado. Los tres miramos a la vez hacia el final del pasillo, para encontrarnos con la mirada perdida de una mujer, ojerosa y blanca como la pared, desnuda y solo envuelta con una sábana que le arrastra por los pies y un

pelo rubio platino inconfundible.

—¿Adele?! —Xenia y Biel la nombran al unísono y como respuesta solo se oye un gemido lastimero de Adele, que se lleva una mano a la cabeza.

—¡Joder! Creo que es mejor que os vayáis ahora —me sabe mal por ellos, pero no han llegado en buen momento.

—Xenia —la voz de Adele también suena algo ronca— ¿Te importa que nos veamos luego en la oficina? No me pillas en mi mejor momento.

Creo que Xenia se ha quedado muda y eso es muy raro en ella. Coge de la mano a Biel, lo que me aclara que seguramente han arreglado sus problemas y vuelven a estar juntos y se levantan del sofá para salir del piso.

—Hemos llegado en mal momento, ya hablaremos.

—¿Veníais por algo importante? —le pregunto a mi hermano.

—No te preocupes, puede esperar.

Se cierra la puerta a sus espaldas y me giro para quedarme mirando a Adele, sin acabarme de creer, que hemos pasado la noche juntos. Rememoro los pasos desde ayer por la noche y no soy capaz de detectar en qué momento tomamos la decisión de hacerlo. Estoy casi seguro que solo nos dejamos arrastrar por el alcohol y por... fue su voz; cuando ya habíamos bebido lo suficiente en la fiesta del grupo de médicos, que se encargó de organizar DreamWedding, pasaron al karaoke y en vez de irnos a casa, los asistentes nos animaron a cantar. Cuando Adele cogió el micrófono y su voz inundó el local con una canción de Amy Winehouse, se hizo el silencio. No era para menos. Nunca la había oído cantar y su voz me atravesó como una flecha. Me quedé hipnotizado, mientras cantaba con los ojos cerrados, muy para ella misma, de un modo muy íntimo. Como si de pronto estuviera mirando a otra persona, dejó de ser la Adele que conozco, para convertirse en alguien distinta. Su voz acariciante y melódica, enérgica y completamente afinada, clara y potente, llegó hasta mí, como un encantamiento y me atrapó con su magnetismo.

—¿No piensas decir nada? —de nuevo su voz me atraviesa, pero esta vez como el disparo de un arma de fuego.

—¿Qué quieres que diga? — la verdad es que no se qué espera, por lo que, simplemente, le voy a decir lo que pienso —Mira, Adele, los dos sabemos que ayer las cosas se nos fueron de las manos. Si no hubiéramos bebido tanto, lo más probable, es que cada uno hubiera despertado en su cama y no habría pasado nada. Solo espero, que ya que nuestra relación en la empresa, no es ninguna maravilla, podamos, al menos, volver a la normalidad. Como si no hubiera pasado nada ¿No crees? ¿O es que esperas que te pida

disculpas? Creo recordar que fue algo mutuo.

—¡No! Supongo que lo mejor es olvidarlo —me mira seria, medio enfurruñada y hace una mueca —Prefiero no intentar entender que locura nos entró. Haremos ver que no ha pasado nada y nos comportaremos en el trabajo como siempre. Además, creo que ni siquiera recuerdo demasiado bien lo que pasó. No debió ser memorable —siempre sabe por dónde atacar, la muy bruja.

—Entonces estamos igual. Yo tampoco lo recuerdo demasiado, solo tengo unas vagas imágenes, “jefa” —no le hace ninguna gracia que le llame así, por lo que suelo hacerlo.

Adele se dirige a la habitación de nuevo, arrastrando la sábana por el suelo y cierra de un portazo. Supongo que no soy bienvenido a entrar mientras se viste. Mientras estoy en la cocina haciendo café, salé con el vestido que llevaba ayer, arrugado, y al pasar por la puerta, solo hace un gesto con la mano y se despide escuetamente.

—Nos vemos más tarde. Xenia se incorpora hoy, o sea que tendremos reunión a primera hora para ponerla al día del trabajo pendiente. No llegues tarde.

—¡A sus ordenes! —le hago un saludo militar y antes de que cierre la puerta, oigo un “gilipollas” susurrado, pero no lo suficiente.

Me quedo sentado tomando café, mientras las imágenes de la noche anterior, me llegan nítidamente y cierro los ojos, para ver con toda claridad, su cuerpo desnudo. Ha sido toda una sorpresa, a parte de su hermosa voz, descubrir una piel suave como el satén, una figura concebida para el pecado y una boca tentadora.

Lo recuerdo todo, hasta el más ínfimo detalle. He preferido simular ante ella, que solo guardo trazos de nuestro encuentro, con la excusa del alcohol. Pero la verdad, es que no es cierto. Lo mejor es que vaya pensando en otra cosa, porque rememorar la pasada noche, no me va a llevar a ningún sitio. Cojo la guitarra y me dedico durante media hora a hacerla sonar, que es la mejor manera de no pensar en otras cosas, hasta que miro el reloj y no me queda otra que irme a trabajar.

ADELE

Llego a casa con el estómago revuelto y me encuentro a Evelyn leyendo en el sofá, a pesar de ser muy temprano aún. He pasado la noche fuera y ni siquiera la he avisado.

Evelyn es de Snowhill, un pueblo de la campiña inglesa, donde hemos sido vecinas y amigas durante muchos años, antes de que me trasladara a vivir a otro país. Nací y he vivido en Londres durante veinticinco años y los últimos diez en Barcelona, pero recuerdo con cariño los veranos en ese vecindario encantador. Evelyn se casó hace unos años y hace solo unos meses que se ha separado. Su marido la maltrataba y la última vez que la atacó, le rompió un brazo. Tras soportar mucho, decidió denunciarlo y consiguió separarse. Estaba hecha polvo y con la autoestima por los suelos, deprimida y encerrada en el pueblo sin salir para nada; trabajaba en la cafetería, pero después de varias trifulcas provocadas por ese malnacido, la echaron, para no tener problemas con él. Le da miedo encontrarse por ahí con su ex y casi vive recluida y encima, sin trabajo. La he convencido para venir conmigo aquí y darle trabajo en mi empresa de eventos. Necesitaba salir de allí y quiero que tenga una oportunidad de rehacer su vida. Hasta que no se normalice, vive conmigo.

—Hola Evelyn. Perdona que no te avisara ayer de que no vendría a dormir. Acabamos muy tarde de trabajar y...

—No has de darme explicaciones Adele, tú estás acostumbrada a vivir sola y has de hacer tu vida. No quiero que sientas en ningún momento que te coarto en tus cosas, ni que te preocupes por mí.

—Ya lo sé, pero te conozco y seguro que te estabas preguntando dónde me había metido.

—Bueno... he imaginado que si no dormías en tu cama, estarías en otra —me sonrío tímidamente y desvía la mirada.

—¡No me lo recuerdes! —me llevo la mano a los ojos y me siento a su lado —Evelyn, ¡he metido la pata hasta el fondo!

—¿Qué ha ocurrido? —noto como la preocupación la alerta rápidamente — ¿Alguien te ha hecho daño?

—¡No! Tranquila, no es eso —me quedo pensativa un momento y decido desahogarme un poco —he pasado la noche con Oriol —lo acabo de decir en

voz alta y no me lo acabo de creer.

—¿El cantante del grupo que vimos actuar en Berlín? ¿Ese que trabaja para tu empresa y que es el mejor amigo de Xenia?

—El mismo. Ahora dime que estoy loca.

—No creo que estés loca. Solo hay que mirarlo una vez, para darte cuenta de que tiene una pinta de... bueno, no sé cómo decirlo... que llama la atención.

—Puedes decirlo claro, cariño, no seas tan comedida. Está como un tren. Es un capullo engreído, la mayoría de las veces, pero está muy bueno. Es guapísimo, alto, tiene un cuerpo aún más imponente de lo que imaginaba y encima sabe lo que se hace. En la cama, quiero decir —oigo como Evelyn suelta una carcajada y la miro con curiosidad -¿Qué?

—Me río, porque lo que me has explicado de él, hasta ahora, han sido en su mayoría, peleas, desavenencias, piques... Según tus propias palabras, no pasa un día en el que no os echéis unas cuantas flores.

—¡Cierto! No sé exactamente qué ha pasado. Supongo que ha ayudado el exceso de alcohol, el ambiente... y la soledad. A veces me siento sola, Evelyn. Tengo una buena vida, una empresa propia, mucho trabajo, algunos amigos. Y a pesar de todo, echo de menos algunas cosas. Cosas, que desde luego, no voy a encontrar en Oriol. Ese ha sido el fallo. Que fuera él y no otro.

—Entonces lo mejor es que lo olvides y te lo tomes como una noche loca sin más ¿no crees?

—Espero que no pase de ser eso —lo que me reconcome desde que he despertado es otro posible problema, que ni siquiera me atrevo a pronunciar —pero hay algo que me preocupa y voy a solucionar ahora mismo.

—¿Qué es? ¿Puedo ayudarte?

—No, creo que ya lo he resuelto. Acabo de pasar por la farmacia antes de subir a casa. A comprar la pastilla del día después.

—¿Es posible un embarazo?

—Pues, sí. No tomo anticonceptivos desde hace más de un año. ¿Para qué? ¡Tampoco tenía sexo con nadie! ¡Lo único que hago últimamente, es trabajar!

—¿Te la has tomado?

—No, pero lo hago ahora mismo —me dirijo a la cocina y me trago la píldora con un vaso de agua —Bueno, voy a ducharme y vestirme y tu vete preparando que hoy te vienes conmigo. Ya tienes una mesa esperando para ti y hoy mismo formalizaremos el contrato.

Evelyn se levanta de un salto y se me tira al cuello. Es una mujer cariñosa y sensible. La abrazo con fuerza, pensando en cómo es posible que la bestia de su ex, le pegara y la ultrajara.

—No nos pongamos sensibleras, que tenemos mucho que hacer.

Me meto en la ducha y parece que el agua que me he bebido hace un rato, se haya convertido en una burbuja gigante dentro de mi estómago vacío. Me produce una arcada y las náuseas me hacen salir corriendo, para acabar vomitando en el inodoro, todo el exceso de alcohol que mi cuerpo no está acostumbrado a asimilar. Me lavo los dientes y parece que ya me encuentro mejor.

Por fin, salimos de casa y nos dirigimos al trabajo. Llego un poco tarde para lo que es normal en mí, pero las circunstancias obligan, a veces. Tampoco he de justificarme ante nadie, soy la directora y propietaria. Por el camino, me convengo de que la pasada noche solo ha sido un desliz y que se soluciona pasando página y empezando a escribir una nueva.

ORIOI

Llego al trabajo y en cuanto me siento en mi mesa y empiezo a abrir el ordenador, aparece Xenia, con cara de circunstancias.

—Hola —se acerca y me da dos besos —Siento que os hayamos interrumpido esta mañana. Solo nos hemos presentado a esa hora, porque...

—Porque me ibais a decir que Biel y tú habéis hecho las paces y además os habéis comprometido ¿no? —sin querer escuché ayer la conversación por teléfono de Adele con Xenia, y por sus comentarios, esa fue la deducción lógica.

—¡Eso es! Queríamos decírtelo Biel y yo juntos, pero las cosas se han torcido un poco, ya sabes.

—Xenia, no tenéis que darme explicaciones —me levanto y abro los brazos. Se acerca y nos damos un abrazo —me alegro de verdad, por vosotros. Os he sufrido en directo a los dos cuando habéis estado separados y parecíais almas en pena. Sois dos de mis personas favoritas, os quiero un montón y si sois felices, yo también.

—Gracias Oriol; no te voy a negar que estábamos algo preocupados —alarga la mano para ponerla bajo mis narices —¡Mira!

—¡Esto va en serio! ¿eh? —un anillo muy original, luce en su dedo anular.

—Si; he encontrado a mi media naranja y ahora me siento completa. Soy muy feliz —sonríe encantada y sé que es cierto.

—¿No os precipitáis? Hace muy poco tiempo que estáis juntos.

—Cuando estás segura de algo ¿para qué poner obstáculos?

—Cuando vea a mi hermano, ya le advertiré que te cuide bien o se las tendrá que ver conmigo —la vuelvo a abrazar —¡me alegro por los dos, Panocha! —tal como lo digo, me doy cuenta de que es cierto.

—Bueno, una vez aclarado este punto... ¿Me vas a decir que ha pasado con Adele? Aún no la he visto, pero he alucinado un montón esta mañana... ¿Tú y Adele? ¿De verdad?

—¡No, no, no, no...! ¡De eso nada!; no hay un “yo y Adele”, ni nada parecido. ¡Solo ha sido un polvo y se acabó!

—¡Y nada memorable, por cierto! —escucho la voz de Adele, plantada

en la puerta de mi despacho ¡Lo que me faltaba!— ¿Podemos ponernos a trabajar, que para eso os pago? Tenemos reunión ahora mismo. ¡A mi despacho! —sin esperar a oír nada más, se da la vuelta y se aleja con paso firme, a pesar de llevar, como siempre, esos tacones kilométricos, que resuenan por el pasillo.

—¡Ostras! ¡la cosa se pone peor! —Xenia hace cara de alucinada —hace tiempo que no la veía de tan mal humor. Hazme caso y tómate las cosas con filosofía hoy, o esto puede acabar muy mal. ¿Lo harás?

—Me parece que si quiero conservar el trabajo, tendré que armarme de paciencia y morderme la lengua. ¡Vamos!

Entramos en la sala de reuniones y allí sentada y algo encogida, nos espera Evelyn, que se mira las uñas, mientras Adele ojea unos papeles.

Nos sentamos y esperamos a que Adele tome la palabra. Parece que no tiene prisa, sigue leyendo algo que debe ser muy interesante y Xenia rompe el silencio, para saludar a Evelyn.

—Evelyn, me alegro mucho de que estés aquí. Bienvenida.

—Gracias Xenia. Adele me está dando una gran oportunidad y espero aprovecharla bien.

La aludida, levanta la vista y sus ojos azules se cruzan con los míos. Cruza los dedos de las manos y apoya su barbilla en ellos. Nos quedamos en silencio, esperando, hasta que se decide a hablar.

—Vamos a empezar por Evelyn; hoy se incorpora a la empresa y de momento, entre los dos la vais a formar, sobre todas las teclas que tocamos en DreamWedding. Ya le he explicado el tipo de eventos de los que nos ocupamos normalmente, pero vosotros entrareis más al detalle. El local de abajo, ya está restaurado y podemos ponerlo en marcha cuanto antes. Cuando consideremos que Evelyn ha aprendido lo suficiente y después de un tiempo para coger más experiencia, mi intención es que ella se ocupe de llevarlo sola.

—Pero... —Evelyn la interrumpe casi tartamudeando —Adele, no tengo práctica en este trabajo...

—No te preocupes por eso —Adele cambia su tono al dirigirse a ella — la cogerás en los primeros meses, en los que no te dejaremos sola. Iremos paso a paso, tranquila— ¿Llegaste a ir a la Universidad en Londres?

—Sí, durante dos años —la voz de Evelyn, se convierte en casi un susurro —pero lo dejé cuando... —se calla y nos mira con aprensión. Algo se me escapa, a esta chica le pasa algo, parece que nos tenga miedo. O es muy tímida.

—Es igual Evelyn —Adele se da cuenta de su apuro e interviene —luego hablamos tu y yo de eso.

—Xenia —Adele la mira como el que está a punto de dar una mala noticia —lo siento por ti, pero nos han salido un montón de bodas y tienes un arsenal de novias medio histéricas que entrevistar, ya sabes, tema fotos y vestidos de novia.

—Pasarme los datos y me empiezo a organizar y a cerrar citas. No es que quiera daros mas dolores de cabeza, pero pronto pondremos fecha Biel y yo, aunque prometo dejar un tiempo hasta que pase esta avalancha de bodas de otoño.

—¿Yaa? —sabía lo del compromiso, pero ni por un segundo he pensado que fueran a casarse tan pronto.

—No, no... supongo que la próxima primavera sería un buen momento.

—¡Felicidades! —tanto Evelyn como Adele, se levantan a abrazarla y la reunión, que ha empezado tan tensa, parece que se apacigua.

Respiro hondo y al mirar a las chicas abrazándose, mi vista se desvía hasta las piernas de Adele, que luce una estrecha falda de tubo, justo hasta encima de las rodillas y de pronto, la imagen de esas mismas piernas rodeándome las caderas se instala en mi mente, hasta que cierro los ojos intentando disolverla.

—¿Qué pasa Oriol? —la voz de Adele, me hace abrir los ojos de nuevo — ¿Te encuentras mal?

—No es nada, un dolor de cabeza. Me tomo un analgésico y listo —creo que he podido disimular mis pensamientos, a pesar de que un serio traje de color gris, como el que luce Adele, nunca me había parecido atractivo... hasta ahora.

Cuando acaba la reunión, me dirijo a mi mesa. Esta mañana aún tengo que cerrar el alojamiento para una conferencia de científicos, acabar de organizar una exposición comercial de alimentos de una cooperativa, con cata de vinos incluida y elaborar el material de promoción para una pequeña empresa de aplicaciones para móviles.

Solo pienso en que al menos esta tarde, he quedado con el grupo para ensayar. Tenemos algunos temas nuevos y los estamos puliendo. Son las mejores horas del día. A veces no podemos quedar, por temas laborales, pero intentamos estar todos, como mínimo tres veces a la semana, de ocho a diez de la noche.

Arnau y Xavi, teclado y batería, son los que no fallan casi nunca; David y

Nico, el bajo y la otra guitarra del grupo, no son pocas las veces que nos dan el salto, creo que muchas, por insistencia de sus parejas, que se quejan de verlos demasiado poco.

Cuando recuerdo los conciertos de este verano en Berlín, siento nostalgia y eso que hace poco que volvimos de las vacaciones. Han sido unas semanas geniales. Tocar en las bodas, con el tiempo, cansa. La gente siempre quiere escuchar las mismas canciones pachangueras y has de complacer a todo el público... ya se sabe, en las bodas hay desde críos a octogenarias que quieren bailar “la macarena” o “el aserejé”.

ADELE

Entro en mi despacho seguida de Evelyn y nos sentamos en un pequeño sofá, que tengo en una esquina.

—Evelyn, perdona que te haya puesto en un aprieto antes.

—No es culpa tuya, solo que al preguntarme si había asistido a la Universidad, es difícil explicar porque dejé los estudios, sin aclarar algo de mi relación con Jeff.

—¿Qué estabas estudiando? —Evelyn deja la mirada perdida atravesando las paredes, antes de contestar, quizás recordando.

—Antes de empezar a salir con Jeff —detecto un deje amargo en sus palabras —cursé dos años en la City University London de Ingeniería Informática. Era mi pasión y se me daba muy bien —baja la mirada y se retuerce los dedos —después lo conocí, en el bar de la Universidad. El no estaba estudiando, había heredado el taller de mecánica de su padre y había hecho sus cursos para dedicarse a ello, pero pasaba con sus amigos por allí de vez en cuando, para intentar ligar. De eso me enteré después.

—Nunca fue con la verdad por delante ¿eh? —lo cierto es que fue una desgracia que ese tío se cruzara en su camino.

—Era buen actor... me deslumbró. Como sabes, era guapo y tenía mucha labia. Me enamoré como una idiota y poco a poco me convenció, de que no necesitaba estudiar. El podría mantenernos con el taller y así nos veríamos más. Esa fue la razón que me dio y en aquel momento, cuando aún no me había puesto una mano encima y le creí —me mira con los ojos brillantes —tengo claro que he sido manipulada desde el principio, pero solo ahora, con la distancia, empiezo a darme cuenta.

—Pues eso es importante Evelyn. Muy importante.

—La carrera no solo me entusiasmaba, sino que con un grupo de gente, a los que nos gustaba investigar por nuestra cuenta, conseguimos superar muchas barreras, saltarnos protecciones y cortafuegos, y descifrar códigos imposibles.

—¿Eras una hacker? —eso sí me ha dejado de piedra.

—No exactamente —me mira sonriendo —pero creo que si hubiera seguido investigando en ciberseguridad, se me hubiera dado bien. Era un

intento de ser un hacker de sombrero blanco.

—¿Qué es eso? —estoy alucinando un poco con esta conversación.

—Podríamos decir que es ser un hacker ético; más que nada trabajas para alguien, intentando penetrar en su sistema, pero con el objetivo de protegerlo. Haces lo que haría un hacker si quisiera vulnerar tu seguridad.

—¡Caray! Me has dejado sin palabras. Déjame pensar. Ya que tienes esos conocimientos...

—¡Espera, Adele! La informática avanza a la velocidad de la luz y yo hace años que no practico.

—Pero vamos a hacer una cosa —hago una pausa mientras mi cabeza va cavilando —de momento, harás el trabajo que hemos comentado en la reunión, pero en cuanto estés adaptada y tengamos una época de menos agobio de eventos, te quiero practicando de nuevo con el ordenador. Te voy a presentar al pequeño equipo que tenemos aquí, para que también te vayan poniendo al día de esa parte ¿te parece? Quizás podrías combinar ambas cosas.

—Lo que tú digas Adele. Solo con estar aquí, ya parece que me haya tocado la lotería. En cuanto tenga algo de dinero ahorrado, me buscaré algún pequeño apartamento de alquiler y no tendrás que verme a todas horas.

—Evelyn, te lo digo de corazón; no hay ninguna prisa para eso. Me gusta tu compañía.

Evelyn sale del despacho para que Xenia la empiece a poner al día y me quedo sola. Apoyo los codos en la mesa y me meso los cabellos, dándome un ligero masaje en el cuero cabelludo, algo en mi estómago no está bien, ni en mi cabeza tampoco ¡Maldito Oriol! No me lo puedo sacar de la cabeza. ¡Ojalá fuera cierto que no recuerdo casi nada de la pasada noche! Pero lo recuerdo todo nítidamente; sus besos que parecían de fuego, su ansia al tocarme, su respiración acelerada, la locura en la que se convirtió, lo que solo parecía iba a ser un rato divertido, acabó siendo la mejor noche de mi vida.

Solo he de dejar pasar unos días y todo volverá a la normalidad. O mejor unas horas.

Me pongo a hacer una lista de temas que tengo pendientes y a actualizar mi agenda, me empiezan a entrar llamadas de proveedores y algunos clientes, hablo con mi madre un rato y consigo hacer un par de clientes nuevos. Casi es la hora de comer, cuando unos nudillos llaman a mi puerta. Inconfundibles; esa es Xenia, ya estaba tardando.

—Adelante —levanto la vista y entra. No me he equivocado —¡Hola, Panocha!

—¿Podemos hablar un momento?

—¡Claro! Pasa —se sienta delante de mi —seguro que ya has imaginado mil historias distintas, para adivinar como acabamos Oriol y yo, ayer, juntos en la misma cama ¿Me equivoco?

—Te voy a confesar que si no me lo explicas, no voy a poder dormir esta noche.

—Eso tampoco sería un gran problema ahora ¿no? Al fin y al cabo tienes compañía por las noches. Ya me imagino a Biel pasando las noches en blanco; por decir algo.

—¡No me desvíes el tema! ¿Cómo ha sido posible? Ya sé que has oído parte de mi conversación con Oriol antes. Según él solo ha sido un polvo. En él, puedo entenderlo, ya sabemos que le gustan más las mujeres que a un tonto un lápiz. ¿Pero tú, que eres tan racional? ¡Si os pasáis la vida discutiendo!

—Ya lo sé, cariño. Supongo que fue, el alcohol, la noche, la música, la soledad, el tiempo o una mezcla de todo. El caso es que pasó y que ¡vamos a pasar página y santas pascuas! Lo mejor es que en la cama no discutimos...

—¿No será que te gusta un poquito?

—¿Gustarme? Como te lo explicaría... ¿Tú lo has mirado bien? con esos rasgos tan perfectos, esos ojos negros como el azabache, esos brazos tatuados tan gamberros, ese cuerpo de infarto... ¡Claro que me gusta! ¡Tiene un físico fantástico! Incluso más de lo que imaginaba...

—¡No entres en detalles, por favor! Nunca lo he podido ver más que como un amigo.

—Solo te digo, que me gusta físicamente, pero que es un gilipollas, que solo sabe mirarse el ombligo y que trata a las mujeres como objetos útiles para pasar un buen rato. ¡Punto! ¡Aquí se acaba la historia! Una noche loca, debida al alcohol y la atracción física. Un calentón... ¡yo que sé! Si lo hubiera pensado dos veces, no lo hubiera hecho.

—¿No fue bien la cosa? —la mirada de extrañeza de Xenia, me hace soltar una carcajada

—Júrame que esto no saldrá de este despacho.

—¡Lo juro!

—¡Fue perfecto! ¡El tío es una máquina!

Al final acabamos las dos riendo a carcajadas y haciendo bromas. Como siempre, Xenia acaba animando a cualquiera; a pesar de todo, durante el resto del día, se cuelan en mi mente, fotogramas, imágenes, momentos de la noche anterior y varios suspiros escapan de mis labios. Al final, Xenia se pone seria:

—A pesar de todo, hay algo en lo que no estoy de acuerdo contigo. Oriol puede ser muchas cosas, pero te aseguro que lo conozco bien. Tiene un buen fondo y cuando quiere a alguien lo entrega todo. Solo que, de momento, no ha encontrado a la persona correcta para él. Todo se andará.

ORIOLO

Por fin hemos coincidido todos los del grupo esta tarde. Son casi las ocho, pero aún podemos ensayar un par de horas al menos. El local que utilizamos, es de los padres de Arnau. Este tío, además de contactos, tiene una familia con pasta, que a veces nos va de fábula. Es un garaje grande, en una calle peatonal, que insonorizamos hace tiempo, para poder tocar a cualquier hora. Conectamos nuestros instrumentos y los nivelamos a un volumen medio.

—¿Por dónde empezamos? —tengo ganas de ensayar mi última canción, pero no soy el único que compongo, así que primero pregunto.

—Por la tuya, ya sé que lo estás deseando —Arnau me conoce muy bien — ¿Os parece bien? —el resto están de acuerdo.

Antes de arrancar, siempre soy el encargado de intentar poner orden. Somos cinco, pero hablamos por los codos y hasta que alguien no los hace centrarse, se nos pueden pasar las horas bromeando e intercambiando ideas. Cuando eso no funciona, la mejor solución, es conectar el amplificador y empezar a tocar. Invariablemente, el resto me acaban siguiendo.

A la de tres y tras afinar los instrumentos, empezamos a tocar mi última canción, para concluir con los arreglos. Me gusta, pero hay que acabar de adornarla. La letra aún está a medias y hay estrofas que acompaño solo con un “nananana”, pero las palabras prefiero buscarlas en solitario.

Llegamos al estribillo y después me toca un solo de guitarra, que no nos ha acabado de encajar en los últimos ensayos. Esta vez cierro los ojos y me dejo llevar por la melodía que se forma en mi cabeza y mis dedos la copian de forma instintiva. Me suena bien y me pierdo en las notas, hasta que solo me acompaña el bajo de David y el resto se quedan en silencio. Cuando abro los ojos, y miro a mi alrededor, todos me aplauden.

—¡Eso ha sonado genial, tío! —Xavi levanta las baquetas y aplaude con ellas. Hace un redoble y todos nos reímos —¿Eres capaz de repetirlo?

—¡Espero que sí! Vuelvo a intentarlo y si me sale bien, que Nico empiece a escribir las notas.

—¡Joder! A ver si aprendes a escribir música de una vez, siempre me toca a mí.

Nico también toca la guitarra, pero se ha tirado años en el conservatorio

estudiando música y también tiene una licenciatura en Musicología. Es el “cerebrito” del grupo y escribe en los pentagramas a toda pastilla. El resto sabemos hacerlo, pero hemos de pensar antes y somos mucho más lentos.

Sin casi darnos cuenta, nos dan las once. La mayoría trabajamos temprano y decidimos dejarlo por hoy.

—¿Seguro que no queréis ir a tomar una birra? —Arnau no trabaja todos los días y mañana no lo hace, por lo que no tiene prisa.

—Tío, estoy molido. Llevamos una semana de mierda. Recordar, que tanto el sábado como el domingo tenemos bodas. Como no durmamos un poco no llegamos vivos al lunes.

—Yo no sé si llegaré a tiempo a la del sábado —me dice Nico— ya sé que es por la noche, pero paso el día fuera con Nuria y la peque. Intentaré llegar, pero si me retraso empezáis sin mí. El que no puede fallar eres tú.

—A ver si alguno se lanza a cantar también —ser el único que canta, me limita mucho, nunca puedo fallar— aparte de hacerme los coros, me podría sustituir alguien de vez en cuando.

—¡Ni hablar! —Xavi lo tiene claro —ninguno de nosotros tiene ni tu voz rasgada ni tu encanto, “cariño” —siempre se acaba burlando de mí— ¿Qué harían tus fans si no te encuentran en medio del escenario?

—Me buscarían hasta encontrarme, ya sabes que no pueden vivir sin mí —le lanzo un beso a Xavi y todos acaban riendo.

Finalmente recogemos y llego a casa, casi a las doce. Estoy destrozado. Me quito la ropa y me estiro sobre las sábanas. Ya estamos a primeros de septiembre, pero aún hace mucho calor.

Cierro los ojos y estoy sumergido en el duermevela previo a caer en un sueño profundo, cuando una imagen se cuele en mi mente y empiezo a dudar de si estoy soñando o es real. Reconozco su piel, sus ojos de un azul intenso me atraviesan y sus labios se acercan a los míos. Sus manos recorren mi estómago y arrastra sus uñas sobre mi piel; me sonrío y recorre sus labios con la lengua, provocativa y sensual. Sus cabellos rubio platino, rodean su rostro perfecto y su ropa desaparece como por arte de magia, mientras empieza a besar mi cuello y baja hacia mi pecho. Sus inquietas manos, no dejan de resequir mi cuerpo y apenas noto su respiración rítmica y lenta, mientras su ligera fragancia...

—¡Adele!

Digo su nombre en voz alta, a la vez que me siento en la cama de golpe, pegando un brinco y llevando mi mano a mi corazón acelerado. ¿Pero qué

coño me pasa? El sueño parecía completamente real y la excitación que me ha provocado me ha despejado del todo. Respiro hondo y no acabo de entender, por qué narices sueño con esa mujer dominante, a la que le gusta mangonearme. He de reconocer, que a pesar de chocar de frente en todo, desde que hemos compartido la cama, no acabo de eliminarla de mi sistema, es como un virus que se expande destrozando todo a su paso. Necesito un antídoto rápido para dejar de imaginármela desnuda y el mejor remedio que conozco es... otra mujer. Mañana, sin falta, me ocuparé del tema.

ADELE

Tenemos tanto trabajo en estas fechas, que las semanas se pasan volando. A pesar de que estoy acostumbrada a llevar un ritmo infernal y mi nivel de estrés normalmente está controlado, llevo unos días con una especie de cansancio crónico, que me hace arrastrar los pies; debo estar pillando algo, hay mucha gente con catarrros estos días, en que ha empezado a refrescar.

No son ni las nueve y ya llevo un montón de llamadas, que no me dejan ponerme a trabajar. Suerte que Evelyn ha sido toda una sorpresa y se está adaptando perfectamente a sus nuevas tareas, como si lo hubiera hecho toda la vida. Lo único que le cuesta un poco, es tener que tratar con los proveedores; es incapaz de exigir nada, aunque siempre procuramos echarle un cable entre todos. Pero es buena organizando y priorizando.

El día está nublado y un machacón dolor de cabeza, parece taladrarme el cráneo. Me dirijo a la sala que tenemos para hacer pequeños descansos, desayunar o tomar un café. Cojo un vaso de plástico y un analgésico y entran Xenia y Oriol riendo por algo.

—¡Hola Adele! ¿Te tomas un café con nosotros? —Xenia me sonrío, mientras Oriol me mira como si me atravesara; últimamente aún está más raro de lo normal.

—No, gracias; solo he venido a por un poco de agua para tomarme una pastilla. Me duele la cabeza.

—No haces muy buena cara —Oriol me mira como si me estuviera diseccionando —tienes ojeras y estás muy blanca.

—¡Soy muy blanca! ¡Gracias, guapo! —le hago una mueca —no todo el mundo se levanta con una cara como la tuya por las mañanas.

—Tu cara no tiene nada de malo —me saca la lengua— solo parece que no hayas dormido.

Voy a darle una respuesta y antes de abrir la boca, un mareo inesperado me hace dar dos pasos hacia atrás y empiezo a ver lucecitas blancas ante mis ojos, perdiendo la visión y dejando caer el vaso de agua al suelo, me balanceo y antes de desmayarme, lo último que recuerdo son unos brazos en mi espalda.

Pierdo la consciencia y vuelvo en mí, cuando noto el frescor del agua en mi cuello y mi frente. Abro mucho los ojos y me encuentro con los rostros

alarmados de Xenia y Oriol delante del mío. Estoy estirada en el suelo y Oriol aguanta mis piernas en alto. Intento sentarme, pero con los pies alzados es difícil.

—¿Estás bien? ¡Te has desmayado! —Oriol hace cara de preocupación y me mira interrogante— ¿Te llevamos a urgencias?

—¡Suelta mis piernas para que pueda incorporarme! —le suelto un bufido, supongo que como defensa por sentirme algo avergonzada.

—Si, está mejor, ¡ya le sale la mala leche!

—¡Oriol! —le interrumpe Xenia —¡cállate y no la pongas nerviosa!

—¡Chicos! Ya estoy bien, solo ha sido un desmayo sin importancia —me ayudan a levantarme y me siento en una silla—, no me encuentro muy bien, me duele la cabeza y estoy cansada. Debo estar pillando algo.

—Entonces lo mejor es que vayamos al médico —Xenia siempre tan práctica —te acompaño ahora mismo.

—¡No voy a ir a urgencias por una tontería! Ya pediré hora y me haré un chequeo.

—¡De eso nada! —Xenia se planta delante de mí —ahora mismo te acompaño y te echan un vistazo; un desmayo puede suceder por otras causas y no vas a arriesgarte a que te vuelva ocurrir estando sola. O sea que coge tu bolso o lo que necesites y nos vamos ya mismo —se gira hacia Oriol— Te puedes encargar de todo durante un par de horas ¿verdad, cielo?

—Claro, no os preocupéis. Adele, no hagas esa cara, Xenia tiene razón. Yo me ocupo de todo, incluso puedo ocupar tu despacho —me dice con un deje de burla.

—De acuerdo, vamos en un momento. Mi despacho cerrado con llave y no entra nadie ¿ok?

—¡A sus órdenes, jefa! —Oriol me hace ese saludo militar, que me repatea y él lo sabe.

Al final, por no oírlos más, Xenia me acompaña y nos dirigimos a la consulta de mi médico. Al informar en el mostrador de mi desmayo, me hacen pasar a la sala de espera y mientras estamos sentadas allí, un sudor frío y un ligero mareo que simula el bamboleo de una barca en el mar, empiezan a invadirme. Una náusea se dispara desde mi estómago a mi garganta y pongo una mano en mi pecho, respirando hondo.

—¿Estás peor? —Xenia me mira preocupada.

—Estoy muy rara, ya no sé si algo me ha sentado mal o tengo una gripe o ¡yo que sé!

—Bueno, tranquila, entonces estamos en el sitio indicado.

Al cabo de media hora, nos hacen pasar a la consulta. El médico, me hace una serie de preguntas y le explico mis síntomas. Me ausculta, me palpa el vientre, me toma la tensión, me mira los ojos, la garganta y los oídos y teclea algo en su ordenador.

—Bueno, Adele. A simple vista no parece que tengas nada grave. Todo está correcto, pero ese desmayo, puede ser por muchas causas. Tu tensión arterial está bien ¿Has tenido en alguna ocasión subidas o bajadas bruscas de la tensión?

—No que yo sepa, nunca me mareo y es la primera vez en mi vida que me desmayo.

—Para asegurarnos de que todo está bien, haremos una analítica completa, hace mucho que no te haces ninguna. Ven mañana por la mañana a las ocho. Toma —me extiende un papel y un recipiente para una muestra de orina. Mañana en ayunas y en tres o cuatro días, tendremos el resultado.

—Gracias, doctor. ¿Tengo que pedir hora, para recoger los resultados? Es que tengo mucho trabajo y no me va muy bien venir.

—El estrés también puede ser causa de mareos y desmayos, o sea, que tómate las cosas con más calma. La salud es lo primero y a veces, nos olvidamos.

—Siempre le digo eso —Xenia se dirige al doctor —pero esta mujer no para quieta, no sabe relajarse. He intentado que haga yoga o algo similar, pero es tarea imposible. Si la viera por la oficina, ¡parece el correcaminos!

—¡No exageres! —miro a Xenia con el ceño fruncido y me levanto, mientras mi médico sonrío de medio lado— gracias doctor.

—Si en la analítica, sale algún resultado importante alterado, la llamarán por teléfono. Confírmeme su número.

Le doy al médico mi número de móvil, ya que solamente tenía grabado el de mi casa y salimos a la calle. Ya me siento mejor y el aire algo más fresco estos días, me sienta bien.

—Antes de volver a la oficina, vamos a entrar en esa granja y te comes algo. Los bocatas de la máquina de vending, son una porquería.

—¡No puedo perder más tiempo, Xenia! ¡Tengo mil cosas que hacer!

—¡Pues desayunar en condiciones es una de ellas! —me tira del brazo hasta que consigue que entremos en la dichosa granja.

La verdad, es que al ver la variedad de bocadillos expuestos y recién hechos en el mostrador, mi estómago protesta y es cierto que casi no he

desayunado. Creo que solo me he tomado un café con leche en casa y nada más. Pido uno de jamón ibérico con pan de chapata recién hecho, con tomate y un agua. Xenia también pide otro y nos sentamos en una mesa.

Al empezar a comer el bocata, me entra un hambre voraz y veo que Xenia me mira algo alucinada.

—¿Ves cómo tenías que comer? ¡Parece que no hayas comido nada en una semana!

—No es eso... ¡es que está buenísimo! —Xenia suelta una carcajada, mientras le contesto con la boca llena.

—¡Pues no sé si te has fijado en los postres que tienen allí! —me señala hacia una pequeña nevera de pastelería, con la puerta de cristal. —Hay pastel de zanahoria y chocolate, tu preferido.

—¡No me digas eso! Me acabo de tragar un bocata de jamón y normalmente solo desayuno una tostada —miro hacia la nevera y veo mi pastel preferido—, pero un día es un día ¡quiero un trozo de ese pastel! ¿Quieres tú también?

Al cabo de un rato salimos de allí, con el estómago lleno y unas cuantas calorías de más. El pastel estaba delicioso y, de pronto me doy cuenta, de que me encuentro perfectamente.

Supongo que a veces, es necesario hacer un parón, cuando las obligaciones te superan, cuando el trabajo saquea tu tiempo y no te deja ni respirar. Hay que centrarse en uno mismo, hacer pausas en los momentos de agobio o simplemente cerrar los ojos y sonreír. Xenia dice que eso ayuda mucho... ¡y ella sí que sabe relajarse!

ORIOI

Es sábado y me encuentro con Arnau en el centro. Estamos en la Plaça Catalunya, esto está lleno de gente, pero hemos conseguido sentarnos en una mesilla de la terraza del Zurich y pedimos una cerveza fría y unas patatas bravas. Nos toca de lleno el sol, que hoy luce espléndido y apetece bastante.

—¿Cómo es que querías hablar a solas conmigo? —Arnau me ha llamado esta mañana para quedar los dos solos.

—Porque tengo una propuesta de trabajo para el grupo, pero prefiero comentarlo primero contigo, a ver qué te parece.

—¿Una propuesta? ¿Otra vez contactos de tu familia?

—No exactamente... ¿Recuerdas el tipo de Berlín, Eike? ¿el conocido de mi padre, que nos consiguió los bolos del verano? Me llamó ayer. A mí directamente, sin pasar por mi padre, que conste.

—Y ¿Qué quería? —creo que el hombre se quedó contento con nuestra música, pero nunca sabes que pensar.

—Parece ser, que de nuestra actuación en el Melt Festival, corre un video que se ha hecho viral. Si recuerdas, solo tocamos tres canciones, nos aplaudieron mucho en las dos primeras, pero la balada del final, fue apoteósica; la gente no paraba de pedir más, cuando acabamos.

—¿Ah, sí? —no recuerdo eso.

—¡Lo decían en alemán y no nos enteramos! —saca su móvil del bolsillo, busca el video y me lo pasa—. ¡Mira esto!

Pongo en marcha el video en YouTube y veo mi cara en primer plano. Recuerdo haber cantado casi toda la canción con los ojos cerrados, es de esas que emocionan y me llegan muy adentro. Estábamos en un festival de rock importante, actuaban montones de grupos y sé que ese día lo di todo. Con los dos primeros temas, hicimos saltar y bailar al público; con el último, los hicimos balancearse y besarse.

—¿Desde cuándo está colgado este video?

—¡Desde hace veinticuatro horas! —dice Arnau —mira las reproducciones.

—Me fijo y lleva más de cuatrocientas mil.

—¡Madre mía! ¡esto es serio, si sigue a este ritmo!

—Por eso me ha llamado Eike, alguien le va informando de toda la repercusión en las redes de los grupos del festival. Nosotros solo éramos un grupo desconocido, por eso no lo colgaron antes. El caso es que le interesa que actuemos, el próximo verano... prepárate... ¡en Londres! Me ha dicho que le vayamos enviando nuestros nuevos temas y si le convencen, nos hace un hueco, para un par o tres de canciones en los festivales British Summer Time y Wireless. Oriol, ¡creo que hemos encontrado un filón! Si le gusta lo que hacemos, es posible que encontremos promoción y actuaciones, a través suyo. Aparte, que actuar en esos festivales de música al aire libre, nos puede dar el empujón definitivo. Tienen una duración, tanto uno como el otro, de tres días. ¡Todo el fin de semana! Son al aire libre y la gente se lleva las tiendas de campaña para pasar las noches. Podríamos pasar todas las vacaciones allí y si tenemos suerte, en los días libres, aparte de hacer turismo, hacemos contactos.

Algo se encoge en mi estómago, esto puede ser serio o quedarse en nada, pero la anticipación, me produce un cosquilleo en todo el cuerpo. Es lo que siempre he deseado, un sueño dormido, arropado por las pocas posibilidades de que se hiciera real.

Esta noche tenemos actuación en una boda, en un pueblo cercano a la ciudad. Cómo es sábado, hemos decidido quedar con el grupo y hablar con todos, cuando terminemos. Nos hemos de poner las pilas y pactar si nos tomamos en serio lo de componer nuevos temas, con vistas a un futuro que pinta mejor que hace una hora. Toda esta historia, ha sido como una inyección de adrenalina, un subidón de esos que te da energía para aguantar lo que te echen.

Hemos superado otra boda; esta no ha estado mal, la pareja que se casaba eran muy jóvenes, y la mayoría de los invitados también. Se han animado mucho con nuestra música y ha resultado bastante divertido, sobre todo por los temas que habían escogido de antemano, la mayoría de la década de los ochenta y noventa, muy bailables y muy conocidos. Y algunos clásicos del rock, ya que la novia era fan de Queen y el novio de Springsteen.

Ya hemos recogido los instrumentos en la furgó y estamos tomando algo en uno de los bares del pueblo. En una esquina, hay un televisor sintonizado en una cadena que emite películas antiguas y al fondo una sala con un billar y varias dianas para tirar los dardos. No hay mucha gente a estas horas, pero veo algunas chicas en el billar que no nos quitan el ojo de encima. Mejor no

perderlas de vista, están bastante buenas, por si se anima la noche más tarde.

Acabamos de poner en antecedentes al resto del grupo y todos se alegran. Nico y David, que son los dos que tienen pareja y niños del grupo, son los menos entusiasmados, ya que tener conciertos en verano, supone hipotecar las vacaciones familiares. Sabemos que es un problema en ese sentido y no queremos presionarlos.

—No es que no me interese, Oriol —Nico frunce el ceño —pero no sé ni cómo decírselo a Nuria; ya me dijo varias veces este verano, que para el próximo, ella escogía donde ir. No tengo claro cómo va a reaccionar y no quiero problemas. Ya os diré algo.

—A mí me ocurre lo mismo, pero sobre todo por el crío —David nos mira a todos algo preocupado —A Laia le encanta ir a los conciertos, pero al peque no lo podemos dejar todas las vacaciones con los abuelos. Y no es plan tener a un niño de tres años, cada noche de concierto en concierto. O eso, o Laia se las pasa con él y yo por mi cuenta. No sé, lo hablaremos.

—De todas formas, aún falta casi un año y nada es seguro, aún. Podemos ponernos a componer, ensayar y enviar las maquetas a Eike y si al final nos hace una oferta en serio y no podéis venir, lo decís con tiempo de buscar a otro bajo y otra guitarra, que puedan sustituirnos en verano. Que quede claro, que os preferimos a vosotros.

Quedamos de acuerdo y acabamos la noche en el bar. Al final, nos hemos quedado casi solos y volvemos a Barcelona cansados, pero con grandes expectativas. Todo puede cambiar.

ADELE

Voy a tomarme un respiro; llevo todo el día tratando con clientes y proveedores y mi dolor de cabeza, que empezó por la mañana como una leve presión en el cráneo, se ha convertido en un latido constante en las sienas y una pesadez en los ojos, que me hace cerrar los párpados.

Apoyo la cabeza en la butaca, cierro los ojos y respiro hondo, intentando relajarme. Cuando parece que lo estoy consiguiendo, el sonido de uno de mis móviles, que está en mi escritorio, me hace dar un brinco en mi asiento. ¡Está visto que no hay manera humana de conseguir un momento de paz aquí!

Miro la pantalla y veo un número más largo de lo normal; estos suelen pertenecer a empresas con centralitas. Normalmente no doy mi móvil particular a personas relacionadas con el trabajo, para eso tengo otro. Contestaré por si acaso.

—¿Dígame?

—¿Señorita Adele Brown?

—Sí, soy yo.

—Buenas tardes, le llamamos del centro médico, donde acudió hace tres días a hacerse una analítica ¿recuerda?

—Sí, claro; pero me dijeron que solo me llamarían si había algo importante... ¡no me asusten, por favor! ¿Algo ha salido mal?

—¡Oh, no! No se asuste, solo es para decirle que todo está bien y confirmar su embarazo. ¡Felicidades! ¿Necesita que le concertemos hora con su ginecólogo?

Me he quedado, sorda, muda y ciega. No es posible, seguro que se han equivocado de analítica.

—Perdone, pero seguro que se equivocan. Miren bien el nombre. Debe haber algún error y tienen los resultados de otra persona.

—Señorita, le aseguro, que en este papel, los resultados son inequívocos y corresponden a Adele Brown; esa es usted ¿no? Aunque si quiere repetirlos, podemos volver a darle hora.

—No, no... —no sé ni que decir, estoy completamente bloqueada —oiga... ¿Cómo es posible que esté embarazada? —se que no estoy siendo coherente en mis palabras, pero mis neuronas han dejado de funcionar.

—Bueno... normalmente, se consigue siempre de la manera habitual —no sé si detecto un tono algo jocoso— a no ser que haya utilizado otros métodos, como fecundación in vitro o inseminación artificial.

—No es el caso —intento ordenar mis ideas pero parece tarea imposible — me refiero a que tuve una relación sexual sin protección y por la mañana tomé la píldora del día después. ¡¿Por qué no ha funcionado?! —noto como empieza a temblarme la voz.

—Esa píldora tiene una efectividad del 98%. Si a pesar de todo, se ha quedado embarazada, podemos deducir que usted pertenece al 2% restante— ¡qué lista la tía! —o es posible, que vomitara poco después y no diera tiempo a hacer su efecto...

Tal como pronuncia esas palabras, una imagen clara y nítida de mi malestar en la ducha y la posterior vomitona, se reproduce en mi retina, como si la estuviera observando ahora mismo en una película, a cámara lenta. ¡¿Cómo no me di cuenta?! Me encontraba tan mal, que no pensé en nada más. Me pasé el día recordando la noche anterior, pero ni se me ocurrió volver a pensar en el peligro de un embarazo, después de tomar la pastilla.

—Gracias por llamar... —me cuesta pronunciar cada palabra —de momento no me dé hora para el ginecólogo, ya llamaré yo, gracias.

—Como quiera, pero no se retrase; siempre es preferible hacer pronto la primera visita y ecografía, para comprobar que el feto se desarrolla correctamente.

Cuelgo sin decir nada más, dejo el móvil en la mesa, apoyo los codos y hundo los dedos en mi pelo, masajeando mi cabeza. No doy crédito a lo que está ocurriendo. ¿Cómo pude esa maldita noche, dejarme llevar de esa manera? ¿Cómo me olvidé de algo tan básico como usar protección? ¿Cómo se olvidó el capullo de Oriol? ¡Esto no me puede estar pasando! ¿Quién quiere un hijo ahora? Nunca me he planteado ser madre, la verdad. Pero menos aún en estas circunstancias. Sin pareja y con un trabajo absorbente que me deja poco tiempo, ni siquiera para mí misma.

Mi mente se ha convertido en unos minutos, en un laberinto de pensamientos inconexos del que no se salir; se mezclan unos con otros, se convierten en jeroglíficos que no sé solucionar y un examen interior con mil preguntas sin respuesta, se acaba de poner en marcha y lo voy a suspender sin remedio. Me parece oír el tic-tac de un reloj en marcha, que acaba de empezar a contar el tiempo que voy a tardar en poner mis pensamientos y sentimientos en orden. Y mi respiración. Y mi vida. Esa armonía, que tanto necesito en mí

día a día y que de pronto se ha convertido en un bazar revuelto, donde se mezcla todo sin orden ni concierto.

Oigo llamar con los nudillos a la puerta y seguidamente se abre. La voz de Oriol me crispera los nervios, casi antes de llegar a oírla.

—Adele, perdona, pero te necesitamos para... —hace una pausa, ni siquiera he levantado la cabeza para mirarlo— ¿Te encuentras mal?

Si para mí la noticia ha sido un jarro de agua helada, que no esperaba, lo mínimo que puedo hacer es pagar con la misma moneda a la otra mitad responsable, así que, sin dudar, levanto la vista y lo miro fijamente para compartirlo; soy muy generosa y no quiero perderme su expresión.

—Estoy embarazada.

Veo como se queda blanco de golpe, parece una estatua de cera, creo que incluso ha dejado de respirar.

—Ah... —no parece que le vayan a salir las palabras y empiezo a encontrar un cierto placer en disfrutar de su angustia... hasta que vuelve a abrir la boca— ¿Y quién es el padre... si puede saberse?

—¿Tu cerebro se ha convertido en un pueblo fantasma? ¿Quién supones que es, gilipollas? —he alzado demasiado la voz y es posible que me haya oído más gente de la que debería —¡pasa y cierra la puerta!

Hace lo que le digo y se sienta en una de las sillas al otro lado de la mesa.

—Oye ¡no te pongas así! ¡Que tienes la mecha muy corta! ¿Me estás tomando el pelo, verdad? —parece que lo dice con un deje de esperanza, el muy iluso —seguro que es una broma de muy mal gusto y te lo estás pasando de fábula a mi costa —acaba sonriendo, como si no le hubiera dicho nada.

—Oriol —lo miro muy seria y cabreada acercando mi cara a la suya—, te lo vuelvo a repetir y no es ninguna broma. ¡Estoy embarazada y tú eres el padre!

—¿Cómo lo sabes? —esa pregunta, por segunda vez, ya me está llevando al límite de mi aguante.

—¡Porque la fatídica noche que pasamos juntos, hacía casi un año que no me acostaba con nadie, ni lo he vuelto a hacer después! ¡Por eso!

—¡Venga ya! ¿Crees que me voy a creer eso? vale que no usamos protección, nos dejamos llevar, cosa que no hago nunca; pero di por supuesto que tomabas anticonceptivos.

—Pues no era el caso y tampoco preguntaste. Lo cierto es que no me hacían falta. Y ahora, haz lo que te dé la gana. Puedes creerme o no. De todas

formas, da lo mismo. Voy a abortar.

—¡Me parece genial! ¡Asunto resuelto! —y el tío, cabreado, se levanta y sale de mi despacho, cerrando de un portazo como un crío enfurruñado, que al fin y al cabo, es lo que es.

ORÍOL

Llevo un cabreo encima, que no sé cómo gestionar. Las palabras de Adele, resuenan en mi cabeza y parecen hacer eco, no creo que haya nada más activado dentro, ahora mismo. Mi cráneo es una cáscara vacía. Cierro mi ordenador y me voy a grandes zancadas a coger mi moto. Mis pasos parecen la escenificación de una huida en toda regla, que es justo lo que me gustaría ahora mismo. Huir, desaparecer, esfumarme como el humo... pero no puedo hacerlo. Empiezo a ser consciente, de que he respondido como un capullo. Si como parece ser cierto, Adele está embarazada y yo soy el padre, mis contestaciones han estado del todo fuera de lugar. Pero es que me he quedado en blanco, ha sido como un parón en todo mi cuerpo y mi cerebro. Aparte, claro, de que Adele, no parece tener mucho tacto para decir las cosas, es así de bruta. Y yo me he puesto a la defensiva.

De pronto, me entra la necesidad de hablar con alguien; pero no con cualquiera. Se quienes son las personas que mejor saben mantener la calma en momentos de crisis y las que pueden apoyarme y aconsejarme sobre qué hacer ahora. La primera parte, ya me la sé, yo solito: voy a tener que hablar con Adele y disculparme; incluso arrastrarme un poco.

Llego al piso de Xenia y Biel. Mi hermano y mi futura cuñada, además de mi mejor amiga, son las personas que necesito ahora. Xenia había salido hoy antes que yo del trabajo, seguro que ya está en casa y Biel, la mayoría de los días, da clases solo por las mañanas.

Llamo al portero electrónico y, como suponía, están en casa. Al subir, ya me esperan en la puerta.

—¡Hola Oriol! —me recibe mi hermano —estábamos preparando la cena, ponemos otro plato y te quedas.

—Vale —mi cara debe dejar ver, algo lúgubre y tenebroso porque Biel me mira y frunce el ceño.

—¿Te ha pasado algo? No haces muy buena cara.

—Si..., cuando nos sentemos los tres a la mesa os lo explico.

—Hola cielo —Xenia se acerca y me da dos besos. En seguida se me queda mirando escrutadora —nos hemos visto hace un par de horas y no hacías esa cara de preocupación. Veamos, hay varias posibilidades, pero por

la hora que es, y con el trabajo que tenías pendiente, deduzco que ha pasado algo en el trabajo ¿no? Y si traes esa cara, es que te has enganchado con Adele y os habéis peleado ¿Voy bien?

—Vas bastante bien; aunque no ha sido una pelea exactamente. Ahora hablamos, estoy algo nervioso.

—Vale —me guiña un ojo y eso me hace respirar hondo— Siempre puedo contar con ella, igual que ella conmigo.

Nos sentamos a cenar, y cuando estamos acabando, empiezo a relatarles, creo que palabra por palabra, mi conversación, o como se le quiera llamar, con Adele.

Ahora los que se han quedado blancos, son ellos. Me miran con los ojos muy abiertos y Xenia se echa las manos a la cabeza.

—¿Adele está embarazada? ¿Y tú eres el padre? ¡Dios mío! ¡Si sois como el agua y el aceite! ¡Vaya combinación más explosiva!

—No sé lo que pasó, pero...

—¿Cómo has sido capaz de dudar, si ella dice que tú eres el padre? — Xenia me interrumpe y Biel la mira guardando silencio. No es muy normal ver a Xenia enfadada, pero ahora lo está —¿Adele, puede ser muchas cosas, pero no es una mentirosa, ni una farsante!

—Ya sé que tengo que disculparme con ella.

—Deberías mimarla un poco, de paso —Biel ya está sacando su faceta de hombre enamorado, esto hay que frenarlo.

—¡Para el carro! Adele y yo no estamos saliendo, no somos pareja, ni nada por el estilo. Solo caímos un día y mira las consecuencias. Además, va a abortar.

—¿Pero ella también se ha enterado esta tarde del embarazo, no? — Xenia parece confundida— ¿Cómo puede estar segura de querer abortar? ¡Estas cosas hay que pensarlas!

—Eso es lo que me ha dicho y yo estoy de acuerdo; lo mejor será sacarnos el problema de encima y seguir nuestros caminos sin impedimentos. Traer al mundo a un crío, con sus padres que nunca han sido pareja, sin ser deseado... no creo que sea lo más idóneo, la verdad.

—Ya... sacarse los problemas de encima, suele ser la solución más fácil —me la quedo mirando y sigue —oye, yo estoy completamente a favor de que el aborto sea una decisión personal. Pero también meditada. No es algo que se pueda decidir alegremente y Adele es mi amiga. No voy a influir en su decisión, pero tampoco quiero que se apresure y se arrepienta después. O sea,

que hablaré con ella e intentaré que se lo piense durante un par de semanas, tiene tiempo; que valore los pros y los contras, que haga un ejercicio de introspección, para mirar en su yo interior, para valorar lo que quiere, lo que necesita. Y, si después de eso, sigue queriendo abortar, yo seré la primera en darle mi apoyo.

Me quedo pensando en sus palabras y entiendo que tiene razón, aunque su discurso me ha generado aún más inquietud ¿Y si decide tenerlo? ¿Cómo va a afectar eso a mi vida? ¿Cómo voy a ser el padre de nadie, si yo mismo tengo tantas preguntas sin respuesta?

—Oriol, tienes nuestro apoyo para lo que sea. Habla con nosotros siempre que te haga falta ¿de acuerdo?

Se ha hecho tarde y nos despedimos. Me dirijo hacia mi casa, aunque de momento, creo que me espera una noche toledana, estoy tan alterado con todo esto, que no creo que vaya a pegar ojo.

Me estiro en el sofá, con el soniquete de una película antigua de fondo en el televisor y me quedo perdido en el techo del comedor. ¿Cómo se ha podido descontrolar tanto mi vida? Esta mañana, todo parecía perfecto y ahora... ¡vaya mierda!

PARTE SEGUNDA —LAS OPCIONES Y EL DESTINO

ADELE

Aún estoy intentando hacerme a la idea, tras el impacto de la llamada de ayer. Casi no he dormido esta noche y acabo de llegar a la oficina; tengo unas ojeras de un tono azulado y oscuro, que en contraste con mi piel blanca, me dan un aspecto cadavérico; a ver si aquí me distraigo y puedo pensar en algo diferente, que en mirar mi ombligo todo el día. Hoy es viernes y quiero dejar solucionado el tema del aborto. Llamaré a una clínica que utilizó hace un par de años una amiga; no me cae lejos de casa, mejor saldré pronto esta tarde y pasaré a pedir hora.

Estoy decidida y, a pesar de ello, un cosquilleo extraño en el pecho, como una presión, no me deja respirar hondo; supongo que serán los nervios. No voy a decir nada a nadie, ni a mi familia, ni siquiera a Xenia ni a Evelyn. Hablaré hoy con Oriol y le avisaré de que tampoco abra la boca, no hace falta alertar a nadie, ni quiero opiniones, ni... se abre la puerta de mi despacho sin llamar y levanto la vista para encontrarme a Xenia, que me sonrío, cierra la puerta y se acerca a mí, con los brazos abiertos. ¡Oh, no! Oriol ya se ha ido de la lengua.

—¡Hola cariño! —me abraza y me besa las mejillas —ya nos explicó ayer Oriol, lo de tu embarazo.

—¿Nos?

—Si, a Biel y a mí, vino a casa por la noche y nos explicó vuestro... problema... ¿Has pensado bien lo que vas a hacer? Y antes otra cosa, que me da vueltas a la cabeza desde ayer... ¿Sería posible que Oriol y tu acabarais juntos? Algo debió significar la noche en que os acostasteis ¿no?

—Lo de esa noche, querida, no lo entenderá nunca nadie. Va a ser para siempre un expediente X sin resolver. Es un misterio y yo, personalmente, le echo la culpa al alcohol, no le encuentro otra explicación. Tú eres muy fantasiosa y te puedes montar una historia de amor en dos minutos, pero yo no. No se trata de eso. Solo fue atracción física, un calentón y ya está. ¡No volverá a pasar!

—¡Nunca digas nunca jamás! Ya sabes, a veces la vida nos da sorpresas.

—Mira Xenia, desde ayer no he parado de darle vueltas y creo que lo mejor es abortar y se acabó el problema. Con Oriol nunca podré tener nada serio, ya sabes cómo es: Un crío. Cada semana un ligue diferente, siempre con sueños imposibles, solo pendiente de salir, sin responsabilidades. Ni las tiene, ni las quiere.

—¿Y tú? Hacía tiempo que no estabas con un hombre, a no ser que me hayas ocultado más relaciones.

—No, que va. Ya hacía casi un año ¿recuerdas? Salí durante unas semanas con aquel que conocí en las vacaciones, pero duró lo que duró. No tengo mucho tiempo para hacer vida social. ¡Imagínate, para cuidar a un bebé!

—Eso no me convence. A ver Adele, no quiero hacerte cambiar de opinión, pero sí, que te atrevas a imaginar, que ocurriría si lo tuvieras.

—Eso si se te da bien —Xenia va a soltarme uno de sus discursos y me dispongo a escucharla.

—Vale, pues deja volar tu imaginación, como voy a hacer yo ahora. Mis palabras pueden coincidir con las tuyas o no. Pero eres mi amiga y voy a detallarte, las posibilidades que se me ocurren, tanto a nivel práctico, como emocional.

—Adelante, te escucho.

—Mira, esto es como hacer una de tus listas. Imagina una página dividida en dos y las vamos a ir llenando de lo bueno y lo malo, lo mejor y lo peor, los pros y los contras.

—Lo peor es lo más fácil; en eso puedo ayudarte, no necesito imaginar demasiado; familia mono-parental, todo el trabajo para mí. Horarios de trabajo estresantes y poco tiempo para dedicar a un hijo. Problemas desde el minuto uno, dejando aparte el embarazo y el parto, que no debe ser ningún camino de rosas. Un montón de cosas que debería estudiar antes, ya que no tengo ni idea de cómo ser madre. El padre de la criatura, que dicho sea de paso, es otra criatura inmadura, que muy posiblemente, no se haría cargo de nada y se olvidaría de que tiene un hijo... ¿sigo?

—No hace falta. Todo lo que me cuentas, son hechos... pasará esto o lo otro. De acuerdo. Te has dejado la parte emocional, pero antes de eso, te diré que algunos de los problemas que planteas, son los que tienen millones de madres solteras y con mucho menor poder adquisitivo que el tuyo. Siguiendo esa línea, puedes pagar perfectamente una canguro o una guardería, pero a la vez, tienes la posibilidad de reducir tus horarios, si delegas más en la gente que tienes a tu cargo. Estás acostumbrada a abarcar demasiado, solo es

cuestión de cambiar un poco las prioridades. Aparte, claro está, de que la empresa es tuya, por lo que también puedes optar, por traerte al bebé y su canguro a la oficina y verlo más a menudo. Sobre el hecho de que no sabes ser madre, entiende que no es algo que se aprenda en una universidad, solo en la de la vida. Nadie nace enseñado, y a las madres las guía, en muchas ocasiones, el instinto. Una madre adivina en cada momento que es lo mejor para su hijo. Pueden equivocarse, pero eso está incluido en el lote. Nadie tiene a los padres perfectos, ni falta que hace. Esos errores, se suplen fácilmente con algo que es gratuito y nace de sus corazones como cuando un río se desborda: el amor que les tienen. ¿Has pensado en ello? ¿En un ser nacido de tus entrañas, al que poder amar incondicionalmente y para siempre? Porque esa debe ser la parte mejor de todas. Eso y verlo crecer, empezar a hablar, dar sus primeros pasos, echarle una mano cuando lo necesite, acompañarle en los buenos y malos momentos... no quiero idealizarlo Adele, seguro que los malos pueden ser muchos. Pero una nueva vida, puede llenar muchas carencias también y te ofrece la posibilidad de regalar un amor muy especial, para toda la vida.

—¡Joder Xenia! Algún día serás una madre genial, estoy segura. Es posible que yo no lo sea nunca. Si tuviera una pareja estable, es posible que todo lo que me estás diciendo, no hiciera falta, porque sería la mujer más feliz del mundo. Pero estoy sola.

—Que no tengas pareja, no significa que estés sola. Me tienes a mí, a Evelyn, a Cody y a tu familia, aunque estén un poco lejos. Y, al fin y al cabo, también tienes a Oriol. Ya sé que ayer se lo tomó todo muy mal, te hizo preguntas ofensivas y se comportó como un gorila, pero te aseguro que está arrepentido y quiere hablar contigo y pedirte perdón.

—¿Le estás allanando el camino, cielo? Por muy amigos que seáis, no vas a hacer que le perdone así como así. Me sentaron muy mal sus preguntas y sus comentarios. Y si quiere hacer las paces, va a tener que arrastrarse un poquito.

—Me sabe mal, pero se lo merece. Pobrecillo, ayer estaba hecho polvo...

—¡Xenia! ¡Basta ya! —creo que es hora de dejar esta conversación, me está revolviendo las tripas —vamos a ponernos a trabajar de una vez. Te prometo que pensaré en lo que me has dicho y sopesaré mis opciones. Ahora, vete.

Enciendo el ordenador y miro mi agenda. Tengo dos reuniones esta

mañana, pero esta tarde, acabo pronto. Al abrir el correo electrónico, veo acumulados casi treinta mensajes... ¡Uf! Manos a la obra.

Al echar un vistazo a los emails por encima, para ver quién los envía, veo que tengo tres de Oriol. Los tengo en vista previa, para ojearlos, antes de abrirlos. Si no son urgentes, los voy dejando en la cola.

Me llama la atención el asunto de uno de los de Oriol “*Disculpas*”.
¿Piensa disculparse conmigo por email? ¡Ja! ¡Lo tiene claro!

Miro por la vista previa, me puede la curiosidad, y lo leo.

“Hola Adele, se que ayer tuve una reacción exagerada contigo y quiero disculparme; dime, por favor, si me dejas invitarte a comer a mediodía y hablamos. Oriol”

Como todavía es pronto, ni siquiera voy a abrir el correo; es muy posible que le dé lo mismo o incluso, que se alegre si le digo que no. Pero no lo voy a hacer, tengo ganas de verlo sufrir un poco, intentando disculparse. No se lo voy a poner fácil y lo voy a llevar a un restaurante de los caros; las oficinas están en la Diagonal y aquí, hay unos cuantos de esos, que además, no le gustan en absoluto. Oriol siempre prefiere ir a sitios más normales, no a restaurantes pijos, de esos en los que los camareros parecen observarte todo el tiempo, para llenarte las copas en cuanto das un sorbo o retirarte las migas del pan, si caen al lado del plato. ¡Pues hoy lo va a disfrutar y a pagar, como que me llamo Adele!

ORIOLO

Es casi la una y Adele ni siquiera ha abierto el correo que le he enviado a primera hora. No la he visto en toda la mañana, he tenido que salir. Estoy dudando en si presentarme en su despacho o esperar un poco más, cuando me aparece el mensaje de “leído”, de mi correo de disculpas. Tamborileo los dedos sobre el escritorio, sin apartar la vista de la pantalla, esperando su respuesta... un minuto... dos... cinco. Estoy seguro de que lo está haciendo a posta; quiere ponerme nervioso. No se imagina, que no hace falta, porque ya lo estoy y la ansiedad es como una lenta tortura. Creo que cuando sientes temor ante lo que sabes va a llegar, notas un cierto alivio, cuando finalmente llega. Eso me ocurre cuando veo la respuesta.

“De acuerdo. Yo reservo la mesa y te paso a buscar a las dos. A.B.”

Falta más de una hora. Intentaré adelantar trabajo, tengo que hacer unas llamadas. A pesar de ponerme con ello, Adele no sale de mi cabeza ni a tiros. Esa última hora transcurre lentamente, cuelgo la última de mis llamadas y respiro hondo como intentando coger fuerzas, para lo que me espera. Como si la hubiera invocado, Adele se asoma a mi mesa, con semblante serio.

—¿Nos vamos?

—Claro —me levanto y cojo el casco.

—Deja eso, vamos andando, el restaurante no está lejos.

—Vale —tengo toda la impresión de que ella dirige y ordena y yo la sigo como un perrillo faldero, cosa que no me está gustando nada. Me muerdo la lengua y la sigo a la salida.

Adele, gira a la izquierda al salir y empieza a andar a paso rápido por la ancha acera de la Diagonal, sin ni siquiera mirar si voy detrás. En dos zancadas me planto a su lado y la miro de reojo.

—¿No piensas dirigirme la palabra?

—Eso es lo que vas a hacer tú, en el momento en que nos sentemos a la mesa. Creo que tienes la pelota en tu tejado, guapo.

Sigo pensando que es una bruja de la Edad Media, que ha conseguido viajar en el tiempo y que ha dejado su escoba voladora, escondida en el armario de su despacho. Cierto que le debo una disculpa por mis palabras de ayer... ¡pero es insoportable! Mejor cerrar la boca, de momento. Hacemos el

corto trayecto en silencio, los dos con las caras largas, seguramente cada uno imaginando las palabras que nos diremos y, por supuesto, las que nos callaremos.

Cuando veo dónde vamos a entrar, me freno en la puerta y la cojo del brazo.

—¿Has reservado mesa aquí? ¡Es el restaurante más caro de esta zona! ¡Platos de diseño, sales con más hambre del que entras y encima pagas un dineral!

—¡Creo que me lo debes! ¡Y vas a pagar tú, por cierto! —se suelta de mi brazo y sin esperar a que la siga entra al restaurante, cuya puerta se ha abierto como por arte de magia, aunque me fijo en que a un lado, un conserje uniformado le hace una reverencia y pregunta por la reserva.

Como no encuentro otra opción, camino tras ella y nos llevan hasta un pequeño reservado, apartado del comedor principal por una especie de biombo, que proporciona algo más de intimidad.

—Ya he pedido la comida por teléfono, mientras la traen, puedes empezar a hablar —realmente está muy cabreada.

La he visto enfadada muchas veces, pero nunca soltando tanto veneno en sus palabras y con una mirada parecida al hielo del ártico. Se cruza de brazos y levanta la barbilla, como una reina ante sus súbditos. He de reconocer que, en el fondo, esa seguridad en sí misma, siempre me ha parecido atractiva.

—De acuerdo, aunque no me gusta que pidas la comida por mí, y menos, si voy a pagar yo —no he empezado bien, Adele entrecierra los párpados y casi veo los dardos que salen disparados en mi dirección —perdona, no pasa nada. Quiero pedirte disculpas por mi reacción de ayer. No por la sorpresa, eso era predecible; yo no sabía que no tomabas anticonceptivos...

—¿Eso es una disculpa? ¿De qué te estás disculpando, concretamente? Porque no acabo de adivinarlo. Esfuérzate un poquito más, anda.

—Lo que estuvo fuera de lugar... —respiro hondo e intento hacerlo mejor, aunque me está costando mucho, mientras imagino cómo la estrangulo —fueron mis dudas en cuanto a mi paternidad. Lo siento ¿vale? Te conozco lo suficiente, para saber que no me mentirías en algo tan importante.

Parece que he conseguido que suavice tenuemente su expresión; no he derretido el hielo, pero he empezado a resquebrajarlo un poco, por lo que me decido a seguir.

—Ya sé que fuimos unos inconscientes, ni siquiera hablamos del tema aquella noche. Normalmente no soy un irresponsable.

—Yo tampoco. A la mañana siguiente, lo primero que hice fue pasar por una farmacia, y comprar una píldora del día después.

—¿Te olvidaste de tomarla?

—No; pero al cabo de poco rato, me encontré mal y acabé vomitando. No caí, en que la pastilla ya no haría efecto. Cuando pasaste ayer por mi despacho, me acababan de llamar del centro médico para decírmelo, debido a la analítica que me hice hace unos días. Todavía estaba temblando por la impresión, nunca hubiera imaginado una noticia como esa. Me da igual que me creas o no, esa es la verdad.

—¡Te creo Adele! —levanto las manos y cojo las tuyas, cuando veo sus ojos, donde el hielo se ha derretido del todo, y están brillantes de lágrimas contenidas. Descubro... vulnerabilidad— ¡Te creo, de verdad!

—De acuerdo, disculpas aceptadas —noto como se recompone en un segundo —hoy o mañana, voy a pedir hora en una clínica para abortar. Es lo mejor.

No entiendo porque razón, esas palabras, en vez de tranquilizarme, me causan una especie de desazón. Me sabe mal, que tenga que pasar por ese trago.

—Te acompañaré. No quiero que vayas sola.

—No hace falta, Oriol. Además, quiero ir sola. Xenia se ha ofrecido a acompañarme si finalmente decido hacerlo.

—¿Si decides hacerlo? ¿No lo tienes claro?

—¡Si, si! Lo tengo claro. Pero si alguien viene conmigo, será ella, no te lo tomes a mal. Al fin y al cabo no somos pareja.

—¿Por qué me excluyes tan fácilmente? ¿de algo ha de servir que yo sea el padre!

—¡No eres el padre de nada, ni yo soy madre! ¡Solo es un error que hay que solucionar! ¡Hazte a la idea de que ni siquiera hemos hablado de esto y vamos a olvidarlo!

Oírla hablar con esa frialdad, me duele, ni siquiera se la razón. En ese momento nos traen el primer plato, justo cuando veo escaparse una lágrima, que se desliza por su mejilla.

El conato de compasión y ternura, que he sentido durante un segundo, se disipa como las nubes con el viento, en cuanto miro mi plato.

—¿Me has pedido carpaccio de ternera?! —no me lo puedo creer, esta mujer es maligna— ¡Sabes de sobra, que no soporto la carne cruda!

La miro muy cabreado y veo como le cambia el semblante y aprieta los

labios, conteniendo una carcajada, que suelta al no poder reprimirla. Al fin le sonrío, me quedo con hambre e interpreto, que por fin ha aceptado mis disculpas y que volvemos a estar como siempre. O sea, como el perro y el gato. Y yo, un poco más pobre, después del atraco del restaurante.

ADELE

Han pasado unos días desde mi comida de disculpas con Oriol. Hoy he salido pronto del trabajo y no quiero postergar más mi decisión. Me voy a casa, donde se que estaré sola. Evelyn se ha quedado en la oficina; tenía una fiesta de cumpleaños en el nuevo local. La hemos dejado al mando, la fiesta es para niños de seis años y lo puede hacer perfectamente.

Entro en casa, me saco los zapatos, dejo el bolso y me siento en el sofá. Tengo el móvil en la mano y el número de la clínica grabado en mis contactos. De pronto, me encuentro en un momento trascendente, solo acompañada del silencio y de mis propios pensamientos. Cierro los ojos y el rostro de un bebé sonriente se cuele en mi visión, justo tras los párpados y me desestabiliza completamente. Una presión en el pecho, amenaza con cerrar mi garganta, por lo que inhalo buscando aire para llenar mis pulmones, que peligran con colapsar. Cierro los ojos e intento tranquilizarme; todo parece muy fácil, cuando las personas te dan consejos y opiniones. Pero como suele pasar, el que vive el problema, sea cual sea, es el que sabe cómo le hace sentir. Cada persona es diferente, somos muy parecidos en nuestras reacciones, pero somos únicos. Enfrentarme conmigo misma, mirarme al espejo, sopesar mis opciones, es un ejercicio que practico con asiduidad. Pero nunca hay en juego nadie más que yo misma. No quiero pensar en mi vientre, como en alguien más, pero no puedo dejar de hacerlo.

En un arrebato de pragmatismo, me reprendo a mí misma por mis figuraciones y marco el número sin querer pensar más. Me atiende una voz femenina muy amable y me da hora para una visita y posterior intervención. Le comunico que tengo los resultados de una analítica muy reciente y me dicen que ya servirá para no tener que hacer otra. Mañana mismo puedo ir a primera hora, ya me han pedido que acuda en ayunas.

Como los nervios se han apoderado de mí, decido meterme en la ducha para intentar relajarme. Nunca hubiera pensado que decidir algo así, me provocaría miedo, indecisión o sentimiento de culpabilidad. Siempre he sido partidaria de decidir sobre mi cuerpo y es lo que estoy haciendo, pero mientras el chorro de agua cae sobre mi cabello y algunas lágrimas se mezclan con ella, mi mano acaricia mi estómago y baja hasta mi vientre, un gesto de

protección sin sentido.

—Hola Xenia —voy a avisar de que mañana no acudiré a la oficina, pero no quiero informar a nadie de mi visita a la clínica, ya se enterarán cuando todo haya pasado —perdona que te llame tan tarde.

—No pasa nada Adele, ya lo sabes ¿estás bien?

—Sí, estoy bien —no me gusta mentir, pero ahora mismo es una medida desesperada —mañana no vendré por la oficina, me ha llamado un cliente hace un rato y voy a salir de la ciudad. Tengo una reunión fuera, parece que por un evento importante y durará todo el día.

—¿Vas tu sola? ¿No te acompaña nadie de la oficina?

—Si, voy sola. Todavía no vamos a firmar ningún contrato, solo voy a tomar notas de lo que quieren para poder prepararles un presupuesto. Solo es una primera toma de contacto, ya te lo explicaré —una mentira lleva a otra y hacerle esto, precisamente a Xenia, no me gusta.

—Vale, tranquila, si necesitas cualquier cosa, nos llamas.

—De acuerdo, hasta el sábado —me voy a despedir cuando Xenia me interrumpa.

—¡Adele, espera! no es necesario que vengas el sábado, quédate descansando. Llevamos un buen equipo para las bodas de oro de los Puig y todo está controlado.

—Puede que tengas razón —reconozco, que necesitaré unos días para poder sentirme al cien por cien —entonces nos vemos el lunes.

Cuelgo y oigo la llave en la puerta de entrada. Evelyn ya llega y no quiero que se preocupe por mí. Ensayo mi mejor sonrisa y la recibo como si no pasara nada. Pero esta chica tiene un sexto sentido para detectar los estados de ánimo.

—Hola Adele ¿Qué haces levantada tan tarde? ¿No puedes dormir?

—Ahora mismo me iba a la cama, estoy cansada. Acabo de hablar con Xenia, la he llamado a casa para decirle que mañana no iré a la oficina, tengo una visita fuera con un cliente.

—¿Vas mañana a abortar? —me quedo congelada, no entiendo cómo ha podido adivinarlo y el silencio se extiende mientras nos miramos.

—Si —es una tontería negarlo.

—Te acompañaré, no quiero que vayas sola —Evelyn se acerca y pasa su brazo sobre mis hombros.

—No pasa nada Evelyn, tú tienes trabajo mañana y me será más fácil hacerlo si estoy sola, de verdad. No te preocupes por mí.

—Pero es que...

—¡No te preocupes! En serio —intento tranquilizarla —iré a primera hora, les llevaré los resultados de mi analítica y mi revisión en la clínica y me practicarán un legrado por succión. Son cosas que pasan cada día, no vamos a darle más importancia.

—Como quieras, pero prométeme, que después vendrás directa a casa en un taxi y harás reposo. En cuanto salga del trabajo vendré directa aquí para estar contigo.

—Te lo prometo —solo pensar en el día que me espera, la preocupación, un ligero temor y una intranquilidad invasiva, me hacen cerrar los ojos — ahora me voy a la cama. Tú deberías hacer lo mismo.

Me levanto y Evelyn lo hace conmigo para abrazarme.

—Cuenta conmigo para lo que quieras —se acerca a mi oído y me habla bajito —me has salvado la vida, Adele. Me has rescatado de un pozo muy hondo del que no sabía cómo salir. Te debo tanto, que no soy capaz de calcularlo, porque para mí, el resultado es infinito.

—Solo he hecho lo que me dictaba el corazón —la miro y le sonrío con cariño— Eres una de mis mejores y más antiguas amigas. Serlo desde los cinco años, crea unos lazos indestructibles y un conocimiento de la otra persona, que nunca llegas a tener, de amigos que lo son desde los veinte o treinta años. La niñez une mucho y tú siempre estuviste conmigo, hasta en mis recuerdos más antiguos. Y hubieras hecho lo mismo por mí.

Paso la noche con pesadillas que me agitan, me angustian y consiguen que por la mañana, el agotamiento me aturda. Evelyn se acaba de ir a la oficina, no sin antes darme un abrazo sentido y ya estoy a punto de salir a la calle. Hago el trayecto hasta la clínica, intentando mantener la mente en blanco, cosa harto difícil. Sobre todo cuando el rostro de ese bebé, se me aparece para martirizarme, en la vigilia y en el sueño. No sé cuál es la razón de tanto malestar.

Al llegar, me hacen esperar solo unos minutos y en seguida me llaman y me hacen entrar en una consulta. Se han quedado los resultados de mis pruebas, para pasárselos directamente al médico. Una mujer madura de cabellos canos, se encuentra al otro lado de la mesa y me ofrece la mano, para

saludarme.

—Veamos... Adele Brown. Está usted de... seis semanas. ¡Perdón! Ni siquiera me he presentado. Soy Pilar Hernández, psicóloga de planificación familiar. Normalmente, antes de pasar por un aborto quirúrgico, es necesaria una entrevista para valorar si usted está preparada mental y emocionalmente, para pasar por ello. Y sobre todo si está convencida. No suele tener buenas consecuencias arrepentirse después. Le voy a hacer primero unas cuantas preguntas, si le parece.

Me hace algunas preguntas bastante generales, que contesto casi sin pensar, hasta que llegan las más personales.

—¿Su embarazo es producto de una violación?

—¡No!

—No se sorprenda, hay muchos casos de violaciones no denunciadas, y abortos posteriores.

—Solo me ha extrañado la pregunta.

—¿El padre conoce su estado?

—Si, lo conoce.

—¿Cómo se siente usted? ¿Cuál es la razón de su decisión?

—Estoy nerviosa, algo alterada. La razón es... —¿por qué me cuesta expresarme? —bueno, que no estoy preparada para tener un hijo. Ya tengo suficientes responsabilidades, mucho trabajo, dirigir una empresa de eventos todos los días de la semana. Si tuviera un hijo ahora, ni siquiera podría contar con el padre. Estoy sola.

—¿Se lo ha preguntado?

—¡No hace falta, es un niño grande! Es una buena persona, no se crea, pero somos del todo incompatibles. Pero solo pensar en tener un hijo ahora, a pesar de que tengo treinta y cinco años y es una buena edad, me da mucho miedo. No me veo capaz de ejercer de madre, además de tener una plantilla de casi treinta personas, que sigue dependiendo de que les dé trabajo. Esta noche he soñado ¿sabe? Con un bebé precioso, que me creaba una gran ansiedad, pero que me miraba con unos ojos azules casi transparentes, iguales a los míos y parecía querer decirme algo con la mirada, mientras agitaba sus manitas —dejo de hablar y me doy cuenta de que gruesos lagrimones, resbalan por mis mejillas. La psicóloga me observa.

—Adele, por todas las respuestas que me ha dado, veo en usted a una mujer emocionalmente estable, con un yo fuerte y una plasticidad defensiva suficiente para enfrentar la ansiedad que produce un aborto. Es posible que

pueda superarlo sin cicatrices emocionales destacables; pero también veo en usted una necesidad, que no quiere reconocer, una especie de carencia que desea llenar, en contradicción con su decisión. Si cabeza y su corazón, no podría asegurar, que estén en sintonía. Podemos hacerlo hoy mismo, o si lo prefiere postergarlo una o dos semanas. Usted decide, solo le aconsejo que no se precipite.

—Eso me dijo una de mis mejores amigas.

—¿Tienen buenas amigas?

—Las mejores —pienso en Xenia y Evelyn y sonrío entre las lágrimas.

—Entonces no está sola.

ORIOLO

Hoy Adele no ha venido a la oficina; Xenia me ha dicho que tenía una entrevista un poco lejos y ya no pasaría por aquí. Tampoco vendrá al evento de mañana. Eso es extraño en ella; si puede, está siempre en medio de todos los trabajos dirigiendo y orquestando, como sólo ella sabe hacerlo. Tiene un don de mando indiscutible, a pesar de que a veces me provoque, hasta conseguir por mi parte un saludo militar, que me consta que odia.

Tengo un desasosiego interno que no se concretar, como un efecto de vacío que me provoca algo de vértigo. A pesar de que Adele vaya a abortar, saber que entre los dos hemos creado lo que podría ser un nuevo ser, me produce un hormigueo en el pecho, que se expande hasta provocarme picores, parece una reacción alérgica... debe ser eso, porque si su opción fuera otra y decidiera seguir adelante, no sé cómo podría responder. Me ha dejado tan al margen, sin querer siquiera que la acompañe a la clínica cuando vaya, que no creo que pudiera implicarme en nada. Pero como no es el caso, mejor me centro en mis cosas.

Se me ocurre llamar a Biel y quedar con él a mediodía para comer juntos. Xenia está ocupada hoy con sesiones fotográficas de prueba para un par de bodas y no saldrá a comer fuera.

Mi hermano accede y quedamos a la una y media, a medio camino entre su trabajo y el mío. Con la moto estoy en quince minutos.

Nos encontramos y decidimos comer en una terraza. A pesar de estar a finales de octubre, hace una buena temperatura y es de esos días en que el sol apetece. Pedimos un par de menús.

—¿Te pasa algo, Oriol?

—No ¿por qué? —ya me esperaba esta pregunta, pero no sé ni que decirle.

—Bueno, no es muy normal que quedemos a mediodía. Hace siglos que no lo hacíamos.

—Ya... —me quedo con la mirada perdida mirando el tráfico —pues no sé qué decirte; estoy algo perdido, alterado.

—¿Es por el embarazo de Adele?

—Supongo. No quiere que la acompañe cuando vaya a abortar. No me

gusta que vaya sola, pero es muy cabezota.

—¡Ostras! —me extraña la expresión de Biel y frunzo el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué haces esa cara?

—A ver, como te lo digo. Es que me he enterado de algo esta mañana, de un dato que ni siquiera debería conocer. Pero como creo que tienes derecho saberlo, te lo voy a decir, a riesgo de que mi mujer se cabree conmigo.

—¿Qué pasa, Biel? —ahora sí que me estoy preocupando, no me gusta que me oculten cosas, ni que me mientan.

—Parece ser que ayer cuando Evelyn llegó a casa, Adele ya tenía hora para ir hoy a la clínica.

—¿Hoy? ¡No puede ser! Adele tenía una visita... —acabo de darme cuenta de que eso no es cierto— ¿Ha ido a la clínica esta mañana?

—Sí, pero no quiso que Evelyn la acompañara tampoco, ni que se lo dijera a nadie. Pero al encontrarse con Xenia en el trabajo, no ha podido contenerse y se lo ha explicado porque estaba preocupada. Xenia me ha llamado hace un rato, me lo ha explicado y me ha dicho que llegaría tarde hoy. Quería pasar por casa de Adele, junto con Evelyn. Han decidido que no puede estar sola y que estarán con ella, para cuidarla y echarle una mano.

—¿Y porque yo no sabía nada? —de pronto me he puesto muy nervioso, sabiendo que está pasando por el mal trago ella sola— ¿Sabes a qué clínica ha ido?

—No, pero le podemos preguntar a Xenia; espera que la llamo.

Biel coge su móvil y llama a Xenia que contesta enseguida.

—Hola cariño, estoy comiendo con Oriol —se queda callado escuchando un momento —le he dicho lo de Adele, tenía derecho a saberlo —otro silencio algo más largo —Xenia, cielo, entiendo lo que dices, pero Oriol es mi hermano y el responsable, junto con Adele, de que tengan que pasar por esto o sea que solo necesito el nombre de la clínica, para que Oriol pueda ir o llamar.

—Pásamela —le alargó la mano para que me deje el móvil —Hola Xenia, escúchame. Si Adele ha ido a abortar hoy y lo está pasando mal, comprenderás que me siento fatal si no la apoyo mínimamente. Lo menos que puedo hacer es estar a su lado. ¡O sea que dime a que clínica ha ido o la amistad que nos une desde hace años, se resentirá gravemente y lo digo en serio! —parece que mis duras palabras han surtido efecto y me da los datos. Le vuelvo a pasar el móvil a Biel que se despide.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento llamar a la clínica para saber si sigue allí. Si ya no está, ir a su casa, ahora mismo.

Busco el número en internet y al contactar con la clínica, me indican que ya no está en la consulta y que se ha marchado hace horas. Me impaciento y decido dejar la comida a medias, ya que una urgencia repentina, me hace salir pitando.

—Lo siento Biel, no ha sido una comida muy tradicional, pero tengo que ir a ver a Adele.

—No te preocupes, vete tranquilo, lo entiendo. No te olvides de que el domingo tenemos comida familiar. Les vamos a decir a papá y mamá lo de nuestra boda. Ya hemos puesto fecha, será el veinticinco de mayo.

—¡Vaya! Esto se va haciendo real ¿eh? —me alegro por él —no vas a salir corriendo ¿no?

—¡No digas tonterías! —Biel sonríe y sé que está pensando en Xenia. Se le ve tan feliz, que no puedo evitar que un atisbo de envidia me asalte por sorpresa.

—Hasta el domingo entonces. Dile a Xenia que siento haberle hablado así, pero necesitaba su ayuda.

—Ya sabes que te perdonará rápidamente, aunque no sin antes ponerte un poco de morros y hacerse la difícil.

Llego a casa de Adele en media hora, que se me hace eterna ¿Y si se encuentra mal? O igual, me la encuentro llorando o deprimida o fría como el hielo, que sería lo más habitual. Mejor no adelantar acontecimientos. Llamo al portero electrónico, al sexto tercera y al cabo de un rato, cuando ya estoy a punto de insistir, escucho su voz.

—¿Qué haces aquí? —había olvidado que tiene cámara y me está observando ahora mismo.

—¡Abre Adele! —miro directamente a la cámara —por favor.

Espera unos segundos más, pero finalmente suena el pitido que me permite abrir la puerta. Cojo el ascensor y llego hasta la puerta cerrada de su piso. Vuelvo a llamar con insistencia.

—¡Ya voy! —abre de golpe y me la encuentro con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Va vestida de estar por casa, con un pantalón de chándal gris y una camiseta roja. No sé porque razón, en cuanto no lleva uno de sus serios trajes puestos, me entran ganas de darle un bocado. ¡vaya cosas para pensar ahora mismo!— ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Me acabo de enterar de que has ido hoy a

abortar. Siéntate ahora mismo, mientras hablamos.

—¡Caray! ¡No hay nadie que pueda mantener la boca cerrada!

La veo de pronto nerviosa, alterada, me mira fijamente y se adentra en el piso para sentarse en el sofá. Me acomodo a su lado, apoyo los codos en mis rodillas y la miro a los ojos.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a ir hoy? Quería acompañarte. No deberías haber ido sola.

No dice nada y sus ojos se humedecen. Creo que nunca la había visto tan vulnerable ¿Dónde está la Adele fuerte, valiente, enérgica y entera que conozco? ¿Por qué parece un cervatillo asustado? Entonces caigo en que ha pasado por una situación muy difícil hoy y es normal que esté abatida o deprimida.

—Adele, solo quiero que sepas que me tienes a tu lado, que te podría haber acompañado, que no me gusta que me dejes de lado en esto...

—¡Oriol! ¡Para, por favor! Es cierto, he ido a la clínica esta mañana con la intención de abortar, pero...

—¿Pero...? —un sudor frío me inunda, sin acabar de entender el significado de la palabra “intención”, ni de ese “pero...” que se ha quedado en suspenso. ¡No puede ser!

—No lo he hecho, Oriol. No he abortado. He decidido seguir adelante.

Oigo sus palabras, pero no soy capaz de procesarlas, me acabo de quedar en shock, como si una gran compuerta se hubiera abierto bajo mis pies. Me tapo los ojos con las manos y no soy capaz de reaccionar de ninguna manera, mi mente se ha vaciado de todo, ni una sensación, ni un pensamiento, ni una palabra... nada.

—¡Escúchame, por favor! Si he tomado esta decisión, ha sido solo pensando en mí y en mi hijo. No quiero que sientas que me debes nada, te eximo de cualquier responsabilidad. Ha sido una decisión unilateral y yo asumiré las consecuencias. No espero nada de ti.

—¿No esperas nada de mí? ¿Cuándo has esperado algo de mí? ¡Nunca me has visto más que como a un crío consentido, que se pasa la vida de fiesta en fiesta y que solo sabe dedicarse a sus caprichos! Nunca me has valorado en nada más. La noche que pasamos juntos solo fui un cuerpo al que agarrarse, debido al exceso de alcohol; pero podría haber sido cualquier otro ¿verdad? Ahora decides tener a tu hijo y ya me apartas, incluso antes de dejar que me haga a la idea. ¿Has pensado por un momento cual es esa idea? ¡Yo también voy a ser padre, lo quieras tu o no! Porque según me aseguraste ese hijo es

mío ¿no?

—¡Ya sabes que sí! ¡Me has entendido todo al revés, Oriol! ¡No te estoy diciendo que no puedas ser su padre! Tienes derecho a ello y no me voy a interponer. Tenemos mucho tiempo para hablar de esto, algo más de siete largos meses. Mejor vete ahora y ya hablaremos en otro momento.

—Espera, necesito saber algo más. Cuando hablamos de esto, estabas completamente convencida. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—Es difícil de explicar...

—¡Inténtalo! —necesito algo a lo que agarrarme, quizás sus razones me den un asidero, que ahora no encuentro.

—Estos días que han pasado desde que me enteré, no he dejado de pensar en ello. He hecho listas con los pros y los contras, lo he comentado con Xenia y Evelyn, he imaginado todas las situaciones concebibles, el embarazo, el parto, vivir sola con una criatura, el trabajo absorbente que tengo, el control que necesito en todo y que puedo perder. Todo. Pero las situaciones no lo son todo; las listas no incluían algo importante: mis sueños. Cada día al despertar, quedaba un rescoldo de mis sueños más recientes y en ellos, veía una carita inocente de un bebé precioso que me sonreía. Y entonces, supongo que un instinto maternal, que nunca hubiera imaginado tener, me hacía anhelar ese sueño, tocaba mi vientre y empezaba a sentir una conexión inexplicable — hace una pausa y me mira a los ojos— En mi vida ha existido, desde hace mucho tiempo, un vacío que no he sabido llenar, una ausencia de algo intangible. Esa no es una razón ni una excusa, solo que de pronto, me he dado cuenta, de que puedo amar. Puedo darle a mi hijo, lo mismo que mi madre me dio a mí y es entonces, cuando soy consciente de que el trabajo, los horarios, los inconvenientes del día a día, se pueden solucionar. Al fin y al cabo, estoy sana y tengo medios, un buen trabajo y un piso en el que cabrían cuatro hijos. Puedo elegir, no puedo saber si me estoy equivocando, pero tengo treinta y cinco años y es posible de que si dejo pasar esta oportunidad, si decido que solo sea un error, me arrepienta toda la vida. Lo he meditado Oriol, he decidido y voy a seguir adelante, lo siento como mi destino, como un accidente fortuito, que puede acabar siendo maravilloso. Pero todo lo que te explico es personal y mío. Te dejo total libertad, para actuar y sentirte como quieras al respecto; te he dicho que no espero nada, no porque no quiera nada de ti, sino porque no te voy a obligar, a coaccionar, a imponer nada que tu no quieras. Solo espero que te sientas libre en este nuevo rol. Yo he decidido. Tú has de hacer lo mismo.

Y tras ese discurso tan lleno de contenido, de incógnitas y de sentimientos, mi cabeza se vuelve a llenar, solo para encontrar un barullo de hilos entremezclados lleno de nudos, que espero deshacer algún día. Estoy tan confuso y desorientado, tan perplejo y aturdido, que no atino más que a levantarme, hacerle un gesto a Adele con la mano y salir por la puerta.

Solo la música, me ayuda a poner mis ideas en orden, por lo que mi destino es la soledad de mi piso y mi querida guitarra. La antigua, la que está rallada y se desafina continuamente, esa que en mis manos, se convierte en el mayor consuelo. En el alivio que me devuelve la razón. Solo la magia de la música, puede devolverme algo del sosiego que necesito, y que parece que he perdido en tan poco tiempo.

PARTE TERCERA —LOS MESES ETERNOS

ORIOI

Para acabar de rematar el maravilloso fin de semana que estoy pasando, después de un sábado del que no puedo explicar nada, salvo que estuve trabajando en una boda como un autómeta, existiendo de una forma mecánica y pasando las horas sin conseguir sacar a Adele de mi cabeza, llegamos al domingo, con comida familiar, incluida.

Xenia estuvo trabajando conmigo en la boda y no pudimos casi hablar, pero hubo un momento antes de recoger, en que me llevó aparte.

—Oriol ¿Qué te pasa? —me miró con esa cara de preocupación sincera, que no miente nunca.

—Ya hablaremos Xenia; solo puedo decirte, que voy a ser padre y no estoy preparado, ni sé como he de tomármelo.

—Ven a casa cuando quieras, sabes que nos tienes para lo que quieras a Biel y a mí.

Los voy a ver en un momento, ya estoy llegando a casa de mis padres, pero no es un día para sacar el tema, hoy la noticia es su boda y mis padres lo celebrarán. Sé que quieren a Xenia, siempre ha sido mi mejor amiga, la conocen desde hace muchos años y serán felices al ver a su hijo mayor casado con ella. Aunque seguramente, de quien esperaban justamente eso, era de mí.

Pero la vida es así... Biel y Xenia se van a casar y yo... voy a tener un hijo. ¡Joder! ¡Si es que solo pensarlo, se me corta la respiración!

Llamo a la puerta y abre mi madre, que se acerca sonriente, me coge de las mejillas como cuando era pequeño y se acerca a besarme.

—¡Hola, mi niño! ¡Pero qué caro eres de ver! —le doy un abrazo sentido, de esos que aparecen escasamente, pero ha sido como buscar refugio, como cuando era pequeño.

—Hola mamá ¿Ya han llegado Biel y Xenia? —mi madre me mira escrutadora a los ojos y me da a entender que ha detectado algo diferente en mi.

—Si, están en la cocina con tu padre. ¿Te ocurre algo cariño?

—¡No, tranquila! —le paso el brazo por los hombros y la acompaño al comedor, donde el resto de la familia acaba de entrar.

Nos saludamos todos y no dejo de notar el apretón de la mano de Xenia

en mi brazo, como queriendo darme ánimos.

Charlamos un rato de todo y nada y nuestros padres nos explican sus nuevos proyectos. Están a un paso de jubilarse, pero cómo médicos entregados que son y habiendo pasado varios años aportando su ayuda en los países donde más los han necesitado, ahora se dedican a aconsejar y asesorar a médicos y personal sanitario, que empiezan ese mismo trabajo solidario y que viajarán a países pobres o en conflicto. Siempre se han entregado de lleno y son dos personas admiradas por quienes los conocen. Me quedo escuchando y me siento orgulloso. No siempre había sido así, los he echado de menos muchas veces, incluso los he culpado en algunos momentos. Pero creo que cada vez los entiendo un poco más.

La comida ya está lista y nos sentamos a la mesa. El almuerzo es distendido y me siento un poco fuera del comedor, como si flotara desde el techo y lo viera y escuchara todo a distancia. Mi cuerpo está aquí, pero yo estoy... no tengo ni idea de donde estoy, ese es el problema.

Hasta que llegamos al postre y Biel da unos golpecitos con la cucharilla en la copa de vino. Mis padres lo miran expectantes.

—¡Familia! Un segundo de atención —coge la mano de Xenia y le guiña un ojo —tenemos una noticia que daros.

—¿Estás embarazada? —la impaciente ha sido mi madre como es de suponer.

—¡Mamá! —Biel la mira medio riendo mientras Xenia niega con la cabeza —vamos a hacer las cosas en el orden correcto —noto como enseguida se arrepiente de sus palabras y me mira de reojo, pero niego con la cabeza y le sonrío, quitándole importancia —¡La noticia es que Xenia y yo, nos casaremos a finales de mayo! Para ser exactos el día veinticinco.

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro! ¡Hacéis una pareja perfecta y vais a ser muy felices! —a mi madre le brillan los ojos.

—¡Felicidades a los dos! —mi padre se levanta a darle un abrazo a Biel y un beso a Xenia —vamos a brindar por tan maravillosa noticia.

Llenamos las copas de cava y brindamos por la felicidad de la futura pareja. Sigo estando solo a medias en esta sala, sin acabar de ubicarme en mi propia realidad. Hasta que mi madre, suelta las palabras mágicas, que me hacen hablar antes de pensar.

—¡Por un momento había creído que me ibais a hacer abuela! No tardéis demasiado, ¡Tengo unas ganas enormes de malcriar a un nieto!

—Por eso no te preocupes —las palabras me salen solas ¿para qué

ocultarlo? —vas a tener uno, en menos de siete meses.

Entre la algarabía de la celebración de la boda, se hace el silencio más absoluto, durante unos segundos. Creo que los cerebros de mis padres están procesando la información y Biel y Xenia, me miran preocupados sin saber que decir. Paso la vista por sus caras, mirando uno a uno y algo dentro de mí, quiere reventar. Suelto una carcajada y no puedo parar de reír, aunque nadie me acompaña.

—Oriol, si es una broma, no tiene mucha gracia —mi padre es de pocas palabras, pero dice las justas —y si es cierto, no entiendo tu risa exagerada.

—Perdonar —me doy un respiro y me entran... ganas de llorar. Mis emociones son como una montaña rusa, paso de la exaltación al temor en un solo segundo —pero es cierto. Vais a ser abuelos y yo voy a ser padre.

—¿A quién has dejado embarazada? Porque no creo que haya sido buscado ¿verdad? No nos has dicho que salieras con nadie —mi madre me mira interrogante —quiero decir, salir con alguien, en serio, ya me entiendes. ¿Una de tus amiguitas de fin de semana?

—¡Mamá! —vuelve el silencio esperando mis explicaciones —la madre es Adele, ya la conocéis.

—¿Tu jefa? ¿La amiga de Xenia? ¡Ahora sí que no lo entiendo! Las pocas veces que te he oído hablar de ella, era para echar pestes; no parecía que te cayera muy bien.

¿Qué espera mi madre que le explique? ¿Qué me volví loco al escucharla cantar con aquella sugestiva voz? ¿Al verla con aquel ajustado y corto vestido morado? ¿Qué el alcohol nos convirtió en dos chiflados lunáticos? ¿O que la deseo desde siempre, pero nunca me he atrevido más que a pincharla a todas horas? Ese último pensamiento me sorprende a mí mismo y me decido por la respuesta más fácil.

—No sé qué ocurrió, fue solo una noche en la que habíamos bebido demasiado y se nos fue de las manos.

—Y ¿Cómo pensáis afrontarlo? ¿Juntos?

—¡No! Adele es una mujer muy independiente y no me necesita para nada. No somos pareja ni lo vamos a ser. Ha decidido tener ese hijo, después de pensarlo mucho y ya me ha dicho que no espera nada de mí.

—Hijo... —mi madre me mira casi con compasión —eso te ha dolido ¿no? Seguramente no te conoce lo suficiente... me refiero al Oriol de verdad, al que hay bajo las capas de despreocupación, fiestas, motos y tatuajes. Ha de saber mirar a través de todo eso, para saber que vales la pena. Los que

estamos aquí, lo sabemos.

—Oriol, seguramente yo soy la que mejor conozco a Adele —Xenia me coge la mano —y puedo decirte de ella, que tiene una coraza aún más gruesa que la tuya. Es una mujer fuerte, decidida, emprendedora, orgullosa... pero te aseguro que tiene su corazón. Te voy a confesar algo, que percibo en ella; se siente sola. Es tan independiente, que de forma inconsciente a veces aparta a los demás de su lado. Pero te daré un consejo: hay que insistir.

—Gracias por el aviso Xenia, pero a lo mejor, yo no quiero acercarme demasiado. Aún he de pensar en lo que significa todo esto, en cómo va a afectar mi vida.

—Espero que no intentes, mantenernos a tu padre y a mí, alejados de la criatura. Si somos sus abuelos, tenemos derecho a disfrutarlo ¿no?

—Marga —Xenia se dirige a mi madre —conozco a Adele lo suficiente, para saber que no pondrá impedimentos a nadie con respecto a su hijo. De hecho, seguro que agradecerá la ayuda de todos nosotros, que en definitiva seremos su familia también. Aquí nadie es ningún monstruo. Deberíamos serenarnos todos y tomarnos las cosas con calma, sobre todo Oriol y Adele. Tenéis una familia que os apoyará en lo que decidáis hacer. Y hacer un esfuerzo por llevaros un poco mejor entre vosotros, tampoco sería pedir mucho; solo pienso en el beneficio para el crío.

—Como siempre, tienes razón —me levanto de la mesa y cojo mi cazadora de cuero y el casco —no os enfadéis conmigo, pero creo que empiezo a darme cuenta de que esto es real y necesito digerirlo. Me voy ya, nos vemos otro día.

—Oriol —mi madre se levanta y me abraza —hijo, piensa en una cosa. Lo que va a ocurrir es importante, dale las vueltas que quieras. Si necesitas hablar, sabes que nos tienes.

—Gracias a todos —levanto la mano en un saludo general para no alargarme —nos vemos pronto.

Salgo a la calle, cojo la moto y me dirijo hacia las rondas para salir de la ciudad. Al ser domingo a la hora de la sobremesa, las calles están poco transitadas y aprieto un poco más para ganar velocidad. Intento dejar la mente en blanco y lo consigo durante un rato, aunque acabo volviendo a mi piso, buscando mi guitarra y descansar mi mente en la música, mi consuelo.

ADELE

Han pasado algunas semanas desde mi decisión de seguir adelante con mi estado y afrontar el reto de convertirme en madre y, a pesar de no haberme arrepentido, las dudas sobre mil cosas me corroen por dentro a todas horas. De cara a la galería, funciono como siempre, o al menos es lo que dejo ver a los demás. Excepto Evelyn, que ha sido espectadora y apoyo de unos cuantos despertares complicados, que terminan irremediablemente vomitando en el baño. Espero que las náuseas desaparezcan pronto y pueda comenzar a sentirme normal. Aunque también es posible que esa normalidad que a veces añoro, haya desaparecido para siempre. Tener un hijo, no es decidirse solamente a llevar adelante un embarazo y a superar un parto. Eso solo es el principio, cada vez soy más consciente de ello. En ese momento, será cuando empiece verdaderamente la aventura y el inicio de una nueva vida. No niego que el miedo se cuele en mi cuerpo más de una vez, cuando la imaginación me juega malas pasadas y veo a un bebé berreando sin encontrar consuelo en mis brazos inexpertos o cuando lo imagino enfermo o contrariado, sabiendo que a pesar de que intentaré hacerlo lo mejor posible, soy candidata a equivocarme miles de veces.

Aunque ahora, lo que me empieza a incomodar, es que las cremalleras de las faldas y pantalones, me empiezan a apretar y voy a tener que aumentar de talla. Me miro en el espejo y, a pesar de no tener aún el vientre hinchado, he perdido la forma de mi cintura, que se ha ensanchado un poco y los sujetadores amenazan con reventar, mientras mis viajes al baño cada vez son más frecuentes. Los cambios en mi cuerpo, me sorprenden, pero a la vez me producen un cierto placer. Cada vez me voy haciendo más a la idea de que esto va en serio e intento amoldarme a esta metamorfosis, que empieza a parecerme maravillosa.

A pesar de que sigo dando todo en el trabajo, de que mis horas no se han reducido y de que continúo al mando igual que antes, noto como cada día que pasa, me voy centrando más en mí misma. Es como una consciencia de mi propio cuerpo y de mis emociones, que antes me pasaban desapercibidas; me escucho más, sigo soñando, esperando esa magia, esa conexión que las madres desarrollan con sus hijos, ya desde el embarazo.

Por las noches, siempre me reservo una hora al menos, antes de irme a dormir, para poner música y estirarme en el sofá. La escucho yo y la escucha mi bebé. Estoy segura de que le gusta. Entre la selección de mi música preferida, siempre aparecen unas cuantas canciones del grupo de Oriol, algunas más animadas y sobre todo mis baladas roqueras preferidas. Las tarareo y no puedo evitar pensar en él. Nos vemos cada día en el trabajo, pero no hablamos del embarazo. Parece que se ha convertido en un tema tabú y en un muro infranqueable que nos mantiene a una distancia de seguridad, más que necesaria para nuestra estabilidad mental. Como mucho, en algún momento me ha preguntado cómo me encuentro y le he contestado un escueto “bien”.

Se acercan las Navidades y tengo ya el billete de avión a Londres, para el veintiuno de diciembre. Le he ofrecido a Evelyn venir a pasarlas con nosotros y ha aceptado. Sus padres viven en Snowhill, y podrá decirles que se trasladen a Londres para verse, ya que ella no piensa pisar el pueblo, por miedo a encontrarse con el imbécil de Jeff. Él vive en Londres también, pero sus padres siguen teniendo su casa en el pueblo y al ser tan pequeño, si estuviera allí, sería inevitable encontrárselo. He avisado a mis padres y a mi hermano, pero no les he dicho lo de mi embarazo; solo faltan quince días y prefiero darles la noticia y de paso todas las explicaciones que me pedirán, en directo, cara a cara.

Estos días ya estamos preparando un montón de cenas de empresa para celebraciones navideñas y es un trabajo extra, sobre los que se acumulan también en estas fechas, de actuaciones, una gran puesta en escena de uno de los mayores centros comerciales de Barcelona, que conlleva tratar con una agencia para crear publicidad en televisión y radio y un gran montaje navideño en medio del centro, con un Papá Noel articulado, parlante y musical, incluido. Son muchas teclas y a veces creo que no van a llegar nunca las vacaciones.

Últimamente, mi apetito también ha aumentado y me acaban de sonar las tripas; es un poco tarde y he comido pronto hoy. Me levanto y me dirijo al “vending”, para cogerme unas galletas de la máquina.

Al entrar me encuentro a Xenia y Oriol, tomando un té y un café.

—¡Hola Adele! —Xenia me saluda enseguida, mientras Oriol se me queda mirando, como hace últimamente... como si tuviera dos cabezas, más o menos —pensaba que ya te habrías ido a casa.

—No he podido, tengo mil cosas que hacer —la verdad es que estoy cansada. Me planto frente a la máquina y saco un paquete con cuatro galletas.

—¿Eso es tu merienda? ¡Te has de cuidar, cielo! Deberías comer más

fruta y menos productos procesados —Xenia me aparta una silla para que me siente con ellos y Oriol sigue sin abrir la boca —¡venga! Siéntate un rato con nosotros.

Me siento, abro el paquete de galletas y me las como casi con ansia, mientras Oriol me mira algo asombrado.

—¿Cómo estás? —es la única pregunta que me hace a veces, supongo que por compromiso.

—¿En realidad te importa o preguntas por cumplir? Ya sabes que no hace falta —lo sé, cuando quiero soy muy borde.

—¿Tampoco puedo preguntar cómo te encuentras? —Oriol ha subido el nivel de voz y parece ofendido.

—Puedes preguntar lo que quieras y yo me reservo el derecho a contestar —no lo puedo evitar, me altera cada vez más.

—¡Eh! —Xenia intenta poner freno a nuestras pullas— ¿No podéis hacer un pequeño esfuerzo por trataros como personas civilizadas? ¡No es tan difícil, de verdad! Volver a empezar...

—¡Xenia! —Oriol la mira, ceñudo —¡no intentes hacer de celestina ni nada parecido, que te veo venir! Solo he preguntado “como estas” y ya ves el resultado.

—Tienes razón —parece que últimamente, me cuesta menos ceder o reconocerlo si me he pasado, debo estar perdiendo facultades —perdona Oriol. Sería mejor que pudiéramos hablar sin perder los estribos. Por mi parte puedo hacer un esfuerzo. Si realmente te interesa saber cómo me encuentro, te diré que aún vomito de vez en cuando por las mañanas, que me duermo en cuanto cierro los ojos y a veces incluso con los ojos abiertos y que voy al baño mil veces al día, corriendo porque me hago pipí. A parte, de haber aumentado una talla de sujetador.

—...Vale —Oriol parece no saber cómo tomarse mis palabras —pues... espero que te mejores —de pronto sonrío de medio lado deshaciendo la tensión y saca su lado burlón —me encantaría poder dormir con los ojos abiertos y que nadie se enterara, lo de mear a todas horas, no parece un gran problema si tienes un baño cerca y lo del sujetador... puedo decir que no te hacía falta, pero que estoy seguro de que una talla más, te debe sentar de maravilla.

—Nunca vas a saberlo o sea que no hace falta que lo imagines siquiera —en un gesto infantil le saco la lengua y acabamos riendo —pero lo que me gustaría —ahora lo miro seria y hablo desde el corazón —es que no

pusiéramos barreras entre nosotros y poder hablar de lo que queramos. ¿No crees?

—Vale... tienes razón. Podemos quedar en algún momento y hablamos.

—Cuando quieras.

—¿Veis como no es tan difícil? —Xenia nos mira y ríe encantada. Además, vais a tener que comportaros en nuestra boda. Biel ya le ha dicho a Oriol que será su padrino y tu —me mira con cariño —vas a ser mi dama de honor.

—¡Oh! ¡Qué ilusión! Pronto tendremos que empezar a decidir cosas; el lugar para la boda, el banquete, las flores... bueno, ya sabes cómo funciona esto.

—Yo misma me ocuparé de mi boda, no quiero agobiaros más con todo lo que llevamos ahora mismo. Si necesito ayuda, ya os lo diré.

Antes de irme a Londres, tengo visita con mi ginecólogo y me harán una ecografía. Ya me hicieron una el primer día, pero no fui capaz de ver nada, era muy pronto. Estoy en el trabajo, cogiendo la chaqueta para salir, cuando Oriol aparece en mi despacho.

—Hola ¿Podemos hablar un momento?

—¿Podemos dejarlo para después? Tengo que salir un rato.

—No podemos dejarlo, porque vengo precisamente por tu salida de ahora mismo —esas palabras me frenan en seco. Al final no voy a poder decirle nada a Xenia si todo lo acaba sabiendo Oriol.

—¿Qué pasa?

—Xenia me acaba de decir que vas al médico y he pensado que a lo mejor te podría acompañar.

—¿Quieres acompañarme? —lo miro extrañada— ¿Por qué?

—Mira Adele, me está costando mucho hacerme a la idea de que voy a tener un hijo ¿vale? A lo mejor si veo algo en la ecografía, se hace más real, no sé.

—Ya te dije, que no te voy a poner impedimentos a nada, pero quiero que tengas claro, por qué haces las cosas. Que si vienes y me acompañas, sea porque quieres hacerlo, no por una especie de obligación, que nadie te ha impuesto. A mí me da igual lo que hagas, que lo sepas.

—Eso ya me lo imagino —en este momento parece que vayamos a saltar uno sobre el otro y no precisamente para darnos un abrazo —en ese caso, sí

que quiero ir. Tenía que hacer unas llamadas, pero se las he pasado a Evelyn, que se ha ofrecido muy amablemente.

—Ya veo que mis dos amigas te ponen las cosas muy fáciles para que te portes como a ellas les gustaría. Supongo que te han empujado a venir conmigo ¿me equivoco?

—¡Pues sí que te equivocas! ¡Lo único que han hecho ha sido informarme, cosa que tú no te has molestado en hacer!

—¡No tengo ninguna obligación de detallarte lo que voy a hacer o no, ni darte explicaciones absolutamente de nada!

—¡Eso está meridianamente claro y tampoco me importa una mierda! Pero lo que esté relacionado con mi próxima paternidad, a eso sí tengo derecho ¿O no?

Esta especie de intercambio de palabras, bastante lejana a una conversación, se está saliendo de madre. No quiero ponerme nerviosa ni estresarme más de lo normal, no es bueno para mí salud. Respiro hondo intentando calmarme. ¿Por qué siempre acabamos igual? Hay una tensión entre nosotros, que nos hace sacar las uñas a la mínima provocación. Si ninguno de los dos somos lo suficientemente adultos para poner remedio, acabaremos peor de lo que hemos estado siempre.

—Si, tienes derecho. Vamos a calmarnos. Hoy he traído el coche. Vamos —sin decir nada más salgo hacia la calle y antes de llegar a la puerta me cruzo con Xenia y Evelyn —¡con vosotras ya hablaré luego!

ORIOI

Al llegar a la consulta del ginecólogo, nos hacen pasar a la sala de espera y aguardamos a que avisen a Adele, en silencio. El nerviosismo me invade y no paro de retorcerme los dedos, sin saber dónde poner las manos. Cuando la enfermera sale y dice el nombre de Adele Brown, esta se levanta y camina decidida hacia la consulta, mientras me quedo parado, vacilante, sin saber si debo entrar. Adele se gira, y me hace una señal con la mano, para que la siga, resolviendo mis dudas.

Nada más entrar en la consulta, con esa camilla con estribos, ese aspecto aséptico y el médico esperando, me entran ganas de salir corriendo, pero intento mantener la compostura y me siento a su lado ante la mesa del doctor.

—Hola Adele —le da la mano y me mira saludándome también.

—Soy Oriol, mucho gusto —le he dado mi nombre, antes de que piense que soy su marido o algo así y haga algún comentario, aunque seguro que imagina que soy el padre.

—Veamos Adele ¿Cómo te has encontrado este último mes?

—Voy mejorando —Adele sonrío al doctor y me parece ver a otra persona, como casi siempre me ocurre cuando muestra su amabilidad a los demás —ya no tengo tantas náuseas, o al menos, he encontrado la manera de mejorarlas, comiendo algo antes de levantarme por la mañana.

—Bien, es lo que toca ahora. Ya estás en la semana once y llega el trimestre en el que estarás más cómoda. Pasa al cuartito, desnúdate y ponte la bata que hay detrás de la puerta. Vamos a pesarte y a hacer un rápido reconocimiento, antes de la ecografía.

Ahora sí que me entran ganas de salir corriendo. ¿Qué coño hago aquí? Mientras Adele desaparece en el dichoso cuartito, no sé ni dónde mirar. Estoy tan desubicado que no acierto a decir nada. El doctor parece detectar mi malestar.

—¿Se encuentra bien?

—Si, si... no pasa nada, solo estoy un poco nervioso.

—¡Oh! Los padres primerizos siempre se preocupan demasiado. Esté tranquilo, seguro que todo está bien —si este hombre conociera mis pensamientos, seguramente se reiría en mi cara.

Adele sale del cuarto con una bata de hospital, mientras yo miro interesado un cuadro abstracto que hay colgado en la pared. Suerte que desde dónde estoy colocado, la camilla me queda al lado y no pienso acercarme.

El ginecólogo le hace el reconocimiento y le va comentando algunas cosas que no sería capaz de repetir.

—Todo está perfecto. Ahora vamos a ver a la criatura —el médico se dirige a mí, entonces —venga, acérquese que desde ahí no va a ver nada.

Me acerco mientras prepara el ecógrafo, ajusta la pantalla y deja al aire la barriguita de Adele, que con ropa casi no se nota, pero al descubierto, se ve redondeada y algo abultada. Me produce una impresión, que crea un hormigueo en todo mi cuerpo.

Le pone un gel espeso y pegajoso en el vientre y empieza a pasar el mando por encima.

—Estás en la semana onceava, o sea que ahora mismo, estamos pasando de la etapa embrionaria a la fetal. Es el momento en que se están formando los genitales, o sea que es posible que podamos verlos, aunque no os lo aseguro ¡Bueno! ¡Aquí lo tenemos!

Miro interesado a la pantalla mientras aumenta la imagen. Un renacuajo cabezón, se mueve como un pez en el agua y me quedo hipnotizado, viendo por primera vez en directo, algo tan increíble. Parece un “pececillo”.

—Ahora lo medimos... perfecto, mide casi seis centímetros y pesa aproximadamente... unos ocho gramos. Mirad como se mueve, no para.

—¿No tiene la cabeza muy grande? —lo he preguntado sin pensar, solo veo una bola y me pregunto si es normal.

—En esta etapa, la cabeza mide la mitad del cuerpo, por eso le da esa impresión. Vamos a medir el fémur... perfecto, todo está muy bien. Está de cara a nosotros, intentaré detectar los genitales. Si se ve bien ¿Queréis saberlo?

En ese punto, solo miro a Adele, que está hechizada por la pantalla y no separa los ojos de ella. Se gira y me mira un segundo. No voy a contestar, prefiero que sea ella la que diga algo.

—Me gustaría saberlo, si —Adele parece haberse transformado. La miro a ella y veo a otra persona, desprende una dulzura y una ternura, que nunca le había visto.

El médico sigue explorando, hasta que da con lo que anda buscando y nos mira.

—Seguramente no sois capaces de verlo vosotros mismos en la pantalla,

aún es pronto, pero os puedo asegurar... que es una niña.

Una emoción desconocida me inunda el pecho, al pensar en una pequeña, a la vez que un miedo visceral me aturde solo por seguir respirando. Vuelvo a mirar a Adele y me sorprende ver gruesos lagrimones rodando por sus mejillas.

—Es una niña... ¡Siii! —y suelta una carcajada. Me mira entusiasmada y emocionada —¡vas a ser el padre de una princesa!

El doctor conecta otro cable y de pronto el sonido acelerado de un corazón, inunda la estancia, con toda su fuerza, como el galopar de un caballo, como un clamor a la vida, parece gritar “estoy aquí” y por primera vez, creo que estoy lo bastante lúcido y cercano, para entender, que esto no es ninguna broma, que una nueva vida está luchando ahí, dentro de ese vientre redondeado y aún poco notorio y que una parte de mí, también está justo ahí, lo quiera yo o no. Soy una entera contradicción. En parte, un vértigo paralizante me frena y no quiere dejarme respirar hondo, a la vez que una risa hilarante quiere brotar de mi garganta. La mezcla de alegría y terror es como una colisión de alta velocidad. Aunque parezca que en casi cuatro meses debería haberme hecho a la idea, la responsabilidad que supone tener un hijo, se enfrenta dentro de mí, con mis aspiraciones y mis proyectos. La ilusión de volar hacia lo desconocido, las actuaciones con el grupo para el próximo verano, salir a fiestas y conciertos... mi libertad para moverme a mi aire, para no dar explicaciones, sin ataduras ni vínculos con nadie. Y de pronto un hijo... no, una hija, que cae como una losa sobre mi vida, para atraparla, anclarla, frenarla... son sentimientos tan antagónicos, que me dejan el cuerpo entumecido y casi detienen mis latidos al escuchar los suyos. Y me suenan a música, a una música mágica, acompasada, viva, rítmica... me suenan como una canción a la vida y sonrío por mis absurdos pensamientos. Pero le hago una promesa, mientras observo su redonda cabecita:

“Escribiré tus latidos en un pentagrama, serán la armonía de fondo de una bella canción y crearé una melodía, que te haga soñar. Y cuando sepa tu nombre, los versos que la custodien serán solo para ti...”

Despierto de mis alucinaciones, cuando el médico desconecta el aparato y Adele se seca las lágrimas, aunque dentro de mí, ha quedado una promesa a mi futura hija, componerle la mágica canción que la hará soñar.

ADELE

Salimos de la consulta, ambos medio desorientados. Estamos en silencio y al salir a la calle, en un impulso repentino y sin pensar en absoluto, cojo a Oriol de la mano. Lo veo tan aturdido y perdido, que a pesar de haber detectado su emoción al ver a nuestra hija, necesito reconfortarlo de alguna manera. No quiero poner excusas, me gusta su cercanía y no quiero estar tan distante como lo he estado en los últimos meses... o quizás siempre. Oriol mira nuestras manos unidas y acaricia mi muñeca y un escalofrío sube por mi brazo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto para intentar conectar un poco, parece que nos hemos quedado mudos.

—No lo sé... —me mira un poco asustado —creo que todo esto me viene un poco grande.

—Recuerda que nunca te he exigido ni pedido nada —se lo digo en un tono amigable para que no se lo tome a la tremenda. Se para en medio de la calle y se coloca frente a mí.

—Ya lo sé, Adele. Ninguno de los dos ha buscado esto, pero no soy el loco irresponsable que tú piensas. Ver a mi hija... es una niña Adele. ¿Cómo voy a saber yo qué hacer con una niña? ¿Cómo vamos a llevar nuestras vidas? No soy capaz de pensar en tantas cosas, esta situación se me hace muy complicada...

—¡Oriol! Espera, ¡escúchame! —lo miro a los ojos, esos ojos oscuros como la noche, insondables casi siempre —esto también es muy complejo para mí. Vamos a tener que hacer malabarismos. Yo estoy dispuesta a hacerlo, he sido, al fin y al cabo, quién ha tomado la decisión de seguir adelante con todas las consecuencias. Intenta vivirlo día a día, es lo que yo hago y me está funcionando. Para mí también es muy difícil, porque estoy acostumbrada a planificar cada segundo de mi vida, no en el momento, sino con mucha antelación. Sabes que soy una mujer previsora, práctica, que hago miles de listas para todo, que planifico los detalles, que nunca dejo nada al azar; no solo con el trabajo, sino en mi vida. Primero tanteo las opciones, calculo las probabilidades, estudio los posibles pros y contras de cada cosa, de cada proyecto; valoro lo que tengo y lo que puedo ganar o perder y miro debajo de

las alfombras para no dejarme nada por analizar. Pues con este plan de ser madre, no me estaba sirviendo nada de eso. Empecé a hacer listas y eran tantos los interrogantes que se comían a las palabras; no puedo hacer planos ni bosquejos, no he dado con un solo esbozo que me sirva de algo. Me siento tan insegura como tú. Sobre todo porque no vamos a ser unos padres convencionales. No somos pareja, no vamos a vivir juntos y nuestra hija desde el principio va a tener dos casas. No es lo ideal, pero es lo que hay. Sabes que, desde el primer momento, no te he pedido nada, pero voy a hacerlo ahora.

—¿Qué necesitas? —me mira como con ganas de ayudar, supongo que lo he mantenido bastante apartado de mí.

—Solo quiero que ambos hagamos un esfuerzo, en algo que no va a ser fácil: intentar llevarnos mejor. Ya sé que puede parecer un imposible, siempre hemos chocado de frente, soy la primera en reconocerlo. Pero si te lo pido, también yo voy a hacer el esfuerzo. Vamos a intentar no pincharnos continuamente y también voy a pedirte otra cosa: intenta hacer como yo y vivir el día a día. No pretendas solucionar todas tus dudas de un plumazo. Podemos hablar cuando quieras, intentar ayudarnos.

—Me parece bien Adele, será un buen ensayo para que nuestra hija no nos odie desde el principio.

—Te voy a pedir otra cosa —seguimos parados en medio de la acera y algo me carcome por dentro, una necesidad que se hace tangible en cada respiración y que me acerca a su cuerpo— ¿Quieres abrazarme? Por favor.

—Claro, ven aquí.

Los brazos de Oriol me rodean y se convierten, en el amparo que necesito justo ahora. Le rodeo la cintura, apoyo mi mejilla en su pecho y noto como me besa el pelo, mientras sus latidos aceleran los míos. En pocos segundos la cercanía cada vez es mayor y el calor que emana de nuestros cuerpos, nos envuelve en un refugio, que ambos anhelamos sin saberlo. Me invade una calma, un sosiego, que hace mucho que no tengo y cierro los ojos, acunada entre esos fuertes brazos, que nunca pensé que podría añorar, incluso antes de que me soltaran.

Levanto la vista y nos miramos a los ojos; algo intangible, sutil y magnético, nos envuelve y nos aísla entre una bruma, una neblina difícil de despejar. Y entonces ocurre algo imprevisto, algo perturbador, que arranca un rayo de sol brillante entre el espeso gris. Oriol acerca sus labios a los míos, como si estuviera hipnotizado, como en un sueño y me besa. Cierro los ojos, entre fascinada y confusa, pero sin dar un paso atrás. Porque en ese instante,

necesito su cercanía y me dejó arrastrar, sin pensar, sin buscar razones, solo sintiendo. Y olvido hasta mi nombre, arrasada por un impulso mayor que la lógica, los labios de Oriol, ansiosos de pronto, como si le fuera la vida en ello. Solo una idea permanece en mi mente, estoy donde quiero estar. Porque ese beso me conmueve y me llena y cuando nuestros alientos se funden, una fuerza abrumadora nos invade: el deseo.

Su mano acaricia mi mejilla y su lengua juega con la mía, en un baile que se transforma de la ternura al ansia, de la tibieza al fuego, de la calma a la tempestad.

Hasta que la realidad cae sobre nosotros como una losa y nos separamos, más asustados que arrepentidos.

—Adele, no sé que me ha ocurrido —Oriol me mira con la respiración entrecortada —lo...

—¡No lo digas! —le tapo los labios con la mano —no digas que lo sientes. Yo no lo siento, ha sido un impulso y me ha gustado. De alguna manera nos hemos acercado un poco y si eso sirve para que nos llevemos mejor, me alegro.

—Es que no ha sido nada premeditado, me he dejado llevar.

—Los dos nos hemos dejado llevar, pero no quiero darle más importancia. ¿Podemos dejarlo justo aquí? ¿Cómo una simple anécdota?

—De acuerdo.

Me siento fatal por haber quitado importancia al momento, porque ha sido especial. Muy especial. Algo ha cambiado, algo ha alterado nuestro trato, para volverlo mejor y convertirlo en otra cosa que no puedo descifrar ni definir. Me dan miedo las consecuencias y me viene a la cabeza una piedra lanzada al mar, que produce ondas que vibran y se propagan, perturbando el espacio de alrededor. No deseo perturbar nada, solo necesito calma, como un mar tranquilo, similar a una balsa de aceite.

La siguiente frase de Oriol, me saca de mis pensamientos, con un sobresalto.

—¿Crees que podríamos intentarlo? ¿Tú y yo? —lo pregunta vacilante, como con miedo.

—No creo, Oriol —lo miro extrañada— ¿Cómo se te ha ocurrido algo así? ¡Somos del todo incompatibles!

—Tienes razón —parece retraerse al momento —solo ha sido una tontería. Supongo que desearte no es suficiente ¿no?

—¿Desearme? —ahora si estoy sorprendida— ¿Hasta cuándo? ¿Hasta

que una de tus amiguitas con pintas de súper modelo, se siente sobre tus rodillas y te haga cuatro arrumacos? ¿Crees que voy a pasar a formar parte de tu colección de mujeres y a mendigar tu atención?

—¡Adele! ¿Pero qué has entendido? ¿Qué iba a seguir igual y a la vez proponerte intentarlo contigo? ¡No soy el cerdo que estás imaginando! — realmente parece ofendido, pero solo de imaginarme como una más, me ha alterado demasiado —si tuviéramos una relación de verdad, no existiría ninguna otra mujer.

—¿Pero tú has pensado en lo que estás diciendo? Si no recuerdo mal, te has pasado media vida, adorando a Xenia, ha sido tu amor platónico durante años y nunca has dado un paso adelante con ella, por miedo a no poder serle fiel. Te gustan demasiado las mujeres, para atarte a una sola. ¿Y crees que yo me voy a arriesgar a eso?

—¡Sabes que Xenia siempre ha sido mi mejor amiga, desde que éramos adolescentes! En realidad siempre la he querido mucho, pero no he estado enamorado de ella. Ahora va a ser mi cuñada y la sigo queriendo igual.

—¿Te has enamorado alguna vez? —me gustaría saber si en algún momento tuvo una relación dolorosa que lo ha vuelto tan poco cercano al compromiso.

—Creo que no; al menos no de verdad —se queda un momento callado como recordando —siempre he tenido mucho éxito entre las mujeres y creo que me dejado llevar, sin llegar a conocer a ninguna a fondo. He tenido relaciones algo más largas que una noche de sexo, pero siempre acabo poniendo el freno. Supongo que ninguna ha calado en mí lo suficiente. A lo mejor no soy capaz de enamorarme.

—¡Eso es una tontería!

—Eso dice mi madre —se ríe al comentarlo —siempre me repite que algún día encontraré a la horma de mi zapato y alguien conseguirá que me vuelva loco por ella.

Al escuchar sus palabras, un rastro fino y delgado de celos, me recorre las entrañas. La causa debe ser un cierto sentido absurdo de la propiedad, por ser el padre de mi hija, pero no deja de incordiar.

A partir de esta conversación, parece que una ansiada paz se instala entre nosotros, al menos, de momento. Solo espero que dure lo suficiente para no destrozarnos por el camino.

ADELE

Estamos volando destino a Londres. He hablado con Cody esta mañana, vendrá a buscarnos al aeropuerto, pasaremos cinco días en la ciudad, en familia y para fin de año, ya estaremos en Barcelona. Evelyn está leyendo un libro, mientras yo escucho música con mi Iphone. Ahora mismo suena una de las canciones de los Malentendidos, el grupo en el que canta Oriol y que ameniza nuestras bodas. Me comentó que tenían algunas actuaciones en estas fiestas, en algunos locales nocturnos, que los suelen contratar a menudo. En algunos de ellos, los esperan con ganas, creo que han conseguido su público. No me resultaría demasiado extraño, que en algún golpe de suerte, consiguieran la fama que todos los artistas anhelan.

Comienza una de mis canciones preferidas, una balada con una letra de Oriol, que no me deja llegar a creer que no se ha enamorado nunca, como me dijo hace unos días. Sus palabras son sentidas y su voz algo rasgada, un poco ronca, parece lamentarse en el desamor. Cierro los ojos y lo veo tras mis párpados; ese mechón de pelo negro y brillante que le cae a veces sobre los ojos, esos labios gruesos y adictivos, esos pómulos marcados, esos ojos tan negros como la noche, donde no se distingue el iris de la pupila. Dejo escapar un suspiro, saboreando sus besos en mi fértil imaginación y me pregunto por qué lo hago. La respuesta siempre ha sido la atracción, el físico, el deseo. Pero últimamente, tengo mis dudas. Sería una soberana tontería sentir algo más, imaginarlo como una pareja, sabiendo como es. Sería como lanzarse al vacío, como jugarlo todo a una sola carta. El riesgo es demasiado grande y yo no soy una persona impulsiva. Si algo me empuja a pensar con otro perfil, es el hecho de que es el padre de mi hija y quiero lo mejor para ella. Su padre ha de estar en su vida de una u otra manera y no quiero ser yo la responsable de apartarlo.

—¿Te has dormido? Creo que faltan solo unos minutos para aterrizar —la voz de Evelyn me hace abrir los ojos.

—No, solo escuchaba música —me saco los auriculares y detecto en Evelyn las huellas de la preocupación— ¿Qué te ocurre?

—No es nada. Solo que volver me produce un poco de ansiedad. Ya sé que es una tontería, Jeff vive en Londres, pero va a Snowhill siempre por

Navidad, pero es como volver a casa y no puedo evitar pensar en él.

—Evelyn, no vas a encontrarte con él. No iremos a Snowhill, ya hablamos sobre ello. Tus padres vendrán a casa el día de Navidad y podrás estar con ellos.

—Lo sé, pero es algo visceral, me sale de las entrañas. Lo quiera o no, volar a mi país, me trae recuerdos. La mayoría horribles.

—Deberías intentar sustituir esos recuerdos por otros. Tu niñez fue feliz.

—Si, ya lo creo. Y mi adolescencia. Pero mi juventud se convirtió en una tortura. Casarme tan joven fue el mayor error de mi vida.

—Cielo, el error no fue tu juventud, fue Jeff. No le quites protagonismo.

—Tienes razón, intentaré no pensar en ello y disfrutar de estos días.

Al bajar del avión, Cody nos está esperando. En cuanto lo veo, alzo el brazo para que nos localice y él hace lo mismo. Me freno un momento al ver que Evelyn se queda parada; se le ha caído al suelo la chaqueta que llevaba en el brazo y un pequeño bolso de mano.

—¡Qué torpe soy! —se agacha a recogerlo y en ese momento llega Cody a nuestro lado.

—¡Hola hermanita! —me da un abrazo y dos besos— ¿Qué tal el vuelo?

—¡Muy bien! —me giro hacia Evelyn, a la que encuentro acalorada y con las mejillas encendidas— ¿Recuerdas a Evelyn?

—¡Claro! ¡Hace mucho tiempo que no te veía, duende! —mi hermano se acerca a darle dos besos y noto como Evelyn se encoge como un ratoncillo asustado. Creo que le cuesta relacionarse con el género masculino en general y mi hermano es un tío bastante grande, pero reacciona, se deja besar y al separarse baja los párpados nerviosa.

—Hola Cody... ya nadie me llama duende —lo dice casi como un susurro.

—Siempre te he recordado como un duendecillo, supongo que es la memoria de la infancia. Al menos te llevo cuatro o cinco años, pero en los veranos en Snowhill, éramos muy pocos niños en un pueblo tan pequeño y acabábamos siempre todos juntos —mi hermano le sonrío —ya veo que has crecido, pero tu cara sigue igual de graciosa.

Evelyn tiene un rostro pequeño, los ojos pardos grandes y rasgados, una melena de bucles castaños, la naricilla respingona y una boquita de piñón, que la hacen parecer una muñeca. Te has de fijar dos veces en ella, para descubrir su encanto. Para quien no la conoce, puede no llamar la atención, pero su magia te atrapa en cuanto descubres su dulzura.

—Gracias... supongo.

Se crea un momento algo tenso, que rompo cogiendo las riendas y empezando a planificar los próximos días, mientras nos dirigimos hacia el coche. Tenemos unos cuarenta y cinco minutos hasta llegar a casa de mis padres.

Durante el trayecto, Cody y yo nos vamos poniendo al día. A pesar de intentar incluir a Evelyn en la conversación, está muy callada; ya hablaré más tarde con ella, me inquieta su silencio.

Mis padres viven en la zona noroeste de Londres, en el municipio de Harrow, en una casa antigua pero muy bien conservada. Cuando llegamos, debían estar espiando por la ventana, porque enseguida salen a abrir la puerta y mi madre casi salta sobre mí.

—¡Mi niña! ¡por fin unos días en casa! —me abraza y se aparta para que mi padre haga lo mismo.

—No seáis exagerados, que cada año vengo al menos un par o tres de veces —sonríó al mirarlos y se me pasa por la cabeza, que la noticia que voy a darles esta noche, no sé bien qué acogida tendrá.

Los dos saludan a Evelyn y la abrazan. Conocen de primera mano su situación, ya que sus padres son amigos de los míos desde hace mucho tiempo.

Entramos todos en casa, dejamos las pequeñas maletas en el recibidor, para subirlas después y nos sentamos en el sofá para ponernos al día. Cuando llevamos un rato charlando, decido que para qué voy a esperar a la cena. Casi prefiero que no les sienta mal, o se atraganten con la comida. Ya que me he retrasado tanto en soltar la bomba, este no es peor momento que cualquier otro.

—Bueno familia, tengo una noticia que daros.

Se hace el silencio y me llegan las expresiones de mis padres y mi hermano, expectantes y curiosas. La de Evelyn, que se imagina lo que voy a contar, es comprensiva y me guiña un ojo, para animarme.

—¿Qué noticia? —mi madre, como siempre impaciente— ¿Te vienes a vivir a Londres otra vez?

La ilusión de mi madre no muere nunca. No llevó nada bien que me fuera a vivir a otro país y nunca ha perdido la esperanza de que vuelva. Pero mi vida ahora está en Barcelona y se lo tengo que hacer entender, cada vez que vengo, a pesar de que va a ser aún peor si tiene una nieta que va a ver muy poco y eso me preocupa.

—No es eso mamá, lo siento. Es algo mucho mejor —le sonríó y veo

Cody levantar las cejas intrigado —estoy embarazada, vais a ser abuelos — miro a mi hermano —y tu, tío de una niña.

—¿Qué? —al más rápido en reaccionar es Cody que se levanta y me alza en sus brazos para darme besos— ¡Felicidades hermanita!

—¡Hija! ¿Cómo no nos habías dicho nada? ¿De cuánto estás?... y... ¿Quién es el padre?

Antes de que me dé tiempo a contestar, mi padre interviene.

—¿Cómo es que el padre no ha venido aquí contigo para que lo conozcamos? —su ceño fruncido, me hace pensar en Oriol, si estuviera aquí, creo que ya se habría escondido detrás del sofá.

—¡Tranquilos! —levanto las manos y les explico lo que puedo, sin entrar en demasiados detalles y presento mi relación con Oriol, como una experiencia corta y que no funcionó. Lo de una noche de sexo y desenfreno, no sirve para la versión de mis padres. Cuando les digo que ya estoy de cuatro meses, los dos me riñen por no habérselo dicho antes. Pero en cuanto termino mis explicaciones, me felicitan y me abrazan.

—¡Oh! ¡Ahora todavía será más duro verte tan poco! —mi madre no puede evitar las lágrimas.

—¡Pero mamá! Estáis jubilados, podéis venir siempre a mi casa, sabéis que tengo sitio, todo el tiempo que queráis.

—Desde luego que iremos en cuanto hayas de tener a la niña, necesitarás ayuda. Suerte que tienes a Evelyn contigo ahora.

—¿Y, ese Oriol, se ha desentendido de todo? —mi padre no está llevando nada bien el tema del padre de la criatura— ¿No piensa casarse contigo?

—¡Papá! ¡Que estamos en el siglo XXI! Nuestra relación no ha funcionado y yo no quiero nada con él ¿vale? Será el padre de mi hija y tiene derecho a verla y tenerla con él, pero hazte a la idea de que voy a ser una madre soltera. Ya llegaremos a algún acuerdo. Además Oriol es uno de mis empleados o sea que nos vamos a seguir tratando continuamente.

Mi padre refunfuña un poco, pero a un gesto de mi madre, deja el tema aparcado. Al menos de momento.

Más tarde cenamos y consigo desviar el tema central hacia otros derroteros. Se hace tarde y todos estamos cansados. Mis padres se retiran a su habitación y Cody sube las maletas de Evelyn y mía al piso de arriba. Una de las habitaciones, es muy grande y tiene dos camas y Evelyn y yo, nos instalaremos juntas.

Mi hermano entra con nosotras en la habitación y cierra la puerta.

—Bueno hermanita, la historia de tu corta relación con Oriol, te ha quedado muy adornada, casi perfecta para papá y mamá. Pero recuerda que yo conozco a Oriol... ¿Una corta relación? ¡Y unas narices! Eso ha sido una noche loca ¿eh? ¿Cómo has caído tan bajo para convertirte en el ligue del sábado por la noche de ese tío, que cada semana tiene una nueva? Recuerda que algunas veces he salido con él y sus amigos por la noche y se cómo funciona. Le va mucho la variedad.

—¡No te metas en esto! Lo que ocurra entre Oriol y yo, es cosa nuestra. Si sabes tan bien cómo funciona Oriol, es porque tú haces lo mismo, o sea ¡que no me vengas ahora con recriminaciones! ¡Quédate con que vas a tener una preciosa sobrina y olvídate del resto!

—Tienes razón, ha sido la sorpresa; nunca te hubiera imaginado con Oriol, sabiendo cómo es.

—Son cosas que pasan, yo soy la primera sorprendida. No hubiera pasado de ahí, sino hubiera sido por esto —me llevo la mano al vientre y mi hermano sonrío.

—De todas formas me alegro, me apetece mucho malcriar a una sobrina —se gira hacia Evelyn que guarda silencio —me alegro mucho de que vivas ahora con Adele y puedas estar a su lado en su embarazo.

—Yo también —noto como le suben los colores al mirar a mi hermano — haré todo lo posible por ayudarla.

—¡Bueno, cariño! Estamos cansadas o sea que nos vamos a la cama; mañana nos vemos.

—Me voy a mi piso ahora y mañana trabajo, pero nos vemos por la noche y pasado mañana, que es Navidad —nos envía un beso a distancia y desaparece cerrando la puerta.

Ya me he quitado el peso de encima, de darle la noticia a mi familia y ahora me propongo disfrutar de estos días de vacaciones y de las fiestas, en su compañía.

Quiero relajarme y no pensar en nada, solo dejarme llevar, recorrer mi ciudad y empaparirme del ambiente navideño.

Al día siguiente, poco después de desayunar, Evelyn llama a sus padres por teléfono y quedan en llegar al día siguiente por la mañana. Pasaran el día de Navidad en casa de mis padres y podremos estar todos juntos.

Esta noche es Nochebuena, pero en Londres no se celebra, es un día

como otro cualquiera. Mañana, sin embargo, está cerrado hasta el transporte público. Nos daremos los regalos por la mañana, aquí la Navidad se estrena nada más levantarse, abriendo paquetes y deshaciendo lazos, comeremos ligero y haremos una cena espectacular, eso sí, entre cinco y seis de la tarde. El plato principal es un pavo relleno al horno, acompañado de “pigs in blankets”, que son una especie de salchichas, “gravy”, que es una salsa buenísima preparada con los jugos naturales del pavo mientras se hornea, salsa de arándanos, patatas asadas con mantequilla, coles de Bruselas y otras verduras de acompañamiento. Con el postre tampoco hay variedad, todos los habitantes del Reino Unido, hacen el mismo: “Christmas pudding”; es un pudding hecho a base de ciruelas que se sirve acompañado de salsa de ron o brandy. También se sirven “mince pies”, una especie de tartaletas de manzana con manteca y frutas secas variadas.

Espero no reventar después de una comida tan abundante, pero la espero con ilusión. Mi madre es una buena cocinera, la ayudaremos entre todos, pero ella lleva la voz cantante.

EVELYN

Estamos acabando los postres de la cena de Navidad y estoy feliz de poder compartirla con mis padres y con la familia de Adele, que es casi como si fuera la mía. Me sabe mal haberlos arrancado de su casa para estas fechas, pero no me veía capaz de volver a Snowhill, ni siquiera para pasar un par de días. Solo pensar en la posibilidad de encontrarme con Jeff, se me hielan las venas.

Nadie sabe en realidad, por todo lo que he pasado, nunca he podido explicarlo, ni siquiera con Adele, que es mi mejor amiga y a la que le debo tanto. No puedo ni recordarlo, sin echarme a temblar y sentir como me encojo, me vuelvo pequeña y tiendo a desaparecer, solo con imaginar sus puños.

Despejo mi mente de recuerdos amargos y cuando estamos recogiendo la mesa, mi madre se acerca a mí y a Adele, que está a mi lado.

—Cariño, hay algo que quiero comentarte —Adele hace la intención de apartarse, pero la cojo del brazo para que no lo haga.

—Dime, mamá.

—Me he enterado antes de venir, de que Jeff no está en Snowhill. Me lo ha dicho su tía Agnés. Parece que se ha ido unos días con un par de amigos a Edimburgo y los pasarán allí hasta después de fin de año. Si quieres puedes volver con nosotros a Snowhill y pasar unos días allí. Toda la familia te echa de menos, sobre todo tus primas.

—Mamá... sabes que me gustaría verlas, pero... el pueblo me trae muy malos recuerdos, no sé si soy capaz de volver a pisar sus calles sin desmoronarme —noto la mano de Adele que coge la mía y la aprieta para darme ánimos.

—Evelyn —Adele se pone delante de mí —mírame. Tienes la oportunidad de ver a toda tu familia y de cambiar unos recuerdos por otros. Te acompañaré; incluso mis padres podrán venir y pasar los días que nos quedan de vacaciones allí. Estoy casi segura de que si no hubiéramos venido, estarían en el pueblo celebrando las fiestas. Voy a estar contigo, vas a estar rodeada de la gente que te quiere.

Me quedo pensativa, sin atreverme a tomar una decisión. Pensar en Jeff, me paraliza. Pero si él no está, debería lanzarme y volver por unos días.

Además estaré en la casa de mis padres, allí no hay malos recuerdos, solo los mejores de mi infancia.

En un arranqué de esa valentía que nunca encuentro y que me cuesta tanto mantener, asiento poco convencida, pero con la intención de dar un paso adelante. Me siento arropada por mi gente y eso me da fuerzas.

—De acuerdo, iré con vosotros —miro a Adele— ¿de verdad te va bien venir conmigo?

—¡Claro que sí! Espera un segundo y verás.

Estamos en un rincón del comedor, nuestros padres están hablando sentados a la mesa, la madre de Adele en la cocina y Cody hablando por el móvil. Adele levanta la voz para interpelarlos a todos.

—¡Familia! ¡Escuchar todos! —cuando ha captado su atención sigue— ¿Qué os parece si mañana por la mañana, nos vamos a pasar cuatro días a Snowhill?

—¡Oh! ¡Perfecto! —la madre de Adele se entusiasma —estamos en Londres, porque quisisteis celebrar aquí la Navidad, pero no hay problema en ir mañana.

Todos empiezan a hablar a la vez y se ponen de acuerdo para salir mañana a primera hora... excepto Cody.

—Yo me quedo, lo siento. Tengo trabajo y algunos problemas en la empresa y no puedo faltar tantos días.

No sé si eso es una excusa y en realidad no le apetece venir, pero no soy nadie para preguntar. Me extraña sentir una especie de desilusión, pero Cody es una persona amable y cariñosa, y me hace sentir... no se... como si fuera importante. Es algo extraño.

ORIOLO

A pesar de no tener vacaciones estos días, excepto justo los festivos, lo estoy pasando bastante bien. Las reuniones familiares, ya se sabe, montones de comida, sobremesas eternas y este año, amenizadas por los arrumacos de mi hermano y mi futura cuñada, que parecen siameses. Desde luego, si comparo a estos dos, a cuando Biel estaba con Claudia, su novia de toda la vida... no hay color. Están un poco demasiado empalagosos para mi gusto, aunque tengo que reconocer, que si los observas un rato, acabas sonriendo, les sale la felicidad por los poros de la piel. ¿Un poquito de envidia? Pues puede que sí. No creo que esté en mi destino encontrar a alguien que pueda embaucarme de esa manera. Pero no descarto, que en algún momento, quizás me gustaría. Se cuele la imagen de Adele en mi pensamiento y niego con la cabeza, pesando que me he vuelto loco. Nos hemos enviado algunos mensajes estos días, pero solo para preguntar si se encuentra bien. Todo muy escueto y con las palabras medidas y justas.

Solo ese hecho, me produce el efecto de que me estén atando las manos. No la culpo a ella en absoluto; más claro no me puede haber dicho, que no espera nada de mí. Supongo que es cosa mía, el tira y afloja que llevo dentro.

Otro tema que empieza a preocuparme, es mi desgana a la hora de enrollarme con alguna mujer y pasar un buen rato. No me reconozco, puede que el imaginarme como padre, me haya menguado la libido. Pero de hoy no pasa; como no me veo con ánimos de buscar a una desconocida, he llamado a Nerea, una de las chicas con las que he repetido alguna vez. Ella tampoco quiere relaciones, ni compromisos, solo sexo. Hemos quedado esta noche en un local cerca de mi casa, para tomar una copa y pasará la noche conmigo. Tanto Xenia como Biel, siempre me han dicho que no entienden este tipo de relaciones, que las encuentran frías. Todo depende de lo que busques. Yo nunca he buscado nada especial, solo un cuerpo atractivo, una relación física, un intercambio de placer. Es algo fácil, no hay sentimientos de por medio, por lo que se evitan las complicaciones que traen las relaciones; ni celos, ni obligaciones, ni responsabilidades, ni pactos. Sin problemas, ni riesgos.

Al llegar la hora, nos encontramos en el bar musical, que se encuentra a media luz y nos acercamos a la barra a pedir una copa. Cojo a Nerea de la

cintura y la arrimo a mí. Es una mujer explosiva, lleva un vestido ajustado que marca todas sus curvas. Se acerca a mi cuello y lo besa, mientras arrastra su lengua hasta mi oído y me suelta unas cuantas palabras, sobre lo que quiere hacerme, que me ponen a mil. Bajo mi mano hasta su culo y la acerco más a mí, hasta estar tan pegados como para no dejar pasar el aire.

A pesar del ambiente y de la hembra que tengo adherida a mi cuerpo, estoy algo ausente, como disperso, inquieto. Nos acabamos la copa y cojo a Nerea de la mano para llevarla a la salida e irnos a casa.

—¿No me invitas a otra copa?

—Vamos a casa, si quieres allí tengo más bebida.

—No te aceleres, que tenemos toda la noche —ronronea a mi oído y de pronto toda la noche, me parece demasiado tiempo.

Al llegar, pasamos directamente a mi habitación y la desnudo con rapidez. No sé que me ocurre, normalmente no voy tan directo al grano; parece que me quiera demostrar a mí mismo, que puedo seguir con mi vida de siempre. Aparto de mi mente esas ideas absurdas y cuando ya estamos desnudos y excitados, me centro solamente en mi propio placer, solo he comprobado que Nerea ya estuviera a punto, para penetrarla de una estocada y cerrar los ojos.

Veo con gran nitidez, en mi imaginación, el cuerpo desnudo de Adele, ese del que no consigo deshacerme e imagino sus labios sobre los míos. Pasan solo unos minutos frenéticos y todo acaba demasiado rápido, me aparto y me quedo estirado boca arriba en la cama, con un brazo sobre los ojos.

—Oye Oriol —oigo su voz cabreada pero no abro los ojos, me siento demasiado avergonzado —no me vuelvas a llamar para esto ¿vale? Hemos quedado otras veces y ha sido estupendo, pero nada parecido a esta mierda egoísta. Para hacer lo que has hecho te hubieras apañado con tu propia mano. ¡Me voy!

—Nerea... —digo su nombre, pero sigo sin abrir los ojos — ...lo siento.

No dice nada, y oigo como recoge su ropa y sale de la habitación. Al cabo de unos minutos oigo un portazo.

Me incorporo en la cama y me siento como una mierda, me he comportado como un cerdo. ¿Esto es lo que quiero? Lo que durante mucho tiempo me ha parecido un estilo de vida envidiable, de pronto se me presenta como algo sin sentido. Nunca había buscado solo mi propia satisfacción y ni siquiera he conseguido algo que valga la pena. Nerea tiene razón en sus palabras.

No sé que me ocurre, parece que no encuentro lo que antes parecía tan fácil. Pero lo que más me aterra, es la imagen de ella, esa Adele que ha quedado grabada a fuego en mi memoria y decide aparecer caprichosamente, cuando le da la gana. Empieza a mortificarme y está trastocando mi vida de arriba a abajo.

¿Por qué, de pronto, las relaciones que siempre han sido suficiente, no lo parecen tanto? Entiendo que a veces, no todo sea química y biología y surja algo más; siempre he pensado que era muy fácil desvincular el sexo de la parte afectiva, nunca he creído en esa lección aprendida en las películas y las novelas, de que el amor y el sexo van unidos de la mano. Pero imagino que las expectativas van cambiando con los años y a lo mejor estoy pasando por una nueva etapa. Y me está tocando bien las narices.

Una necesidad se ha alojado en mí interior y no soy capaz de saber que nombre tiene. Aunque el de Adele aparece con regularidad, como algo molesto, que se cuela para incordiar, como una mosca a finales de verano que no deja de fastidiar, como un grifo goteando agua con ese sonido pertinaz, acompasado y machacón, que te va volviendo loco lentamente, hasta que tengo la necesidad de gritar su nombre.

No quiero creerlo, esto no puede estar pasando, no puede ser cierto... ¿Adele? ¡Dios mío! ¿En qué momento de insensatez y enajenación ha ocurrido esto? ¿Soy masoquista y no lo sabía?

¿Por qué la imagino y la deseo? ¿Por qué su ausencia me hace extrañarla? He de darme tiempo para pensar, para diseccionar mi interior como lo haría un cirujano, con todos los sentidos puestos en ello. Tengo que encontrar la razón, el motivo de esta locura, que me hace volver a ella una y otra vez; y una vez lo tenga localizado, neutralizarlo de alguna manera, borrarlo de mi existencia, hacerlo desaparecer.

Su marcha estos días, ha sido el detonante de esta especie de compulsión malsana, por buscarla en otro cuerpo, por demostrarme a mí mismo, que no la necesito ni la añoro, por seguir adelante como si nada hubiera pasado. Pero engañarse a sí mismo no sirve de mucho. Tampoco pensar en un futuro ni próximo ni lejano. No con ella.

Buscaré el antídoto a este virus maligno y taimado, y sea como sea lo encontraré, porque vivir así no puede ser sano. Al menos no para mi equilibrio emocional.

Me doy una ducha rápida para intentar relajarme y acudo a mi guitarra, como a mi tabla de salvación. Me siento en el sofá y durante más de dos horas

me vuelco en la música, en el sonido de los acordes, en cantar bajito mis melodías más íntimas.

Como si fuera una religión y yo, el más devoto de sus seguidores, como mi pasión más deseada; mi guitarra... mía en su llanto y su alegría, en su magia que hace gemir las cuerdas, cuando mi alma llora. Te quiero y te odio, porque me entiendes, porque sabes decir solo con tus notas, lo que no saldrá jamás de mi boca.

ADELE

Los cuatro días que nos quedan de vacaciones y que pasamos en Snowhill, son los mejores. Creo que a Evelyn le están sirviendo de cura para su maltrecha autoestima. Poder pasear por su pueblo sin miedo, sentirse rodeada de la gente que la quiere, su familia y un par de amigas de las que aún quedan en el pueblo. Aquí se conoce todo el mundo, creo que el último censo fue de 165 habitantes, casi una familia. Lástima que entre ellos esté, de vez en cuando, el malnacido de Jeff. Lo más conocido de este minúsculo pueblo, son los campos de lavanda de la nieve, que ofrece un paisaje colorido y hermoso como pocos. Creo que tiene más de cincuenta acres, con más de treinta y cinco tipos de lavanda. Intentar describir el olor de estos campos, es imposible, hay que estar aquí, para olerlos y perderse en este perfumado sueño de color violeta.

La enorme granja que se ocupa de su cultivo, también ofrece explicaciones a los turistas que pasan por aquí, sobre todo en verano, cómo se produce la cosecha y la destilación, para obtener los aceites esenciales y los obsequian con muestras gratuitas. La tienda accesoria a la granja, vende todos los productos obtenidos de la lavanda y la afluencia de público en determinadas épocas del año, es lo que mantiene a este pequeño lugar, al bar del pueblo, a un salón de té dónde probar dulces de lavanda y a los que viven aquí todo el año, que trabajan los campos, como la familia de Evelyn. También hay un hostel, una casa rural encantadora, que alquila sus habitaciones y ofrece una comida casera buenísima.

Lo cierto, es que a pesar de ser pequeño, este pueblo tiene un encanto especial, como otros de la campiña inglesa, que recuerda a los paisajes de los cuentos de hadas; esa magia singular, que te hace pensar en la infancia, en los sueños.

O puede ser que me esté poniendo muy ñoña con el embarazo y solo vea la parte especial, de cada cosa que veo.

De regreso a la rutina, otra vez en el trabajo, pasadas las fiestas. Los días parecen alargarse y en poco tiempo, me entran las prisas por que se acelere y

tener a mi niña en los brazos. He empezado a usar ropa algo más holgada y necesito ir de compras, tanto para mí, como para el bebé. Ya he empezado a despejar una de las habitaciones de mi piso, para decorarla para ella y cada día estoy más ilusionada. He de reconocer, que me costó decidirme, pero ahora estoy cada vez mas convencida, de haber hecho lo correcto, para mí.

Veo a Oriol en el trabajo y se sigue comportando de una forma algo extraña. Marca las distancias y eso, que últimamente, no nos peleamos. He conseguido mantener una calma y una contención, que no sabía que podía lograr. Creo que es el embarazo, que me tiene más relajada de lo que nunca hubiera imaginado. Evito las discusiones, no me altero con los problemas y empiezo a ver la parte positiva de cualquier cosa.

—Adele, ¿Podemos hablar un momento? —Oriol asoma su cabeza por la puerta de mi despacho.

—Claro, pasa —lo veo algo demacrado, un poco alterado— ¿Pasa algo?

—No... solo quería hablar contigo, para saber cómo estás —me observa entre preocupado y temeroso, no sabría decir.

—Estoy perfectamente, me encuentro muy bien.

—No me refería solo a tu salud —cruza los dedos y me mira a los ojos —sigo intentando hacerme a la idea de que voy a ser padre, pero me cuesta mucho. Pensaba en hablar contigo, para saber si a ti te pasa lo mismo.

—Cada vez me siento mejor y me hago más a la idea, pero, claro, yo llevo a esta niña dentro de mí y supongo que mi vínculo ahora es diferente — en ese momento noto un movimiento en mi vientre, fácilmente identificable y rotundo.

Hace días que ya noto los movimientos, que empezaron como ligeros calambres, muy suaves y se han convertido en pocos días en pataditas que aún me sobresaltan, imaginando que un intruso se ha colado en mi barriga.

—Ahora mismo se está moviendo —me levanto y me acerco a él —Pon la mano aquí —le cojo la mano y la llevo a mi vientre, donde mi bailarina sigue danzando.

—¡Lo he notado! —Oriol me mira asombrado y sonrío algo alucinado — parece que esto lo hace mas real ¿no?

—Es real, Oriol. No te preocupes y ya te irás haciendo a la idea. Ya sabes que...

—¡Ya sé que no me vas a pedir nada! ¡Ya sé que no me necesitas! ¡Ya sé que no esperas nada de mí!

—¡Tranquilo! —retira su mano de mi vientre y se levanta para irse—

¡Oriol! ¡Escúchame! Solo pretendo que vayas a tu ritmo, que no te sientas atrapado o forzado a nada. Te conozco lo suficiente para saber que esto te está afectando mucho.

—¿Sabes que más me está afectando? —vuelve sobre sus pasos y se acerca a mí, hasta quedar cara a cara y nos quedamos en silencio.

—¿Qué? —sus iris oscuros no se desprenden de los míos y detecto algo distinto en su mirada.

—Seré sincero contigo; me afecta la noche que pasamos juntos, esa fatídica noche que ambos hemos querido borrar de nuestros recuerdos —cada vez está más cerca, pero no voy a moverme ni un milímetro —esa noche que he querido olvidar y que cada día se repite en mis sueños, que evoco cuando toco la guitarra, que se filtra en mis venas y circula por mi cuerpo sin control. Porque recuerdo cada segundo, Adele, cada caricia, cada beso de tus labios, la visión de tus ojos oscureciéndose por la pasión, tu cuerpo sobre el mío, mis manos sobre tu piel. Recuerdo cada suspiro, cada gemido y tu preciosa voz gritando mi nombre.

Está casi tocando mi cuerpo con el suyo y no puedo negar que me he quedado cautiva de sus palabras, un magnetismo animal nos envuelve y me une a su esencia misma. Me seduce su mirada y sus palabras someten mi voluntad. Quiero apartarme y no puedo. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Creo que hemos perdido la razón, porque nuestras bocas están a un suspiro y en un segundo de insensatez, se unen sin remedio. No ha sido él, no he sido yo... ha sido un nexo, un enlace invisible pero sólido, un imán con un campo magnético infinito.

Nuestras bocas sellan el momento, los recuerdos de aquella noche que yo tampoco he podido olvidar y como una avalancha de emociones, nos sumergen en otro universo, uno suyo y mío, donde el pasado se funde con el presente. Nuestros cuerpos se abrazan, se buscan sin abandonar nuestros labios y un sentimiento nuevo, distinto, germina en mi interior, a la vez que mi bailarina vuelve a brincar. El momento termina cuando Oriol se aparta.

—Dime que no recuerdas esa noche, que no la añoras, que no la sueñas.

—Ya te dije que casi no recuerdo nada, el exceso de alcohol fue suficiente para borrarlo todo —no puedo más que mentir, decirle la verdad, me hace sentir muy vulnerable, aunque noto la decepción en su mirada— Pero esto no está bien Oriol. Nos mataríamos en dos días. ¿No lo entiendes?

—Si te soy sincero, estoy muy perdido. ¡Pero no dejo de pensar en ti!

—Es posible que si no estuviera embarazada, ya te hubieras olvidado de mí —me pongo la mano en el vientre —esto nos va a unir para siempre, de una manera u otra.

—¿Por qué no intentarlo?

—Porque te cansarías en dos días. Creo que te conozco, para saber lo que necesitas. Dime... ¿Con cuantas mujeres te has acostado desde entonces? —baja la vista y no contesta— ¿Lo ves? ¿Crees que estás preparado? Yo no.

—Solo intento hacer las cosas bien y te deseo, pienso en ti. Eso ha de valer algo.

—Vale algo, cielo. Pero no todo. Demos tiempo al tiempo.

—¿No ha significado nada este momento?

—Si, en realidad mucho. Pero no lo suficiente para tomar decisiones drásticas. Desde que mi bailarina me acompaña, la paciencia que nunca he tenido, va de la mano conmigo.

—De acuerdo, como quieras —Oriol parece algo derrotado, pero seguro que se le pasará.

Seguramente encontrará en cualquier fiesta, alguna chica monísima que le hará olvidar esa noche y volverá a ser el de siempre.

Una acidez repentina me hace arder el estómago y una nausea sube hasta mi garganta. Imaginarlo con uno de sus ligues, me produce una reacción inesperada, un desasosiego que debo destruir de inmediato. Respiro hondo y paso mi mano por su mejilla en un gesto cariñoso.

ORIOLO

Desde aquel beso alucinante con Adele, en el que me sinceré más que nunca, sin resultado, no ha vuelto a ocurrir nada entre nosotros. No mentiré; que se negara a intentar algo serio, me produjo un cierto alivio, a la vez que un resentimiento extraño por la negativa; siempre acabo pensando que nunca seré suficiente para ella. Lo cierto es que nuestra relación es más amigable que antes y la mala leche de la que siempre ha hecho gala, parece haber quedado anulada por su barriga de forma inversamente proporcional. Empiezo a notarla cansada, ya estamos en abril, los meses han ido alargándose lentamente y ya está de ocho meses. A pesar de ello, está más guapa que nunca, desprende una luminosidad especial.

Se queja mucho de que parece un camión, pero sigue con un ritmo endiablado de trabajo, del que todos los que la rodeamos, intentamos disuadirla. Xenia la envía a su casa cada día, sin dejarse vencer, hasta que consigue que vaya a descansar.

Tenemos ya casi todo preparado para la boda de Xenia y Biel, que se casan el veinticinco de mayo, justo dentro de un mes y una semana. Suerte que Xenia se ha ocupado de casi todo, en la preparación de su propia boda, no damos abasto.

Hemos contratado a dos personas más, de cara al verano, ya que Adele estará de baja y con las vacaciones de todos, además de los quince días de permiso de Xenia por la boda, esto parece un circo de tres pistas. Suerte tenemos de Evelyn, que en este tiempo se ha empezado a hacer indispensable y que siempre echa una mano donde haga falta.

Yo no he avanzado demasiado, sigo inestable, sin rumbo. Me he centrado mucho en el grupo estos meses, hemos compuesto nuevos temas, y hemos enviado grabaciones a Eike, que con cada nueva canción, nos anima. Ya tenemos confirmadas algunas actuaciones en Londres para el verano y todos estamos muy ilusionados.

Todo esto es lo que he esperado durante mucho tiempo, pero nunca imaginé que tendría un bebé cuando llegara. Eso me crea un malestar continuo, del que no sé desprenderme. Es como tener que escoger y entiendo más que nunca los dilemas de David y Nico, los dos componentes del grupo que tienen

hijos pequeños. Aunque si ellos pueden con todo, yo no voy a ser menos. Nunca he querido una responsabilidad tan grande y no deja de ser una pesada carga sobre los hombros.

Sigo mirando a Adele cuando no me ve, y no solo para alucinar con su inmenso barrigón. Cuando la miro, descubro a otra mujer, una distinta de la que siempre he conocido. La envuelve un halo de una magia especial, de una felicidad que ha conseguido, mientras que yo no la encuentro en ningún rincón. Hablamos. Podría decirse que nos hemos hecho verdaderos amigos. Pero hasta ahí. La distancia de seguridad sigue en su sitio y quién lleva las riendas es ella.

—Hola Oriol —Xenia se acerca a mi sonriente, como es usual en ella—
¿Te vienes a comer?

—Si, vamos —cierro el portátil y cojo mi cazadora— ¿Dónde te apetece ir?

—No tengo mucho tiempo, vamos aquí al lado mismo.

Llegamos al restaurante y nos sentamos. Xenia me coge de las manos desde el otro lado de la mesa y hace que la mire.

—¿Qué te pasa, Oriol? Últimamente no me cuentas nada y no estás bien; es algo que capto muy fácilmente contigo ¿Quieres hablar?

—No es nada...

—¡No me esquives! Sabes que te conozco mejor que nadie y es difícil que me engañes. Supongo que tiene que ver con Adele y con tu futura hija ¿Me equivoco?

—No —es inútil intentar ocultarle algo a Xenia, su sexto sentido es bastante infalible —me siento perdido. No sé cómo voy a afrontar lo de ser padre, es como si no tuviera el espacio suficiente para llevarlo a cabo, es una contradicción lo mire por donde lo mire. Por un lado lo deseo y por otro me ahoga. ¿Cómo voy a organizar mi vida? ¿Qué sé yo de cuidar a un bebé?

—Es normal que pienses esas cosas, es un cambio, algo nuevo y desconocido para ti. Para enfrentarse con cualquier nueva experiencia, no solo es necesario actuar, también hay que soñarla primero, no todo es planificación, hay que creer en ello. Sueña de momento y la experiencia te llegará con el día a día.

—Las palabras puedo entenderlas Xenia, pero no hacen que desaparezca el miedo. ¿Sabes que ya nos han salido varias actuaciones para este verano en Londres?

—¡Ya tardabas mucho en decírmelo! El otro día me encontré con Arnau y

me lo explicó. ¿Es eso lo que te preocupa?

—¡Me ilusiona! Pero la pequeña solo tendrá poco más de dos meses y yo no estaré para ayudar a Adele, ni para verla y eso no me dejará disfrutar de lo que llevo esperando tanto tiempo.

—¡Solo serán unas semanas! Adele estará acompañada, seguro que sus padres vienen aquí para ayudarla. También tiene a Evelyn. Y a mí. Este verano solamente iremos diez días a Galway, el resto de las vacaciones las pasamos en Barcelona, ya sabes, por la promoción del libro de Biel.

Lo había olvidado, es cierto. Mi hermano por fin se decidió a publicar su eterno libro, le puso punto y final hace unos meses y ha conseguido que una famosa editorial lo lance al mercado. Estaba exultante, ya que en el tiempo que lleva en las librerías, las ventas han superado sus expectativas y la editorial le ha preparado varias presentaciones y firmas de libros entre julio y agosto, por lo que reducirán sus vacaciones en Galway.

—Me alegro mucho por él, ha conseguido cumplir su sueño.

—Si, está muy contento; pero no pienses que ha decidido ponerse a escribir y dejar las clases. Este mundo es muy inseguro, un día estás en la cima y al siguiente hundido en la miseria. Más vale tener los pies en el suelo.

—¡Claro que lo entiendo! Justo ahora, empiezo a subir esa montaña, veo la cumbre muy lejos, pero siento que asciendo poco a poco. Pero algo me lo impide y me arrastra hacia abajo.

—Adele nunca te ha puesto trabas, Oriol. No la culpes.

—No lo hago, me culpo a mí mismo. Porque lo quiero todo. Y eso es imposible. ¿Sabes que intenté hace unos meses proponerle a Adele estar juntos y tener una relación seria?

—¿En serio? ¡No me ha dicho nada! —la expresión asombrada de Xenia, me confirma que es cierto lo que dice.

—Supongo que ni siquiera le dio importancia. Me dijo que nos mataríamos en dos días y ya no hemos vuelto a hablar del tema.

—No creo que ese sea el problema. Ahora parece que os lleváis mucho mejor. Aunque imagino cual es.

—Ah ¿sí? ¿Cuál? —casi siempre me fío de la intuición de mi amiga, no suele fallar.

—A ver cariño, los que te conocemos, sabemos que te gusta más la variedad que otra cosa ¿no? Eso es muy complicado de llevar para una pareja; confiar es muy difícil, si sabes que tu pareja ha sido siempre un Casanova.

—Ya... aunque tampoco en eso soy el mismo.

—¿Sientes algo por ella? —Xenia, que es tan feliz ahora, parece querer para todo el mundo un amor como el que ella siente por Biel.

—No lo sé, la verdad. La única noche que pasamos juntos, me marcó; no consigo olvidarla y muchas veces me descubro con ganas de besarla. Incluso ahora.

Xenia se queda pensativa y me observa como si me viera a través de un microscopio.

—¡Ay, Oriol! ¡Qué complicado se puede volver todo! ¡Es cómo si lo estuviera viendo, ahora mismo! —y cierra los ojos, con esa cara de loca que pone a veces, haciéndome reír, cosa que no ocurre mucho en los últimos tiempos.

PARTE CUARTA —UNA NUEVA LUZ

ADELE

—¡No voy a encontrar ningún vestido que me siente bien para la boda! — estoy algo desesperada, la boda de Xenia y Biel es el sábado que viene y sigo sin tener que ponerme.

—¡No digas tonterías! —Xenia me coge del brazo, me arrastra por la tienda, donde ya me he probado cinco vestidos y Evelyn nos sigue —esta tienda pre-mamá, tiene vestidos maravillosos de fiesta. Vamos a seguir mirando.

—¡Mira Adele! ¡Este vestido es precioso! —veo como Evelyn saca de un colgador un vestido azul marino, con el cuerpo de encaje, una cinta ancha de seda bajo el pecho anudada en un lado con un lazo y la falda acampanada en varias capas de seda y tul con diferentes largos.

—La verdad es que es bonito —lo cojo y lo miro detenidamente —no sé si mi pecho va a caber ahí.

—¡Pruébatelo! —mis amigas me acompañan al probador y entran conmigo. A pesar de que saben de sobras el volumen que tiene mi barriga, cuando me quito la ropa las dos abren los ojos desmesuradamente— ¡Madre mía! ¡Vaya sandía más hermosa llevas a cuestras!

Las tres nos reímos de las ocurrencias de Xenia y tal como me pongo el vestido, me siento cómoda. El cuello es de barca y lleva media manga ajustada que llega justo bajo el codo. Evelyn me sube la cremallera por la espalda y le pido que vaya a ver si encuentra unos zapatos con un poco de tacón. Desde que tengo tan poco equilibrio, me he acostumbrado a calzarme con zapatos casi planos. Encuentra unos de mi número, del mismo azul del vestido y al ponérmelos y mirarme al espejo, me veo bien.

—¡Estás preciosa! —Xenia da vueltas a mi alrededor, emocionada— ¡Quédatelo! Te sienta de maravilla.

—No me queda mal... ¿Tu qué opinas, Evelyn?

—¡Qué estás impresionante! Tanto el color como el tejido, parecen hechos para ti. Yo que tú, no me lo pensaría dos veces.

—¡Decidido! —me quito el vestido y estoy feliz de haber encontrado lo

que buscaba— ¡Os invito a comer! Estamos cerca de un restaurante que conozco, dónde se come muy bien.

Pago mis compras y nos dirigimos al restaurante. Por suerte nos dan una mesa, este sitio siempre está lleno.

En cuanto nos sentamos y pedimos, Xenia empieza a hablar de Oriol y de sus proyectos para el verano. Nos explica que tienen actuaciones contratadas en Londres y es posible que actúen en alguno de los montones de festivales que tienen lugar en los meses estivales. No comento nada, pero imaginar su ausencia, no deja de crearme un vacío insólito. Me sorprende y me altera, sin saber porque.

—No hace mucho estuve hablando con él, de cómo se siente. Me dijo que piensa mucho en ti.

—Xenia ¿Es que no lo conoces? No puedo dejarme embarcar por su palabrería o sus buenas intenciones, que no dudo que las tenga. Soy tres años mayor que él —levanto las manos para acallar a Xenia, que ya iba a intervenir — ¡Ya sé que eso no es nada! A lo mejor no tiene nada que ver. Pero creo que Oriol aún ha de crecer. A veces lo veo todavía como un crío.

—¡Adele, que tiene treinta y dos años! No es un crío precisamente. Aunque entiendo un poco lo que quieres decir. Está bastante desorientado con su paternidad y con su relación contigo. Lo noto confuso, inestable. Creo que está pasando por un momento, en el que no sabe bien lo que quiere. Siempre había llevado un ritmo de vida, cómodo para él. Sus actuaciones, su trabajo, sus fiestas, su grupo y... sus mujeres. Pero creo que ahora mismo se le han desmontado todos los esquemas. Lo que antes era suficiente, ya no lo es. Mirarse a sí mismo y verse como padre, en la situación que estáis, lo tiene alterado.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Iniciar una relación seria con él? ¿Te das cuenta del peligro que tiene eso?

—Si —Xenia suspira y hace una mueca pensativa.

—Pues yo creo... —Evelyn empieza a hablar y calla de golpe —es igual...

—¡Evelyn! —la miro y cojo su mano —puedes decir lo que quieras, no pasa nada. Me gusta que me expliques lo que piensas, para eso somos amigas.

—Vale... lo que quería decir, es que creo que estáis obviando lo más importante.

—¿Qué? —me intrigan las palabras de mi amiga.

—Os estáis olvidando de los sentimientos. Me refiero a lo que sentís uno

por el otro, si es que hay algo. Eso debería ser lo que os hiciera decidiros por uno u otro camino. Eso creo yo.

Xenia y yo, nos quedamos mirando y nos entendemos sin palabras.

—Evelyn, no sabría decirte lo que siento. ¿Quererle? Sí, claro que le quiero. Yo también pienso mucho en él. Con el paso del tiempo, soy consciente, de que lo que pasó entre nosotros, no fue solo el calentón del momento, solo química o atracción sin más. No sé bien lo que puede sentir él, pero tengo claro, que si un día, se decidiera en serio a querer estar conmigo, deberían cambiar muchas cosas. La principal, sería poder confiar en él y en sus sentimientos. Eso ahora mismo está descartado. Ni el mismo sabe lo que quiere. No voy a caer en esa trampa, para acabar envuelta en una relación que no nos lleve a ningún sitio y en la que solo consigamos hacernos daño. Desde luego, no seré yo, quién intente cambiarlo.

—Te entiendo, de verdad. Pero a veces os veo y tengo la impresión, de que si no os frenarais, si os dejarais llevar, a lo mejor podríais tener algo importante.

—Yo pienso lo mismo —Xenia me mira y sigue —cuando conocí a Biel, no podía imaginar nada con él. Iba a casarse con su novia de toda la vida. Pero algo me llamaba de su persona, no podía dejar de mirarlo. Después de que ella lo abandonara, los dos llevamos el freno puesto durante bastante tiempo, por miedo al fracaso. Pero los sentimientos nos arrastraron y fue lo mejor que pudimos hacer: dejarnos llevar por ellos.

—¡Bueno chicas! Agradezco vuestras opiniones, pero ahora mismo, mi prioridad es esta —les señalo mi abultada barriga y justo en ese momento una patada en toda regla, se nota a través de la ropa, como saludando a sus futuras tías.

Las dos se ríen encantadas y ponen sus manos sobre mi vientre, mientras mi bailarina no deja de moverse.

—¡Sara os está saludando!

—¿Ya has decidido, por fin, el nombre? —Xenia me mira sorprendida.

—Sí. Sara es un nombre hebreo que significa princesa. Me parece un nombre hermoso, siempre me ha gustado.

—¿Ya lo sabe Oriol?

—No lo hemos comentado, ya se lo diré, no creo que le ponga pegas.

—Es un bonito nombre.

Por fin ha llegado el día de la boda. Estamos en mi casa, donde también llegaron ayer los padres de Xenia, a la que hemos ayudado a prepararse, cuando han acabado la peluquera y la maquilladora. No está nada nerviosa, solo feliz y sonriente. Su padre, Liam, no deja de mirar a su hada y limpiar disimuladamente sus lágrimas. Me enternece ver a ese hombretón tan grande, tan emocionado al ver a su niña vestida de novia. Su madre, Roser, no deja de recolocarle el vestido y darle consejos. Xenia parece una princesa hippie. A pesar de llevar un vestido largo de novia, de un blanco immaculado, el estilo ibicenco que ha escogido, no le puede sentar mejor; tul bordado en seda, con capas desiguales hasta llegar a los tobillos, y la espalda al aire. Es tan de su gusto, que se la ve cómoda y preciosa. La han peinado con una larga trenza de espiga que cae por su espalda y en la parte de la nuca, lleva un arreglo de flores en forma de uve, de color lila, blanco y dorado. Está disfrutando de estos momentos y quién se dedica a hacerle fotos, es el becario que la acompaña muchas veces en el trabajo y al que va dando indicaciones mientras trabaja.

—Controla la luz desde ese lado, vigila que no deslumbre a la izquierda.

—¡Xenia! ¡Deja trabajar tranquilo a Nando! Ya sabes que puedes confiar en él, nos lo has dicho mil veces.

—¡Gracias Adele! Esto de tener que fotografiar la boda de Xenia y Biel, es todo un desafío. Parece que me esté examinando en cada foto —el chico mira a Xenia —tranquila, van a salir perfectas, ya lo verás.

—Confío en ti, pero me salen los consejos como si estuviera trabajando contigo ahora mismo.

Nos hacemos algunas fotos con ella, Evelyn y yo, los padres de Xenia y dos de sus primas que han querido subir a verla antes de la ceremonia.

Mi amiga y yo, ya estamos arregladas, la boda es a las cinco, por lo que hemos tenido tiempo toda la mañana para conseguir estar preciosas. Cody me dijo que intentaría venir a la boda, pero aunque ayer quedó en confirmármelo, no nos ha dicho nada. Lo he llamado varias veces hoy, pero no me contesta. No sé qué le pasa últimamente, demasiado trabajo.

—Evelyn, ese vestido te queda genial —mi amiga se ve muy cambiada, como si tuviera una luz especial.

—No está mal —se mira en el espejo de nuevo —no estoy acostumbrada a verme tan arreglada.

—Suerte que me hiciste caso con el color y te quedaste el rojo. Te sienta

de fábula.

Llaman al timbre. Oriol ha quedado en pasarnos a buscar con su coche. Desde hace unas semanas no conduzco, me siento tan incómoda con mi volumen, que he dejado de hacerlo, para no tener que ponerme el cinturón de seguridad.

Contesto al interfono y me dice que sube un momento, que quiere ver a la novia.

En cuanto entra por la puerta, me quedo impresionada al verlo... casi babeando, no voy a negarlo. Va muy elegante, con un esmoquin negro con las solapas de seda, una camisa blanca entallada y una pajarita de seda gris perla. Su pelo negro como la noche, que hace tiempo que no se corta, lo lleva recogido hacia atrás en una corta coleta que le sienta de miedo. Aunque vaya trajeado, no se libra de ese aire moderno y canalla, que siempre le acompaña.

Veo como me repasa de arriba abajo. Ya sé que el vestido es bonito, pero no sé cómo puede mirarme de esa manera, cuando me siento como una ballena fuera del agua.

Se acerca a mí con pasos lentos y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¡Qué preciosidad! ¡Estás guapísima! —me besa en las mejillas y me coge las manos para mirarme de arriba abajo.

—¡No seas adulator, que parece que vaya a reventar de un momento a otro! ¡Tú sí que estás guapísimo! Pasa, la novia está en mi habitación.

Oriol entra, saluda a todo el mundo y se queda mirando a Xenia con cariño.

—¡Panocha, estás preciosa! Mi hermano se va a quedar más tonto de lo que ya está, cuando te vea —se acerca a besarla y le guiña un ojo.

—¡Gracias Oriol! ¿Cómo está Biel?

—Nervioso como un flan. Acaba de salir con mis padres hacia la masía, ya no aguantaba más en casa.

Xenia suelta una carcajada.

—Me dijo ayer que se lo tomaría todo con mucha calma y que no habría nada, capaz de alterarlo.

—¡Pues parecía a punto de subirse por las paredes!

—¡Espero que me esté esperando y no haya huido despavorido!

—Por eso puedes estar tranquila. No paraba de repetir que el tiempo se había detenido y que necesitaba verte ¡ya!

—Saldremos enseguida, ya está todo preparado.

—Tú has de llegar la última y hacer una entrada triunfal —intervengo y

empiezo a dirigir la operación salida —Evelyn y yo nos vamos con Oriol, tus primas también pueden ir saliendo —las miro y me dirijo a ellas —si no sabéis muy bien como llegar, nos podéis seguir a nosotros en vuestros coches. Liam y Roser —los dos me miran y sonrían —esperar unos diez minutos a que nos hayamos ido y con tranquilidad salís y os ponéis en marcha. ¡Nando! Tú ya puedes salir pitando, que has de estar allí preparado para cuando llegue la novia, poder hacer las fotos ¡Todos en marcha!

—¡Genio y figura! —Xenia se acerca y antes de que nos vayamos, me da un sentido abrazo —te quiero.

—¡Y yo a ti, Panocha! Deseo de todo corazón, que seas siempre tan feliz como lo eres ahora.

—¡Gracias! Lo intentaré con todas mis fuerzas.

Por fin, nos ponemos en marcha y bajamos a la calle. Oriol me abre la puerta del copiloto de su coche y entro como puedo, mientras Evelyn se sienta en la parte de atrás. Cierra la puerta y se pone al volante. Durante el trayecto, por suerte, se crea un ambiente festivo, comentamos tonterías de la boda y nos reímos. Se presenta ante nosotros un día alegre y eso me pone contenta.

La ceremonia civil se celebrará al aire libre, en el exterior de una masía situada entre dos pueblos costeros. Hemos organizado bastantes bodas allí, es uno de nuestros lugares preferidos en DreamWedding y Xenia lo tenía claro desde el principio. Como trabajamos con ellos desde hace años y los dueños son amigos míos, les han hecho un precio muy especial a los novios. La propiedad tiene una pequeña playa privada y hay un muro de poca altura, de algo más de medio metro, que delimita la gran terraza con la arena de la playa. Justo delante del pequeño muro, hemos colocado un gran arco de bambú, seda y flores y sillas cubiertas de telas satinadas. El marco es idílico y durante la ceremonia, tendremos como fondo el cielo y el mar. Por suerte hace un día muy soleado y no hay ni una nube. Alrededor de las sillas hay pinos y saucos floreados, que ofrecen un paisaje bucólico, en contraste con el azul del mar.

En poco más de tres cuartos de hora llegamos y ya encontramos a varios invitados y a un nervioso Biel, que pasea de un lado a otro, sin saber dónde poner las manos.

—¡Oriol! —en seguida detecta a su hermano y se acerca a nosotros a grandes zancadas —Hola Adele, Evelyn; estáis guapísimas. ¿Cómo está Xenia?

Oriol se ríe y lo abraza, dándole palmadas en la espalda.

—¡Tranquilo Biel! Ya está de camino hacia aquí y está muy tranquila y

relajada, no cómo tú, que pareces Speedy. No te preocupes, la he visto antes de salir y es la estampa de la felicidad. Aparte de estar preciosa.

—¡No entiendo está costumbre estúpida de no poder ver a la novia antes de la ceremonia! Debería haber dormido conmigo esta noche y salir los dos juntos de casa.

—Creo que Liam, no estaría de acuerdo con eso.

Biel pone los ojos en blanco y no deja de mirar el camino dónde aún siguen llegando los coches de los invitados, que van aparcando y saliendo para ir a saludarlo. Entre los últimos, empiezan a asomar cabezas pelirrojas y Biel sonrío al ver aparecer a la enorme familia al completo de Xenia y a sus mejores amigos de toda la vida. Todos han venido de Galway y Dublín para la boda y enseguida se acercan a abrazarlo con efusividad y hablando por los codos.

Veo de lejos el coche dónde llega Xenia y me dispongo a organizar al personal.

—¡Ya viene la novia! ¡Todos a sus puestos! —doy unas voces y los invitados se van colocando en las sillas.

A un lado del arco, ya están preparados los músicos. Como los amigos del grupo de Oriol, hoy son invitados, hemos tenido que contratar a otros. Los conocemos y estamos seguros de que lo harán muy bien. Biel se coloca junto al arco de flores a esperar a la novia. Se hace el silencio y a lo lejos, Xenia cogida del brazo de Liam, saluda con el brazo en alto y envía besos con la mano a todo el mundo, con una sonrisa que no creo que decaiga en todo el día.

La música que han escogido empieza a sonar y el alcalde del pueblo más cercano, que los va a casar, espera al otro lado del arco. Los invitados se levantan de las sillas y se giran para mirar a la novia, que agarrada del brazo de su padre, no deja de sonreír y saludar con gestos a todos sus amigos... hasta que fija su vista al fondo para mirar a Biel. Desde ese instante, se nota que el resto de las personas han desaparecido y sus ojos se humedecen y brillan reflejando el turquesa del mar y la mirada cristalina de Biel. Se sonrío y fluye en el ambiente ese amor que desprenden y que nos hace emocionarnos, al que más y al que menos. Oriol se ha colocado a mi derecha y al verme con el pañuelo en la mano, intentando secarme las lágrimas, pasa una mano por mi espalda y la acaricia. Lo miro y descubro en sus ojos, una turbación insólita. Sube su mano hasta mi nuca y me acaricia la corta melena. Es un gesto tan cariñoso y sorprendente que le sonrío con cariño y le guiño un ojo, para quitarle seriedad al momento.

La ceremonia sigue su curso y tras las formalidades, Biel se acerca el micrófono, coge las manos de Xenia y le recita un texto de Bécquer, mientras le pone el anillo en el dedo.

“Podrá nublarse el sol eternamente; podrá secarse en un instante el mar; podrá romperse el eje de la tierra como un débil cristal. Podrá la muerte cubrirme con su fúnebre crespón; pero jamás en mí, podrá apagarse, la llama de tu amor.”

Xenia se emociona y se acerca el micrófono, parece que también lleva algo preparado. Pone el anillo en el dedo de Biel, carraspea y mirándolo a los ojos, empieza a recitar la letra de “Always” de Bon Jovi.

“Estaré aquí hasta que las estrellas no brillen, hasta que los cielos estallen y las palabras no rimen. Yo sé que cuando muera, tú estarás en mi mente y yo te amaré, siempre.”

En cuanto Xenia calla y el alcalde los declara marido y mujer, los músicos tocan la melodía de la canción que Xenia acaba de recitar y el cantante lo hace casi tan bien como el original.

Todos aplauden, mientras Xenia y Biel se funden en un beso inacabable y finalmente se abrazan felices.

Ha sido precioso, me levanto y un malestar en los riñones, hace que me vuelva a sentar. Espero no tener que hacer correr a nadie, porque cumplo dentro de dos días y mi bailarina podría decidirse a llegar en cualquier momento. Cruzo los dedos y deseo de todo corazón, que al menos espere a mañana.

—¿Estás bien? —Oriol se ha fijado en mi gesto y se agacha a mi altura.

—Si tranquilo, es que este peso es difícil de llevar —rodeo mi barriga con las manos y la acaricio.

—¿Puedo? —Oriol acerca su mano y la cojo para acompañarla a saludar a mi pequeña.

—¡Claro! —miro mi vientre —mira Sara, tu papá te quiere saludar.

—¿Sara? Me gusta mucho el nombre —menos mal que se ha tomado bien que lo haya elegido sin preguntar.

—Me alegro que te guste, significa Princesa y es hebreo. ¿Me ayudas a

levantarme?

—Te ayudo, pero mientras hacemos el aperitivo en la terraza, te sientas y yo te traigo lo que quieras comer ¿de acuerdo?

—Gracias Oriol, por esta vez te haré caso.

ORIOI

Adele empieza a preocuparme, se la ve muy cansada y va arrastrando los pies. A pesar de que he insistido, que durante la boda se quede quieta, lo hace durante un rato y al momento, ya se está poniendo en marcha y organizando a todo el mundo... deformación profesional. Parece que no puede dejar de trabajar, aunque en esta boda sea una invitada más.

El enorme aperitivo y todo el menú, han estado genial y ha ido oscureciendo mientras tanto. Ha refrescado un poco, pero la temperatura es buena. Se va a celebrar la fiesta en el exterior y hay montones de farolillos de colores colgando de los árboles y luces exteriores indirectas, que dan al espacio un ambiente de verbena. El grupo que está amenizando la fiesta, lo está haciendo bien y la gente baila y ríe entusiasmada.

A pesar de estar moviéndome por aquí, bailando, hablando con un montón de gente y rodeado de mis amigos, no le quito un ojo a Adele. Ya la he visto hacer varias veces gestos de malestar, llevarse las manos a los riñones y masajearse la barriga. Su estado es muy avanzado y en cuanto esto se empiece a despejar un poco, intentaré convencerla de llevarla a su casa.

El grupo que ameniza la fiesta, informa de que van a hacer un pequeño descanso. Mis colegas del grupo y yo, que en ese momento estamos juntos en la barra tomando algo, nos miramos y nos entendemos sin palabras. Me acerco al cantante del grupo, que me saluda con un choque de manos.

—¡Oriol! ¿Qué tal sienta estar al otro lado?

—Hoy bien, pero ya que hacéis un descanso, seguro que no os importa que nos subamos al escenario y llenemos el hueco, en vez de poner música enlatada.

—¡Ningún problema! Lo tenéis todo a punto. Si en vez de diez minutos son veinte, os lo agradecemos —suelta una carcajada y Arnau y Xavi se van a buscar a David y Nico, que están sentados en una mesa con sus parejas.

En cuanto los invitados ven que cogemos los instrumentos y probamos el micro, nos empiezan a aplaudir entusiasmados y a corear el nombre del grupo a todo volumen.

Estamos todos animados y nos lanzamos con unos cuantos temas muy movidos. Mientras la gente baila, canta y salta, alrededor de Biel y Xenia que

están en medio, paseo la vista por el enorme jardín, hasta que detecto a Adele que me mira sonriendo. Le hago una señal para que se acerque y me mira extrañada.

Acabamos una canción y aviso a mis colegas de que quiero tocar algo lento. Nos ponemos a ello y se forman montones de parejas, que bailan bien arrimados. Veo como Adele se acerca por el rabillo del ojo y le indico que suba. Se encoge de hombros y accede al escenario que está poco alzado del suelo, solo es una tarima de madera con cuatro escalones. Acabamos la canción y cojo el micrófono con la mano.

—¡Hola a todos! Hoy es un día muy especial, sobre todo para mi hermano y mi mejor amiga, ahora cuñada, que se han decidido a unir sus vidas. Quiero hacerle un regalo especial a Xenia, pero también será un regalo para todos vosotros. Porque hace unos meses descubrí una voz increíble, que canta como los ángeles. Y resulta que esa maravillosa voz, es la de la mejor amiga de Xenia, Adele, a la que quiero pedir, como un favor muy especial, que nos deleite con su voz y nos cante una canción.

Miro a mi izquierda y veo cómo Adele se lleva las manos a la cara, mientras niega con la cabeza. Como el dedicado público ha empezado a corear su nombre, se acerca a mí, me suelta una mirada asesina, de esas que hacía mucho tiempo que no recibía, coge el micrófono y se dispone a decir unas palabras.

—¡Os juro que esto no estaba preparado! No sé de dónde ha sacado Oriol que canto como los ángeles, pero os aseguro que no es verdad. Después lo torturaré lentamente, pero ya que estoy aquí arriba, cantaré una canción y espero que el grupo se la sepa —nos mira a todos, sonriendo— ¿Alguien me puede traer una silla? No creo que aguante mucho de pie.

Uno de los camareros que está cerca, sube una silla alta con respaldo al escenario y la coloca al lado del micrófono.

—Como no estoy para moverme mucho —se oyen algunas risillas —me perdonareis que cante una lenta. Chicos, decirme que podéis tocar “Someone like you”, de Adele.

Arnau, que toca el teclado levanta el pulgar en señal afirmativa y le guiña un ojo. Se hace el silencio y Xenia y Biel están delante del escenario, a la expectativa.

Empieza la música y la voz de Adele, bastante parecida a la de la cantante original, inunda el espacio. Cierra los ojos y se concentra en la música. Su voz de terciopelo, es intensa, auténtica, irradia sensualidad. Estoy

a su lado acompañándola con la guitarra y algo ocurre de nuevo. Es oír su preciosa voz, la cadencia de cada palabra, el sentimiento que transmite, la dulzura, el pesar, la tristeza y siento como un golpe seco en el plexo solar y algo dentro de mí, parece romperse y expandirse por todo mi cuerpo, hasta las puntas de mis dedos. Estoy a su lado y no puedo dejar de mirarla. Esa mujer que siempre me ha retado, provocado, desafiado sin límites, estimulado con sus pullas incitándome a rebatirla, enfrentándose a mí, mil veces, solo abre los ojos un momento, para dejar escapar una lágrima. Las notas altas llegan y las alcanza sin esfuerzo, sin falsete, se le rasga la voz por la emoción y noto un nudo duro en la garganta, que casi me impide respirar. Ha desencadenado en mi interior un alud de nuevas sensaciones, casi una demencia incontrolable. La letra de la canción es triste, habla de esos sentimientos no correspondidos, que dejan al que ama sin respuesta, sin poder compartir lo que inunda tu corazón.

*“Odio aparecer de repente, sin invitación,
pero no podía permanecer alejada, no podía afrontarlo.
Esperaba que vieras mi cara, y te hiciera recordar,
que para mí, no ha terminado todavía.”*

Levanta la vista y me mira, parece que me cante las palabras que siguen:

*“Los arrepentimientos y errores están hechos de recuerdos.
¿Quién podría haber sabido, lo agri dulce que esto sabría?”*

La música sigue sonando, la voz de Adele me transporta de nuevo a aquella noche, que no consigo olvidar y en sus ojos adivino los mismos pensamientos que recorren mis recuerdos.

Su voz incomparable, llega al mismo centro de mi ser y deseo besarla como nunca lo he hecho; sabiendo que lo que siento es real, que me he enamorado de ella y que no puede ser. Por mil razones. En vez de pensar en ello, me acerco al micro y canto junto a ella el último estribillo.

Acaba la canción y un enfervorizado público totalmente entregado, conocido y querido, aplaude desatado, por la hermosa actuación y por las copas de más, que casi todos llevan encima.

Los chicos del grupo nos vuelven a sustituir, nos dan las gracias por el descanso y cuando estamos bajando del escenario, Adele, que está a mi lado,

preguntándome como se me ha ocurrido hacerla cantar, se dobla en dos y suelta un agudo grito.

—¡Adele! ¿Qué te pasa? —me asusto y la cojo por los hombros para que se recueste contra mí.

—Creo que estoy teniendo una contracción —frunce el ceño y me mira preocupada— ¡No te asustes! A lo mejor no es nada. Pero creo que es mejor que vaya hacia Barcelona.

Xenia y Biel, que han visto el gesto de Adele, se acercan casi corriendo.

—¡Adele! ¿Ya? —Xenia la mira con los ojos muy abiertos.

—¡Qué nadie se preocupe por mí! ¿vale? Es posible que esté de parto, pero soy primeriza, por lo que esto puede tardar unas cuantas horas —se gira y me mira a los ojos —Oriol ¿Me puedes acompañar al hospital?

—¡Claro! Vámonos ya mismo. Voy a avisar a mis padres, creo que llevar a un médico en el coche, nos vendrá bien.

—¡No hace falta que los molestes! Es la boda de su hijo.

—¡Y el nacimiento de su nieto! Seguro que quieren venir.

En ese momento veo pasar cerca a mis padres y los llamo. Les explico la situación y en seguida deciden venirse con nosotros.

—Voy a coger nuestro coche y tu madre que vaya contigo y con Evelyn. Yo os sigo y conduzco tranquilo —mi padre lo organiza todo y se dirige después a Adele— ¿Cada cuánto tienes contracciones, bonita? ¿Has roto aguas?

—Pues no se...- Adele está desorientada y asustada aunque pretenda mantener la calma - creo que van dos y no he roto aguas. Llevo todo el día un poco extraña, con dolor de espalda y malestar.

—Respira hondo y Marga te irá cronometrando el tiempo de las contracciones. ¿A qué Hospital hemos de ir?

—A la Clínica del Pilar, en la calle Balmes.

—Pues, ¡en marcha!

Adele se abraza a Xenia y Biel para despedirse mientras yo voy a buscar el coche y nos ponemos en marcha.

En el asiento de atrás, mi madre se ha sentado junto a Adele y llevo de copiloto a Evelyn, que mantiene la calma.

Llevamos solo unos minutos en la carretera, cuándo Adele suelta otro grito, que acalla rápidamente, quedándose en un quejido.

—Gírate un poco para que pueda masajear tu espalda —mi madre ya se ha puesto en modo doctora y mis nervios cada vez están peor. Acelero y mi

madre me frena en seguida.

—¡Oriol! No traspases los límites de velocidad, es de noche, todos hemos tomado alguna copa y si nos paran perderemos mucho más tiempo que si conduces dentro de las normas.

—¡Es que nos queda como una hora de trayecto y no quiero que Adele tenga a nuestra hija en el coche!

—¡Oriol! ¡Hazle caso a tu madre, por favor! Esta niña no va a salir en dos minutos o sea que tranquilo... ¡Ay!

—¿Te duele mucho? —me encojo cada vez que oigo sus quejidos, como si me doliera a mí.

—¿¿Qué quieres que te cuente?! —Adele levanta la voz y saca su genio, ese que había desaparecido con el embarazo, pero que está a punto de estallar — ¿Cómo siento con cada contracción como si me partiera en dos? ¿O prefieres que te explique que el dolor de riñones me está destrozando la espalda? —se hace un momento de tenso silencio y baja el tono de voz— ¿O que te cuente, que tengo ahora mismo un miedo atroz a no poder traer a mi bailarina al mundo, a que le pase algo, o que tengo serias dudas de cómo va a salir de aquí dentro?

—Perdona, no quería alterarte —Evelyn se gira para mirarla.

—Adele, cariño, sabías que este momento llegaría y estás todo lo preparada que se puede estar. Todo va a salir bien; solo concéntrate, en que dentro de unas horas vas a tener a tu pequeña entre los brazos, la vas a poder besar y arrullar, le vas a poder cantar con esa maravillosa voz que tienes y la vas a poder amar más que a nada.

Evelyn ha pronunciado esas palabras con tanta tristeza, a la vez que esperanza, que nos hemos quedado sin palabras.

—¡Gracias Evelyn!

Llevamos un buen rato en la Clínica, esperando mientras la preparan. El médico me ha preguntado si quiero estar presente y le he dicho que sí, estoy esperando a que me avisen.

Mientras tanto ha llegado mi padre y se ha traído a Biel y Xenia, que no han querido dejarnos solos. Aún van vestidos de novios y el resto de nosotros, con nuestros trajes y vestidos de fiesta, en una sala de espera de hospital; debemos dar la impresión de que hemos bebido demasiado y nos hemos equivocado de local o de que el carnaval ha cambiado de fecha.

Sale una enfermera y me hace una señal para que me acerque. Me hace pasar a una pequeña sala, para que me desinfecte las manos, me coloque una bata verde sobre la camisa y me pone un gorro igual de verde que me da un aspecto ridículo.

Cuando entro a una habitación completamente monitorizada, encuentro a Adele, sentada encima de la camilla, encogida y algo sudorosa. Le han puesto un gotero y una camisa de hospital.

Me agacho a su altura y le cojo la mano.

—Adele, ya sé que nuestra situación es algo... peculiar, pero quiero apoyarte en esto ¿vale? Déjame estar a tu lado y al menos cogerte la mano.

Me mira y asiente, con una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos.

—Esto es muy duro Oriol; no sé si voy a poder aguantar el dolor.

Pasamos casi cuatro horas interminables, en las que debo confesar, que varias veces he creído que me iba a desmayar. El dolor de Adele, me ha llegado a angustiar y le he ido dando ánimos como he podido. El médico entra de nuevo y se coloca entre sus piernas.

—¡Bueno Adele! ¡Esto ya está a punto! Ahora toca empujar —y entonces se dirige a mí, que no me he apartado de la cabecera —si quiere ver nacer a su hija, ya puede venir hacia aquí.

Miro a Adele, que de pronto parece haber encontrado toda la fuerza que yo he perdido de golpe y me guiña un ojo.

Los siguientes veinte minutos, no los olvidaré en la vida. Ver nacer a tu hijo, es por un lado escalofriante, impresiona y te quita la respiración y por otro, cuando lo ves entre las manos del médico y tras su redonda cabeza, va apareciendo el resto del cuerpo, te das cuenta de que por fin es real, de que no era ninguna broma, de que una nueva personita está ahí, para cambiarte la vida. Es un sueño que está por empezar, que me acaba de rozar el alma, mucho mejor que la mayor ovación cuando estás en un escenario. Lo que pesa demasiado es la responsabilidad de una vida en tus manos.

En cuanto la pequeña está fuera, la limpian ligeramente y empieza a berrear, mientras la acercan al vientre de su madre, que la acoge con los brazos abiertos, me doy cuenta de que las lágrimas están cayendo por mis mejillas. Me acerco a Adele y la beso ligeramente en los labios cerrando los ojos, solo musitando un escueto “gracias”, mientras acaricio la cabecita de la niña.

A partir de ese mismo momento, Adele se centra en la pequeña bailarina, como ella la llama, y yo dejo de existir. Se ha formado una unión entre ellas,

en la que no me siento invitado a participar. La exclusión, quizás no premeditada, me hace alejarme poco a poco.

En los siguientes dos meses, las voy viendo de vez en cuando; la relación con Adele se ha enfriado cada vez más y un hielo duro la recubre y cuando miro a mi hija, no quiero implicarme en exceso, no quiero sufrir y me escondo de mis propios sentimientos; casi no la cojo y la miro un poco de lejos, a la vez que descubro una profunda tristeza en la mirada de Adele cuando me ve con ella. Porque sabe que voy a apartarme, que necesito hacer mi vida y que ellas solo pueden atarme sin remedio. Creo que estoy aprendiendo a sobrevivir, intentando no sentir nada, centrado en un camino que he escogido y del que he decidido no desviarme. A pesar de tener la sospecha de estar equivocando, una fuerza superior a mí, me empuja hacia ese camino, anulando mi voluntad, destruyendo unos sueños para construir otros. No he encontrado ni una sola bifurcación para extraviarme, solo una línea recta y árida, que no sé dónde me llevará. Ni siquiera, si tiene un final.

PARTE QUINTA —MÚSICA EN LONDRES

ADELE

Tener a mi hija, es la mejor decisión que he tomado en mi vida. A pesar de las noches en vela, del cansancio, de mis pechos doloridos y de la falta de tiempo para mí misma. Se hace tangible cuando la miro mientras duerme, cuando me recreo en esas largas pestañas oscuras, iguales a las de su padre. Mi preciosa bailarina, es un calco de Oriol, con un pelo negro azabache y una boca de labios carnosos y rojizos. Solo ha sacado mis ojos azules, lo que le da un contraste a su rostro, que la hace aún más especial. Es bonita, con sus mofletes sonrosados, que enrojecen cuando llora con desconsuelo y hasta que se calma entre mis brazos.

Intento que duerma en su cuna, pero creo que la he acostumbrado mal y acaba durmiendo a mi lado. He colocado mi cama tocando a la pared y un protector la recubre para que no se haga daño. No diré que estos primeros meses son idílicos, pero lo llevo mejor de lo que creía. Además, tengo la ayuda de Evelyn, que aparte de seguir trabajando en la empresa, me ayuda en casa y con mi pequeña Sara.

De Oriol, no sé ni que decir. No puedo entenderlo y me siento muy dolida. Mis sentimientos hacia él, habían ido creciendo y llegué a pensar, que quizás algún día podríamos llegar a tener algo valioso. Pero, después de verlo emocionarse al ver nacer a su hija, se apartó como si tuviéramos la lepra. Ya ni siquiera intento saber lo que pasa por su cabeza, no creo que ninguna explicación, me sirviera para justificar su actitud.

Puedo entender que no quiera nada conmigo, pero ¿Y su hija? No es que no nos veamos, ha venido de vez en cuando a mi casa, pero aparte de mirarla un poco de lejos, solo la ha cogido dos o tres veces y enseguida me la devuelve como si se le fuera a romper al tenerla en los brazos, la mira asustado y se va como si se lo llevaran los demonios.

Es tan grande la decepción, que a pesar de no haberle pedido nunca nada, me siento estafada al constatar sus reacciones.

Después de eso, llega la rabia, esa que me hace estar distante y fría; no por mí, sino por mi hija que no se merece que su padre huya de ella.

Ahora Sara duerme y yo estoy estirada en el sofá leyendo. Es uno de esos pocos momentos de calma y oigo la llave de la puerta. Evelyn entra y al verme, sola con el intercomunicador a mi lado, por si la pequeña se despierta, me habla en susurros.

—¿Cómo has pasado el día?

—Bien, hemos tenido una horita de cólicos, pero al final se ha calmado. ¿Qué tal por la oficina? ¿Novedades?

—Todo bien, no te preocupes por eso ahora, ya sabes que Xenia ha tomado el mando y lo lleva genial. Todavía te quedan casi dos meses de baja y las vacaciones, o sea que tómatelo con calma.

—¿Cuándo vas a hacer vacaciones tú? No quiero que dependas de mí, aunque mis padres finalmente no hayan podido venir a casa.

—No te preocupes por eso, bastante tiene tu madre. Ya ha sido mala suerte que tu padre tenga un ataque de reuma, justo ahora. Me esperaré a que Oriol vuelva de sus vacaciones, así nos turnamos. Él empieza pasado mañana, ya sabes que estará todo un mes en Londres, tienen trabajo allí. He oído que le contaba a Xenia, que estarán muy ocupados; el contacto que tienen, un tal Eike, les ha llenado el mes de actuaciones, casi todos los días en locales de la ciudad y alrededores y en varios festivales de fin de semana. Estaba entusiasmado, pero un poco nervioso, dice que nunca han tenido una agenda tan apretada.

—¡Pues que le aproveche! A ver si tiene suerte, le sonrío el éxito, se hace famoso y no lo vemos más. Se irá a hacer giras alrededor del mundo y nos olvidaremos de que una vez existió.

—No lo dices en serio —Evelyn se sienta a mi lado —solo estás dolida por su comportamiento. Creo que necesita pararse a pensar, pero no sabe hacerlo. Dale tiempo.

—Tiene todo el tiempo del mundo —suspiro y oigo protestar a mi bailarina, por lo que me levanto para ir a buscarla y dejo de pensar en el impresentable de su padre.

Cojo a mi pequeña en los brazos, me siento en una mecedora que tengo cerca de la cama y me la pongo al pecho. Se coge con ansia, abre esos ojos azules cristalinos y me mira fijamente. Le sonrío mientras le susurro palabras cariñosas y me devuelve la sonrisa al instante, dejando caer la leche por las comisuras de sus labios. Si la viera Xenia en este momento, ya estaría preparando su cámara. Me hace soltar una carcajada y agita sus brazos, mientras un gorjeo se escapa de su boca y me enternece. Parece que quiera

decirme algo. Ya sé que solo tiene dos meses y medio, pero estoy segura de que a veces nos entendemos. El amor habla un idioma especial.

Estar tan centrada en ser madre, hace posible que consiga expulsar a Oriol de mis pensamientos la mayoría del tiempo. Cuando me meto en la cama por la noche, estoy tan cansada, que ni siquiera recuerdo mis sueños. Pero hay momentos, instantes de calma, en ese preludio al sueño profundo, en que lo veo. Ante mí, discutiendo conmigo, riendo, a veces mirándome fijamente. Con esos ojos negros me duermo, acaricio sus brazos y beso sus labios. Oigo su guitarra que acuna mis anhelos. Al despertar, durante un solo segundo, reconozco su olor en mi almohada. Desaparece y empieza un nuevo día.

ORIOLO

Llevamos solo tres días en Londres y hemos tocado cada día en un local diferente, junto con otros grupos. Ha estado bien, el rock siempre es rock y la gente responde. Aparte de las actuaciones, llevamos un ritmo bastante loco, teniendo en cuenta que acabamos de empezar. En cuanto terminamos de tocar, nos unimos a la primera fiesta que podemos, sobre todo Arnau, Xavi y yo, ya que Nico y David, se han traído finalmente a Laia y Nuria y a los críos y, muy formales ellos, en cuanto acaban se van para fichar. Normalmente una de ellas se queda con los niños en el hotel y la otra viene a ver al grupo y se turnan cada día.

Hoy empieza lo bueno. ¡Nada menos que tocar en el British Summer Time! Es uno de los festivales más grandes y conocidos del verano en Londres y tiene lugar en pleno Hyde Park, durante una semana entera. Cuando nos hemos enterado de algunos de los grupos que van a actuar, casi no lo podíamos creer; ¡Bruno Mars, The Cure, Roger Waters y Eric Clapton! Claro que durante una semana entera, muchos de los grupos, no son tan conocidos como ellos, pero compartir el espacio con los más grandes, era algo impensable hace tan solo unos meses. Nosotros, al fin y al cabo, estamos un poco de relleno, pero conseguirlo, ha sido todo un logro, sobre todo gracias a Eike, que no nos quita la vista de encima. Hay un par de días, en los que las actuaciones se intercalan con otros eventos, principalmente teatro y cine.

Ya está todo preparado y en el enorme parque, se ha montado una inmensa área de comidas en la zona este, con un pub incluido, montones de puestos de venta ambulante de todo tipo, restaurantes, bares y hasta un pequeño mercado de comida vegetariana, para los más sanos.

Si normalmente, ya hay mucha gente paseando por aquí, ahora esto es un hormiguero de personas. Hace calor y el ambiente veraniego se respira en el entorno.

La música, en general es bastante ecléctica, hay para todos los gustos y hoy me han comentado que el miércoles, se dedica al “día familiar”, con actuaciones orientadas a familias y público infantil.

En resumen, toda una semana de fiesta. Que nos toque trabajar, no deja de ser anecdótico, pienso disfrutar al máximo de toda la semana. No pienso

perderme ni una actuación y aprovecharé las noches hasta caer rendido. Voy a exprimirle el jugo a la vida y a llevarme esta experiencia muy dentro.

Esta misma noche, escuchamos canciones que se han convertido en himnos para toda una generación, las bandas sonoras de la adolescencia de muchos. El ambiente se caldea progresivamente y tenemos suerte de actuar en un momento en el que el público, ha rebasado la medianoche y está en pleno apogeo.

Nos entregamos a nuestra música y la respuesta es masiva; la gente salta y baila, se mueven a nuestro ritmo, no conocen nuestra música, pero nos siguen con entusiasmo. Yo, que estoy en el centro del escenario, no dejo de moverme de un lado a otro, animando al público desde el primer instante. Dejamos para el final, la canción que ha visto tanta gente en internet, la balada que hace que una multitud encienda las luces de sus móviles y no me puedo creer lo que ocurre a continuación. Estoy cantando con los ojos cerrados, concentrado, sudando y dándolo todo y escucho corear el estribillo, por el gentío que nos rodea. Miro a Arnau, que está sentado al teclado a mi derecha y los dos alzamos las cejas sorprendidos. Sonreímos y alargamos la canción en un acuerdo tácito, solo para disfrutarla un poco más, para oír esas voces, cientos de voces, que cantan esas palabras que escribí hace un par de años, en la soledad de mi habitación. Cuando acabamos, los aplausos estallan junto a silbidos y vemos saltar a la gente.

En el momento que bajamos, nos vemos rodeados por una aglomeración de personas. Quizás el éxito sea efímero, pero emborracha.

—Arnau, estoy en la gloria ¿seguro que no estoy soñando? Esto ha sido increíble.

—Pues creo que va a serlo más. ¿Tú te has fijado en las fans que tenemos por aquí? ¡Creo que esas que vienen hacia nosotros son verdaderas groupies!

—¡Pues vamos a aprovechar! Pásame una cerveza —Arnau me la pasa y me la bebo casi de un trago, estoy sediento.

Las chicas que se acercan, se hacen fotos con nosotros, van muy bebidas y creo que colocadas y no parece que nos hayamos de esforzar nada para llevárnoslas a la cama. Una de ellas se me engancha como una lapa directamente, sin decir casi nada.

Nico y David se despiden y Xavi se acerca a nosotros para unirse a la fiesta. Las chicas nos proponen acudir a una fiesta privada cerca del parque y aceptamos.

¿Dónde estoy? Es el primer pensamiento que me viene a la cabeza, cuando despierto, con una música estridente sonando dentro de mi cabeza y un latido profundo y machacón en mis sienes. Creo que el sonido está solo dentro de mi cráneo y dejo escapar un quejido lastimero entre mis labios reseco. Tengo serias dudas de estar vivo, ahora mismo. En el momento en el que voy a moverme, me doy cuenta de que no estoy solo. Tengo un cuerpo de mujer agarrado por la cintura... y otro cuerpo pegado a mi espalda. ¿Qué coño ha ocurrido aquí y por qué no recuerdo nada? Abro los ojos, para volver a cerrarlos al instante, ya que la luz potente del sol de julio, entra por una ventana e incide directamente en mi cara. Respiro hondo y me llega un olor ácido, a cerrado, a humo y a sexo. Aparto mi brazo del cuerpo que tengo agarrado y el brazo de la mujer que tengo detrás. Me quedo tumbado y desnudo boca arriba y vuelvo a abrir los ojos hasta acostumbrarme a la luz. El dolor de cabeza es tremendo y parece atravesar mi cabeza de lado a lado, como un hierro ardiendo. Miro a los dos lados de mi cuerpo y creo reconocer a una de las groupies de ayer, la otra chica no me suena de nada. Parece que estén muertas, están muy blancas y lucen unas oscuras ojeras. Haciendo un esfuerzo, arrastro mi cuerpo hacia los pies de la cama, hasta llegar al suelo y me levanto. Estoy mareado y, por suerte abro una puerta que da a un baño. Después de vomitar, me lavo la cara con agua helada y me enjuago la boca. Al mirarme al espejo, no me reconozco. Yo también estoy blanco y ojeroso, demacrado y con la vista nublada. El blanco de los ojos se ha convertido en rojo sangre.

Vuelvo a la habitación y descubro en una mesita, una sospechosa bolsita con un polvo blanco, y un bote de plástico sin etiqueta, lleno de pastillas. Y varias botellas vacías de alcohol.

Recojo mi ropa, me visto sin hacer ruido y salgo por la puerta de la habitación y me encuentro a Arnau sentado en un sofá mugriento, con las manos en la cabeza. Al oír mis pasos levanta la vista. No tiene mejor aspecto que yo mismo.

—Hola ¿Tu sabes que hacemos aquí? —su cara de incompreensión refleja mi mismo estado.

—Ni idea, me he despertado en una cama con dos tías y ni siquiera recuerdo nada.

—Yo estaba con otra, en esa habitación, creo que con una de las que

conocimos ayer, que sigue roncando. ¿Y Xavi?

—Ni idea... oye, creo que nos metieron algo en la bebida —ahora empiezo a cabrearme, al ser consciente de lo que ha ocurrido —he visto pastillas y una bolsita con cocaína. ¿Te tomaste algo de forma consciente?

—No que yo recuerde, pero no me emborraché, de eso estoy seguro. Solo me tomé un par de cervezas. Si fuera por eso, lo recordaría todo. Solo tengo un vago recuerdo de que había aquí mucha gente cuando llegamos, pero tengo una laguna muy grande en mi cabeza.

—Igual que yo. Lo único que tengo claro, fue llegar aquí, que al cabo de un rato quería comerme el mundo y que una euforia desatada, me quitó el cansancio de golpe. Y nada más. A partir de ese momento, todo está en negro.

—Voy a llamar a Xavi, he mirado en la otra habitación, pero hay una pareja que no conozco; no está aquí.

Arnau saca su móvil del bolsillo del pantalón y llama a Xavi que al cabo de un momento le contesta. Lo saluda, le pregunta dónde está y se queda escuchando un rato, hasta que cuelga.

—¡Me ha metido la bronca del siglo en medio minuto! Dice que enseguida se dio cuenta del plan que había aquí anoche y que no nos pudo convencer de marcharnos. Ni siquiera recuerdo eso. Seguramente nos metieron algo en la bebida antes que a él y le dio tiempo a ver de qué iba esta gente.

—Bueno, pues vámonos ¿Qué hora es?

—Casi la una. Xavi me ha dicho que llevan una hora ensayando sin nosotros y que Nico y David están muy cabreados. Eike está con ellos, preguntando por nosotros.

—Estoy hecho una mierda, no sé cómo vamos a aguantar hoy.

—¡Vámonos! —Arnau empieza a dirigirse a la puerta y yo siento una intensa náusea que me hace correr hacia el baño de nuevo.

Mis ánimos están por los suelos. Todo el entusiasmo y el ímpetu de ayer, parecen haberse esfumado, y un vacío, no solo en el estómago, se hace patente en mi interior. Creo que el silencio no me sienta bien, me inquieta y sin los gritos y aplausos del público de ayer, no puedo evitar oír mi propia voz. Esa que me dice que me estoy equivocando de nuevo.

Intento desesperadamente no pensar en ellas, no sentir, esconder mis emociones en una caja fuerte cerrada con siete llaves. Porque si lo hago, si me dejo llevar, soy capaz de ver que quizás el ascenso a la fama, ese que tanto deseo, me haga perderlo todo. No quiero elegir, pero en algún momento tendré que hacerlo.

Un terrible cansancio se apodera de mi cuerpo, supongo que es el bajón, posterior a los efectos de la mierda, sea la que sea, que ha estado corriendo por mis venas.

ADELE

A pesar de lo atareada que estoy, no dejo de buscar información sobre las actuaciones en Londres en el festival donde está actuando el grupo estos días. Aparecen muchos textos y opiniones en las redes y en internet, pero sobre ellos, poca cosa, no son uno de los grupos más conocidos. Al buscar imágenes, encuentro cientos de fotografías de estos días. Las voy pasando, el ambiente se adivina muy festivalero, montones de gente en las noches veraniegas... hasta que llego a una foto que hace que mi corazón se salte un latido. La amplío y el rostro sonriente de Oriol, me mira desde la lejanía, desde lo que parece otro mundo, en ese inmenso parque en el que tantas veces he paseado, rodeando con su brazo, los hombros de una chica muy joven y brindando con una cerveza en la mano. A su lado está Arnau riendo a carcajadas y lo que me produce un pinchazo en las entrañas, es ver a esa desconocida con sus labios pegados al cuello de Oriol y una de sus manos en su estómago.

No entiendo porque razón, no deja de decepcionarme. Cuando creo que ha llegado al límite, siempre se añade algo más; una palabra, una fotografía, da lo mismo. Miro a mi hija y siento pena por él. Está dejando pasar algo hermoso de verdad, algo único, solo por la necesidad de verse adorado, por ver como groupies chifladas se cuelgan de su cuello, para agrandar su ego más y más.

Adoro su música, entiendo la necesidad de transmitirla, de cantarla. Yo misma siento esa magia en mi interior y sería muy egoísta esconderla. Pero de eso a perderse entre los gritos histéricos de las fans, hay un mundo. Mi temor, es que la fama puede volverse tóxica y la necesidad de no perderla, acuciante. No estoy muy segura, de que en ese caso, Oriol sea capaz de discernir dónde está el límite y pueda dejarse llevar por esa espiral de destrucción, que supone tener que responder siempre ante un público que cada día querrá más.

Esta tarde he quedado con Xenia y Biel. Me han dicho que le han comprado otro regalo a Sara y se lo querían traer; la están mimando una barbaridad, voy a tener que frenarlos en algún momento, aunque de alguna manera creo que intentan suplir un poco a su padre ausente.

Cuando llegan Sara está dormida, los dos me abrazan sonrientes.

—¡Hola cariño! —Xenia parece tan feliz, que no puedo evitar una pincelada de celos, a la vez que me alegro por ella —¡Tenemos dos noticias geniales que darte!

—¡Pues no te hagas de rogar! Venir a sentaros.

—Pues verás... hay un compañero de Biel de la universidad, que tiene un amigo fotógrafo. No es que sea super famoso, pero ha hecho algunas exposiciones y colabora con una revista de fotografía artística. Aparte de tener un instagram con millones de seguidores. Biel le enseñó, sin decirme nada —lo mira con una media sonrisa acusadora —mis mejores fotografías y le gustaron muchísimo.

—Eso no me extraña nada; siempre he dicho que eres muy buena.

—El caso es se ha puesto en contacto con una galería que conoce, les ha enseñado mi material... ¡y me van a montar una exposición a medias con él! Van a hacer ampliaciones de distintos tamaños y como se hará en septiembre, me da tiempo de presentarles algunas más.

—¡Eso es genial Xenia! ¡Me alegro muchísimo por ti!

—¡No me lo acabo de creer! Pero estoy entusiasmada. Si cierro los ojos, ya me puedo ver en la inauguración, observando las reacciones de la gente, escuchando sus comentarios y compartiendo mis ideas con ellos. ¡Va a ser divertido! Y te he de pedir un favor —pone las manos juntas como si me rogara y solo le falta ponerse de rodillas.

—¡No me digas que necesitas faltar al trabajo ahora! Estamos bajo mínimos —eso sí que me desmontaría la baja maternal y tendría que volver antes de tiempo.

—¡No es eso, tranquila! Ya sé cómo vamos de trabajo y no te haría una putada como esa. Solo te quiero pedir, si puedo hacerle unas cuantas fotos a Sara. La mayoría de las que han escogido son de paisajes en color de Irlanda y de mi colección de rostros en blanco y negro. Les han encantado las de mi amiga María, la bailarina. Y me gustaría tener algunas que dejaran ver la ternura y la inocencia de un bebé. ¿Y quién mejor que la preciosidad de mi sobrina?

—Vale... no sé si me entusiasma la idea, de ver a mi niña expuesta... —lo pienso mejor y un cierto orgullo vence a mis objeciones —pero de acuerdo. Si las fotos me parecen bonitas, que estoy segura de que sí, acepto —Xenia casi salta de contenta —por cierto, me has dicho que tenías dos noticias ¿Cuál es la otra?

—La otra que te la cuenta Biel —lo mira y él le coge de la mano.

—Xenia casi se enfada cuando se enteró de que enseñé sus fotos sin pedirle permiso —Biel me mira reprimiendo una sonrisa —pero resulta que ella hizo lo mismo. Copió el segundo libro que he escrito y que estaba guardado en mi portátil y se dedicó a enviarlo a distintas editoriales.

—¿Te lo van a publicar?! —vaya noticiones me han traído estos dos hoy.

—¡Pues sí! Me cuesta creerlo, pero una pequeña editorial ha apostado por mí y verá la luz a primeros de septiembre también. El primero va muy bien de ventas y esto ha sido una sorpresa. Nos hemos enterado de las dos noticias en la misma semana.

—¡Me alegro infinito por los dos! —en ese momento se oye un lloro por el comunicador.

Me levanto a buscar a Sara y los dos me siguen a su habitación. En cuanto le hablo, cesa el lloro, la cojo en brazos y Xenia me extiende los suyos, suplicando sin palabras. Le paso a la pequeña y veo cómo se deshace en carantoñas, mientras Biel la mira a ella. Estos dos no van a tardar mucho en lanzarse a tener uno propio.

Mientras Xenia hace sonreír a mi bailarina, me quedo absorta mirando a Biel. Esa es la mirada que me encantaría que algún día Oriol me dedicara a mí... sí, he de aceptarlo. A pesar de nuestra historia de encontronazos, de disputas y pullas, siempre ha habido algo más, bajo las capas superficiales, como una corriente de agua bajo la tierra, que no se ve, pero da vida. Nunca he aceptado que la atracción que siempre ha despertado en mí, pudiera ser algo más. Pero cuanto más claro lo tengo, más lejana veo la posibilidad de que algún día se haga realidad. Su mundo y el mío están demasiado distantes, como dos galaxias alejadas entre millones de polvo de estrellas, a años luz uno del otro.

—¿Sabéis algo de Oriol? —las palabras han salido de mi boca, sin pedir permiso a mi voluntad.

—Hace un par de días que no hablamos —Biel parece algo preocupado —espero que le vaya bien en Londres, pero no acabo de entender su distanciamiento con Sara.

Nos dirigimos hacia el comedor y nos sentamos en el sofá.

—Eso no puede entenderlo nadie, Biel. Nunca le he exigido ni pedido nada, pero esperaba que se implicara un poco más, la verdad.

—Tengo la sensación de que huye, sin saber ni de qué.

—Yo tengo una teoría —Xenia siempre tiene una teoría, pero conoce a Oriol mejor que nadie y me interesa su opinión.

—Puedes contarla, tranquila, no me voy a asustar. Me ha decepcionado tanto, que puedo creerme cualquier cosa.

—A ver... conociendo a Oriol como lo conozco, no creo equivocarme al pensar que ahora mismo está en un momento crucial de su vida. Por un lado ha tenido una hija no prevista, una atracción importante, como mínimo, contigo — me mira alzando las cejas —y un cierto éxito con su grupo de música, con el que lleva casi toda su vida y que supone una parte pesada de su equipaje. Creo que se ha encontrado, sin buscarlo, en una encrucijada entre su vida personal y profesional y que anda muy perdido. Es muy posible, que a pesar de que parezca eufórico por este verano en Londres, no lo esté tanto. Es lo que ha deseado durante mucho tiempo, pero... estoy convencida de que os echa de menos y más de lo que imaginas. Oriol es una persona mucho más sensible y cariñosa de lo que quiere aparentar y estoy segura, de que si no se ha implicado más en su papel de padre, o no ha dado un paso importante contigo, es por un pánico visceral. Me explico... la música le tira por un lado y vosotras por otro y se siente dividido. Ahora mismo no es capaz de entender que podría tenerlo todo.

—¿Y prefiere renunciar a nosotras? ¿Eso es lo que me quieres decir? ¡Vaya consuelo!

—Intenta entenderlo, Adele. Que conste que no lo excuso, no está haciendo las cosas bien, pero creo que lo está pasando peor de lo que pensamos. Me contó que hubo un momento, al principio de tu embarazo, que quiso que lo intentarais y le dijiste que no.

—Es cierto —no voy a mentirle a Xenia —pero estaba demasiado centrada en mi misma y no lo vi claro. Supongo que nuestro pasado, lleno de incompatibilidades, pesó demasiado.

—Creo que el nacimiento de Sara, lo siente como una exclusión a su persona. Tú y la pequeña formáis un todo del que se siente excluido y...

—¿Intentas culpabilizarme, Xenia? ¿de verdad? —ahora soy yo la que me siento atacada injustamente.

—¡Noo! ¡Ni mucho menos! Solo intento hacerte entender como creo que lo vive Oriol. Los dos lo estáis pasando mal, tú también... ¿Le quieres?

Esa pregunta me hace agachar la cabeza y quedarme en silencio unos segundos.

—Podría hacerlo —levanto la vista y la miro a los ojos, mientras Biel nos escucha con atención —no puedo negar que hay algo entre nosotros, quizás solo una semilla, que si no regamos, nunca crecerá. A lo mejor podría

intentarlo, pero nunca sola. Eso ni siquiera tiene sentido.

—Espero que Oriol sea lo suficientemente maduro, para darse cuenta de lo que se juega.

Sara empieza a protestar y la cojo con los ojos repletos de lágrimas no derramadas, la miro y pienso en su padre y una nostalgia extraña, un desasosiego impreciso, se apodera de mí; es una necesidad de algo inconcreto, que me produce un hueco en el centro de mi cuerpo, un vacío que se extiende y que solo él puede llenar.

—Adele —Biel me hace volver al presente —conozco a Oriol, es mi hermano y, a pesar de haberse comportado muchas veces como un descerebrado, tiene un buen fondo. Si en algún momento, podéis volver a conectar, dale una oportunidad.

ORIOI

Cuando llegamos al lugar de ensayo, me sigo sintiendo agotado. Todos nos preguntan dónde nos habíamos metido y Eike nos hace mala cara.

—Chicos, he apostado por vosotros, pero no puedo permitir estos retrasos en los ensayos. Si queréis estar de fiesta a todas horas, me parece bien, siempre que cumpláis con lo que hemos pactado. Espero el cien por cien en vuestras actuaciones y no os veo preparados, como para enardecer al público esta noche. ¡Oriol, haces cara de estar para el arrastre, así no voy a conseguir lanzaros como pretendo! ¡Ni eres la cara bonita que esperan ver todas esas groupies que os siguen! ¡Poneros las pilas, ya!

—Lo siento Eike, se nos ha ido de las manos. Nos ponemos ahora mismo.

Parece que Eike sigue sin fiarse y se queda a ver el ensayo. Nos ponemos a ello y las dos primeras canciones, resultan flojas, tengo la voz algo tomada, parece faltarme un poco de fuelle y en algún momento he desafinado. Arnau tampoco está en su mejor momento y en algunas estrofas, hemos tocado a destiempo.

El malhumor se va generalizando y al intentar ponernos de acuerdo, acabamos discutiendo.

—¡Oriol estas entrando mal! Has de empezar a cantar un poco antes — Xavi, ya está bastante cabreado con nosotros y la está tomando conmigo.

—Volvemos a empezar —intento tomármelo con calma, pero el dolor de cabeza no cesa y me está taladrando el cerebro.

Cogemos el ritmo de nuevo y antes de acabar, Nico deja de tocar la guitarra y levanta las manos.

—¿Hacemos un descanso de diez minutos? ¡Esto no está saliendo bien!

—Descansar esos diez minutos mientras hablo con Oriol —Eike se acerca a mí —ven conmigo, por favor.

Sigo a Eike a una salita contigua y se encara conmigo.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡No estás ni tocando ni cantando como sueles hacerlo!

—Me duele la cabeza y estoy agotado, solo es eso.

Veo como se mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño frasco con grageas de color blanco. Saca una y me la da.

—Tómate esto.

—No quiero drogas —ya he tenido bastante con la noche pasada y no sé qué narices me está ofreciendo.

—Todo el mundo aquí toma esto, no pasa nada, no es ninguna droga. Solo te darán un poco de la energía que te falta y te quitará el dolor de cabeza.

Me siento tan desanimado, que al final accedo, esperando que el maldito dolor de cabeza desaparezca de una vez.

No sé que llevan esas pastillas, pero al cabo de pocos minutos empiezo a llenarme de energía, el dolor se esfuma, volvemos a ensayar las canciones y una euforia desatada se apodera de mí. Nos toca actuar otra vez esta noche y vamos a tocar otros temas, que hemos de acabar de ajustar. En un par de horas el ambiente ha cambiado totalmente, todos parecemos contentos y desprendemos energía.

Por la tarde hacemos un poco de turismo, pero volvemos pronto para prepararlo todo.

Esas horas han pasado sin sentir, pero empiezo a notar de nuevo el cansancio. Tengo que aguantar como sea, aún faltan varias horas para que nos toque salir al escenario. No sé si es debido al agobio que me produce no poder rendir lo suficiente, que el corazón me empiece a palpar y se acelera. Me produce una ansiedad irracional, que no sé cómo gestionar. Un bajón y una fatiga repentinos, empiezan a desmoronar todo el buen rollo que he conseguido esta tarde, provocando una carencia indefinible en mi cuerpo, como una especie de añoranza de mi estado anterior y algo de dificultad para respirar.

Cuando falta solo una hora para que nos toque salir y mi estado de ánimo baja en caída libre, un sudor frío me recorre la espalda y con una excusa, salgo a buscar a Eike. Lo encuentro en el bar más cercano, donde normalmente nos espera antes de cada actuación. Está acompañado de algunos amigos. Al verme llegar, le hago una señal, para que se acerque a mí.

—Hola Eike, no sé qué me pasa, pero vuelvo a estar muy cansado. ¿Tienes otra de esas pastillas? Me ha sentado muy bien antes, tenía mucha energía, pero ahora mismo, no sé si voy a aguantar bien la actuación.

—¡Claro! Toma —mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca el bote de antes —puedes quedártelo, yo tengo otro. Puedes tomarte dos de golpe, no pasa nada. Pero no más de dos a la vez.

—Gracias, me has salvado, necesito recuperar las fuerzas.

Vuelvo con los chicos, escondo las pastillas, siendo consciente de que debería darles muchas explicaciones si las ven y ya está todo preparado para

volver al festival. Un sudor frío me recorre la espalda.

Cenamos algo rápido y aprovecho para tomarme las píldoras. El efecto es casi inmediato; la inyección de adrenalina, la energía, la fuerza, esa intensidad que solo se obtiene cuando estamos inmensamente contentos, las ganas de reír, el empuje necesario para volar...

Y eso hago a partir de ese momento y de ese día. Volar a todas horas, dejarme llevar por la euforia química, envenenar mi cuerpo con la dopamina necesaria para funcionar a todas horas, sin cansancio, sin dormir más que lo mínimo, dándolo todo en el escenario, saltando y cantando a pleno pulmón; el desenfreno se apodera de mí y no llego a ser consciente de lo que estoy haciendo. Cuando se acaban las pastillas, le pido más a Eike, que agradecido por el resultado que estamos dando, no me niega nada. Mis amigos, que están agotados, no saben de dónde saco tanta energía. Hemos actuado en varios pueblos cercanos a Londres, viajado en autocar durante horas, montando y desmontando escenarios y aprovechando el resto para hacer algo de turismo. Volvemos a estar en Londres y cuando mis amigos se meten en sus habitaciones de hotel, agotados y duermen como angelitos, yo sigo en marcha, viviendo las noches de verano, de fiesta en fiesta. Una mujer tras otra, me esperan tras las actuaciones, me acompañan y confundo unos cuerpos con otros. La vorágine en la que caigo, no me da tiempo para pensar, solo me deja comerme la vida a bocados, como si acabara mañana, como si el ansia que me dirige, se fuera a extinguir de un momento a otro y hubiera de aprovechar cada segundo.

Acabo de despertar en una cama extraña y tengo al lado a una rubia preciosa. No recuerdo su nombre, ni siquiera sé si me lo ha dicho. En cuanto la he visto he querido tirármela, ahora que la miro, sé porque. Ha sido su pelo rubio platino, su media melena igual a otra, que añoro sin querer. Supongo que me ha recordado a Adele y he podido cerrar los ojos a su lado, imaginando que era ella. No me ha servido de nada. Miro el reloj y veo que solo debo haber dormido un par de horas, pero estoy completamente despejado, con el corazón acelerado de nuevo. Creo que lo mejor es que me vaya a mi hotel e intente descansar algo.

Son las cuatro de la madrugada y salgo a la calle sin saber dónde estoy, no recuerdo bien, cómo llegué aquí anoche. Estas pérdidas de memoria me empiezan a preocupar. Es una calle estrecha y oscura, poco iluminada. Los

edificios son antiguos, ni siquiera me suena este barrio. Encima está lloviendo, esa llovizna que te va calando poco a poco.

Camino hacia el final de la calle y solo se oyen mis pasos. Espero encontrar alguna más grande, que me dé una idea de dónde me encuentro, o donde poder coger un taxi. De pronto oigo unas voces lejanas que se van acercando cada vez más. Son voces masculinas y parece que hay una pelea, se oyen cada vez más alto. Aprieto el paso sin mirar atrás. Ahora se oyen risas y pasos acelerados a mi espalda. Mi corazón empieza a bombear más rápido y una explosión de adrenalina, se extiende por mis venas. Camino casi corriendo, cuando oigo que me increpan.

—¡Eh, tú! ¡No corras tanto, que te vamos a alcanzar igual! —las risas corean a la voz que me grita.

No creo que estos tíos quieran un autógrafo a estas horas en estas calles oscuras y lo único que se me ocurre, es respirar hondo y apretar a correr. En el mismo momento, oigo gritos y una carrera acelerada a mis espaldas, que me hacen pensar en una jauría de lobos hambrientos. Paso por varias calles a cual más desierta y lóbrega, resbalando en algún momento por el pavimento mojado, mirando hacia los lados, por si localizo a alguien a quien pedir ayuda, pero me vuelven a fallar las fuerzas, mi corazón parece que me va a saltar por la boca y el sudor cae sobre mis ojos, emborronándome la visión, junto con la lluvia. A cada segundo que pasa los tengo más cerca. Busco el móvil en los bolsillos de mis tejanos, pero no lo llevo... ¿Dónde he dejado el maldito móvil?! Miro a mi espalda y los tengo a pocos metros, son cuatro y parecen muy jóvenes, aunque eso no significa que no sean peligrosos.

Al volver a mirar hacia adelante, otros dos aparecen desde el otro lado de la calle. Yo no sé donde estoy, pero ellos parece que conocen el barrio, se han dividido y me han acorralado. No hay escapatoria. Miro a los lados por si veo algún portal abierto, pero todas las puertas están cerradas a cal y canto.

—¿Qué queréis? Casi no llevo dinero encima —tengo la impresión que ni siquiera es eso lo que quieren, solo van buscando pelea o machacar a alguien. Y parece que tengo todos los números.

—¡Danos todo lo que tengas! —uno de los más altos, con cara de boxeador me amenaza con una navaja, mientras el que está a su lado da vueltas a la suya entre los dedos, en una postura chulesca.

Creo que lo mejor es no contestar y darles lo que llevo encima que no es mucho, solo unas cuentas libras y unos cuantos peniques sueltos.

—¿Esta mierda es todo lo que llevas? ¡Dame el reloj! —me lo quito y se

lo doy, así como el dinero.

—No llevo nada más, ni siquiera el móvil, parece que lo he perdido — levanto las manos en señal de rendición, pero estos tíos hacen cara de buscar bronca.

—¡Entonces ha llegado el momento de divertirnos! —todos se ríen y a mí me entran todos los males, esto no tiene buena pinta.

El primer puñetazo ni siquiera lo veo venir. Intento defenderme, pero seis tíos empiezan a golpearme a la vez y noto el impacto en varias zonas de mi cuerpo. El dolor hace que brote una rabia descomunal desde mi interior, trato de devolver los golpes, pero pierdo las fuerzas con rapidez, entre los puños y las patadas, mientras noto el sabor de la sangre en la boca, la falta de aire y una navaja que se hunde en mi brazo, hasta que caigo al suelo, dónde aún recibo algunas patadas en las costillas y una muy fuerte entre las piernas, que me deja sin respiración. No puedo explicar lo que es esto, seguramente estaría mejor muerto; de mi garganta solo sale un quejido agónico.

Ni siquiera puedo abrir los ojos y reparo en que la sangre me resbala por la frente; escucho los pasos que por fin se alejan e intento moverme, pero todo se vuelve negro y pierdo el conocimiento.

ADELE

Estoy paseando por el parque, con mi bailarina dormida en el cochecito, buscando la sombra de los árboles, ya que hace mucho calor. Me siento en un banco donde corre una ligera brisa, algo caliente, pero al menos se puede respirar; y eso que ya son casi las siete de la tarde.

Me suena el móvil y lo saco del bolso con rapidez. En la empresa hay mucho trabajo estos días y, a pesar de que intentan no molestarme, siempre caen dos o tres llamadas al día, de Xenia o de Evelyn, para pedirme consejo o preguntar algo. En realidad no me molesta, al fin y al cabo es mi empresa y prefiero estar al día de lo que se cuece.

Al mirar la pantalla me extraña ver el número de Oriol, hace días que no llama, ni siquiera para preguntar por Sara.

—Dime —contesto secamente, no me apetece mucho hablar con él.

—Hola Adele, soy Arnau...

—¿Cómo es que llamas desde el móvil de Oriol? ¿No se atreve a ponerse él mismo? —no suelo ser sarcástica, pero estoy lo suficientemente dolida, como para no dejar que se me note.

—Oriol no puede ponerse, no te asustes, pero está en el hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —se me ha acelerado el corazón y me ha parecido notar como el mundo entero se ha sacudido bajo mis pies.

—Por lo que sabemos, la pasada noche salió por su cuenta y esta mañana, no lo localizábamos. Se dejó el móvil en el hotel y no podíamos encontrarlo por ningún lado. Hasta que varias horas más tarde, nos han llamado de un hospital.

—¿Cómo está? ¿Qué le ha pasado? —me impaciento.

—Ahora estamos con él, no te preocupes. Lo atracaron por la noche, no recuerda bien como acabó en el barrio de Brick Lane, pero después de robarle le dieron una paliza. Le han clavado una navaja en el brazo derecho, le han tenido que dar diez puntos, tiene dos costillas rotas, moretones por todo el cuerpo y tres puntos en una ceja, pero se pondrá bien, solo es cuestión de tiempo.

—¿Puede ponerse para que hable con él? —necesito oír su voz para creerme que no es tan grave.

—A ver... hay algo más. He salido de la habitación para hablar contigo, no quiero que me oiga. Aparte de curar sus heridas, le han hecho más pruebas en el hospital. Hace días que lo vemos muy eufórico, como alterado, pero con una energía desbordante. Ninguno nos dimos cuenta de que algo estaba fallando...

—¡Arnau, habla claro, por favor! ¿Qué mierda está pasando?

—Han encontrado en su analítica, restos de éxtasis, cocaína y anfetaminas. Si lo vieras ahora, casi no lo reconocerías, está hundido.

—¿Y ninguno habéis notado nada? ¡No lo entiendo!

—Supongo que cada uno ha ido un poco a la suya y no pensamos que fueran drogas lo que le daba esa aceleración que llevaba todo el día. Creemos que Eike es el que se las pasaba; en cuanto le hemos llamado para decirle lo que ha ocurrido, ha puesto el grito en el cielo y literalmente me ha dicho “que le dijo claramente a Oriol, que no tomara más de dos pastillas”. Su siguiente pregunta ha sido como vamos a actuar esta semana sin él; solo le interesa eso.

—¡No me puedo creer todo esto! Nunca pensé que Oriol caería en algo así... —estoy muy preocupada y no sé que puedo hacer para ayudar desde aquí.

—¡Espera, no cuelgues! —se queda un momento en silencio —me dice Xavi que vaya a la habitación, un momento...

Oigo unas voces hablar en susurros, pero no entiendo lo que dicen. Hasta que vuelvo a oír a Arnau.

—Adele... te paso a Oriol.

Me quedo esperando, con las lágrimas cayendo por mis mejillas y mirando a Sara mientras sigue durmiendo feliz, ajena a lo que le rodea.

—Adele... perdóname —un sollozo escapa de mis labios, sin poder evitarlo —no llores cariño. Lo siento... lo siento mucho —la voz de Oriol se escucha ronca y débil.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? ¡Tomar drogas no es ninguna tontería, Oriol! ¡No tienes veinte años, para estar experimentando y jugando con tu salud! —seguramente no es el mejor momento para meterle una bronca, por lo que respiro hondo y cierro los ojos, intentando calmarme— ¿Cómo estás?

—No estoy pasando mi mejor momento, me duele todo el cuerpo y me escuecen los puntos —oigo que se dirige a los chicos que deben estar rodeando su cama— ¿Podéis salir un momento? Quiero hablar con Adele. En privado.

—No sé que puedo hacer para ayudar, Oriol, pero hay algo que me has de prometer, desde ya mismo: júrame que no vas a volver a tomar nada. Prométemelo por tu hija ahora y cúmplelo a rajatabla o no respondo de mí misma.

—Tranquila Adele, no voy a hacerlo. Solo han sido unos cuantos días, pero te aseguro que la experiencia no ha valido la pena, en absoluto. Todo se convierte en una ficción, hasta tu estado de ánimo. Pero ahora necesito tu ayuda y te voy a pedir un favor enorme.

—No sé que puedo hacer desde aquí, la verdad —me resulta muy raro que me vaya a pedir algo, pero me quedo escuchando.

—Esa es la cuestión, desde allí no puedes hacer nada. No merezco tu ayuda, lo sé... pero te necesito ahora mismo. El grupo no podrá tocar si yo no canto y quedan unas cuantas actuaciones durante toda la semana. Solo hay una persona que pueda cantarlas y que se sabe las letras y las melodías. Podemos pasar sin otra guitarra, pero no sin la voz. La tuya es la más preciosa que he oído nunca y la que nos puede salvar de una demanda de los organizadores, empezando por Eike, que ya ha amenazado a los chicos con denunciarnos, por incumplimiento de contrato. Ese tío solo se mueve por intereses y no quiere perder los ingresos de toda la semana.

—¡Pero Oriol! ¿Cómo voy a viajar ahora mismo? ¡No sé si recuerdas que tengo una hija de tres meses a la que cuidar! Además no tengo las tablas como para subirme a un escenario en serio, ¡con público delante!

—¡Podríamos arreglarnos, Adele! Piensa que también están aquí Nuria y Laia y sus hijos. Cada día se turnan, para quedarse con los niños en el hotel; seguro que no les importa echarte una mano. Y tienes a tus padres y a tu hermano aquí. Tu familia también puede ayudar. Por lo de cantar no te preocupes. Ya sé que no es un karaoke, pero estoy convencido de que lo harás genial.

—Pero... ¡es tan precipitado! Aquí estoy disfrutando de Sara a cada hora, además de darle el pecho y allí, debería ensayar. Conozco las canciones, pero es posible que me pierda con algunas letras y... ¡no sé! ¡Todo es demasiado complicado!

—Por favor... no es solo por las actuaciones, tengo muchas ganas de verte. A ti y a la pequeña. ¿Cómo está?

—¿Ahora te acuerdas de ella? —no puedo evitar enfadarme de nuevo—
¿Cuándo ni siquiera has llamado en, al menos dos semanas?

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —sigue diciéndolo como una letanía, cada vez

con menos voz.

Parece realmente arrepentido y de golpe, una tristeza terrible se apodera de mí y quiero salvarlo. Ayudarle de cualquier manera. Porque estoy segura de que me necesita y no puedo negarme. No, mientras miro a Sara, que sonrío en sueños.

—De acuerdo, voy a intentar buscar un vuelo lo antes posible. Te avisaré de cuando llego.

—¡Gracias Adele! De verdad. No volveré a defraudarte otra vez, te lo juro.

—No te equivoques Oriol. No quiero, ni lo he hecho en ningún momento, que hagas las cosas porque debes hacerlas. No quiero obligaciones, sino sinceridad. Me encantaría que pudieras querer a tu hija como se merece, porque te aseguro que es lo más fácil del mundo, solo hay que mirarla un ratito mientras duerme y caes rendido ante ella —paro un segundo para hacerle una foto en ese mismo instante —ahora te enviaré una foto para que la vayas mirando de vez en cuando y te des cuenta de que no puedes alejarte de algo tan esencial. Y si no estás de acuerdo, nunca podré entenderlo. Pero aún menos, que lo hagas por obligación.

—Tienes toda la razón. Pero en algo te equivocas. Quiero a Sara, pero me he reprimido todo lo que he podido de acercarme a ella, por miedo. Quiero poder hablarlo todo contigo Adele, te necesito.

—Hablares, pero esta conversación no podemos tenerla por teléfono. Además, tengo que hacer la maleta.

—Te espero, aunque no creo que pueda ir a buscarte al aeropuerto.

—Tranquilo, mis padres o Cody vendrán a buscarme.

Vuelvo a mi piso, Sara se ha despertado y empieza a berrear desconsolada, a todo pulmón, parece haber detectado mis propias lágrimas y mi estado de ánimo. La cojo en brazos, intentando calmarla, me la pongo al pecho y empieza a succionar con fruición, intercalando algunos hipidos muy sentidos, mientras le limpio las lágrimas, que aún resbalan por sus sienes y las mías que siguen sobre mis mejillas. Pienso en su padre y un suspiro me hace cerrar los ojos y apretar los labios. La tristeza se mezcla con el anhelo y deseo acariciarle, darle el consuelo que necesita, el apoyo, el amor... pero imaginarlo no es real. Solo una aspiración, un sueño sin cumplir, una quimera...

ORIOLO

Estoy solo en la cama de hospital, aunque me dejarán irme esta tarde, pero he de descansar y casi no moverme, por culpa de las costillas rotas. Lo peor es el dolor, que no deja de agujionearme en ambos costados, ya me han avisado que pueden tardar unas seis semanas en soldarse del todo. Después de la euforia de los últimos días y de meterme en el cuerpo, no recuerdo bien qué cantidad de pastillas, el bajón anímico es aún peor, ya que mi cuerpo echa en falta las sustancias que lo mantenían en marcha. Me siento como cuando dejé de fumar hace años, pensando continuamente en el tabaco. No creo que sea un adicto por unos días de tomar esa mierda, pero no por eso los efectos son más leves, hasta que logre expulsar todas las sustancias de mi cuerpo. Supongo que en unos días notaré la mejoría, o eso espero.

Si no me hubiera sentido como una cáscara vacía, con el cansancio acumulado, con esa necesidad que no se calma con nada, hambriento de sensaciones, a la búsqueda de un estímulo que no encuentro; es posible que no lo esté buscando dónde debo, lo que está claro es que la he cagado bien. Ahora tengo tiempo, tendido en esta cama, de escudriñar en mi interior y no me gusta lo que encuentro. Es como entrar en un desván lleno de trastos acumulados a lo largo de los años y buscar aquel tesoro que un día tuviste entre tus manos y que despreciaste sin valorarlo como debías, dejándolo tirado entre la mugre, amontonando polvo y tiempo, perdido entre mil cachivaches inútiles. Cuando te propones recuperarlo, has de levantar montones de viejos cacharros, de bártulos inútiles y armarte de paciencia y tenacidad, para ordenar tu desván, para quitar las telarañas y el polvo... para ordenar tu vida. Se enredan los acontecimientos, las vivencias, los errores, como un entramado de hilos infinito que no sabes cómo desenredar, para volver atrás o para seguir hacia adelante, para poder moverte, porque de pronto, te sientes paralizado. Eso debe ser madurar, lo que siempre oigo de labios de mi madre, de Xenia... de Adele. Ser un niño grande es maravilloso la mayoría del tiempo, con tus juguetes para jugar, pensando solo en divertirte, en conseguir salirte siempre con la tuya, en desear tenerlo todo. Pero la realidad se impone y hay que elegir lo que de verdad importa. Porque crecer significa eso.

Supongo que me he convertido en un adulto atrapado en Nunca Jamás, comportándome como un adolescente al que atterra el compromiso, boicoteando mis propias relaciones, sin ser capaz de responsabilizarme de mis actos.

Siempre le he dicho a Xenia, que vivía en una continua fantasía, cuando en realidad, seguramente la supero, siempre buscando aventuras, incapaz de detenerme por nadie.

Ahora que soy capaz de ver entre los cacharros de mi desván, el tesoro que perdí, me doy cuenta de lo solo e insatisfecho que me siento, centrado siempre en recibir, pero nunca en dar, escondiéndome en las excusas, para disimular mi incapacidad para crecer. Tengo casi treinta y tres años, no soy un niño, pero me siento como si lo fuera, mi cuerpo ha seguido su curso, pero yo me he quedado atrás, llevando alzada la bandera de una libertad mal entendida, poniendo trabas a mis propios pasos, buscando solo las alabanzas de los demás... me siento como una mierda.

Me llega un mensaje al móvil. Al alargar el brazo para cogerlo de la mesilla que tengo al lado, suelto un quejido, las costillas me matan. Veo que es de Adele.

“Hola Oriol, mi avión aterriza a las dos. Cody me pasa a buscar. Dejaré a Sara con mis padres y vengo al hospital”

Le contesto enseguida.

“Gracias por todo Adele. Tengo muchas ganas de verte. Esta tarde me darán el alta, pero tendré que quedarme en el hotel haciendo reposo”

Ya no me dice nada más y las horas pasan rápido, ya que mis amigos me vienen a visitar y pasan el resto de la mañana conmigo.

—Así que Adele llega hoy. Menos mal que la has convencido para que cante en el grupo, no sé qué habríamos hecho sin ella.

—Sí, es una suerte que haya accedido. Además tengo ganas de verla,

Arnau. Y a mi hija.

—Desde que nació, has estado muy despegado de ellas ¿No quieres hacer un intento con Adele?

—Ahora mismo estoy hecho un lío, pero creo que me gustaría más de lo que pensaba. Por eso me he frenado tanto con ella. Aunque estoy cambiando de opinión. Lo peor es que no creo que ella quiera nada conmigo y menos después de esto.

—Bueno, piénsalo bien y sobre todo, no lo hagas por las razones equivocadas —ese es Nico, el más racional de todos.

—¿Por qué no os vais a comer? Ya es tarde —en realidad quiero que se larguen para estar solo cuando llegue Adele.

—No paras de mirar a la puerta, Adele debe estar al caer —muy perspicaz Arnau, como siempre.

—Vale, lo reconozco, es que quiero poder hablar con ella, hace casi un mes que no la veo y nuestras últimas conversaciones, no han llegado ni a serlo. Quiero acortar las distancias y no os necesito a mi lado para eso.

—De acuerdo, nos vamos. Recuérdale que esta noche actuamos al aire libre en la fiesta del barrio de Chelsea, sería mejor que se pasara un rato por el ensayo esta tarde.

—No quiero presionarla, pensad que trae a Sara con ella y que le da el pecho, no puede desaparecer durante horas. Pero se lo diré, tranquilos. ¡Suerte esta noche!

ADELE

Estamos a punto de aterrizar y mi pequeña ha pasado todo el vuelo durmiendo, se ha portado de maravilla. En cuanto salgo del avión con ella en brazos, me devuelven el carrito y me lo despliegan para que pueda dejarla. Llego a la salida, con una maleta en la mano, la gran bolsa de Sara al hombro y el carrito en la otra mano, veo enseguida a Cody, que alza el brazo y me sonrío.

Se acerca casi corriendo y antes de darme ni siquiera un beso, se asoma al carrito para mirar a su sobrina, que ya está bien despierta y al oír su voz sonrío como hacen todas las mujeres con mi hermano.

—¡Hola cariño! —se lo dice a Sara rascándole la barriga— ¿Cómo está mi princesa?

—Tu princesa está perfectamente y su querida madre también, “hermanito” —lo miro con una sonrisa guasona.

—Hola “hermanita”, me alegro de verte —me abraza y me besa — Vamos, tengo el coche aquí mismo. Ni por asomo pensaba que os vería tan pronto otra vez. Sabía que papá y mamá pensaban ir a Barcelona, ahora que papá está mejor del reuma, pero te has adelantado viniendo tú. Aunque la razón no me puede parecer más surrealista. ¿De verdad vas a actuar con Malentendidos esta semana? —Cody guarda la maleta y el carrito en el maletero, subimos al coche y salimos del aparcamiento.

—¡No me lo recuerdes! ¡No sé cómo me he dejado convencer para hacer esta locura! Llevo dos días escuchando su música a todas horas, solo me quito los auriculares para meterme en la ducha —los llevo colgando del cuello y se los enseño.

—¡Pues que sepas, que Oriol no se lo merece!

—Ya lo sé, pero lo está pasando muy mal ahora, ya te expliqué todo por teléfono. Oye, a papá y mamá, les he explicado todo menos lo de las drogas. No les digas nada, por favor. No sé bien como me lo voy a montar con la niña, esto va a ser muy complicado.

—Estoy disponible para lo que quieras, me he cogido vacaciones toda la semana.

—¡Me va genial Cody!, pero tú no le puedes dar el pecho.

—¡En eso no te puedo ayudar! Pero le puedo dar un biberón o hacerte de chofer.

—Ya nos apañaremos. Vamos a casa, le daré de comer a Sara y la dejaré con vosotros para ir al hospital.

—Si quieres te acompaño.

—No Cody, necesito hablar con Oriol a solas, entiéndelo.

—Vale, por ahora voy a ceder; ¡Pero que sepas que tengo unas palabras pendientes con él, por ser un inconsciente y un capullo consentido!

—¡No te aceleres, que nos conocemos! Ya no tengo quince años, para que me espantes a los novios, ni necesito tu ayuda, se manejar sola.

—Eso ya lo sé y no lo hago para ayudarte, es algo pendiente entre Oriol y yo.

—Siempre os habéis comportado de manera muy parecida, no sé de qué te quejas. ¡Sois tal para cual!

—¡No me compares con él! ¡Yo no tengo una hija que he dejado abandonada!

—¡Basta Cody! No quiero discutir contigo y que conste que no le defiendo. Pero me siento triste por él, es posible que se está dando cuenta ahora de lo que está haciendo y no se guste a sí mismo. No lo presiones, por favor, anda un poco perdido.

Mi hermano se me queda mirando intrigado al oír la pena que desprenden mis palabras, mi actitud y mis ojos empañados.

—¡Oh! ¡Ahora lo entiendo! —me señala con el índice— ¡Te has enamorado de él!

Bajo la cabeza y resoplo sin saber que decir. Al levantar la vista, mi hermano luce una sonrisa de oreja a oreja.

—¡La mujer de hielo ha caído en las redes del amor!

—¡Yo no soy de hielo, capullo! Solo soy una mujer trabajadora, con muchas preocupaciones y una hija muy pequeña y no tengo tiempo para nada más.

—¡Hasta que apareció Oriol y caíste en sus brazos! —cuando se pone, a payaso no lo gana nadie.

—¡No ha sido así! Concebir a Sara, fue solo un accidente, por mucho que me pese. Pero las cosas se han ido desarrollando con el tiempo y...

—Le quieres —llegamos a casa de mis padres y Cody aparca el coche.

—Sí... no deja de ser un problema, pero es lo que hay. No dejo de imaginarme como podría ser nuestra vida, pero a veces me parece que es

como hacer pompas de jabón, ilusiones que duran segundos, nada sólido. Y ya sabes cómo soy yo; planificadora, práctica, estable, con los pies en el suelo.

—Sois muy diferentes Adele —mi hermano se planta delante de mí al lado del coche —pero eso no significa que no podáis conseguirlo, si el también te quiere. El puede hacer un esfuerzo en comprender tu manera de ser y tú puedes soltarte un poco.

—No tengo claro que me quiera, ni que desee comprometerse y yo necesito justo eso. ¿Te parece poco lo que me estoy soltando ahora mismo, haciendo este viaje de locos, para dedicarme a ser madre de día y cantante de noche? Ni siquiera imagino cómo voy a poder aguantar este ritmo. ¡Suerte que solo es una semana! Porque te aseguro que tener una doble vida, no es lo mío.

Entramos en casa y mis padres se deshacen en carantoñas con Sara, que se ve feliz y sonriente. Le doy el pecho y comento con mis padres, que iré al hospital a buscar a Oriol y lo acompañaré al hotel.

—¡Pero hija! Estando como está, con dos costillas rotas, moratones y puntos ¿Por qué no se viene aquí a casa, dónde podemos estar con él y atenderlo? —mi madre lo dice convencida y mi padre solo suelta un gruñido, calla y otorga, mirándola de reojo. Ya se sabe que lo que decide ella, va a misa.

—Se lo propondré, pero al final hará lo que quiera.

—Tenemos la habitación de invitados libre y en la tuya, ya hemos instalado una cuna plegable para Sara.

Dejo a Sara en brazos de mi madre, la beso en la cabecita y le acaricio las mejillas.

—Mi pequeña, te echaré de menos —miro a mi madre - Mamá, volveré como mucho en un par de horas. Para la actuación que tengo esta noche, te dejaré un par de biberones en la nevera, solo habrás de calentarlos un poco.

—No te preocupes, ya sabes que la dejas en buenas manos. Y convence a ese chico de que venga a casa, así podrá ver más a su hija, ahora que está convaleciente.

Ese comentario, me hace pensar que mi madre está tramando algo. Le expliqué el desapego que notaba en Oriol con su hija y no me extrañaría que maquinara un acercamiento entre ellos, con sus artes de celestina, camuflados de señora despistada, como hace siempre, que parece que no está en nada y está en todo. Ya lo dice mi padre, que no tiene estudios, pero es más lista que el hambre.

ORIOLO

Me estoy quedando medio dormido, cuando oigo que la puerta se abre. Al ver a aparecer a Adele, preciosa como siempre, seria, pero con la preocupación grabada en el rostro, tan perfecta, tan segura de sí misma, tan entera, siento como un puñetazo en el pecho, que se expande por todo mi cuerpo, creando una oleada de cariño, de ternura, de ganas de ella, de abrazarla y quererla. No sabía cuánto la había echado de menos hasta ahora. Al mirarme, su expresión pasa a ser de horror, en un segundo.

—¡Oriol, por Dios! ¡Pero que te han hecho! —se acerca y se sienta a mi lado en la cama.

Acerca su mano a mi pelo y me aparta unos mechones de la frente e instintivamente, echo la cabeza hacia atrás, en esa ceja llevo algunos puntos.

—Hola Adele —la miro a los ojos con toda la sinceridad del mundo — siento en el alma todo esto, de verdad.

—Ya tendremos tiempo de hablar —pasa sus dedos por mi mejilla y baja el brazo, para acabar cogiendo mi mano. Le aprieto los dedos, con un nudo en la garganta.

—¿Y Sara? Tengo muchas ganas de verla —al ver como levanta una ceja con escepticismo, intento convencerla —¡Te juro que es cierto! No te miento Adele, ya sé que no he hecho las cosas bien.

—Está muy bien. Si quieres puedes verla en cuanto salgamos de aquí.

—Pero no puedo casi moverme, creo que me llevarán al hotel en ambulancia. Me quedaría aquí, pero necesitan la cama.

—Te lo digo, porque mi madre te ofrece su casa, por si quieres pasar estos días con ellos y con la niña. Yo puedo ir y venir, por los ensayos y las actuaciones. Cody está de vacaciones y me puede llevar y traer. ¿Qué opinas?

—¿Estás segura de que no les molestaré? —en parte prefiero estar solo, pero también le debo un montón de horas a mi hija y necesito estar con ella.

—Me ha dicho que ya te ha preparado la habitación de invitados. Tú decides. Ya sabes que yo no te voy a presionar para que hagas nada.

—Gracias Adele, siempre eliges hacer lo correcto, en el fondo te admiro, no creas.

—¡No digas sandeces! Ni se te ocurra darme la píldora, que no lo has

hecho nunca; no vayas a empezar ahora, que no me parece que esté hablando contigo. Casi prefiero que nos peleemos.

—Pues decidido, voy a casa de tus padres. Por cierto... tu padre... ¿tiene escopeta?

Adele suelta una carcajada, una de esas tan escasas y que tanto pueden alegrarme el día. Se transforma y su risa se contagia con facilidad.

—¡Tienes suerte de que no le guste cazar y de que no sea un hombre violento! Pero tranquilo, mi madre lo tiene controlado y parece que le caes en gracia, me ha insistido en que vayas a su casa.

Justo en ese momento entra mi médico para revisar mis heridas y darme los papeles para el alta.

Cuando me levanto para vestirme, los dolores son insoportables, Adele ha salido para esperarme fuera, pero no puedo evitar soltar un quejido y entra enseguida.

—¿Qué te pasa? —los dos nos quedamos parados mirándonos, solo he conseguido ponerme los bóxer y tengo la camiseta en la mano, incapaz de pasármela por la cabeza.

—Me duele todo el cuerpo, me cuesta ponerme la ropa yo solo.

—Vale, yo te ayudo.

Me pasa la camiseta por la cabeza y al intentar pasar el brazo herido aprieto los dientes y noto como me acaricia el brazo, haciendo que mi piel se estremezca. Respiro hondo y me llega su olor. ¡Está tan cerca y tan lejos!

Hace que me siente en la cama y me ayuda a ponerme los pantalones, cuando consigue irlos subiendo, el roce de sus manos en mis piernas, me altera sin remedio y veo como su vista se desvía al evidente aumento de tamaño de mis calzoncillos.

—Lo siento, pero es que la situación es... bueno, ya sabes cómo me pones...

—Espero que no te pongas igual si mi madre te ha de ayudar en algún momento —me mira con cara de guasa y los dos nos echamos a reír.

Por fin salimos del hospital, muy lentamente, pero no puedo casi moverme, me duelen hasta las pestañas.

Nos llevan con la ambulancia hasta casa de los padres de Adele, que me reciben con cariño. Bueno, me refiero a su madre, su padre solo me saluda y me mira de reojo, como a un insecto curioso. Me acomodo en el sofá, pero no veo a Sara por ningún lado.

—¿Y Sara?

—Está durmiendo en su cuna, en la habitación de Adele.

—No creo que tarde en despertarse, enseguida tendrá hambre —Adele se mira los pechos y mi vista se queda anclada en ellos. Lleva una camiseta bastante holgada, pero el aumento de tamaño es patente y mi libido sigue en una montaña rusa, después de haber muerto con la paliza que he recibido, parece despertar de golpe cuando la miro.

Justo en ese momento oímos un lloro y Adele se levanta en seguida. Me mira y se frena, antes de ir a buscarla.

—¿Quieres venir conmigo?

—¡Claro! Ayúdame a levantarme —su madre también se acerca, pero le hace una señal de que no hace falta.

Nos dirigimos a la habitación, Adele rodeando mi cintura y yo con mi brazo sano sobre sus hombros. Mientras llegamos, el lloro cesa y se oye un balbuceo.

Adele abre la luz y nos acercamos a la cuna. Sara está boca arriba y sus brazos y piernas no dejan de moverse, tan bonita, tan inocente, tan pequeña.

—Hola princesa, has crecido mucho —al oír mi voz fija la vista en mi rostro y esos ojos azules como los de su madre, diáfanos y limpios, claros como un cielo luminoso tras una tormenta, se quedan sujetos a los míos.

Mirar a los ojos a mi hija, como me he prohibido hacer hasta ahora, me provoca una reacción inesperada, nacida de lo más hondo de mi interior, sin avisar, como un vómito súbito, como un impacto sorpresa. Aún sigo cogido a Adele y un sollozo surge de mi garganta y de mi alma a la vez, me giro hacia ella y apoyo la frente en su hombro. Y me dejo ir, y ella me abraza y acaricia mi espalda, mientras me encojo cada vez más. Porque me he visto en su mirada, como si me hubiera puesto un espejo delante para poder ver mis miserias, como ofreciéndome con su presencia una nueva vida, con la que no contaba, que no quería, pero que está ante mí. Siento amor y dolor, mezclados entre sí, como el agua y el aceite, dispares, opuestos pero rozándose uno al otro. Porque el amor duele a veces y reconocer nuestros errores también.

—Lo siento Adele, perdona. No he sido un buen padre hasta ahora, me he portado fatal con vosotras, queriendo eludir la realidad.

—Oriol, no creas que no tengo muchas cosas que decirte al respecto. Pero estás herido y de momento, las vamos a posponer. Cálmate —me acaricia el cuello y le beso la frente, no me atrevo a más.

Sara empieza a quejarse y Adele la saca de la cuna.

—Siéntate en la cama.

Tal como lo hago, se sienta a mi lado y hace el gesto de pasarme a la pequeña.

—Cógela un momento con el brazo sano, mientras voy a buscarle un babero.

Tengo a mi princesa en los brazos y la vuelvo a mirar ensimismado, como disfrutando de una obra de arte, de un cielo estrellado, de un mar transparente en calma. Y entonces me sonrío. Solo a mí. Una conexión que no había sentido nunca, me deja hipnotizado y le sonrío a la vez. Supongo que no puede asustarse de un ojo morado todavía.

Adele vuelve y se sienta a mi lado de nuevo.

—Es muy risueña —me la quita de los brazos —se parece a ti.

—¿Tú crees? —oírlo de su boca me enorgullece, como si fuera algún mérito y no producto de la genética.

—Ya sabes que no soy muy risueña —se pone a Sara al pecho y por suerte mi libido no despierta de nuevo. Porque la estampa que hacen las dos a mi lado, me enternece y me hace ser más humano, más sensible.

Me he estirado en mi cama, estoy destrozado. Adele se va pronto a ensayar una hora con el grupo antes de la actuación y ahora se está cambiando y Sara vuelve a dormir. Se abre la puerta y se enciende la luz. Al abrir los ojos, me encuentro en la puerta a un Cody muy cabreado.

—¡Estás hecho un cromó, tío! Si no te viera tan mal, te acababa de arreglar ahora mismo, que ganas no me faltan.

—Oye Cody, ya sé que la he cagado, pero...

—¿La has cagado? ¡Lo has hecho todo fatal! ¡Has dejado abandonada a tu hija! ¿Cuántas veces la has visto desde que nació? ¿Eh? ¿Cinco? Si no vas a estar con Adele, me parece bien, no se pueden forzar las relaciones y casi prefiero que encuentre a alguien mejor que tú. Pero ¿tu hija?

—Lo siento, yo...

—¿Qué está pasando aquí? —Adele entra apartando a su hermano y se le planta delante— ¡Cody! ¿No te he dicho mil veces que no te metas en mi vida? Agradezco tu ayuda estos días, pero ni se te ocurra meterte con Oriol. ¡Ya me meteré yo cuando se recupere! No necesito tu ayuda para esto, ¿De acuerdo?

¡Oh! Echaba a esta Adele de menos; puedo parecer masoquista, pero ese carácter, siempre es el que me ha hecho reaccionar, es como una reina medieval mirando a sus súbditos, los ojos le brillan aún más cuando se enfada

y levanta la barbilla con toda la dignidad que le cabe en el cuerpo. Entonces me fijo en cómo va vestida y me sobresalto, los ojos casi se me salen de las órbitas. Enfundada en unas mallas negras brillantes como si fueran una segunda piel, con algunos rotos en las rodillas y una especie de camiseta de varios colores con brillos, de tirantes, con un escote que deja ver buena parte de sus maravillosas tetas, y unos tacones de esos que casi nunca se pone ahora, que son solo dos tiras negras, está para comérsela entera.

Se ve que me he quedado embozado y los dos me están mirando ahora.

—¿Qué pasa? —Adele me mira ceñuda y pone una mano en su cadera, en una postura muy altanera.

—Eee... —no me salen las palabras —nada, nada. Estás guapísima —veo como una sonrisa escapa de sus labios.

—¡Cody! Vas a acompañarme ¿no? ¡Pues en marcha! Ves tirando, que ahora voy —se dirige a su hermano con voz de mando, esa que te provoca ponerte firme, sin querer y inevitablemente Cody sale pitando de la habitación —bueno... me voy. Deséame suerte, me estoy poniendo muy nerviosa por momentos.

—Te deseo toda la suerte del mundo. Pero no la necesitas —se acerca a la cama y cojo su mano, tirando de ella —venga, déjame darte un besito de despedida.

—¿A ti que te pasa ahora? No puedes salir a buscar plan y te conformas con cualquiera ¿no? —eso me ha dolido y ella lo sabe.

—¡Adele! Me merezco todo lo que quieras tirarme en cara, pero eso ha sido un golpe bajo.

—Tienes razón, pero no voy a pedirte perdón, solo te estoy preparando para que te hagas a la idea de lo que te espera, cuando te encuentres mejor.

—¿Voy a tener que ponerme guantes de boxeo? —no estoy muy seguro de si hablamos en broma o en serio.

—¡Y protección en los dientes! —al final me guiña un ojo y se da media vuelta— ¡Pórtate bien!

Cierro los ojos y no me da tiempo a dormirme, cuando oigo unos toques en la puerta.

—Adelante— veo como asoma la cara de Nancy, la madre de Adele.

—Oriol, estoy preparando la cena y mi marido ha ido a ayudar a un vecino que está muy mayor, a sintonizar el televisor. Siempre toca los botones que no debe y nos pide ayuda cada dos por tres. Sara está despierta ¿Te la puedo traer un ratito, mientras acabo? La dejo a tu lado en la cama y si le

cantas, seguro que no llora.

—¡Claro, Nancy! Tráela conmigo.

Al cabo de un momento, me trae a mi hija, recién bañada, con su preciosa carita sonrosada y sus rizos negros, todavía húmedos. La coloca a mi lado en la cama y me giro un poco, para mirarla, mientras sale de nuevo de la habitación.

—Hola bailarina, así te llama tu madre ¿eh?

Después de mirar atentamente la luz del techo durante un rato, sin dejar de mover sus brazos y piernas, como una gimnasta, dirige su vista hacia mí y le sonrío, mientras le digo tonterías, que negaré siempre que hayan salido de mi boca. Sonríe con esa boca desdentada, de oreja a oreja y emite un gorjeo, que provoca una pompa de saliva entre sus labios. Suelto una carcajada al verla y ella un pequeño chillido. Nadie me creerá si se lo cuento, pero nos estamos comunicando, por primera vez. Acaricio su barriga y se queda quieta, parece que le gusta. Acercó mis labios a su frente y la beso, notando su mano en mi barbilla, que siento como una caricia. ¿Cómo pensé alguna vez, que lograría evitar sentirme así? ¿Qué podría huir de lo mejor que me ha dado la vida? Miro a esta criatura perfecta y un infinito amor por ella, se apodera de mí, para no soltarme nunca más. Porque sé que no hay vuelta atrás, que este sentimiento no tiene retorno, que solo puede crecer y crecer sin límites.

Estoy feliz de que sea así; tengo que dejar de esperar solo recibir y empezar a dar; mi egoísmo solo me ha traído problemas y dolor. Podría mirarla durante horas, ahora que me permito, por fin, acercarme, ahora que entiendo lo que estaba despreciando como un idiota.

Empiezo a entender lo dolida que se ha tenido que sentir Adele, a comprenderla, incluso su obsesión por no exigirme nada. Ella quiere sinceridad, lo mismo que siempre me ha dado. Me he comportado como un cerdo egoísta y solo he pensado en mí, para encontrarme al final, con una caricatura de lo que intentaba ser.

Sara levanta las piernas y se queda mirando concentrada sus pies, haciendo un intento de llegar con sus manos y tras varios intentos fallidos, consigue asir uno e intenta acercarlo a su boca. Está tan graciosa que vuelvo a reír y me mira, hasta que hace un puchero y empieza a llorar. Me angustio sin saber qué hacer y lo único que se me ocurre es ponerme a cantar. Le canto una de mis canciones lentas, una balada sin letra y se calma enseguida, parece que le gusta.

Cuando su abuela aparece para decirme que vamos a cenar, mi princesa

se ha dormido con una sonrisa en la boca.

ADELE

He estado ensayando poco más de una hora con el grupo. Me han dado una gran bienvenida, supongo que están agradecidos de que les haya salvado el culo. La verdad, es que podría haberme negado y nadie me podía recriminar nada; ni es mi grupo, ni mi obligación, solo les estoy haciendo un favor. Visto desde fuera está claro. Mis verdaderas motivaciones son otras.

La más importante, ha sido saber que Oriol había consumido drogas para poder seguir adelante y aguantar el ritmo. Eso me preocupó muchísimo y antes de coger el avión, me propuse ayudarlo como fuera, no dejarle seguir ese camino. Creo, que solo por unos días, no tiene una verdadera dependencia, pero también sé, que por algo se empieza. O se corta de raíz, o puede degenerar rápidamente, para convertirse en una espiral destructiva, sin vuelta atrás.

La otra razón, es más íntima, más mía. Lo añoraba. Tenía cada día más, una necesidad imperiosa de verlo, buscando en cada momento libre, noticias de los festivales y las actuaciones en internet, videos o artículos en las revistas de música. Escuchar sus canciones, se había convertido en un hábito diario y cantárselas a Sara, en intentar un acercamiento de mi hija, a una parte esencial de su padre ausente. La magia de su música, me ha acompañado en cada momento de reposo, con sus baladas, mientras hacía las tareas de casa, animándome con el ritmo del rock, sus rápidos y complicados solos de guitarra, en un reto de conseguir seguirlos con mi voz.

He llenado mis días de Sara y de él. Los he unido en mi mente, mientras extrañaba su persona, creando una familia imaginaria y unida a través de su música. Eso me ha salvado de poder llegar a odiarlo por su comportamiento y ha fundido sentimientos, sensaciones y deseos, conformando la pretensión de esa familia ilusoria y novelesca, perfecta y quizás utópica. O quizás no.

Estamos a punto de salir al escenario y por extraño que pueda parecer, estoy tranquila. El ensayo ha ido muy bien; conozco todas las canciones, puedo cantarlas y me han dado vía libre para hacerlo a mi manera. Está claro que mi voz y la de Oriol, son muy diferentes, y puedo adaptarlas a mi conveniencia.

Además, no me juego nada aquí. Me gusta cantar, pero nunca me voy a dedicar a esto. Aparte de poder pasarlo bien en un karaoke, no tengo ninguna

intención de repetir, después de esta semana. Si sale bien, mejor para ellos y si no, pues lo sentiré mucho, pero no me va a quitar el sueño.

Ya estamos en nuestras posiciones, la actuación es al aire libre y está hasta los topes de gente, en esta enorme plaza. Han tocado otros dos grupos antes y el ambiente ya está caldeado, la gente contenta y desde el escenario, y con unos focos que nos dan de lleno, no veo ni a la primera línea del público. Empezamos con la primera canción y me hago a la idea, de que estoy en el comedor de mi casa, con un cepillo del pelo por micrófono y enfundada en un pijama viejo de verano, cantando para mí misma, como cuando era una niña.

Me concentro y me abstraigo de mi entorno, hasta que al acabar, los aplausos me hacen volver a la realidad y me impactan. Hay mucha gente aquí y me están aplaudiendo, vitoreando, bailan conmigo, les gusto... Por un momento, puedo entender a Oriol. Esta reacción de la gente, emborracha, te sientes importante, tu ego crece sin medida, una especie de orgullo, nace al sentir las alabanzas, el reconocimiento. Siempre he sabido que canto bien, pero nunca tanta gente, me lo había dejado tan claro como ahora. No negaré, que tener tus quince minutos de gloria, puede ser un sueño para cualquiera. Lo importante es que no llegue a convertirse en imprescindible; eso puede modificar tu realidad, para transformarse en una lucha constante por el reconocimiento, por la adulación y los halagos.

Canto el resto de canciones, aislándome del entorno mientras estoy en el escenario, para volver a la realidad cada vez que los aplausos y vítores, me hacen sonreír y pienso que a Oriol quizás le habría gustado verme. Claro que, si hubiera estado bien para venir, hubiera cantado él y no yo.

Cuando acabamos y mi nivel de estrés vuelve a la normalidad, un cansancio extremo, supongo que debido a los nervios y los cambios de estos días, se apodera de mi cuerpo. Los chicos intentan que me vaya a tomar una copa con ellos, pero ya tengo a Cody a mis espaldas, esperándome para llevarme a casa, que es lo que realmente quiero hacer. Al pensar en el tiempo que hace que no veo a mi bailarina, me preocupo por ella, pero no son horas de llamar a casa, todos deben estar durmiendo.

—Tranquila —Cody ya nota mis ganas de llegar cuando me acompaña al coche —he hablado con mamá varias veces y dice que todo está bien. Sara se ha tomado sus biberones y está durmiendo.

—¡Menos mal! Me daba miedo que se pasara las horas llorando y esta semana se convirtiera en un suplicio.

—Por cierto —Cody arranca el coche y me mira —sabía que cantabas

bien, te he escuchado toda la vida. Pero no te había imaginado nunca en una actuación como esta. ¡Das el pego, hermanita! ¡Parecías una cantante de rock de toda la vida!

—La verdad es que lo he pasado bien; pero me siento mucho más en mi sitio, dirigiendo mi empresa.

—A lo mejor cuando vuelva a cantar Oriol, la gente pide que vuelvas tú.

—¡No sabes lo que dices! ¿Tú has visto los grupitos que se forman de mujeres desatadas cuando lo ven cantar? ¡te aseguro que esas grupies no me prefieren a mí!

Llegamos a casa riendo y entramos casi de puntillas, para no despertar a nadie. Me dirijo a mi habitación, tras dar las buenas noches a Cody, que vuelve a marcharse, para dormir en su casa.

Al entrar voy directa a la cuna y al encender una pequeña luz para ver a mi niña dormir, encuentro la cuna vacía.

Sé que no puede haberle ocurrido nada sin que yo me haya enterado, pero el corazón me da un vuelco y salgo en su busca a paso rápido. Mis padres tienen la puerta cerrada y al pasar por delante de la habitación dónde se ha instalado Oriol, veo un poco de claridad y asomo la cabeza por la puerta entornada.

Es la tenue luz de una pequeña lámpara en la mesilla de noche, que me deja ver a Oriol estirado boca arriba, y a mi pequeña durmiendo feliz sobre su pecho, boca abajo y con el culete en pompa, sujeto por la mano de su padre.

Me quedo inmóvil, casi ni respiro, este momento me emociona, me llena de una ternura inmensa, que me humedece los ojos a la vez que me hace sonreír; un péndulo de emociones, que trastocan mi equilibrio y me producen ese vahído que me hace balancearme, sin saber hacia qué lado voy a caer. Aunque lo que tengo bastante claro ya, es que caeré.

Me acerco para coger a Sara y llevarla a su cuna; Oriol no está acostumbrado a dormir con ella y podría hacerle daño sin querer. En el momento que pongo mis manos sobre ella, él reacciona asiéndola más fuerte con las dos manos, como si temiera que se cayera y despertando de golpe. Me mira como si no me conociera, pero la pequeña está bien sujeta por sus brazos.

—Perdona, no quería despertarte —le susurro para no despertar a Sara —voy a llevarla a su cuna.

—¡Oh, claro! Perdona —me tiende con cuidado a la niña —vuelve un momento, por favor.

Asiento y me llevo a la pequeña, que sigue profundamente dormida. Vuelvo con Oriol y me siento en la cama a su lado.

—Sara se ha portado muy bien —es la primera vez que lo veo sonreír sinceramente al hablar de ella —la he tenido mucho rato conmigo, tu madre tenía tareas que hacer y me ha pedido ayuda.

Me río interiormente, sin dejar ver mis pensamientos. Ya veo por dónde va la estrategia de mi madre en la relación padre-hija. Veremos que más se guarda bajo la manga.

—¡Gracias!

—¿Cómo ha ido esta noche?

—¡Lo he pasado muy bien! estaba muy tranquila, el público ha respondido genial, el ambiente muy festivo, todo bien. Ya te informará Arnau. Por cierto ese Eike, no me gusta mucho. Ha venido un rato al ensayo y me miraba como si fuera una golosina y a él le pirrara el dulce.

—¡Joder! Cada vez lo aguanto menos, creo que lo mejor es no trabajar más para él.

—Aunque os ha abierto muchas puertas.

—No sé si vale la pena el precio, Adele. He estado a punto de fastidiarla mucho. Sabes que amo mi música, que necesito componer, cantar y tocar la guitarra. Pero no pienso pagar un alto precio, por el reconocimiento y la fama. Supongo que la gracia está en encontrar el equilibrio.

—Pareces otro hablando con tanta racionalidad —bostezo sin querer — estoy cansada, me voy a dormir, mañana te explico más.

—¡Espera! —Oriol se incorpora apretando sus costillas vendadas hasta que consigue apoyar la espalda en la cabecera de la cama —Adele, yo... quiero pedirte perdón.

—¡Ya me lo has dicho antes! Hablaremos cuando estés bien.

—Es que necesito contarte algo —me quedo escuchando, su tono de súplica me hace quedarme sentada —esta tarde, ha sido... la he pasado por primera vez con mi hija, de verdad. Ya sabes que los días que pasé por tu casa, casi no pude ni cogerla ni mirarla, no quería encariñarme, no quería ligarme a ella, solo huir como si me fuera a contagiar algo.

—No hace falta que te recrees en tus errores, siempre puedes corregirlos.

—A eso me refiero; hoy me he quedado y me ha contagiado. Para toda la vida. La he mirado por primera vez, de verdad, con el alma. Y me he enamorado completamente. Es de verdad, lo mejor que hemos hecho nunca juntos.

—En eso tengo que darte la razón. A lo mejor nunca llegamos a poder hablar sin pelearnos, o dejar de discutir por naderías. A ella la hemos hecho sin querer, pero nos ha salido perfecta.

—Ahora no nos estamos peleando, solo hablamos —Oriol lleva algo en mente, lo conozco.

—No, pero es que estoy muy cansada —se escapa otro bostezo de mi boca.

—Acércate —estira el brazo sano hacia mí y acaricia mi nuca —vamos no te resistas, creo que ya no me odias. Y yo te necesito.

Sus palabras dichas en susurros, la penumbra que nos envuelve, la medianoche, el tacto de su piel en la mía, el escalofrío que recorre mi columna y el anhelo que vivo en mis sueños, me hacen acercarme a su rostro sin remedio. Acaricia mi mejilla y resigue mis cejas con sus dedos, me hipnotiza y su magnetismo animal, me lleva hasta su boca y caigo en sus redes sin remedio.

Nuestros labios se rozan, se tantean, mis dientes muerden ligeramente su labio inferior y su lengua resigue el contorno de mis labios. No soy una mujer que tiemble por un hombre, pero ahora lo estoy haciendo. Nuestros alientos se mezclan y el deseo se dispara en décimas de segundo, esas ganas que retenemos desde hace más de un año, se sueltan y se disparan. Me acerca más y nuestras lenguas inician una batalla sin tregua; juro que noto como mis huesos se licuan y me convierto en plastilina en sus manos... hasta que despierto de mi propia locura y me aparto de golpe.

—No podemos hacer esto Oriol —me llevo una mano a mis labios que aún saben a los suyos.

—No me apartes, Adele, déjame acercarme a ti —su voz vuelve a acorralarme, pero me resisto.

—No voy a convertirme en una de tus mujeres —mi comentario lo pone en tensión —no puedo ser una más, lo siento. No voy a tratarte como una prioridad, si para ti solo soy una opción.

—Nunca serías una más.

—¿Estás seguro? Te aconsejo que pienses en lo que estás diciendo. ¿Puedes contestarme a algo?

—Claro.

—A ver..., la última vez que hice el amor, fue contigo. ¿Con cuantas mujeres te has acostado tú desde entonces?

El silencio habla por sí solo y baja la vista a su regazo, respirando

hondo. Me quedo en silencio esperando, la respuesta me interesa más de lo que quiero demostrar.

—No han significado nada.

—¿Nunca? ¿Es que no te das cuenta? Si tuviéramos algo, sería por un tiempo, más o menos largo. Pero acabarías necesitando más. Nunca has sido capaz de comprometerte con nadie y no creo que lo vayas a hacer conmigo. No voy a negar que te deseo, pero no me voy a convertir en una más de una larga lista. Necesito ser especial para alguien, única, tener un gran espacio en el corazón del otro, ser importante.

—Si te dijera que quiero intentarlo...

—No me voy a arriesgar Oriol. Nos haríamos daño y lo sabes.

—¿No vas a confiar nunca en mí?

—No ciegamente.

—Entonces tendré que demostrarte que lo que siento puede ser serio. Porque siento cosas por ti, que no he sentido por nadie más. No es solo deseo Adele, no es solo atracción. Algo ha ido creciendo con el tiempo dentro de mí.

—Ya... y para confirmarlo te has ido tirando a las que se te han puesto por delante ¿no?

—Lo siento.

—Has dicho lo siento demasiadas veces hoy —aprieto su mano, me levanto y me voy a dormir, dejándolo pensativo e insomne.

ORIOI

Esto de estar sin hacer nada, me está matando. Cierto que me está sirviendo para recuperar el tiempo perdido con Sara. Pero no con Adele. La veo entrar y salir, cómo se arregla para las actuaciones, cómo va y vuelve para atender lo mejor posible a Sara, pero no me hace demasiado caso.

Siempre ha sido una mujer con empuje, que ha levantado su empresa ella sola, que se lió la manta a la cabeza cuando dejó Londres para vivir en Barcelona, una mujer luchadora, fuerte, práctica, con carácter y un genio explosivo si encuentra una chispa que lo haga estallar. Nunca la he valorado lo suficiente, pero me estoy dando cuenta de que la admiro. Sabe lo que quiere y va a por ello. Eso me hace compararla conmigo y hace destacar aún más, el hecho de que me encuentro bastante desorientado.

Desde hace años, he tenido la misma meta: conseguir que el grupo creciera, que mi música se escuchara, buscar la fama, el éxito. Pero justo cuando parece que empezamos a despuntar, las dudas me hacen plantearme, si es eso lo que realmente quiero. Hay sueños, que cuando más brillan, es mientras lo siguen siendo. Arnau me ha traído mis guitarras, las tengo en la habitación, pero ni siquiera las he tocado. La música es vital para mí, tanto componer como cantar, pero es posible que me haya equivocado, al pensar que la fama sería lo mejor para mis canciones.

Tengo tanto tiempo para pensar estos días, que no puedo dejar de darle vueltas a mi historia con Adele y descubro cosas nuevas al recordar muchos momentos con ella. Han sido unos cuantos años de vernos cada día. Cuando la conocí, su preciosa cara me dejó embobado, hasta que fui descubriendo su carácter. Siempre me ha intimidado, aunque con la confianza que da el paso del tiempo, acabamos convirtiendo nuestros combates de piques, pullas y bromas, en nuestro día a día. Eso funcionó bien, para esconder la atracción entre nosotros, pasando a ser rivales eternos. Ya no soy capaz de verla así, no la quiero de rival, la quiero conmigo. Aunque lo tengo difícil; cada vez que intento acercarme a ella, pone una nueva barrera entre nosotros. Desde la primera noche en que nos besamos, no he podido acercarme de nuevo.

Me quedo mirando mi vieja guitarra y me acerco a cogerla. Las costillas me siguen doliendo, pero voy mejorando. Mañana me quitan los puntos del

brazo y los moretones están adquiriendo un tono amarillento y espero que desaparezcan pronto.

Me siento en una silla y empiezo a tocar una antigua canción.

Nancy llama a la puerta y entra con Sara en los brazos.

—Hola Oriol, Adele ha salido a comprar algunas cosas y mi marido y yo hemos de salir un rato. Te dejo a Sara aquí ¿Te parece?

—Claro, ya veo que está despierta —dejo la guitarra y cojo a mi hija en brazos —como estoy mejor, voy con ella al sofá.

—Como tú quieras, hijo, pero vigila esas costillas.

Le pido a Nancy que me lleve la guitarra al comedor y pongo a Sara en su balancín. Empieza a protestar, creo que se está acostumbrando mucho estos días a ir de brazo en brazo y le gusta demasiado.

Cojo la guitarra y toco algo suave a la vez que me pongo a cantar delante de Sara. Creo que le encanta la música. En cuanto oye mi guitarra y mi voz, se calla y me mira fijamente, casi sin parpadear. Cuando le sonrío, me devuelve la sonrisa. Me he vuelto loco por ella, tanto como por su madre.

Entonces recuerdo algo, que había olvidado por completo. Fue en la primera ecografía en la que escuché el corazón de Sara y me vuelve a la mente, lo que pensé en ese momento, palabra por palabra.

“Escribiré tus latidos en un pentagrama, serán la armonía de fondo de una bella canción y crearé una melodía, que te haga soñar. Y cuando sepa tu nombre, los versos que la custodien serán solo para ti...”

Le debo a mi pequeña una canción, mirarla es la mejor inspiración. Me pongo a ello y voy improvisando, tanto la música como la letra. No acabo de encontrar la melodía que quiero, hasta que veo a mi princesa dormida y la ternura que me produce, hace salir las notas de entre mis dedos, consiguiendo lo que andaba buscando. Cojo un papel y un lápiz de una mesilla auxiliar, arranco una hoja y voy escribiendo la letra, que nace directamente de mi corazón.

Oigo la puerta de entrada y enseguida aparece Adele, con un par de bolsas de la compra. Me levanto pero me hace un gesto de que me quede sentado.

—Ya estoy mejor Adele, puedo ayudarte.

—El médico dijo que mucho ojo con hacer ningún esfuerzo, las costillas se pueden resentir.

—Haces cara de estar cansada, tienes ojeras.

—¡Vaya! ¡Qué amable! ¡Por si no te habías dado cuenta, estoy llevando una doble vida estos días! ¡Madre de día y roquera de noche!

—Ya sabes que te lo agradezco infinitamente, pero estás agotada, no duermes lo suficiente.

—Duermo todo lo que puedo, pero nunca parece suficiente.

—A mí me cuesta dormir, no paro de pensar en nosotros.

—No hay un nosotros Oriol, no lo pongas más difícil.

—¡Es que podría haberlo y tú no quieres ni intentarlo!

—¡Lo siento! ¡No puedo confiar en ti! Siempre te he visto como a un niño grande y conozco tu estilo de vida. Eso no se cambia de un día para otro.

—No voy a dejar de intentarlo, cada vez lo tengo más claro.

—¿Es por Sara? Estos días estás mucho con ella. Si lo que quieres es implicarte más, no vas a tener ningún problema, puedes ejercer de padre al cincuenta por ciento conmigo.

—¡No metas a Sara en esto! ¡No es por ella, es por nosotros!

Entramos en la cocina y Adele empieza a sacar cosas de las bolsas y colocándolas en su sitio. Voy siguiendo sus pasos y parece que estamos a un suspiro de empezar a discutir. Hasta que me acerco lo suficiente para sentir su olor. Acaba de cerrar la puerta de la nevera y al girarse apoyo mis brazos en la puerta a ambos lados de su cabeza, dejándola acorralada entre ellos.

—¡Mírame a los ojos! Por favor —mi tono de súplica ha funcionado — me estoy volviendo un poco loco. No me digas que la última vez que nos besamos no fue especial, que no sentiste nada.

Se queda en silencio, me veo reflejado en esos iris azul cielo, que me miran con una tristeza, que no había detectado antes.

—Fue especial —pone las manos en mi pecho y las sube lentamente hasta mi cuello —pero no puedo arriesgarme, Oriol, no puedo.

—Cada vez estoy más seguro de lo que quiero, de lo que siento. Lo que una vez fue solo atracción, se ha convertido en otra cosa. Te quiero Adele. Tenía miedo de quererte, pero es que... ya te estoy queriendo.

Noto como respira hondo y una duda aparece en su mirada. No sé si es que no me cree o si está a punto de ceder, pero no puedo perder esta oportunidad.

—Dime que puedo besarte —se lo susurro al oído, mientras subo mis labios a su sien.

Alza de nuevo su cara hacia mí, con los labios entreabiertos, en una clara invitación. Se escapa una sonrisa de mi boca, antes de atrapar la suya. Esta

vez no es algo lento y suave. Esta vez es un saqueo en toda regla, una batalla de voluntades. La necesito y acerco mi cuerpo al suyo, hasta estar encajados como las piezas de un engranaje de precisión, nuestras lenguas se encuentran e intento conectar con su misma alma, dar en vez de tomar. Y es como si la besara por primera vez, porque lo que estoy sintiendo es diferente, no solo es deseo, es anhelo, necesidad, hambre de ella, amor. Me responde de igual manera y nos olvidamos de dónde estamos y nuestras manos empiezan a reseguir nuestros cuerpos, en un acuerdo tácito, no hacen falta las palabras.

Hasta que un berrido de nuestra pequeña bailarina, nos hace separarnos de un salto. Adele pasa por debajo de mi brazo y sale corriendo hacia el salón, donde la pequeña demanda su comida.

Me quedo mirándola, apoyado en el quicio de la puerta. Se pone a la pequeña al pecho, le besa la cabeza y alza su mirada hacia mí. No sé si la interpreto bien, pero parece de duda, de indecisión. Es posible que haya resquebrajado un poco la barrera y que paso a paso, consiga destruirla.

Por una vez, tengo bien claro lo que quiero. La quiero a ella. Nunca ha sido un sueño, Adele es real y la necesito en mi vida, porque si algo le da sentido, es lo que realmente importa. Los momentos pasan, los sueños se desvanecen, pero la vida sigue y por primera vez, deseo compartir la mía. Para conseguirlo, me he de ganar su confianza y comprometerme, eso también lo sé.

ADELE

Oriol está consiguiendo desestabilizarme. Tengo la sensación de andar pisando huevos y de no saber a qué atenerme con él. No sé si me está dando pistas falsas o realmente es sincero conmigo. Pensándolo bien, no creo que se arriesgara a desnudar su alma ante mí y decirme que me quiere, solo para conseguir acostarse conmigo de nuevo, no le hace falta tanto trabajo, puede tener a quién quiera. Empiezo a creer que realmente, siente algo sincero. Pero me da miedo aceptarlo, porque a mí me ocurre lo mismo.

A pesar de conocernos desde hace años y de tener una hija en común, nuestra relación está en pañales. Nos faltan muchas horas de comunicación sincera, de abrirnos, de enseñarnos el interior, no solo el envoltorio. Y eso da miedo. Supongo que puedo darle un poco de cancha, pero con precaución.

Después de ese beso increíble, en el que he perdido el mundo de vista, he aterrizado de nuevo al oír protestar a mi hija, pero parece que sigo flotando. Además está ahí, apoyado en el marco de la puerta, mirándome fijamente y yo... dudo a cada segundo que pasa, pero cada vez con más ganas de probar, de arriesgar.

Ya dicen que quién no arriesga, no gana. Pero hacerlo con el corazón, es una apuesta gigante, puedes perder demasiado.

—No te quedes ahí de pie, ven —en seguida se acerca y se sienta a mi lado.

Sara nota su presencia, se suelta del pecho y gira la cabeza para mirarlo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya! Parece que el enamoramiento es mutuo —sonríó a Oriol, que se acerca a besar su mejilla y aprovecha para pasar un dedo lentamente por mi pecho, de donde resbalan unas gotas de leche, que se lleva a la boca.

Ese gesto provoca un espasmo en mi vientre y lo miro con una advertencia, para que se frene. Puedo ir avanzando paso a paso, pero no voy a tirarme de cabeza.

—De acuerdo.

—¿Cómo? —me he dejado llevar por mis pensamientos y Oriol parece descolocado.

—Que de acuerdo, podemos hacer un intento —lo estoy diciendo y no me acabo de creer mis propias palabras - Creo.

—¿Crees? ¿No estás segura?

—¿Cómo voy a estarlo? Mira, vamos a probar algo. Nos acercaremos, hablaremos mucho, nos contaremos todo y veremos que ocurre. No voy a dar un salto al vacío, ni por ti ni por nadie.

—Tienes miedo.

—¡Claro que lo tengo! Siempre toco con los pies en el suelo ¿sabes? ¡Y tú me haces flotar, demasiado para mi gusto!

—¡Joder! ¡Es lo más bonito que me has dicho nunca! —se pone a reír y consigue que Sara vuelva a soltarse del pecho, distraída.

—¡Chssst! ¡Estás despistando a Sara y me tengo que ir a ensayar dentro de un rato!

Se queda a mi lado en silencio, hasta que Sara se queda dormida. Me dispongo a ir a mi cuarto a cambiarme, pero Oriol me coge de la mano y me arrastra hasta su habitación y cierra la puerta.

—Espera un momento, no pasa nada si llegas un poco tarde. Me gustaría que me contestaras a algo.

—¿A qué? —antes de hablar, se acerca hasta que nuestros cuerpos se tocan y parecen saltar chispas.

—¿Qué te ha hecho decidirte a intentarlo?

—Supongo que mi resistencia no es infinita. Me gustas, no solo ahora, sino desde hace mucho. Siempre me has atraído, pero nunca te he visto como una posible pareja. Creo que con nuestras discusiones, nos hemos boicoteado continuamente, el compromiso no entraba en tus planes, ni tú en los míos.

—Pero las cosas cambian, Adele. No somos inamovibles, evolucionamos, podemos volvernos peores o mejores. Solo dame una oportunidad para demostrarte que no soy ese niño grande del que siempre me acusas.

—De acuerdo —por fin le sonrío y me entran unas ganas locas de quitarle la ropa, pero me freno interiormente. Si convertimos esto solo en sexo, no vamos a avanzar. Aunque no niego que sea una parte importante.

—Solo un beso más antes de que te vayas —me lo dice con esa cara de canalla, que parece ensayada delante del espejo y que me puede.

Nos besamos de nuevo, esta vez de forma lenta, suave y minuciosa, poniendo los cinco sentidos, hasta que mi corazón parece al borde de una taquicardia. Oímos la puerta de entrada y nos separamos con las respiraciones

aceleradas. Veo un gesto de dolor en el rostro de Oriol, que se lleva el brazo a las costillas.

—Ya están aquí mis padres.

—Sí, estamos destinados a no estar solos ni un segundo —su expresión resultaría cómica, sino fuera por el dolor.

—Te voy a proponer algo —me mira interesado —nos quedan solo un par de días en Londres. Estoy pensando, que ya que estoy bastante agotada y tú necesitas descansar unos días más, podríamos ir a pasar una semana a Snowhill, a la casa que mis padres tienen allí. Nosotros tres, tú, yo y Sara.

—¿Seguro? Yo debería empezar a trabajar, ya sé que tu eres la jefa, pero...

—¡Deja de llamarme jefa! Recuerda que estás de baja. Y yo de baja maternal. O sea que podemos aprovechar y tener unos días en el lugar más tranquilo que puedas imaginar.

—¡Perfecto! ¡Pues nos vamos a Snowhill!

—Mañana llamaré a Xenia y Evelyn, para mantenerlas informadas y que sepan que no nos verán hasta dentro de una semana más.

Abrimos la puerta y salgo de la habitación, para encontrarme a mi madre a cuatro pasos, disimulando como si sacara el polvo. ¡Qué mala actriz es! Ni siquiera se ha quitado el bolso, que aún lleva colgando del hombro.

ORIOLO

La propuesta de Adele, me ha cogido por sorpresa, pero ha sido un regalo inesperado. Vamos a tener una semana entera para comportarnos como una familia, y en concreto, ella y yo, como una pareja de verdad. O eso espero, porque es muy posible que me haga dormir en otra habitación y quiera dedicarse solo a hablar y a exorcizar nuestros demonios. No es que no quiera hacerlo, me interesa de verdad conseguir algo importante de este experimento y cada hora que pasa, veo más los próximos días, como un examen a mi persona, una prueba a superar y, hasta empiezo a pensar, en qué nota me va a poner.

Porque Adele es así; metódica, práctica, previsora, realista e incluso algo calculadora. Pero estoy seguro de que no muestra una parte de ella, que intentaré hacer florecer. La he oído cantar y en esos momentos, es cuando saca algo de dentro, que la convierte en otra mujer. No deja de ser ella, pero es mejor, más completa. Porque consigue mostrar algo con la música, que esconde el resto del tiempo: su pasión.

La he visto dejarse llevar y confesar a través de la letra de una canción, lo que el silencio encubre cuando calla. La magia de la música la arrastra, aunque ella no es consciente de lo que revela, eso que a mí, me seduce sin remedio.

Intento prepararme mentalmente, para aprobar con nota, incluso para conseguir la más alta. Las cosas nunca son fáciles con Adele, lo sé de buena tinta. Al fin y al cabo, eso siempre me ha atraído de ella, nunca caes en el aburrimiento, te reta constantemente, hasta sacarte de quicio. Pero en una relación personal, eso puede ser un constante estímulo y quiero probarlo, a riesgo de salir escaldado.

Hoy, el grupo tiene su última actuación en el pub Barfly, toda una institución en el panorama del rock londinense. Por ese escenario han pasado nada menos que Coldplay, Oasis o Muse, lo que lo convierte en un bar mítico, desde que se inauguró a principio de los años 90. Una vez al año y durante una semana, se dedican a la competición y hacen un concurso de bandas de rock, con varias actuaciones cada noche.

Me ha comentado Arnau, que al enterarse de que el cantante original no

podría asistir y había sido sustituido por Adele, estuvieron a punto de cancelar la actuación, pero les enseñaron algunos videos con ella cantando y enseguida cambiaron de opinión.

Como me encuentro mucho mejor y mis costillas ya no molestan tanto, he pensado ir a la actuación de esta noche, puedo estar sentado si llego pronto y me hace mucha ilusión despedirme de Londres, viendo a Adele en el escenario, junto a mis mejores amigos.

—Adiós Oriol, me voy al último ensayo —Adele se acerca, vestida para matar, o al menos, eso me parece a mí.

En realidad lleva unos vaqueros deshilachados, muy ajustados y una camiseta minúscula de tirantes, con una especie de estampado brillante. Su corta melena de color platino está perfectamente despeinada y un solo pendiente largo y plateado luce en su oreja derecha. En seguida me atraen sus labios, pintados de un rojo brillante, que contrastan con el azul cristalino de sus ojos. La comparo con la trajeada Adele del trabajo y casi detecto una doble personalidad, no pueden ser más opuestas.

—Adiós, preciosa. No sabes cuánto te agradezco todo lo que has hecho estos días, sé el cansancio que arrastras y el esfuerzo que ha supuesto para ti.

—No olvides que lo he hecho para ayudarte, ya me lo cobraré —me guiña un ojo sonriente, está muy tolerante conmigo.

—Me alegro de la semana que nos espera, al menos podrás descansar.

—Eso espero, mi intención es dormir mucho —cuando ve que sonrío, añade— Sola. Deséame suerte —se acerca y me da un rápido beso en los labios, pero antes de que se aparte, la agarro por la nuca para volver a acercarla.

—¡No tan rápido! Me ha de durar toda la noche —me acerco y la beso a conciencia, sin que se queje.

Nos sonreímos y en mi interior me doy cuenta de que parecemos otros. A lo mejor hemos empezado a hacer las cosas bien.

No le he dicho que iré esta noche al pub, quiero que sea una sorpresa.

Acaba de salir de casa y estoy en la cocina haciéndome un sándwich, hoy no voy a cenar con sus padres, ya les he avisado de que saldré esta noche.

Su madre entra con Sara en brazos y se planta a mi lado.

—Oriol ¿Estás seguro de que estás bien para salir esta noche?

—No se preocupe, estoy mucho mejor; además, es en un pub cerca de aquí y voy a estar sentado en una de las mesas que hay en los laterales.

—Bueno, tú sabrás. Ya me ha dicho Adele, que vais a pasar unos días en

Snowhill, vosotros solos; bueno y con la niña.

—Si —no sé que más decirle, parece que espera algo más que mi escueta respuesta.

—Oye, no creas que quiero meterme dónde no me llaman —esa frase me pone en alerta, normalmente supone que alguien se va a meter, justamente dónde no le llaman —pero conozco a mi hija y estoy segura que está enamorada de ti.

Eso sí despierta mi interés y me provoca un vuelco en el estómago. Me la quedo mirando sin hablar, a la espera de más información.

—Sobre lo que tú sientes, no estoy segura, aunque veo cómo la miras cuando no se da cuenta. Adele es muy especial, le cuesta ser cariñosa, no es muy dada a expresar sus sentimientos, pero cuando se decide y lo tiene claro, lo da todo y lucha como una leona por lo que quiere. No la decepciones, por favor.

—Intentaré no hacerlo, Nancy, ya la he decepcionado lo suficiente para varias vidas. Lo que intento hacer ahora, es arreglarlo y que confíe en mí. La quiero y mi pretensión es seguir con ella. Siempre.

—Siempre es mucho tiempo, no te pongas retos a tan largo plazo, creo que es un buen consejo. Haz un nuevo intento cada día y no te rindas con ella, le cuesta confiar, pero si lo consigues, no encontrarás a nadie más leal.

—Seguiré tus consejos —entonces pienso en que es su madre y no acabo de entenderla— ¿Por qué me dices todo esto? No me he portado muy bien ni con ella ni con Sara, desde que se quedó embarazada.

—Te he visto con tu hija y estoy segura de que la quieres con toda el alma. Deseo lo mejor para mi hija y mi nieta. La niña ya está prendada de ti, te sigue con la vista en cuanto apareces. Y mi hija, tres cuartos de lo mismo. Si conseguís entenderos, podéis ser buenos el uno para el otro, haceros felices. Te contaré algo... el primer novio de Adele, del que estaba muy enamorada, después de dos años juntos, la engañó con otra y le costó mucho superarlo. Eso la volvió tan desconfiada con los hombres... perdona, creo que ya he hablado demasiado, parece que al final sí que me he metido dónde no me llaman. Si me oyera Adele ahora mismo, me mataría.

—No te preocupes, me has ayudado a entender mejor a tu hija —le sonrío agradecido, es una buena mujer —y nuestra conversación será un secreto.

Así que a Adele, la engañó su primera pareja. Las primeras relaciones marcan mucho y a mí, justamente me pasó lo mismo. Mi primera experiencia en serio, solo duró unos meses, aunque estaba realmente enamorado, como

solo se puede estar a los dieciséis años, con las emociones a flor de piel, casi sin comer ni dormir, pendiente día y noche de esa chica especial que me había robado el corazón. ¡Pobre idiota! Aquella chica algo mayor que yo, solo estaba pasando el rato conmigo y yo, inocente y estúpido, me enteré por mis amigos, de que se tiraba a medio instituto. Adele se volvió desconfiada con los hombres y yo un capullo con las mujeres, repitiendo el patrón de lo que había experimentado, pero en sentido inverso. Aunque a mi favor, he de decir que nunca he mentado a nadie, siempre he ido con la verdad por delante, para no llevar a ninguna mujer a engaño, solo a mi cama y de mutuo acuerdo.

Me cambio de ropa, paso un rato con Sara y le doy un biberón, se queda dormida en seguida en brazos de Nancy, que la deja en su cuna.

El padre de Adele, más serio e introvertido que su mujer, está en el sofá mirando un partido de fútbol y al verme salir, solo hace un gesto de despedida sin palabras. Este hombre va a ser más complicado de conquistar. Iremos paso a paso, de momento bastante tengo con mi mujer. Eso ha sonado bien y salgo sonriendo. Cojo un taxi y de camino al pub, pienso en Xenia y que hace muchos días que no hablo ni con ella, ni con Biel.

Le escribo un whatsapp, para preguntarle si le va bien que la llame ahora, no quiero interrumpir nada importante.

Enseguida me llama ella.

—¡Oriol! ¡Cuántos días sin saber de ti! ¿Cómo estás, cielo?

—¡Hola Panocha! Ahora mejor, ya te explicó Adele lo de la paliza y seguro que también lo de las drogas ¿no?

—Si, lo sé todo. No te he llamado antes, porque Adele me dijo que te recuperabas bien y que estabas conectando de maravilla con Sara. No quería estropearlo con la bronca del siglo. ¡No te vas a librar, que lo sepas! pero la tendrás cara a cara cuando vuelvas. ¡Es una promesa, cretino!

—Si crees que me afectan tus insultos, estás muy equivocada, hoy estoy bastante contento. ¿Has hablado con Adele hoy?

—No, solo me ha enviado un mensaje, para decirme que mañana me llamaría para explicarme algo. La verdad es que me ha dejado intrigada.

—Bueno, te puedo dar un adelanto.

—¡Venga! ¡No te hagas de rogar! ¿Qué pasa?

—Nos vamos una semana a Snowhill, los tres solos.

—¿Eso significa lo que creo? —no acabo de discernir si está más sorprendida o contenta— ¿Estáis juntos?

—Digamos que vamos a hacer un intento. Yo quiero estar con ella y

parece que he conseguido que ceda, al menos por el momento.

—¿Y a ti que virus te han contagiado en Londres? ¿Estás seguro, Oriol? No te lo tomes a mal, pero te has pasado la vida saltando de una cama a otra, mientras te peleabas con ella día sí y día también. ¿Es suficiente lo que sientes?

—Xenia, precisamente porque me conoces, sabes que no podría lanzarme, si no me hubiera enamorado de ella. La quiero, como para atarme toda la vida; ¿sabes que es lo mejor? que no siento que sea ninguna atadura. Esta vez he descubierto, que puedo amar y sentirme libre, quiero estar con ella a pesar de conocer sus defectos y espero que pueda sentir lo mismo, porque la necesito en mi vida. A ella y a mi hija. Te aseguro que el sexo ha pasado a segundo plano, por ahora. Al menos hasta que me deje practicarle con ella.

—¡No sabes cuánto me alegro de que estéis juntos! Sin sexo no vais a estar mucho tiempo, si conozco a Adele... ¡uy! Ahora estoy hablando demasiado.

—¿Qué sabes tú que yo no sé? —silencio— ¿Xeniaaaa? ¡Venga, suéltalo!

—No es nada, una tontería...

—¿Sigo siendo tu mejor amigo?

—Claro, ya lo sabes, pero Adele también lo es.

—Sabes que mis labios están sellados, me conoces.

—Pero te voy a dar una ventaja, que no sé si te mereces...

—¡Por favor! ¡Tu mejor amigo está en la cuerda floja ahora mismo! ¡Échame un cable! —ya empiezo a estar un poco desesperado —dime lo que quieras a cambio, lo que sea.

—¡No quiero nada! Solo es una tontería. Pero es información confidencial ¿vale?

—Vale, te juro que no diré nada.

—¡Más te vale!... a ver, la noche que pasasteis juntos... por cierto, no sé si ha habido más...

—No, no ha habido más. De momento la información solo fluye en una dirección, acelera, que estoy llegando al pub para ver cantar a Adele.

—¡Vale, vale! Ella te dijo que no recordaba casi nada y que no había sido memorable.

—Si —esto empieza a interesarme —sigue.

—Bueno, ya sabes que nos lo explicamos casi todo. Me confesó que lo recordaba absolutamente todo y que fue la mejor noche de sexo que pasó en su vida. Y me dijo... ¡no voy a decir nada más! ¡si se entera me mata!

—¿Qué más te dijo?

—¡Qué eras una máquina! No sé más, porque a partir de ahí, le dije que no quería más información, ni podía imaginarte, ¡eres como mi hermano!

Suelto una carcajada, no puedo parar de reír. Sencillamente es genial que nos haya ocurrido lo mismo. Ella lo recuerda todo y yo también. Ambos quisimos engañarnos, para no aceptar que aquello fue especial, único.

—Gracias Xenia, te quiero mucho. Dile a Biel que le llamo mañana, que ya estoy saliendo del taxi.

—No te preocupes, yo le explico, creo que ni se ha enterado de que has llamado, está encerrado en el estudio enfrascado con su nuevo libro.

—Vale, un beso muy grande y gracias por la información. La utilizaré solo para beneficio mutuo, pero no saldrá una palabra de mi boca.

—Dale un beso muy grande a Adele de nuestra parte y sobre todo a mi sobrina preferida. ¡Tengo muchísimas ganas de verla!

Cuelgo y antes de entrar al local, le envío a Xenia por el móvil una foto de Sara que le he sacado esta mañana en la que está preciosa y sonriente.

Me contesta enseguida: “Tengo la sobrina más guapa del mundo mundial, llénala de besos de mi parte. Te quiero”.

ADELE

¡Por fin, la última actuación! Si de algo me ha servido esta semana, en referencia a la música, es para certificar, sin ninguna duda, que me encanta cantar, pero que en la vida me dedicaría en serio a esto. Es agotador; ensayos, presión, horarios imposibles, falta de horas de sueño, malas comidas a deshoras... si, las horas en el escenario son especiales y si todo sale bien, muy gratificantes. No niego que los aplausos, tienen un sabor adictivo, que las sonrisas de la gente y las felicitaciones, engordan el ego sin medida y que podría ser fácil caer en la nube de la adulación y dejarse llevar. Pero soy demasiado madura para hacerlo ahora, mis prioridades han cambiado mucho. Aunque ha sido una experiencia singular y enriquecedora, creo ha tenido el beneficio añadido, de hacerme entender mejor a Oriol.

Nos falta poco para salir y veo llegar a Eike. Este tío no me gusta. Aparte de que fue él quien empezó a pasarle drogas a Oriol, tiene una manera de mirarme, que me resulta bastante ofensiva. No le he dicho nada a Oriol, por no echar más leña al fuego, creo que ya le tiene bastante manía. Arnau me comentó ayer, que no piensan volver a trabajar para él; entre el porcentaje excesivo que se lleva de sus actuaciones y su carácter agresivo, que esconde sin conseguirlo del todo, el grupo se ha puesto de acuerdo en dejar la relación a partir de ya. Tiene un aire taimado, de doble cara, de embustero que consigue lo que quiere a base de chantajes y presiones, bajo mano, nunca de cara. Si eres mínimamente observador, en seguida detectas algo oscuro, tras su sonrisa de anuncio, poco creíble y ensayada.

Al llegar a mi lado, me rodea los hombros y se acerca a mi oído.

—Bueno preciosa, última actuación. Aunque espero que podamos colaborar en el futuro.

—Eso no va a ser posible —aparto su brazo sin inmutarme —como sabes, tengo un bebé de poco más de tres meses y me necesita a horario completo.

—Eso solo será solo un tiempo, después ¡puedo lanzarte al estrellato! El grupo no está mal, pero tú eres lo mejor, le das cincuenta vueltas a Oriol —me vuelve a tocar el brazo con sus manazas y un rechazo visceral me hace apartarme.

—Ya te he dicho que no me interesa —no puedo ponerle más hielo a mi respuesta —no necesito otro trabajo, tengo una empresa propia y me va muy bien.

—Ya veremos...

Me aparto cabreada y me acerco a los chicos. Arnau me mira levantando las cejas.

—¿Qué pasa? —me susurra —hacías cara de querer matarlo.

—No me gusta, me produce urticaria tenerlo cerca —como estoy de espaldas a Eike, le hago a Arnau una cara de asco profundo, sacando la lengua y suelta una carcajada —aprovecha cualquier circunstancia para ponerme las manos encima.

—No te preocupes, estamos todos pendientes. Nuria y Laia, también nos han comentado varias veces que les da grima y al principio se les acercaba demasiado, pero Nico y David no le quitan el ojo de encima cuando ellas están cerca.

—Gracias Arnau —miro la hora —solo faltan diez minutos.

Cuando salimos al escenario, el local ya está lleno de gente y hago un repaso visual. Gente joven con ganas de bailar y pasarlo bien, algunos sentados en las mesas de los laterales, la mayoría en pie con sus copas en las manos y las voces que descienden su volumen al vernos aparecer. Bajan las luces y los chicos prueban los instrumentos, mientras yo cojo el micrófono. Al desviar mi vista hacia la derecha, he de fijarla de nuevo, al descubrir a Oriol, sentado en la mesa más cercana al escenario. Levanta una mano para saludarme, sonrío y me guiña un ojo. Le respondo de la misma manera y al momento, paso de estar tranquila y relajada a sentir acelerado mi corazón y un hormigueo en todo el cuerpo. Quiero que se sienta orgulloso de mí.

Empezamos con las primeras canciones, movidas y bailables y una euforia desatada se apodera de mí, como no lo había hecho estos días. Me sumerjo en la música y mi voz parece más potente, más rasgada y en las notas altas, consigo llegar a una frecuencia casi inalcanzable, que se transforma a un color oscuro al llegar los graves.

Lo estoy dando todo, oscilando entre la despedida de esta semana loca y la ilusión que me ha hecho encontrar a Oriol sentado en esa mesa.

Ahora toca una lenta, una de mis preferidas. La compuso Oriol hace años y la he cantado mil veces en la intimidad. Me ha dado una sorpresa viniendo aquí, pero yo le voy a dar otra. Respiro hondo y me aparto el sudor de la frente. Les hago una señal a los chicos, para que esperen un segundo antes de

empezar a tocar y doy un par de pasos hacia adelante, con el micrófono en la mano.

—¡Buenas noches a todos! —se oyen algunos aplausos —hoy es el último día de nuestras actuaciones en Londres y cómo muchos de vosotros sabéis, el cantante del grupo no ha podido actuar esta semana por un problema de salud. Pero ya está mucho mejor y se encuentra aquí ahora mismo, por lo que voy a pedirle si quiere cantar la última canción conmigo.

Le señalo y se levanta mientras el público lo busca con la mirada y lo aplauden mientras corean “que cante”. Se dirige al escenario y sube por una escalera lateral, hasta llegar a mi lado. Nos traen dos sillas altas, supongo que los chicos las han pedido y Nico le pasa su propia guitarra.

Me mira a los ojos con una complicidad que parece estarme atravesando y sé que recordaré este momento para siempre.

—Gracias —me susurra al oído —es la primera vez que cantamos juntos y no será la última.

Nunca hemos ensayado juntos una canción, pero desde la primera nota, nuestras voces se complementan y se acoplan de forma perfecta. La letra es conmovedora y la música llega allí donde las emociones se inflaman, a la vez que las voces se completan una a la otra, a una octava de diferencia, para acabar siendo una sola voz en el estribillo.

La guitarra nos acompaña y nuestros ojos no se separan ni un momento, nos estamos hablando en otro idioma, ese que no requiere palabras, ese que se traduce en complicidad, el que tejen el entendimiento y la entrega, el que frecuenta el amor.

Acabamos la canción alargando la última nota, mientras nuestros rostros se acercan irremediamente y nos besamos cerrando un momento único. Creo que hemos dado un poco más de espectáculo del que pretendíamos, pero ha valido la pena. Se oyen aplausos y algunos silbidos y Xavi hace un redoble de batería, que separa al fin nuestros labios. Nos levantamos y saludamos al público, antes de desaparecer tras las cortinas del fondo.

—Ven aquí —Oriol me abraza y me habla al oído —si conseguimos alguna vez, que nuestras vidas se complementen como nuestras voces, seremos las personas más felices del planeta.

—¡No aspiro a tanto! —lo beso de nuevo sonriendo y me aparto —estoy sudando Oriol, voy un momento al baño y ahora vuelvo.

—Vale, te espero abajo, en la mesa dónde estaba antes.

Me alejo en dirección a los baños y antes de llegar, escucho unos pasos a

mi espalda, que se aceleran para alcanzarme. Miro a mi espalda y el tengo a Eike a un par de metros. Su expresión de lascivia, me tensa y aprieto el paso.

ORIOLO

Observo pensativo a Adele mientras se aleja. Lo vamos a conseguir. Lo que le he dicho es cierto; hemos de lograr en nuestras vidas, la magia que tenemos con la música. Empiezo a caminar hacia la mesa, pero cambio de idea, voy a esperarla a la salida de los baños e intentar que nos vayamos a algún otro lugar donde poder estar solos.

Tal como me acerco al pasillo donde se encuentran los lavabos, veo a Eike que acelera el paso, como si tuviera prisa y al fijarme, observo que Adele está justo delante. Veo cómo la coge de un brazo y la hace girar con fuerza, empujándola contra la pared y de pronto lo veo todo rojo y me entran ganas de matarlo. Se cruzan un par de personas por delante de mí, que me impiden la visión y los aparto justo a tiempo de ver como Eike intenta besar a Adele, mientras la tiene cogida por los brazos unidos en alto contra la pared, con una mano y la otra en su pecho y oigo un grito ahogado. Salgo disparado y cogiéndolo del cuello de la camiseta tiro hacia atrás rasgándola por la espalda.

—¡Déjala! ¡Ni se te ocurra tocarla! —Eike se gira, con un labio inferior cubierto de sangre y se enfrenta a mí, dándome un empujón que me hace chocar con la espalda en la pared contraria del pasillo.

Sin pensar en mis costillas, ni en mis puntos recientes, vuelvo a acercarme y le incrusto mi puño derecho en la nariz. Se oye un crujido que me hace pensar que se la he roto y un alarido que me lo confirma. Por suerte, las personas que nos han visto se interponen entre los dos, intentando mantener la paz.

—¡Adele! ¿Estás bien? —casi no la veo, se ha llenado el pasillo de gente, que acarrean a Eike hacia la salida. Solo llego a escuchar “me las pagarás”, pero ahora mismo me da igual.

—¡Sí! ¡Oriol! —por fin desaparecen las personas que se habían acumulado en el pasillo y puedo abrazarla.

Apoya la cabeza sobre mi pecho y un sollozo la hace estremecer.

—¡Eh, cariño! No llores, ya ha pasado —le levanto la barbilla y me mira — ¿Qué ha ocurrido? Ese tío es escoria, nunca me ha caído bien, pero solo me faltaba ver esto.

—Iba hacia el lavabo y he notado que alguien me seguía. Cuando he visto que era él, me he asustado, pero me ha pillado antes de entrar —Adele va soltando hipidos y sus lágrimas siguen resbalando por sus mejillas.

—¿Había pasado antes, algo parecido? —solo de pensarlo me hierve la sangre— ¿Te ha estado acosando?

—No como ahora, solo se me insinuaba, pero nunca le he hecho caso, solo lo he tratado con mucha distancia.

—Si, ya sé cómo es eso, la reina de hielo —me río para distraerla —por suerte no lo tendrás que ver más, ni yo tampoco. No creo que me denuncie, creo que le he roto la nariz, pero te estaba agrediendo.

—Yo le he mordido la lengua, me la ha metido a la fuerza en la boca —se estremece al recordarlo— ¡Qué asco! ¡Necesito lavarme los dientes! ¡Y ducharme!

En ese momento llegan mis amigos alertados por el barullo que se ha formado.

—¿Qué ha pasado? Están diciendo por ahí, que le has partido la cara a Eike —Arnau y todos los demás, nos rodean preocupados.

—Se estaba propasando con Adele, la ha cogido a la fuerza y la estaba besando y manoseándola —Adele sigue con el rostro hundido en mi pecho.

—¡Ese tío es un mierda! ¡No quiero volver a verlo en mi vida! —Arnau se cabrea —tiene algún negocio con mi padre, pero le voy a explicar esto y no creo que la broma le salga muy bien a ese cerdo.

—Nos vamos ahora, Adele está muy afectada —la aludida levanta la cabeza y nos mira a todos.

—Estoy afectada, hasta cierto punto, ¡frena el carro! Esto ha sido principalmente un ataque de asco, pero cómo vea a ese insecto antes de salir por esa puerta, se va a enterar de quién soy yo —se gira hacia mí —cariño ya sé que te gusta hacer el papel de héroe y de macho alfa, pero no hace falta, le he mordido la lengua a conciencia.

Al oírla, todos hacen unas caras de asco extremo y simulan arcadas, con lo que acabamos riendo.

—Estoy segura de que necesitará varios puntos. Solo me ha faltado incrustarle la rodilla en los huevos, pero si vuelvo a verlo, ese va a ser mi saludo.

—¡Esa es mi chica! —nos ha cogido la risa floja y no podemos parar de reír.

—¿Cómo estás tú? —me pregunta Adele cuando salimos a la calle— ¿A

llegado a pegarte?

—No, solo me ha empujado contra la pared, estoy bien. Solo tengo los nudillos algo magullados.

—Vámonos de aquí.

Conseguimos coger un taxi, el cansancio nos vence y volvemos a casa de los padres de Adele, con sus manos entre las mías y su cabeza apoyada en mi hombro. Y a pesar de todo, me siento bien. Exceptuando la última parte, la noche ha sido preciosa, la canción compartida con Adele, lo mejor que he vivido en mucho tiempo. Y es que me llena estar con ella; el vacío de las últimas semanas que me estaba corroyendo por dentro, que me estaba llevando a una espiral de autodestrucción, desaparece cuando estoy a su lado. Si, hoy, a pesar de todo, estoy feliz.

PARTE SEXTA —SNOWSHILL, MI REFUGIO

ORIOLO

Esta mañana nos hemos despedido del grupo y de la familia de Adele y ya estamos llegando a Snowhill, en el coche que nos han dejado sus padres. Arnau me ha llamado más tarde, para decirme que han cobrado lo que faltaba por las actuaciones y que han hablado con Eike por teléfono. La nariz rota es un hecho, aunque parece haber recapacitado y dice que no quiere saber nada más de nosotros, ni de la “zorra” de Adele. Eso no pienso repetírselo a ella, ni en broma, no sea que mate al mensajero.

El trayecto desde Londres en coche, es de casi tres horas, ya que Adele ha decidido hacer el viaje como una ruta turística por la campiña inglesa y hemos pasado por unos cuantos pueblos, que podrían perfectamente servir de portadas de cuentos de hadas.

Esta zona está repleta de colinas de baja altura y salpicada de casas e iglesias, construidas con una roca característica de aquí, que tiene un tono amarillento. Los pequeños pueblos tienen un encanto conservado a lo largo de siglos y se pueden apreciar a su alrededor, todas las tonalidades de verde posibles.

Sara lleva dormida casi todo el viaje y Adele me va explicando curiosidades de cada pueblo por el que pasamos.

—¿Te conoces todos los pueblos de la zona?

—Yo diría que sí, en todos los años que he vivido en Londres, he hecho este trayecto cientos de veces. Piensa que en la casa de Snowhill, vivieron mis abuelos y bisabuelos. Solo mis padres se trasladaron a Londres y se quedaron la casa para el verano y muchos fines de semana.

—La verdad es que esta zona es una maravilla, no dejarías nunca de hacer fotos.

—¡Pregúntale a Xenia! Las veces que ha venido aquí conmigo, se ha vuelto loca con sus cámaras. No han sido muchas, pero al menos ha venido tres veces y no dábamos dos pasos sin que parara para enfocar algún paraje especial.

—Las vistas son muy relajantes —realmente me doy cuenta de cuánto

necesito esto después de tanto exceso de adrenalina.

—Esta zona está llena de parajes que reconocerías en muchas películas, incluso cerca de aquí, está el castillo de Titangel, donde vivió el mago Merlín, según cuenta la leyenda. Además, según se rumorea, su fantasma sigue rondando una cueva cercana, en la que nació el rey Arturo y dónde se formó por primera vez la famosa mesa redonda con sus caballeros.

—Entonces hemos de visitar el castillo y la cueva, no quiero perderme eso ¡Mira! —le señalo un enorme rebaño de ovejas y Adele se pone a reír.

—¡Pareces de ciudad! ¿eh? Alucinando con las ovejitas.

—Bueno, no te rías, no las veo cada día.

—Por aquí verás muchas, y vacas y caballos también. El pueblo que acabamos de pasar es Blockley, pronto llegaremos a Broadway y el próximo ya es Snowhill.

—¿Quieres parar a estirar las piernas antes de llegar?

—Mira, ya se ve Broadway a lo lejos, paramos allí.

Llegamos enseguida y al parar el coche, Sara se despierta. Adele le cambia el pañal en el asiento de atrás, le da el pecho y saca una mochila para colocársela sobre los hombros y pasear con ella a cuestas.

—¿Puedo llevar a la peque? Nunca la he llevado colgada en mi pecho y quiero probar que tal se me da.

—¡Claro! Ven que te pongo el portabebés, aunque te aviso que pronto probarás también los placeres de cambiarle el pañal, que según tengo entendido, mi madre te ha salvado estos días de hacerlo —meto los brazos y Adele ajusta las correas a mi cuerpo y metemos a Sara dentro, que queda colocada de cara a mí y me mira sonriente.

Paseamos por las calles, que más bien son caminos y en poco más de veinte minutos, creo que lo hemos visto todo.

—¡Este pueblo es diminuto! —Adele ríe a carcajadas al oírme.

—¡Si este pueblo te parece pequeño, espera a ver Snowhill! ¡Es minúsculo!

—Me parece perfecto, así estaremos realmente en paz.

En la pequeña plaza, hay una casa del té y nos sentamos en el exterior a tomar un típico té inglés, aunque no son las cinco, sino la una del mediodía. Acabamos comprando unos bocadillos, que nos comemos sentados en un área de césped, bajo la sombra de unos árboles. Adele extiende un gran pañuelo en el suelo y deja a Sara boca abajo, que no deja de intentar levantar más y más la cabeza, hasta que rueda hacia un lado y protesta enfadada, lo que nos hace

sonreír. Adele termina su comida y se estira boca arriba con Sara sobre su pecho, hasta que se vuelve a quedar dormida. Me estiro a su lado y la miro apoyando un codo en el suelo e inclinándome sobre ella.

—Eres preciosa —me mira y levanta una ceja.

—Hay muchas mujeres preciosas, eso es algo que sabes muy bien. Aparte de no ser ningún mérito, la genética hace su trabajo y punto.

—¡Eres dura de pelar! Los halagos no sirven contigo para nada.

—No son precisamente lo que más me motiva.

—Es cierto, a ti te motivan los retos ¿no?

—Sí, pero no cualquier reto, ha de ser algo que me estimule lo suficiente —me contesta mientras acaricia la espalda de Sara.

—¿Puedo proponerte uno? —se me está ocurriendo una idea sobre la marcha, a pesar de que puede ser una tontería.

—¡Claro! ¿Qué se te ha ocurrido?

—A ver... será un reto para los dos. Vamos a intentar conseguir... no tener ni una sola pelea durante esta semana.

—¡Qué flojo! Eso es muy fácil, recuerda que dos no se pelean si uno no quiere.

—Connmigo nunca has tenido mucho aguante, siempre he conseguido pincharte hasta hacerte saltar.

—Lo mismo que he hecho yo contigo ¿no? ¿Cuántas discusiones habremos tenido tú y yo durante estos años?

—Soy incapaz de saberlo —la verdad es que por lejos que empuje a la memoria, no consigo recordar cuándo empezó nuestro antagonismo.

—Pues por esa razón, yo creo que el reto debería ser otro, igualmente para los dos; descubrir porque siempre hemos chocado de frente y conseguir limar asperezas para lograr llevarnos bien. Qué conste que no es fácil.

—De acuerdo, acepto. A cambio de algo.

—¿De qué? —me mira con desconfianza, frunciendo el ceño.

—Voy a intentar que esto que acaba de nacer entre nosotros, crezca y estoy de acuerdo en hablar de todo. Pero algo me está martirizando continuamente y necesito saber qué posibilidades tengo de conseguirlo.

—Tú dirás —intenta mantenerse seria, pero no lo consigue del todo.

—Me estoy volviendo loco, recordando a cada momento aquella noche maravillosa que pasamos juntos, dame al menos la esperanza de que podremos repetirla pronto —le hablo al oído y beso su cuello, en un intento de seducción, para conseguir lo que quiero.

—Oriol... no es que no lo desee, pero para ganarte mi confianza, has de dejar pasar un poco de tiempo. Los cambios no se consiguen de un día para otro...yo también recuerdo aquella noche.

Ese comentario me trae a la mente, las palabras de Xenia, sobre su conversación con Adele y decido martirizarla un poco.

—Creía que casi no recordabas esa noche, debido al alcohol, al menos eso me dijiste. Aparte de machacar mi ego, por no haber sido nada memorable —me llevo una mano al pecho con un gesto de dolor fingido.

—Tu ego no necesita de mis halagos, ya está lo suficientemente envanecido. Aunque confieso que lo recuerdo todo —baja la mirada, como queriendo esconder sus recuerdos— Te mentí.

—¿En todo? —me vuelvo a acercar y beso sus labios y me aparto enseguida, provocándola.

—En todo. No voy a mentirte más y espero lo mismo de ti. Esa noche fue maravillosa y especial para mí, aunque tardé en calificarla así. La incredulidad de haberlo hecho era superior a todo, no podía asimilarlo, así como así. Cuando amanecí a tu lado el día siguiente, me quería morir.

—Sí, eso nos pasó a los dos. Yo también recuerdo todo, tu piel desnuda, tus besos, tus piernas a mi alrededor, tu boca dibujando senderos por mi cuerpo, mis manos en tus pechos, mi boca subiendo por tus piernas...

—¡Basta, Oriol! —se ha puesto colorada y detecto el deseo en sus labios entreabiertos —si tu intención es ponerme cachonda y que caiga cuanto antes mejor, estás consiguiendo solo la primera parte. No nos vamos a acostar, de momento.

—De acuerdo, no de momento, pero al menos podemos besarnos ¿no? —me acerco a ella y pego mis labios a los suyos.

Su reacción es inmediata, abre su boca y nuestras lenguas se encuentran y se buscan, parece que no tenemos suficiente... y Sara se despierta con un gemido.

—¡Salvada por la campana! —Adele sonrío y me guiña un ojo.

Después de otro paseo y de comprar comida para, al menos los primeros dos días, cogemos el coche hasta llegar a Snowhill, donde descubro lo que es realmente un pueblo muy pequeño, pero que podría ser el escenario de un cuento infantil. Puedo imaginarme por estos parajes, hadas, gnomos y duendes, escondidos tras los árboles. Las casas con tejados puntiagudos, rodeadas de verde, con árboles cercanos y un terreno inmenso de lavanda, que crece en unas hileras interminables y que perfuma todo el pueblo agradablemente y se

asemeja a un mar de color lila, ondulado por el viento.

La belleza del lugar me hace quedarme inmóvil mirando el paisaje y respirando hondo.

—¡Oriol! ¿Entramos en la casa?

—Sí, perdona. Estaba pensando que tengo la sensación de estar visitando otro mundo, uno ficticio, de película o de cuento. Parece que esté soñando.

—No te dejes engañar por las apariencias. Aquí las personas que viven todo el año, tienen una vida de trabajo como la de cualquiera. Ahora hay más gente por el turismo del verano, pero nadie se queda en el pueblo más de una semana, pronto necesitan más estímulos que el aire puro y el olor de lavanda.

Entonces me fijo bien en la casa y me parece totalmente acorde con el paisaje. Está al lado de otra muy parecida. Me recuerdan a la casita de chocolate de Hansel y Gretel. A pesar de ser muy antigua, conserva una fuerza y un encanto, que la convierten en un verdadero hogar. Hay un pequeño camino de entrada hecho de piedra, con tres escalones y unos pequeños muros a ambos lados, que en su parte superior se convierten en enormes jardineras, llenas de plantas y flores.

—La casa de al lado, es la de los padres de Evelyn. Ellos viven aquí, nos instalamos y vamos a saludarlos ¿te parece?

—Claro, no hay problema.

Adele abre la puerta principal, tras atravesar un porche de madera precioso, donde hay una mesa y un banco anclados al suelo y accedemos a una recepción espaciosa con un gran espejo antiguo en la pared, que da paso a un gran salón, con vigas de madera, grandes ventanales que le dan mucha luminosidad en cuanto abrimos las ventanas y apartamos las cortinas.

—Las paredes y el suelo son de piedra, en invierno siempre tenemos puestas gruesas alfombras, pero como ahora aún hace calor, aquí estaremos frescos —Adele me enseña también la cocina, que no desentona con el aire antiguo de la casa y que tiene pinta de ser un lugar de reunión familiar, tanto por su tamaño, como por el ambiente hogareño.

—Esa escalera da a las tres habitaciones, hay dos dobles, una de ellas con baño y otra más pequeña. Me quedo la del baño, me es más cómodo con Sara y tú escoge cualquiera de las otras dos.

Le hago un mohín, pero su mirada lo dice todo. Nada de compartir habitación. De momento. Veremos si soy capaz de conseguir con ella, lo que siempre me ha resultado tan fácil con otras.

—En la parte trasera tenemos un jardín, con un par de árboles y muchas

plantas y también un patio con una mesa dónde podemos cenar esta noche. Ahora se está bien en el exterior.

Subimos a las habitaciones y Adele me enseña su habitación. Ya tiene una cuna al lado de la cama, también antigua.

—Esta cuna era mía. Mi madre nunca quiso darla ni tirarla y ahora me irá bien cuando venga aquí. ¿Qué habitación quieres?

—La que esté más cerca de ti —me acerco y la beso antes de que le dé tiempo a retirarse.

ADELE

Nos acabamos de instalar y también hemos ido a saludar a los padres de Evelyn. Son una gente encantadora, no han parado de agradecerme que su hija esté ahora viviendo conmigo y que le haya dado trabajo. Estaban muy preocupados, viendo cómo caía en una depresión y ya no sabían que hacer por ella. Les ha extrañado verme aparecer con Oriol, pero no han hecho preguntas, aunque no descarto, que en cuanto hemos salido de su casa, hayan llamado a mi madre para informarse. Se han entusiasmado al ver a Sara, y mi bailarina ha hecho todas las gracias que puede hacer a su corta edad; sonreír y hacer gorgoritos.

Oriol me está volviendo un poco majareta. Se acerca, me tienta, me besa, me provoca. Su olor me va enloqueciendo poco a poco, sus tenues caricias disimuladas, que para unos ojos ajenos, pasarían por simples roces, son para mí corrientes eléctricas que me aceleran la respiración. No sé cómo van a evolucionar las cosas entre nosotros, pero cada vez tengo más claro que mi resistencia no es infinita.

Lo que más está calando en mí, es verlo con su hija. El cambio desde que nació es tan grande, que me deja hipnotizada cuando los veo juntos, cuando me revela el amor que le tiene y que antes parecía indiferencia, como ha pasado de huir a rendirse, del abandono a la entrega. No niego que me entusiasme advertir esa metamorfosis, el antes y el después de una relación destinada al amor. Pero no puedo conciliar al Oriol que conozco de toda la vida con este nuevo hombre, que se me presenta con la misma cara y otras prioridades; porque no puedo saber si durarán, si realmente es un cambio o una etapa, si solo es la reacción posterior a haber caído en un pozo. Necesito estabilidad y no puedo adivinar hasta qué punto, él puede dárme la. Hemos de hablar largo y tendido y eso me ayudará a conocer mejor, lo que hay en su interior. Con el exterior ya estoy más que conforme.

Acabamos de cenar en el patio trasero y Sara se ha quedado dormida, espero que al menos dure unas cuantas horas, ya que hoy ha pasado despierta más tiempo del habitual.

—Oriol, me apetece darme una ducha ¿Te quedas a Sara en tu habitación mientras tanto? después la vengo a buscar.

—Claro, dámela.

Mientras me estoy duchando, oigo llorar a la pequeña, que no sé por qué razón se habrá despertado y al cabo de un momento, el sonido de la guitarra de Oriol y su voz cantando, me llega muy tenuemente. No sé si cantándole va a conseguir que vuelva a dormirse o la va a despejar del todo. Lo mejor será que haga lo que quiera y aprenda de sus propios errores, no me voy a meter en eso.

Me entretengo un buen rato en el baño y me pongo un pijama de verano. No oigo a Sara, pero me sigue llegando la música, que funciona conmigo como la flauta del cuento de Hamelin con los ratones. Me acerco casi de puntillas a la habitación de Oriol, que tiene la puerta entreabierta y la estampa que encuentro, me emociona al instante.

Oriol toca la guitarra muy suavemente y le canta a Sara, que ha dejado sobre la cama apoyada en los almohadones, de cara a él, y que no deja de mirarlo con los ojos entrecerrados, a punto de caer en el sueño, pero resistiéndose a él, para seguir oyendo esa preciosa música. Me apoyo en el marco de la puerta y entonces me fijo en la letra. Es una canción para nuestra pequeña bailarina. No tenía ni idea de que la había compuesto, es la primera vez que la oigo.

Duerme feliz, mi pequeña bailarina,

Un manto de estrellas, alumbra tus sueños,

Sonríe a la luna, ya te echo de menos

Danza con mi música, mi amor solo crece

Las notas que siento, te ofrezco, mi vida.

Mi niña dormida, con labios risueños,

Mi guitarra suena, te escolta en la noche,

Tu llanto se calma, los monstruos se esconden

La noche se duerme y pronuncia tu nombre

Y cuando despiertes, con un nuevo día,

Sonríe a la vida y haz nacer la mía.

Tuyo es mi corazón, mi pequeña bailarina.

Cuando Sara finalmente cae en los brazos de Morfeo, la canción acaba y las lágrimas resbalan por mis mejillas, me entran unas ganas locas de aplaudir, aunque me contengo para no despertarla. Oriol deja la guitarra apoyada en la pared, se acerca a Sara y la besa en la frente.

—Es una canción preciosa —Se gira y me mira de arriba abajo.

—No te había visto —me sonrío —la compuse uno de los primeros días que me quedé cuidando de ella y me di cuenta, de lo que me estaba perdiendo con mi actitud cobarde. Intentar alejarme para que no me cortara las alas, ha sido la estupidez más grande que he hecho, aunque no la única. La quiero, Adele. Más que a nada, puedes creerme.

—No tengo ninguna duda de eso. Serás un buen padre, ya lo verás. Aprenderemos poco a poco.

—Deberíamos aprender juntos.

—Queramos o no, nos vaya como nos vaya a nosotros, ella siempre será de los dos. Aprenderemos juntos o separados, pero lo haremos. Solo espero que los errores no sean muchos, o al menos, no demasiado importantes.

—Querer hacerlo bien ya suma muchos puntos ¿no crees?

—Estoy segura. Me la llevo a la cuna.

—Yo te la llevo, tranquila.

Nos dirigimos a mi habitación, donde he dejado encendida una pequeña lámpara, que deja la estancia en penumbra. Oriol coloca a Sara en su cuna y los dos nos quedamos mirándola, mientras me pasa un brazo sobre los hombros y me acerca a su cuerpo. Me besa en la sien, de una forma muy cariñosa, tierna.

—Cada vez que la miro, tengo la certeza de que todo va a salir bien —me susurra al oído —ella es cómo un milagro, parece que ha venido para unirnos, porque sabía que debíamos estar juntos, más que nosotros mismos.

—Eso que dices no tiene ningún sentido, pero es bonito.

—Déjate llevar, no hace falta que seas tan realista —me coge de la mano y me lleva hacia el comedor— ¿te has puesto esa especie de mini-pijama para torturarme?

—No, pero estamos en verano y hace calor.

Nos sentamos en el sofá, pero estoy demasiado cansada hoy para hablar y no quiero darle la oportunidad de que intente nada más.

—Me voy a dormir, estoy cansada.

—¡Eh! ¡No tan rápido! Hazme compañía un rato ¿no? Llevo esperando todo el día para tener una hora contigo y hacer manitas; no te resistas, tienes tantas ganas como yo.

Se acerca y empieza a deslizar sus labios por mi cuello. Lo miro de reojo, adivinando sus intenciones sin esfuerzo... bueno, si tiene ganas de irse a la cama con un calentón, le voy a regalar uno, que le hará pasar la noche en blanco.

La verdad es que no me cuesta nada seguirle la corriente un rato, nos besamos, nos vamos inclinando sobre el sofá y Oriol no deja de pasar sus manos por mi cintura, parecen indecisas entre subir o bajar por mi cuerpo, hasta que se decide por meter una bajo la camiseta y subir hacia mi pecho. Le acaricio los costados y hago lo mismo, hasta que le saco la suya por la cabeza y empiezo a besarle los hombros. La verdad es que tengo que recordarme constantemente que voy a parar esto de un momento a otro, solo un segundo más, solo un beso más, solo otra caricia... Su cuerpo ya está sobre el mío y a pesar de la ropa, puedo notar su excitación encajando sobre mi pubis y la cosa puede descontrolarse del todo, si dejo que esto siga un minuto más. La presión que está ejerciendo entre mis piernas, me lo está poniendo muy difícil.

Con un esfuerzo sobrehumano, lo aparto suavemente, pero con firmeza y lo miro a los ojos. El deseo patente en ellos, parece atravesarme, suplicando mi entrega.

—Oriol, cariño, no estoy preparada para esto, ya te lo he dicho antes. Para seguir avanzando, necesito que hablemos de muchas cosas antes. No quiero cometer un error ahora.

—Estoy seguro de que no podría ser nunca un error.

—No me presiones, por favor —sin querer me tenso y por fin se aparta, algo mosqueado.

—Tú mandas —lo oigo resoplar, aunque intente disimular su malestar.

—Me voy a dormir —antes de levantarme, le paso la mano por la nuca y me acerco a su oído —que descanses.

Me voy hacia mi habitación y él se queda estirado en el sofá.

Cierro la puerta, creo que necesito poner barreras que me protejan de sus rápidos avances, antes de que acabe desquiciada.

Empiezo a dar vueltas, tengo calor y las sábanas acaban por los suelos; no encuentro una postura cómoda y me he despejado completamente. Oigo la puerta de su cuarto cerrarse y sé que solo nos separa un fino tabique. Y mi indecisión.

Durante un rato me quedo medio adormilada, pero me asaltan sueños eróticos, que me hacen despertarme de golpe con el corazón acelerado y un latido de necesidad en el centro de mi cuerpo. No creo que hayan pasado más que un par de horas desde que me fui a dormir, pero el desasosiego que siento no me deja relajarme. Me ha entrado mucha sed y me levanto sin hacer ruido para dirigirme a la cocina a beber agua fresca. O a tirármela por la cabeza.

ORIOLO

Adele ya lleva un rato en su cuarto, cuando decido irme a la cama. No sé porque he insistido en intentar algo, cuando la conozco lo suficiente, para saber que su voluntad, cuando tiene algo decidido, es férrea; ni porque maldita razón he pensado que podría derribar sus barreras con mis artes de seducción, como si fuera una más. Ella no se parece en nada, a las mujeres con las que solía acostarme, donde solo se trataba de un intercambio consentido y poco más. Adele es mucho más complicada que todo eso. Lo que siento ahora por ella, entorpece mi capacidad de control; a veces la miro y me lanzaría sobre ella para darle todo, porque la necesidad que siento es la de hacerla sonreír.

Después de la escena del sofá, me ha dejado aún con más ansias de tenerla y más caliente que el agua hirviendo; creo que no cede, por un miedo que no acabo de entender.

Así no hay quien duerma, durante un momento he dudado de si tenía fiebre, pero solo se trata de mi entrada en el mismo infierno. No puedo quitármela de la cabeza, aunque no creo que ella esté mucho mejor, ya he oído crujir el somier de su cama varias veces.

No voy a poder conciliar el sueño, por lo que al cabo de casi dos horas de desvelo, me levanto para ir a beber agua.

Camino descalzo sin hacer ruido hacia la cocina, sin encender ninguna luz, ya que el interior se ilumina tenuemente, debido a una farola exterior, que alumbra la calle.

La puerta está abierta y a contraluz se dibuja la silueta de Adele, de espaldas a mí y de cara al gran ventanal. No me ha oído y la puedo observar a conciencia. El rubio platino de su corta melena, brilla por la luz exterior, que recorta su silueta, su cuello largo, las curvas de su cintura y sus caderas, solo cubiertas por un minúsculo y fino pantalón corto, mostrando sus largas piernas y sus pies descalzos. Tiene los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, con las manos apoyadas en la encimera de la cocina y mira inmóvil hacia el exterior. Si me concentro puedo escuchar su respiración. Esos segundos en los que puedo observarla sin ser visto, despiertan mi curiosidad sobre lo que debe estar cavilando en el silencio de la noche. Me gustaría poder observar sus pensamientos, como si viera una película, pero como eso es imposible, solo

me queda preguntar.

—¿En qué piensas? —mi tono de voz es bajo, no quiero asustarla, pero a pesar de ello, da un respingo y se gira con una mano en el pecho.

—¡Oriol! ¡Me has asustado! ¿Qué haces levantado?

—Imagino que lo mismo que tú. No podía dormir —me acerco lentamente y me fijo en como repasa mi cuerpo casi desnudo.

Me planto frente a ella y el brillo de sus ojos azules llama inmediatamente mi atención, junto a una lágrima que desciende por su mejilla y que aparto con un dedo.

—¿Por qué lloras? —me acerco y beso sus mejillas, con besos ligeros, como las alas de una mariposa que te roza en su vuelo, hasta llegar a las comisuras de sus labios, pero me aparto esperando su respuesta.

—No lo sé... supongo que la indecisión me altera demasiado, sufrir un tira y afloja continuo me desespera, no ser capaz de decidir, me hace replantearme los pasos que me han traído hasta aquí. Necesito tener siempre las cosas claras y nuestra situación no lo está.

—¿De qué tienes miedo? —abarco su cintura con mis manos y ella pone las palmas de las suyas sobre mi pecho, quizás defensivamente.

—Pocas veces tengo miedo ¿sabes? Suelo valorar bastante rápido lo que quiero y normalmente me siento segura de lo que hago. Pero tú consigues desarmarme y hacerme dudar.

—¿Y eso es malo? Quizás no tienes todas las respuestas, Adele. Solo te gustan las apuestas seguras, pero a veces hay que arriesgar.

—No sé lo que puedo perder y eso es lo que me da pánico.

—Arriégate conmigo —me acerco lentamente de nuevo a sus labios y me quedo a la distancia de un suspiro. No voy a moverme de aquí, quiero que sea ella la que decida.

—Esa es la pregunta Oriol, la que no me deja dormir. No acabo de reconocerte, de identificarte con el niño grande que siempre he pensado que eras. No es posible que las personas cambien tanto de un día para otro.

—No ha sido en dos días. Durante todo tu embarazo, mi cabeza no ha parado de dar vueltas sobre cada frente. Tú, Sara, la música, mi trabajo, mi propia vida, el pasado y el futuro. Al final, a pesar de cagarla mucho por el camino, parece que las cosas se ponen en su sitio y las prioridades se colocan ellas solas en su lugar y te dan una lección. No es fácil darse cuenta de lo que puedes tener, si lo pierdes antes de que sea tuyo. Aunque a veces ocurre lo contrario; idealizas algo que anhelas, un sueño que ha vivido contigo toda tu

vida y que has alimentado día a día y cuando estás a un paso de conseguirlo, te decepciona enormemente.

—Creo que es demasiado tarde para esta conversación, deberíamos descansar. Ya hablaremos mañana —esto no está saliendo como yo esperaba.

—Mírame Adele.

—Oriol, yo... —siento su indecisión y sus dudas; su vulnerabilidad. Eso me hace dar un paso más.

—Ven a mi habitación, déjame amarte —cojo sus manos y las llevo a mis labios. Noto como la duda aumenta y lanzo mi última bengala —Te quiero, Adele.

Se queda en silencio, mirándome a los ojos y esos segundos eternos aceleran mis pulsaciones, mientras la espera se convierte en esperanza e intento transmitirle sin palabras lo que siento. Una especie de imán nos atrae hasta dejarnos pegados uno al otro y el roce eléctrico de nuestras pieles, desencadena lo que ocurre a continuación. Adele apoya sus manos en mis hombros y se acerca a besarme. Cuando estoy a punto de volverme loco de deseo, se aparta un segundo.

—Me arriesgaré contigo, pero, por favor, no me decepciones.

—No lo haré —cojo su mano y la llevo hasta mi habitación, dejando la puerta entornada, para que podamos oír a Sara si se despierta.

Estamos de pie, al lado de la cama y Adele, que cuando toma una decisión la lleva adelante hasta sus últimas consecuencias, se quita la fina camiseta del pijama antes de lanzarse a mis brazos y hace que se desate la locura. Porque eso es lo que ocurre. Desde aquella noche irracional, donde concebimos sin querer a nuestra hija, todo han sido dudas e indecisiones; por fin siento que podemos revivir de nuevo la necesidad que nos empujó entonces, los anhelos que descubrimos, la sorpresa que supuso vernos de otra manera, el ataque a nuestros sentidos al conocernos de nuevo.

Los besos cada vez se vuelven más profundos, como buscando la entrega del otro hasta las últimas consecuencias, piel contra piel; nuestras manos acarician nuestros cuerpos y lo que empieza como un acercamiento cauteloso, se convierte en una lucha por dar más, por entregarse sin reservas, por ser una necesidad para el otro, por unirse en uno solo.

Siento estallar una tormenta en mi interior, a la vez que el poder se refleja en los ojos de Adele y el sabor de su piel inflama mi deseo. Su boca se desliza por mi pecho, dibujando un sendero que me enloquece. La hago caer junto a mí sobre la cama, antes de que me flaqueen las piernas, debido a una debilidad

que no conocía; su poder sobre mí, me ha hecho temblar, cosa que nunca había conseguido ninguna mujer. Y su boca. El tiempo parece detenerse entre estas cuatro paredes. Me sitúo sobre ella y la beso como queriendo fundir nuestras lenguas y en dos rápidos movimientos, el resto de nuestras ropas desaparecen. Me veo arrastrado hacia ella sin oponer resistencia, dejándome llevar y una súplica en su mirada, me lleva a penetrarla mientras la miro a los ojos y me quedo quieto, conteniendo mi ansia para hacerlo durar, anclado en su cuerpo, hasta que un jadeo ahogado surge de sus labios, arquea su espalda y una necesidad devastadora se apodera de nuestros cuerpos, que inician un baile ancestral, que nos empuja, hasta convertir la pasión en abandono. Sentir la explosión interna de Adele y escuchar sus gemidos en mi oído, es el detonante que me hace llegar al mejor orgasmo de mi vida.

Soy consciente por primera vez, de que esta mujer se ha convertido en la única. La besó de nuevo, esta vez con ternura y me apartó a un lado, aún colapsado por lo que acabo de vivir, pero ella me acompaña con su cuerpo, que se deja caer sobre el mío. Su piel parece resplandecer y aparece lentamente una sonrisa.

—Bueno cariño... has de aceptar que te he fundido las neuronas.

—Si esa era tu intención, has tenido un éxito del cien por cien.

—Ya no hay marcha atrás ¿verdad? Esto va en serio —lo pregunta con un deje de temor, que quiero eliminar cuanto antes.

—¡Claro que va en serio! Adele, cariño, intenta confiar en mí.

—De acuerdo, lo intentaré —se le escapa un bostezo y parece que se le cierran los ojos —creo que ahora si podré dormir.

—¿Vas a irte a tu habitación? —quiero que se quede conmigo, pero ya se está levantando de la cama y alarga su mano hacia mí.

—Vamos a ir a nuestra habitación, con nuestra hija ¿Te parece bien?

Asiento y nos acomodamos en su cama, tras mirar como Sara sigue durmiendo. La abrazo y Adele hunde su rostro en mi pecho, inspira hondo y cae dormida en unos segundos. Una extraña emoción me domina y aprieto más fuerte su cintura, no queriendo dejarla ir, jamás. Esa noche consigo dormir profundamente, sin pesadillas, relajado y feliz.

ADELE

El lloro de Sara me despierta y me levanto como un resorte, aunque el brazo de Oriol, se resiste a dejarme ir.

—¡Oriol, suéltame! Sara se ha despertado.

—Mmmm... perdona —se incorpora apartando los cabellos de su frente y me mira mientras cojo a la niña —es muy pronto ¿no?

—Sara no sabe que sus padres han pasado la mitad de la noche en vela y es muy puntual. Hay que cambiarle el pañal y tiene hambre —me pongo una camiseta a la vez que calmo a la pequeña y miro el reloj: las seis.

—¿Te ayudo? —lo dice algo vacilante, pero no se va a escapar eternamente.

—¡Pues sí! —mejor que se vaya acostumbrando a las maravillas de ser padre —cámbiale el pañal mientras voy al baño.

Oriol hace cara de susto, pero se levanta enseguida y se pone unos calzoncillos. Sara sigue llorando, la cojo, le hago un arrumaco y se la paso a su padre.

—Ahí tienes toallitas para limpiarla y pañales. Puedes poner esta toalla sobre la cama —le doy un beso en los labios y huyo hacia el baño.

Me siento algo culpable cuando oigo a Sara que sigue llorando, pero pronto se calma cuando Oriol se pone a cantar. ¡Desde luego, parece que la tiene hipnotizada con la música! Sonrío para mis adentros y me meto en la ducha, para asearme rápidamente. En pocos minutos vuelvo a salir, me seco y vuelvo a ponerme la misma camiseta, ni siquiera me he traído ropa al baño. Cuando salgo, encuentro a Sara estirada sobre la cama, con un pañal recién puesto, del revés, con los adhesivos hacia su espalda, pataleando con pies y manos y succionando con ansia su chupete y a Oriol de pie, con un pañal sucio, dando vueltas como una peonza, sin saber dónde dejarlo. Se me escapa una carcajada, porque está realmente gracioso.

—Lleva eso a la bolsa de basura que hay bajo el fregadero, yo voy a darle el pecho. Y de paso podrías hacer el desayuno. Café con leche y tostadas, por favor —le guiño un ojo y sale de la habitación con el pañal colgando de sus dedos, el brazo extendido a la máxima distancia y tapándose la nariz con la otra. Hacer el payaso siempre se la ha dado bien.

Al cabo de un rato, con Sara limpia y vestida, me dirijo a la cocina y me encuentro el desayuno preparado... podría acostumbrarme a esto. El café con leche en la mesa, tostadas con mantequilla y mermelada y hasta un par de vasos con zumo de naranja y un cuenco con fresas. Aunque me da en la nariz, que Oriol sigue queriendo acumular puntos conmigo y estos gestos pueden convertirse en esos, que al cabo de un tiempo se extinguen, como si tuvieran fecha de caducidad. Voy a darle el beneficio de la duda, de momento.

—Gracias cielo, tengo hambre —coloco a Sara en su balancín y me siento a la mesa.

Antes de que me dé tiempo a darle un sorbo al café, Oriol me acerca y me besa largamente.

—Buenos días —me sonrío hasta con los ojos y su felicidad me contagia.

—Hola... haces cara de sueño.

—La verdad es que no hemos dormido mucho y la bailarina es muy madrugadora —la mira y le saca la lengua a lo que la pequeña responde con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te la has ganado muy rápido, hasta te sigue con la mirada.

—No me lo merezco, ya lo sé —de pronto se ha puesto serio.

—No quería decir eso, Oriol. No quería que te sintieras mal.

—Ya lo sé, Adele. Pero cuando veo como me sonrío, como atiende cuando le canto, me siento muy culpable. Quise apartarme de ella nada más nacer, pensando que si conseguía mantener las distancias, podría evitar quererla y me sería más fácil tenerla lejos. Lo mismo que a ti.

—¿Por qué no querías acercarte? Si quieres, podemos hablar en otro momento, no quiero presionarte.

—Este momento es tan bueno como cualquier otro. Creo que sabes cuál ha sido mi sueño, desde que empecé a tocar la guitarra con quince años ¿no? —asiento y no digo nada, parece dispuesto a hablar y no quiero detenerlo —pues después de tantos años, de tocar en bodas y eventos, de tener que cantar canciones que no me dicen nada, este verano se presentaba como una oportunidad fabulosa. Triunfar, siempre me ha parecido como llegar a la cima de una montaña imposible, como conseguir un premio Nobel, como ver reconocido el esfuerzo de toda una vida. Lo tenía a tocar de mis dedos, a un suspiro de distancia y tener una hija, se convertía en un obstáculo. Tener una relación estable, suponía otro. Ya sabes que Nico y David, tienen pareja e hijos; a veces los ves que se debaten entre lo que les pide el grupo y lo que les demanda la familia. Se convierte en una situación difícil y a mí me daba

miedo. Eso y mis malentendidas ansias de libertad.

—¿Por qué malentendidas? —me sorprende el adjetivo y no puedo evitar preguntar.

—Porque ser libre, no significa estar solo. Me siento más libre ahora que hace unas semanas. Tú me haces sentirme libre, el amor que siento nunca podrá ser una jaula. He comprendido que puedo tener mi música y puedo tenerte a ti y a mi hija, que no he de renunciar a nada.

—No sé si me conoces lo suficiente Oriol, pero yo nunca te voy a cortar las alas. Lo que espero de ti, es amor, confianza y compromiso. Puedes hacer una gira con tu grupo y yo puedo estar contigo, o en otro lugar. Si después vuelves a mí, es suficiente. Siempre que tenga la confianza de que lo harás y de que otros brazos no sustituirán a los míos.

—Ya he superado esa larga fase, cielo. Puedes creerme. En las semanas anteriores a la paliza, entré en una espiral de euforia y desenfreno, buscando la fama y el éxito como un bálsamo que curaría todas mis heridas. Era como si necesitara que los demás me valoraran para sentirme seguro, para ser alguien importante, aunque fuera para personas anónimas. Pero entonces aparece la angustia de tener que juzgarte a ti mismo, a partir de los ideales de los demás, que casi siempre son inalcanzables. Eike empezó a presionarme, debíamos ensayar más, cantar mejor, aguantar horarios indecentes, madrugar para viajar. Estaba agotado y fue entonces cuando él apareció con la solución. Las pastillas que me pasaba, me convertían en una máquina. Podía aguantar horas y horas sin dormir y casi no comía. He buscado mujeres, que solo han sido cuerpos sin nombre y eso también me avergüenza —al oírle nombrar a otras mujeres, me cambia la expresión.

—Oriol, no tienes que explicarme los detalles, por favor.

—No han significado absolutamente nada, Adele. Estoy muy avergonzado de lo que he hecho, me he dejado arrastrar, pero al menos, he comprendido que la verdad es otra. Me importa poco que me aplauda un estadio lleno de gente, eso no es lo que me llena de verdad.

—Y ¿Qué es?

—Aparte de teneros a ti y a Sara, con respecto a la música, lo que más disfruto es de componer, solo en mi habitación. Fui feliz mientras creaba la canción para Sara o cantando contigo el otro día, igual que me ocurre cuando tocamos en pequeños locales nuestras canciones. Es suficiente. Amo la música, tocar la guitarra, cantar. Pero que me adulen, me aplaudan y me reconozcan personas anónimas, no me aporta demasiado. Y vivir en la locura

de las pasadas semanas, tampoco. Voy a seguir trabajando para ti y a seguir con las actuaciones, en esos locales en que los fieles seguidores de siempre, nos esperan.

—Debes hacer lo que necesites hacer. Pero no caer en las drogas de nuevo, Oriol. Eso te destruiría. Has tenido suerte de que ha sido poco tiempo y no estabas aún enganchado.

—He tenido suerte de tenerte a ti. Suerte de que hayas acudido a ayudarme, cuando otra en tu lugar, y tal como me he comportado, nunca lo hubiera hecho.

—¿Sabes? Estaba pensando que en este pueblo, que ha sido mi refugio en los malos momentos y un bálsamo en las épocas de estrés, la gente se relaja y siempre acaba exteriorizando lo que lleva dentro.

—¿Qué llevas tú? —me mira y sé lo que espera de mí.

—Sueños... —suspiro y miro por la ventana, por donde el sol ya entra, inundando la cocina de una luz viva y brillante —sueños dormidos desde mi adolescencia, en la que creía en los príncipes azules, sin saber que el que parecía haber encontrado, se convertiría en el orco del cuento. Pero esas cosas pasan. A pesar de ello, de tener unas cuantas relaciones, que duraban lo que duraban y de olvidar esos tontos sueños infantiles, siempre me faltaba algo. Tengo una empresa a la que he dedicado mi vida, disfruto de lo que hago, mi familia me quiere, tengo amigos.

Todo parecía ir bien, hasta aquella noche. Porque descubrí, que me estaba perdiendo algo importante, porque lo que sentí, no fue lo de otras veces, porque desvelaste un vacío que estaba disfrazado de ajeteo, porque despertaste un sentimiento de nostalgia y anhelo de los sueños olvidados. Seguramente esa emoción, me decidió a tener a Sara. Sentir que podía amarte, despertó mi deseo de hacerlo de alguna manera y una hija, era amarte a través de ella, también. Tenía necesidad de dar y veía imposible llegar a tener algo contigo. Yo también te quiero, Oriol.

Veo la emoción, bailando en sus iris oscuros como la noche, se levanta de la mesa y me abraza, hundiendo su rostro en mi hombro y balanceándose conmigo, casi como si estuviéramos bailando. Acaricio su nuca y enredo los dedos en sus cabellos.

—Te quiero —me susurra al oído y me besa con ansia, como queriendo fundirse conmigo.

Un chillido de Sara, que creo que se ha cansado de que no le hagamos caso, nos hace reír al verla como patalea sin parar y nos mira haciendo

gorgoritos. Cualquiera diría que está celebrando algo. Quizás nuestra propia felicidad.

ORIOLO

Los días siguientes que pasamos en Snowhill, se convierten en idílicos. Días relajados, con un tiempo envidiable y un entorno precioso; cuidando de Sara, disfrutando de ella y visitando lugares increíbles. Las noches llenas de pasión, de entrega, de piel, de susurros y roces, de risas. Nunca me había reído tanto con Adele; acostumbrado a nuestras continuas pullas, a nuestros choques de frente, el cambio me resulta a veces, sorprendente. Tiene un lado irónico y algo ácido, que me hace reír cuando menos lo espero. Es como descubrirla de nuevo.

Mañana volveremos a Londres, para devolverles el coche a los padres de Adele y por la tarde cogemos el vuelo a Barcelona. Yo ya estoy casi bien del todo, aunque las costillas aún me molestan y Adele está preocupada por la empresa.

No lo dice abiertamente, pero la conozco y ya ha llamado varias veces a Xenia y a Evelyn, para que la pongan al día. Tiene la intención de ponerse a trabajar cuando sus amigas empiecen las vacaciones, la próxima semana y cómo Sara es aún muy pequeña y le está dando el pecho, ha contratado a una canguro, que repartirá su tiempo entre el piso de Adele y las oficinas de DreamWedding, dónde ha acondicionado un pequeño despacho, que no utilizaba nadie, como una pequeña habitación de juegos, para estar a ratos con la niña.

Es mediodía y hace demasiado calor para salir ahora, Sara está durmiendo, Adele estirada en el sofá leyendo un libro y yo punteando en mi guitarra y susurrando la melodía de una nueva canción. Adele aparta su libro y me mira.

—¡Eso ha sonado genial! Me gusta mucho.

—Canta conmigo, a una octava más alta —tengo ganas de oírla cantar.

—¡Pero si no la conozco!

—Yo tampoco, la estoy componiendo ahora, me gustaría saber cómo suena con tu voz, venga, sígueme.

Le tarareo la melodía de nuevo, hasta que la pilló y su voz se adapta a la mía, un tono más alta y en perfecta sintonía. La repetimos varias veces y Adele, empieza a añadir giros improvisados, que me recuerdan al soul y al

jazz. Tiene una voz privilegiada y la miro alzando las cejas, totalmente alucinado.

—¡Uy! Me he ido ¿verdad?

—¿Qué dices? Estabas haciendo virguerías con la voz, tienes unas cuerdas vocales privilegiadas, parecen una orquesta sinfónica. Me encanta como ha sonado eso. ¿Nunca has pensado dedicarte en serio a esto?

—¡No! Me encanta cantar, pero no para dedicarme. La semana pasada, las actuaciones en Londres, me lo acabaron de confirmar.

—Al menos podrías colaborar de vez en cuando con nosotros, algún sábado por la noche o en alguna actuación de fin de semana.

—Bueno... lo pensaré —se levanta del sofá, coge mi guitarra y la deja apoyada en la pared y se sienta a horcajadas sobre mí. La cojo por la cintura y la atraigo para besarla— ¿Cómo piensas pagarme esas actuaciones?

—Puedes cobrártelas como quieras, soy todo tuyo.

Empiezo a besarla y de pronto unos gritos rompen el silencio. Nos separamos y nos levantamos, mientras los gritos continúan.

Es la voz grave de un hombre, no se oye bien lo que dice, pero sin duda provienen de la casa de los padres de Evelyn.

—¿Quién puede estar haciendo ese jaleo? —no me pareció que el padre de Evelyn, pudiera transformarse en alguien agresivo, pero nunca se sabe.

—Creo que tengo una ligera idea —Adele se acerca a la cocina, para mirar por la ventana a la casa de al lado.

No se ve bien, hay varios árboles en medio, pero Adele parece tenerlo claro.

—Voy a su casa, tú quédate, por si Sara se despierta.

—¡Ni hablar! Voy yo y tú te quedas con Sara. ¿Sabes quién está dando esas voces?

—Juraría que es Jeff, el ex de Evelyn. Ese tío es peligroso, maltrataba a Evelyn.

—¿¿Qué?! ¡No tenía ni idea! Solo sabía que estaba separada, pero nada más.

—No es algo que las mujeres vayan explicando por ahí, aunque deberían hacerlo.

—Quédate aquí, voy a ver si puedo calmarlo.

—¡Vigila tus costillas! —hago un gesto instintivo y me rodeo la cintura con los brazos.

—Intentaré apaciguarlo con mis dotes oratorias —le hago una mueca y

salgo casi corriendo, los gritos suben de tono.

Al acercarme a la casa, voy entendiendo las palabras y no me cabe duda de que Adele ha acertado. Es el ex de Evelyn.

—¡Decirme de una vez dónde está la furcia de vuestra hija! ¡O lo vais a pagar caro!

—Ya no es tu mujer y has de aceptarlo Jeff —esa es la voz del padre de Evelyn, que suena bastante asustada.

Al llegar a la puerta pulso el timbre varias veces con insistencia y las voces cesan de golpe. Oigo un murmullo y unos pasos que se acercan. Se abre la puerta, lo justo para ver la cara aterrada de la madre de Evelyn, que abre mucho los ojos al verme.

—Hola Oriol —su voz tiembla y sus ojos están llorosos.

—Déjeme pasar, Mary —le hago un gesto de insistencia y abre la puerta.

Un tío bastante alto, con cara de pocos amigos, me mira de arriba abajo con desprecio.

—¿Y este quién es? —su vozarrón resulta algo intimidante, pero no me voy a encoger delante de un gilipollas como este.

—Soy Oriol, el vecino de la casa de al lado y he venido porque he oído gritar y me ha asustado pensar que Mary y John pudieran estar en peligro.

—Conozco a los vecinos y a ti no te había visto nunca.

—Soy la pareja de Adele ¿Se puede saber a qué vienen tantos gritos, si no es mucha molestia?

—Oye imbécil, nadie te ha pedido que vengas, solo estoy solucionando un asunto con ellos, o sea que ¡lárgate! —da un par de pasos en mi dirección con aire amenazador.

Me dirijo entonces a Mary.

—¿Qué es lo que pasa, Mary?

—Jeff quiere saber dónde encontrar a Evelyn, pero ya le he dicho que se fue hace meses y no sabemos dónde está —me mira abriendo mucho los ojos, suplicándome que no abra la boca.

—Bueno Jeff, ya has oído a la señora. No conozco a Evelyn —pienso en la pobre chica, tan dulce y tímida y solo imaginarla al lado de este energúmeno se me hiela la sangre —pero seguramente debe estar mejor sin ti.

Creo que debería haberme mordido la lengua, porque Jeff frunce el ceño se acerca a mí y me coge de la camiseta, apartándome hasta empotrarme en la pared.

—¡Ni la nombres, imbécil!

Por suerte, parece que se ha cansado de dar voces, de momento y sale de la casa, dando un portazo. A los pocos segundos, cuando les estoy preguntando a Mary y John por lo ocurrido, llega Adele con Sara en brazos.

—¡Mary! ¿Estáis bien? ¿Qué hacía Jeff aquí?

La mujer se abraza a Adele llorando, que me pasa a Sara para poder consolarla, mientras su marido le pasa la mano por la espalda.

—¡Ay, Adele! No es la primera vez que viene. Quiere saber dónde está Evelyn y nos va a volver locos. Siempre le decimos que no sabemos dónde está, pero como es de suponer, no nos cree. No se lo vamos a decir aunque nos mate, mi niña se merece poder rehacer su vida, ya lo ha pasado bastante mal con ese monstruo.

—Pero están divorciados ¿no?

—No, hija. Están separados, pero Jeff nunca le concedió el divorcio. La suerte que tuvo es que aparecieras tú el verano pasado y te la llevaras a Barcelona; allí está bien escondida y además tiene trabajo en tu empresa. Has sido un ángel para ella. No sabes lo que te lo agradecemos.

Entonces interviene el padre de Evelyn.

—Adele, no le cuentes nada de esto a Evelyn, por favor. Si supiera que Jeff nos visita de vez en cuando para amedrentarnos, sería capaz de volver aquí y esa sería su condena.

—¡Pero no podéis aguantar esta situación! ¿Lo habéis denunciado?

—Sí, pero la policía más cercana está a unos cuantos kilómetros, ya sabes que en este pueblo, no hay. Tiene orden de alejamiento de Evelyn, pero no de nosotros. Hemos ido a la policía un par de veces, pero cuándo interrogan a Jeff, es su palabra contra la nuestra y sin pruebas, no pueden hacer nada. Tampoco es que venga muy seguido, él vive en Londres. Por lo que nos ha dicho alguna vez, se pasa la vida intentando encontrarla allí. Suerte que la ciudad es muy grande y no imagina dónde está.

—¿Le habéis abierto la puerta?

—No, pero esta vez se ha colado por el patio, no podemos tener toda la casa cerrada en pleno verano.

—Bueno —la madre de Evelyn parece resignada —por esta vez ya se ha ido, tardará un par de meses en volver, al menos ese tiempo hace desde la última vez.

Lo que ninguno imaginábamos en ese momento, es que Jeff, había salido por la puerta principal, pero tras rodear la casa, nos estaba escuchando desde la puerta abierta de la cocina...

ADELE

De vuelta a la rutina. He empezado de nuevo a trabajar, ya llevamos casi tres semanas en Barcelona. No le he explicado a Evelyn la aparición de Jeff en casa de sus padres, para que no se preocupe, aquí ella está a salvo, pero si se entera, es capaz de volver a Snowhill y eso no sería bueno para su integridad física.

Estoy muy contenta con su trabajo, aparte de sustituir a otras personas en el periodo vacacional, ha empezado a practicar de nuevo con el ordenador y tiene muy buena relación con el departamento que lleva el tema de seguridad digital de la empresa, aparte de la web, las redes sociales, servidores, intranet... son como nuestra pequeña área de informática, a la medida de la empresa. Se nota que esa parte es la que más le gusta y finalmente la he convencido de que se matricule de nuevo en la universidad, aunque sea para hacer créditos sueltos e ir avanzando en unos estudios que dejó colgados, por su mala suerte.

A pesar de que tiene vacaciones ahora, no ha querido ir a ningún sitio, para poder ahorrar, ya que está obsesionada con dejar mi piso y no molestarme, cosa que no ha hecho nunca. La verdad es que la convivencia con ella es muy fácil.

Ya tenía apalabrada a una canguro para Sara, pero durante sus vacaciones, se ha ofrecido a cuidarla y la trae cada día a las oficinas a media mañana, así puedo combinar darle el pecho con sus primeros biberones, de los que se ocupa Evelyn en casa, ya que Oriol también ha finiquitado sus vacaciones y está trabajando. Los ratos en que Sara duerme, se dedica a estudiar. Muchos días, sus abuelos paternos, también se pasan a verla o se la llevan a pasear un rato.

De momento con Oriol, no me puedo quejar de cómo evolucionan las cosas. Está tan cambiado con respecto a mí, y a su forma de vida, que no acabo de sacudirme el miedo del todo. Siempre queda un resquicio, algo que me hace estar vigilante, por si detecto en él, cansancio, nerviosismo, no sé, algo que me alerte de que la relación retrocede. No ha ocurrido, pero supongo que afianzar la confianza, me resulta algo arduo y complejo. Cuando las cosas van demasiado bien, una sombra de duda acecha siempre, a la espera de un

mal paso, que sin avisar, consiga estropearlo todo.

De momento, sigue viviendo en su piso y yo en el mío. Ni siquiera lo hemos hablado, pero creo que los dos hemos dado por sentado, que era demasiado pronto para subir otro escalón. Tanto Evelyn, como Biel y Xenia, que son las únicas personas que saben de momento, que Oriol y yo, estamos juntos, se han alegrado mucho por nosotros. Xenia ya quería dar una fiesta para celebrarlo, con todos nuestros amigos comunes, pero he conseguido frenarle los pies de momento. No es que no tenga ganas de celebraciones, es que aun ando con pies de plomo y no quiero precipitarme.

Estoy intentando ponerme al día con el trabajo y tengo que reconocer, que durante mi baja, han sabido llevar la empresa entre todos, con eficiencia y aparte de algún pequeño fallo, de los que resultan inevitables, todo ha ido como la seda. Eso me da mucha tranquilidad a la hora de decidirme a delegar algunas tareas, que consideraba exclusivamente mías y reducir un poco mi horario, para poder estar más con mi hija.

Desde que hemos vuelto, Oriol pasa algunas noches conmigo en casa, pero como Evelyn vive allí, nuestra relación, se ha vuelto muy silenciosa. Creo que echamos de menos unas horas a solas, pero es lo que tiene el día a día, que hay que amoldarse. No dejo de tomarlo, como una prueba de su capacidad para resistir y no rendirse a la primera de cambio.

En ello estoy cavilando, cuando me suena el móvil particular. Es Cody y contesto enseguida.

—¡Hola hermanito! ¿Qué hay de nuevo? —hace días que no hablamos y es raro que no llame para preguntar por su sobrina.

—¡Hola Adele! Todo bien, ¿Cómo está mi princesa?

—¡Cada día más guapa! Esta tarde le hago alguna foto y te la paso.

—A lo mejor os veo pronto, voy a venir a Barcelona en pocos días, a lo sumo un mes.

—¿Y eso? —me extraña, Cody se ha pasado largas temporadas sin venir por aquí.

—Estoy pensando en hacer algo un poco drástico. Le estoy dando muchas vueltas, pero a lo mejor me lanzo.

—¡Ahora sí que me dejas intrigada! ¿En qué estás pensando?

—En trasladar mi empresa a Barcelona. Estoy muy preocupado Adele. Estamos trabajando en una nueva aplicación, que puede ser un éxito y ya he tenido varias fugas de información. He empezado a desconfiar de todo el mundo y a pesar de no querer señalar a nadie, principalmente por no saber de

quién se trata, creo que tengo un topo.

—¿Y cómo lo sabes, si aún no ha salido al mercado?

—Porqué conozco a mucha gente de otras empresas y justamente tengo un amigo que está trabajando en el mismo tipo de aplicación. Cada vez que damos un paso adelante, me entero de que su empresa lo está dando casi al mismo tiempo. El año pasado, ya teníamos a punto un juego en el que habíamos trabajado durante meses y justo antes de lanzarlo, esa empresa sacó uno muy similar, casi idéntico y nos superó mucho en las ventas al salir primero. Alguien está vendiendo información o tengo un infiltrado, no lo sé.

—¿Y trasladarte no te resultará muy complicado?

—Llevo tiempo pensándolo y algunos de mis mejores empleados, los que tienen cargos de responsabilidad, se vienen conmigo si me decido. Solo me traería a los de total confianza. Me he pasado horas investigando los emails, enlaces, envíos de ficheros... todo. Y no encuentro nada. Tenemos protegidos los ordenadores para que nadie pueda copiar información en un pendrive, ni enviarla por correo, pero hay otros métodos.

—Bueno, te veo bastante decidido. Ya sabes que puedes venir a mi casa si quieres, al menos mientras lo montas todo.

—Es posible que lo haga, hasta que encuentre un piso para mí. Si te enteras de algo interesante, me lo dices. En mi próximo viaje, voy a buscar las oficinas, o sea que ya sabes, husmea un poco por si detectas con tu radar especial un buen lugar.

—Dónde estamos ubicados nosotros, hay muchas, pero son muy caras, que lo sepas. Se lo comento a Pau, que tiene bastantes contactos inmobiliarios, ya te contaré si me entero de algo. Preguntaré a las personas con contactos.

—Gracias, cuento contigo —hace una pausa y me quedo a la espera, intuyo un cambio de tema e imagino por dónde irá— ¿Qué tal con Oriol? ¿Se porta bien o tengo que pegarle dos gritos?

—¡No has de hacer nada! ¡Estas avisado! De momento muy bien, nos estamos, digamos... descubriendo de nuevo.

—¿No vais un poco lentos? ¡Ya tenéis una hija de cuatro meses!

—¡Cody! ¡Déjale que vaya a su ritmo! Ha cambiado mucho estos últimos tiempos, no voy a presionarlo.

—¡Un par de hostias, necesita!

—Te dejo, que tengo una reunión —no es cierto, pero no quiero seguir escuchándole hablar de Oriol.

Nos despedimos y antes de mirar mi ordenador, llaman a la puerta, entra

Oriol y la cierra tras él.

—Hola cielo —se acerca, me coge de la mano para levantarme y me agarra por la cintura —vengo a proponerte algo.

Me sonrío de medio lado, con esa cara algo canalla, que sabe utilizar tan bien.

—Tú dirás... —hace pinta de ir a hacerme una proposición muy indecente.

—Necesito unas horas contigo, a solas. Deja a Sara esta noche un rato con Xenia o con Evelyn y tú y yo, tenemos una cita. Creo que no hemos tenido ninguna en serio, todavía.

—Pero, Oriol... —me encanta la idea, para que negarlo, aunque dejar a Sara no me convence, es demasiado pequeña —no sé, es muy precipitado.

—Ya he hablado con Xenia, se ha ofrecido a quedarse a Sara en su casa mientras cenamos y después la vamos a buscar. Solo serán unas horas. ¡Vamos, ánimo!

—De acuerdo —no he tenido que pensarlo demasiado, tengo ganas de salir un rato a cenar con él —creo que me he vuelto muy fácil de convencer.

Oriol se acerca aún más, y me besa como si le fuera la vida en ello, mientras saca los faldones de mi camisa, sujetos por mi falda y mete una mano, acariciando mi cintura y subiendo hacia arriba. Por un momento, he olvidado dónde estamos y mi entorno ha desaparecido, hasta que roza mi sujetador y oigo los ruidos exteriores a mi despacho.

—¡Oriol! ¡Qué estamos en mi despacho! ¡Cualquiera puede entrar y pillarnos!

—¡No me digas que alguien se atreve a entrar en tu despacho sin llamar!

—¡Tú lo has hecho un montón de veces! Desde hace años, por cierto.

—Eso era porque me encantaba cabrearte, ahora solo lo hago para besarte —vuele a hacerlo y me despista de nuevo, hasta que los golpes de unos nudillos en la puerta, nos hacen separarnos de golpe y me apresuro a colocarme bien la ropa.

—¡Adele! ¿Puedo pasar? —es Evelyn

—¡Pasa Evelyn! —entra en el despacho y nos mira alternativamente, ocultando una sonrisa —Oriol ya se iba.

—Siento interrumpir. Solo venía a decirte, que esta noche me quedo a dormir en casa de una amiga.

Oriol sale y me guiña un ojo desde la puerta y entonces caigo en lo que me dice Evelyn. ¡Qué casualidad que el mismo día que Oriol quiere una cita

especial conmigo, Evelyn no vaya a dormir en casa!

—No sabía que tenías amigas aquí —antes que nada quiero saber dónde va a pasar la noche, tengo una vena protectora con ella.

—Se trata de Lili, una de las chicas que trabaja con las flores. Hemos hecho muy buenas migas y vive sola, le hace ilusión que vaya a cenar y dormir a su casa.

—¡Oh! Me parece genial, Lili es un encanto.

—Y de paso os dejo una noche a ti y a Oriol solitos... ya sabes, para que no os tengáis que morder la lengua.

—Te recuerdo que tengo una hija, que se despierta con los ruidos —me pongo a reír, esto parece orquestado, para que Oriol y yo tengamos una noche a solas.

—Bueno, tiene el sueño profundo, de momento —me envía un beso y se va.

Es viernes, casi las cinco de la tarde. No he vuelto a ver a Oriol, creo que tenía un par de visitas programadas y ni siquiera habíamos quedado a una hora concreta. Creo que lo mejor es que me vaya para casa y me dé una ducha, estoy cansada. Xenia se acaba de llevar a Sara, le acabo de dar el pecho y se ha llevado un par de biberones preparados para más tarde. La verdad, es que me ha salido una hija muy sociable, se va con todo el mundo sin protestar.

Justo cuando estoy subiendo en el ascensor hacia mi piso, me llama Oriol.

—¡Hola cariño! Perdona que no te haya llamado antes, pero las visitas se han alargado un poco ¿Dónde estás?

—Casi en mi casa, iba a darme una ducha.

—No me da tiempo a llegar para meterme contigo y enjabonarte, pero te paso a buscar en una hora ¿Te va bien?

—Perfecto —ni siquiera me ha dicho donde quiere ir— ¿Dónde vamos a cenar?

—Es una sorpresa, espero que no te decepcione —se le nota algo titubeante, como si se sintiera inseguro y eso me parece muy raro en el, es el rey de las citas.

—Entonces no pregunto más, pasa en una hora.

Nos despedimos y empiezo a acelerarme, me estoy poniendo nerviosa como una adolescente. Me ducho, me depilo, me hidrato, me perfumo y busco

una ropa interior sexi, negra con encaje y medias con ligero. No las uso nunca, pero tengo ganas de sentirme atractiva, de que no sienta ni el más mínimo interés, por mirar a otra. Ya sé que no puedo ir así por la vida, la belleza se deteriora con el tiempo y no sirve como base para una relación de verdad. Pero en determinados momentos, hay que usarla en beneficio de una, si tiene las armas que sabe que van a poner al otro de rodillas. Aunque no tengo claro que tengamos tiempo de nada antes de ir a buscar a Sara, pero supongo que se quedará en casa a dormir como otras noches.

Busco un vestido acorde con la ropa interior y encuentro uno negro, elegante y aparentemente discreto, de tirantes anchos, no demasiado escotado, por encima de la rodilla, pero ajustado cómo un guante. No sé si me va a entrar, me he quedado casi con el mismo peso de antes del embarazo, aunque mi vientre no está tan plano como antes. Al ponérmelo, confirmo que no me queda igual, pero la ligera curva de mi barriguita y el aumento de pecho, no me sientan mal; creo que antes estaba demasiado delgada.

Me da el tiempo justo de ponerme unos zapatos de tacón y coger el bolso y Oriol llama al timbre. Le contesto y bajo.

Cuando salgo a la calle, me está esperando con su moto al lado.

—¿Cómo se te ocurre venir con la moto? ¡No puedo subirme con este vestido!

—¡Lo siento! No contaba con que aparecieras vestida para matar —se me queda mirando embobado y me recorre con la vista de arriba abajo.

—Si quieres podemos coger mi coche y dejamos tu moto en el parking.

—¡Perfecto! ¿Llevas las llaves?

—Si, vamos.

La entrada al parking del edificio, está a pocos metros, hacemos el cambio de vehículo y noto a Oriol bastante nervioso.

Entramos en el coche y antes de arrancar, me lo quedo mirando.

—Oriol ¿Qué pasa?

—Es que... no sé si te va a gustar mi sorpresa. Te he dicho que quería una cita contigo, y te has arreglado mucho, estás preciosa, por cierto, pero yo había pensado...- se frena y levanto las cejas expectante— ¿Tienes un interés especial en ir a un restaurante?

—¿No íbamos a cenar? —esta conversación me parece un poco surrealista, ahora me fijo que el lleva unos vaqueros, que como siempre le sientan de fábula y una camiseta negra —al menos eso es lo que yo he entendido.

—Sí, claro que vamos a cenar, pero iba a llevarte a mi casa. Siempre estamos en la tuya, por Sara, pero hoy que se la ha quedado Xenia, quería prepararte algo especial.

—¡Pues vamos a tu casa! No pasa nada Oriol, si te digo la verdad, estoy un poco harta de restaurantes, como mucho fuera, por el trabajo y así tendremos más intimidad —le guiño un ojo y se relaja visiblemente.

—¡Entonces vamos a mi casa! Ya sabes el camino.

ORIOLO

He pasado la tarde, organizando la velada, para sorprender a Adele. Quería hacer algo solamente para ella, algo especial que no he hecho nunca por nadie. En realidad no tenía ninguna visita esta tarde, he estado en casa... ¡cocinando! Yo mismo he preparado la cena, excepto el postre, que lo he comprado en una famosa pastelería. Nunca me había vuelto tan loco, como para hacer algo así, aparte de que lo único con lo que me he atrevido alguna vez, es a hervir pasta, hacerme una tortilla, bocadillos y poco más. Todo muy básico. He pedido ayuda a Xenia, que es una “cocinillas”, y me ha pasado las recetas y los consejos, todo en el mismo pack. De aspecto, todo parece comestible, ya veremos cuando lo probemos.

Cuando entramos en casa, noto como Adele mira a su alrededor, como si no hubiera estado nunca en mi casa.

—¿Has ordenado el piso? La última vez que pasé por aquí, esto parecía un mercadillo, creo que conté siete camisetas entre el sofá y las sillas.

—He recogido un poco, quería tener unas horas tranquilas contigo —me acerco a ella y la beso en el cuello.

—Si queremos cenar, deberíamos ponernos a preparar algo —me mira y me besa en los labios —para que nos dé tiempo a darnos un revolcón.

—Está todo preparado —me mira aún más sorprendida —¡he estado cocinando!

—¿Tú? —no se le ocurre otra cosa que ponerse a hacer palmas— ¡Esto hay que verlo! ¡vamos!

Me arrastra a la cocina y se queda mirando a la espera de que le enseñe lo que he hecho.

—Mira —abro la puerta de la nevera y le enseño una bandeja de ostras y almejas —esto era lo más fácil. En el horno tengo a punto de gratinar, una lasaña mixta, de verduras y carne, receta de Xenia. Creo que la has probado en su casa y me ha dicho que te encanta.

—¡Me chifla la lasaña de Xenia! ¿Y qué hay en esa sartén?

—He preparado unos solomillos con salsa de pimienta verde.

—¡Pero eso es mucha comida!

—Pues probamos un poco de cada cosa, no hace falta que nos lo

acabemos. ¿Quieres una copa de vino?

—¡Claro!

Saco las copas y el vino blanco casi helado y lo sirvo.

—Pongo la mesa en un segundo —saco un mantel, que me ha dejado Xenia, con servilletas a juego; yo no tenía ninguno, coloco los cubiertos y los platos y enciendo un par de velas.

—¡Pero qué bonito! —Adele se acerca a mí y me abraza por la espalda —me encanta que hayas estado pensando en mí, para preparar todo esto. Ese mantel es de Xenia.

—¡Pillado! Yo no uso nunca, para mí solo —enciendo las velas y bajo un poco la luz del comedor —voy a encender el horno. Mientras se gratina la lasaña, podemos comernos las ostras y las almejas, con el vino.

—Dicen que son afrodisíacas —sigue a mi espalda y sus manos se pasean por mi estómago, bajando cada segundo un poco más.

—Si sigues haciendo eso, no llegaremos a cenar —me doy la vuelta, abarco su rostro con mis manos abiertas y la beso con toda la pasión, que me está haciendo hervir la sangre, arrinconándola contra la mesa.

Nos apartamos con reticencia, para poder acabar de prepararlo todo y cuando nos sentamos a la mesa, la comida se convierte en un nexo de unión, con la excitación que va aumentando por momentos. Nunca había sido tan consciente de la sensualidad con la que se puede comer, cómo se pueden entremezclar ambos placeres, cómo el vino tiene otro sabor en su boca o una salsa sabe infinitamente mejor al saborearla en sus labios. Por suerte, las indicaciones de Xenia han funcionado y todo está delicioso. La cena se convierte en el prelude de un postre vaticinado, pasando a un segundo plano. La conversación se ha vuelto cada vez más insinuante y creo que estamos los dos en la parrilla de salida.

La música nos acompaña durante toda la cena, a un volumen bajo, que nos deja conversar, pero creando un ambiente romántico con cada canción, todas escogidas con mimo, para hacerla feliz. Y para bailar.

—Baila conmigo —nos levantamos de la mesa, subo un poco el volumen y nos arrimamos.

La cojo por la cintura y voy resiguiendo con una mano su columna, hasta hacerla estremecer. El baile se convierte en una continúa caricia, los besos en el prelude del delirio que nos arrastra, nuestras miradas en el fuego que hace arder nuestros cuerpos...

En la nevera tenemos esperando unas profiteroles, pero a este paso no las

vamos a probar. La música nos está haciendo soñar.

—Tengo profiteroles en la nevera. Si me dejas calentar el chocolate, nos las comemos, sino, puedo comerte a ti, directamente.

—Mmmm... creo que vamos a calentar el chocolate; ¡no puedo resistirme a los profiteroles!

—¿Pero sí puedes resistirme a mí? —le paso la mano por la pierna y voy subiendo, hasta que noto que sus medias están cogidas con un ligüero y me quedo mirándola, entre beso y beso, sorprendido— ¿Llevas ligüero? —asiente con la cabeza sin decir nada y se pasa la lengua por los labios —está claro que te has propuesto convertirme en un demente. Lo siento cariño, el postre de chocolate lo dejamos para más tarde, esto tengo que verlo ya mismo.

Mi mano sigue cogida a su pierna, resiguiendo con mis dedos el borde de las medias, imaginando lo que esconde bajo la falda.

Sin soltarla, la hago caminar de espaldas y la llevo hacia mi habitación. Entramos y la hago sentarse en la cama, para encender las velas que he colocado en el cabezal. La colcha está cubierta de pétalos de rosa y la sorpresa de Adele, nos se hace esperar.

—¡Has pensado en todo! —coge algunos pétalos y se os lleva al rostro para olerlos —si querías impresionarme, lo has conseguido. Nunca pensé que podrías ser un romántico.

—No solo quería impresionarte, Adele —me acerco y me siento a su lado en la cama, cogiendo sus manos —quiero demostrarte lo que siento por ti, que te des cuenta de que eres única para mí. Te juro que nunca había hecho nada parecido por ninguna mujer, pero la vena romántica, que no sabía que tenía, ha aparecido sin buscarla, solo estoy haciendo lo que me nace del corazón. Nunca había sentido algo tan intenso, jamás había estado enamorado como ahora. Pero necesito, más que nada, que confíes en mí. Te quiero.

—Nunca me he considerado una romántica, soy demasiado práctica para eso, pero me está encantando esta faceta tuya. Yo también te quiero.

Me lo susurra al oído y nos besamos mientras la recuesto en las almohadas. Sigo subiendo su falda y echo una mirada a sus piernas y al borde de sus medias.

—¿Por dónde se quita este vestido? —es muy ajustado y no quiero destrozarlo de un estirón, debido a la impaciencia.

—Baja la cremallera de la espalda —se gira y la encuentro bajo la tela que la cubre.

Adele se pone de pie y con un movimiento de los hombros hace que el

vestido se deslice hasta sus caderas, dejando a la vista un sujetador de encaje negro sin tirantes, que se convierte en la diana de mi mirada. Realza sus preciosos pechos y cuando creo que no puedo estar disfrutando de una visión más hermosa, mueve sus caderas y se ayuda con las manos, para dejar caer el vestido a sus pies. Sus minúsculas bragas, a conjunto con el sujetador, el ligero y las medias, la han convertido en un sueño erótico hecho realidad. Casi no me atrevo a tocarla, por si desaparece y se esfuma ante mis ojos.

Se coloca delante de mí, que sigo sentado en la cama a punto de reventar mis pantalones, abro mis piernas para que se acerque y acaricio sus piernas, subiendo mis manos hasta su cintura y coronando sus pechos, hasta desabrochar el sujetador y dejarlo caer. Me faltan manos, para abarcar toda la piel que deseo tocar. Le beso el estómago y dejo un rastro con mi lengua, hasta darle un ligero mordisco, sobre la tela, que se propaga como un incendio, que la hace gemir, apoyándose en mis hombros. Llevamos demasiado tiempo conteniendo el deseo, calibrando nuestras respuestas, provocándonos con gestos, roces, besos y palabras. Adele se sienta a horcajadas sobre mí y en pocos segundos nuestras ropas desaparecen y se desata la locura, esa que llevamos reprimiendo e incitando a la vez, toda la noche. Nuestros cuerpos se entrelazan, mientras oigo el corazón atronando en mis oídos.

—Quiero amarte lentamente, hacer durar este momento —juro que esa era mi intención, pero tal como oigo mis propias palabras, sé que no podré cumplirlas.

—Deja la lentitud para más tarde, cariño, creo que esto no hay quién lo pare —las palabras de Adele, son cómo el pistoletazo de salida, haciendo desvanecerse los pensamientos y las razones.

La absoluta rendición de Adele, me produce un poder desconocido hasta ahora. Las manos moldean nuestros cuerpos, nos saboreamos sin descanso, me lleva a su interior, arrancándome un gemido y arrastrándome a un ritmo rápido que nos hace alcanzar la cresta de una ola gigante, un tsunami imparable que me hace gritar su nombre.

Adele se deja caer sobre mí y me llena el cuello de pequeños besos, deteniéndose sobre el latido acelerado de mi pulso.

Me doy cuenta en ese momento, que nunca podré vivir algo similar, con nadie más, que realmente ella ocupa por entero mi corazón, que nada de lo que he vivido, y ha sido mucho, se acerca a esto.

—Dímelo de nuevo —se incorpora para mirarme a los ojos y me sonrío.

—Te amo.

Pasamos un rato resiguiendo caminos por nuestra piel, inundados de una ternura que no conocía, entregados el uno al otro. Ahora recuerdo que he dejado una botella de cava en la nevera y que tenemos un postre pendiente.

—No te muevas de aquí, ahora vuelvo.

La dejo recostada sobre los almohadones y me dirijo a la cocina para preparar una pequeña bandeja con el postre y caliento el chocolate deshecho, negro y aromático. Saco la botella de cava y la cubitera con hielo, cojo dos copas que he dejado esta tarde en el congelador y haciendo equilibrios vuelvo a la habitación.

Puedo dar fe, de que el chocolate y el cava sobre su piel, saben mucho mejor y de que se han convertido en mi postre favorito.

ADELE

Estoy en el aeropuerto, con Oriol y Sara, esperando a mi hermano. Al final se ha decidido a venir antes de lo que había previsto. Le he conseguido contactos durante estos días y tiene que visitar algunos locales, para hacer efectivo el traslado de su empresa. Ya ha puesto en marcha el papeleo y tendrá que hacer unos cuantos viajes hasta tenerlo todo solucionado.

Me hace ilusión que se venga a vivir aquí, pero lo siento por mis padres, que después de tanto tiempo de tener a una hija lejos, su otro hijo, sigue el mismo camino. Según Cody, lo han entendido y le dan su apoyo, aunque cree que disimulan para no hacerle sentir mal. De todas formas los veré pronto, ya que en octubre es mi cumpleaños y ya me han avisado de que vendrán unos días, para celebrarlo y estar con sus hijos y su nieta.

Según me ha contado mi madre, mi padre está muy contento de que el padre de mi hija, se haya comportado como un hombre y estemos juntos, aunque no cesa de comentarle, “que a ver cuánto tardan en casarse”. El hombre está un poco chapado a la antigua, que le vamos a hacer.

El avión de Cody ya ha aterrizado y lo esperamos a la salida. Oriol lleva a Sara en brazos, que a sus cuatro meses, cada vez se queja más, si su cochecito está parado y los brazos de su padre, se han convertido en su sitio preferido. No la culpo, también es el mío.

Vemos aparecer a Cody, con poco equipaje, de momento se va a quedar hasta mi cumpleaños y volverá a Londres a tramitar el resto del traslado y dejar definitivamente su piso.

Se acerca a nosotros sonriente, aunque detecto unas oscuras ojeras y restos de cansancio.

—¿Cómo está mi sobrina preferida? —como es de suponer el primer saludo es para mi hija, a la que roba de los brazos de Oriol, para hacerla volar con los brazos extendidos y acabar llenándola de besos.

—¡Hola a ti también! —le devuelve a Sara a Oriol y me abraza.

—¡Hola hermanita! Me alegro de veros —mira a Oriol, siempre con un punto de desconfianza y le da un manotazo en el hombro a modo de saludo.

Es sábado y casi mediodía, Evelyn se ha quedado en casa y se ha ofrecido a preparar algo de comer para todos. Vamos a convivir en casa, hasta

que Cody encuentre piso, yo y la niña, Evelyn y Cody; Oriol sigue pasando también la mayoría de las noches, por lo que he pasado en pocos meses, de vivir sola a tener el piso ocupado y parecer una familia numerosa.

No me importa en absoluto, me siento muy bien acompañada, aunque he de reconocer, que nos falta un poco de intimidad y que a veces Oriol se desespera, buscando momentos a solas, que no consigue encontrar.

Lo tranquilizo diciéndole que es algo temporal, y es cierto. Pero nos ha pillado en los inicios de una relación, que parece necesitar de más espacio y más tiempo, dos factores que no dudo que sean relativos, porque parecen haber disminuido a la velocidad de la luz.

Al llegar a casa, Evelyn ha dejado la mesa puesta y está sentada en el sofá, con su portátil sobre las piernas. Levanta la vista al vernos entrar y se levanta enseguida, algo nerviosa. Nos saluda y cuando Cody se acerca a saludarla con dos besos, los colores inundan sus mejillas y baja los párpados. Cada vez que los veo juntos, detecto en Evelyn un nerviosismo extraño. Con otros hombres en general, se muestra retraída y levanta muros muy fácilmente, mientras que con mi hermano, parece titubear y quedarse muda.

—¡Hola duende! Me alegro de verte.

—Gracias Cody, yo también me alegro. Adele, si tenéis hambre, la comida está a punto.

—Gracias Evelyn, eres un amor.

—Como con vosotros y después me voy, he quedado con Lili esta tarde.

—Haz lo que quieras, cariño, ya sabes que no has de darme explicaciones.

Pasamos una agradable comida y después de recoger entre todos, Evelyn se despide.

—Es posible que cene con mi amiga, volveré más tarde.

—¿Llevas tus llaves?

—Sí, no te preocupes.

En cuanto Evelyn sale por la puerta, Cody me mira con cara de circunstancias.

—Mamá me ha explicado por encima, todo lo que le ha ocurrido. Es inimaginable que alguien quiera hacerle daño.

—Seguramente, ni siquiera yo sé por todo lo que ha pasado. ¿Te ha explicado que Jeff ha visitado varias veces a sus padres en Snowhill, para intentar localizarla?

—Sí, alguien debería pararle los pies a ese tío. O partirle la cara, para

pagarle con la misma moneda.

—Por lo que sé, a Evelyn no le pegaba en la cara, para que la gente no notara como la trataba. Pero le rompió más de una costilla.

—¡Es insufrible! ¡Suerte que ahora lo tiene bien lejos y no sabe dónde encontrarla!

Seguimos un rato hablando hasta que veo a Sara dormida en su balancín y me levanto para llevarla a la cuna. Voy al baño y al salir y dirigirme al comedor, me quedo escuchando tras la puerta al oír mi nombre y las voces de Oriol y Cody, intentando no subir de volumen.

—Solo te aviso, de que cuides a mi hermana como se merece. Ahora todo parece irnos muy bien, pero no olvides que te conozco.

—Cody, he cambiado, mis prioridades han cambiado. No me interesa para nada ninguna otra mujer. Lo comprenderás el día que te enamores de verdad. Y, por cierto, que sepas que tu querida hermana no necesita que nadie la cuide, es perfectamente capaz de hacerlo sola. No he conocido a una mujer más independiente y más capacitada para hacer todo lo que se proponga. Solo necesito conseguir que confíe del todo en mí.

—¡Eso cuéntaselo a otro! Tú y yo hemos salido juntos más de una vez de juerga y te he visto en acción. Te gustan todas y no le haces ascos a nada.

—¡Te digo que esa parte de mi vida se ha acabado! ¡Quiero a Adele con toda mi alma y eso no va a cambiar! Igual que quiero a mi hija y la voy a cuidar toda la vida.

—¡Más te vale! Cuando casi la abandonaste al nacer, te hubiera hecho una cara nueva, te lo juro. No te olvides de que me vengo a vivir aquí y que te voy a estar vigilando. Como le hagas daño de nuevo, te vas a encontrar conmigo. ¿Cuáles son tus intenciones con ella? ¿Vais a seguir viviendo separados?

—¡Eso a ti no te incumbe! ¡Tengo mis propios planes y los pondré en marcha cuando considere oportuno y tu opinión me importa una mierda!

A pesar de que parecen tener la intención de que no los oiga, el tono de voz ha ido subiendo y yo sigo sonriendo tras la puerta. ¡Vaya par de gallos! Son tal para cual, pero aún no se han dado cuenta. Como no tengo ganas de seguir observando esta competición de “a ver quien mea más lejos”, salgo de mi escondite y entro en el comedor.

—¡Bueno chicos! ¡Haya paz! —los dos se quedan en silencio, seguramente pensaban que seguía en el baño, pero se dan cuenta en seguida de que lo he escuchado todo.

—¡No me mires así! ¡Solo me preocupo por ti! —Cody levanta las palmas de las manos hacia mí.

—¡No necesito que te preocupes tanto! siempre he llevado mi vida como he querido y no te necesito para eso, aunque sí para otras cosas. Quiero tenerte cerca porque te quiero, eres mi familia, te he echado de menos muchas veces desde que me fui de Londres y me encantaría recuperar la complicidad de hermanos que siempre tuvimos. ¡Pero no a costa de que te inmiscuyas en mis asuntos! Hay una línea roja, que no quiero que traspases y que forma parte de mi intimidad. ¡Mi relación con Oriol está tras esa línea y si eres listo, ni siquiera la rozarás!

Mi hermano se queda mudo tras mis palabras y veo como a Oriol se le escapa una sonrisa ladeada, mirando a mi hermano, como sintiéndose vencedor de algo, por lo que ahora toca bajarle los humos al siguiente.

—¡Y tú! —me mira sorprendido, creo que no esperaba una segunda parte —no tientes a la suerte. Acabo de escuchar cómo te defendías ante las palabras de Cody y soy consciente de que has cambiado mucho por mí. Estoy trabajando el tema de la confianza cada día que pasa y de momento vas ganando puntos. Pero no te olvides de mi advertencia, porque no puede ir más en serio; conozco el que fue tu estilo de vida, se que te has acostado con un montón de mujeres, que es la primera relación seria que tienes y que me quieres. No dudo sobre eso Oriol, lo siento cuando estamos juntos. Pero te advierto, que no perdono dos veces. Si un día crees que necesitas volver a lo que tenías antes, a la variedad, a las grupies o te entran ganas de desaparecer buscando libertad, más te vale informarme directamente. Porque si algo me es imposible de perdonar y me puede hacer más daño que nada, es la mentira.

Los he dejado a los dos mirándome algo confundidos. En Cody detecto sorpresa, pero en Oriol... me está mirando con deseo y eso me extraña justo en este momento.

—¡Cody! —mira a mi hermano —ya sé que acabas de llegar... pero... ¿No podrías irte a dar una vuelta?

Mi hermano suelta una carcajada, se levanta y antes de salir por la puerta, se nos queda mirando un momento.

—¡Hasta luego, tortolitos! ¡Os doy una hora! voy a tomarme un café.

ORIOLO

Cody ya lleva un par de semanas en casa de Adele, pero será por poco tiempo más. A través de un amigo de ambos, ha encontrado un piso en el casco antiguo del barrio de Sant Andreu. Su piso de Londres, lo ha vendido con muebles y electrodomésticos incluidos y en cuanto le den las llaves del nuevo, podrá empezar a llenarlo, de momento lo están acabando de restaurar.

Faltan solo tres semanas para el cumpleaños de Adele, que no quiere, según ella, grandes celebraciones. Pero de esta, me estoy ocupando yo personalmente. Quiero hacer algo especial.

Estamos muy ocupados estos días, aparte de las bodas y celebraciones varias, como siempre, nos han salido más actuaciones con el grupo, en Barcelona y alrededores, algunas noches entre semana y la del sábado. En los locales en los que actuamos, podemos tocar nuestra música y es bien recibida, aunque hemos bajado mucho el nivel del verano, no lo echo de menos, ha sido una combinación demasiado convulsa de euforia y depresión, alegría y tristeza, una montaña rusa de emociones, dónde ha prevalecido el desencanto. El precio resultaba demasiado alto.

Sigo componiendo en los pocos ratos libres que me quedan y eso si me llena y me completa. Adele se ha escapado algunos días, dejando a Sara al cuidado de Evelyn o Xenia, para venir a vernos, lo que le agradezco infinitamente. Me demuestra que una parte vital de mí, le sigue interesando y que la música también es importante en su vida.

Estamos a la salida del edificio y Xenia aparece corriendo tras nosotros.

—¡Ehh! ¡Gente! —nos giramos y se acerca con algo en las manos— ¡Ya tengo los folletos de propaganda para mi exposición! ¡Mirad que preciosos han quedado!

Miramos los papeles que presentan la exposición de fotografía y alucinamos cuando nos informa de algo que no esperábamos.

—¡He ganado el premio de Photonew, en la categoría de Nuevo Talento! Me lo dan por las fotos de la visión personal de los rostros, esa colección que hace tiempo que hago en blanco y negro. ¿Os lo podéis creer?

—¡Felicidades panocha!

Los dos la abrazamos y reímos con ella. Realmente se lo merece, es una

fotografía excepcional.

—Si sigues recogiendo éxitos, al final me abandonarás —Adele la vuelve a besar emocionada.

—No te preocupes, los éxitos vienen y van. De momento no pienso hacerlo, pero estoy muy contenta por el premio.

—¿Cuándo es la inauguración? —miro el prospecto buscando la fecha.

—La próxima semana, el viernes por la tarde. No faltaréis ¿verdad?

—¡Claro que no! Por cierto, aún no he visto las fotos que le has hecho a Sara.

—Ni las vas a ver. Sorpresa en la exposición, aunque ya te adelanto que está preciosa, como no puede ser de otra manera. ¿Y sabéis lo mejor? ¡Mis padres vienen unos días para celebrarlo conmigo!

—¡Me alegro mucho por ti —le brillan los ojos, sé que los echa de menos.

El día de la exposición llega sin darnos cuenta y nos encontramos con más gente de la que esperábamos. Es un gran local, con columnas blancas que sostienen muchos metros de techo, y las paredes llenas de fotografías de diferentes tamaños y otras en expositores parecidos a largas mesas, que sostienen las fotos inclinadas hacia atrás, para una mejor visión, con luces estratégicamente enfocadas.

Acabamos de entrar, hemos venido con Sara, que esperamos se porte bien, y con Evelyn. Encontramos en seguida a Biel y Xenia, que se ha convertido en el centro de atención, la fotografía a la que todo el mundo quiere besar y felicitar. Nos sentimos orgullosos de ella, y Biel a su lado, la mira con verdadera adoración.

Saludamos a mis padres, que se acercan en seguida a besuquear a su nieta, a la que sacan del cochecito y de la que no nos habremos de preocupar hasta que nos vayamos. Pronto los vemos charlar con los padres de Xenia, con los que hacen muy buenas migas. Han venido también mis amigos del grupo, que están ahora con nosotros, el personal de DreamWedding al completo, Cody, al que detecto a lo lejos, hablando con una mujer y un montón de amigos y familiares.

Xenia sigue rodeada de gente, pero nos acercamos para abrazarla. Biel nos sonrío y nos saluda.

—¡Me alegro de veros! ¿Y la pequeña?

—Con papá y mamá, ya sabes, en cuanto la han visto entrar se la han apropiado y están presumiendo de nieta a todo el que los quiera escuchar —

me encojo de hombros. Ya sabemos cómo son desde que se han jubilado, siempre pendientes de la familia.

—¡Hola! —Xenia nos besa y abraza —estoy descontrolada, creo que esto es cómo un sueño. ¿Os gustaría que cuando esto acabe, nos vayamos solo la familia a tomar algo? Ahora no puedo estar por todo el mundo, hay mucha gente, pero después me apetece teneros cerca.

—¡Claro, no hay problema! —me quita un ojo y detecto que en esa petición hay algo más. La conozco demasiado bien. Mira a Biel e intuyo que algo se traen entre manos.

—¿Ya habéis visto las fotos de Sara?

—No hemos parado de saludar gente, ni siquiera hemos empezado a mirar.

—¡Pues vamos todos! Están en la sala de al lado.

Nos dirigimos hacia allí y encontramos toda una gran pared, dedicada a nuestra hija. Veo como Adele, se queda paralizada, quieta como una estatua y se lleva las manos a la boca.

Se emociona completamente, mirando una fotografía tras otra. La verdad, es que hay que reconocerle el mérito a Xenia. No negaré, que nuestra bailarina es preciosa, pero las fotografías son sublimes. Ha conseguido en unas imágenes impactantes, transmitir una gran ternura e inocencia. Es la representación de la corta vida de un bebé, a través de todos sus gestos, sus risas y lloros. Dormida con el pulgar en la boca, boca abajo, con el rostro sonriente levantado hacia la cámara, mirando hacia el techo concentrada en un punto luminoso, babeando y desdentada, sus ojos azules de cerca, rodeados de largas pestañas y esa piel tan inmaculada, boca arriba con los pies cogidos en sus pequeñas manos intentando morderlos, mirando interesada su chupete, como si fuera algo interesantísimo... montones de fotografías a cual más bella.

—¡Oh, Xenia! —Adele parpadea para frenar las lágrimas y la abraza— ¡las quiero todas! ¡Son perfectas!

—Han quedado muy bien ¿no? Aunque hay que reconocer que la modelo, tiene mucho mérito.

—Oriol —Adele se dirige a mí— ¿Qué te parecen?

—Son maravillosas, solo falta ponerles música.

—No os preocupéis, os haré copias de todas.

Pasamos casi una hora más viendo la exposición y cuando la gente empieza a despedirse, nos vamos a una cafetería cercana, toda la familia.

Nos sentamos juntando tres mesas y pedimos las consumiciones. Las

conversaciones cruzadas, se diluyen cuando la voz de Xenia se alza algo más.

—¡Escuchadme todos, por favor!

Finalmente se hace el silencio y Xenia se levanta y hace levantar de su silla también a Biel, cogidos de la mano. Se miran a los ojos y presiento la noticia, antes de que la verbalice.

—Familia, tenemos una noticia que daros —veo a mi madre llevarse las manos a la boca y creo que imagina lo mismo que yo —¡Estamos embarazados! ¡Y muy felices!

Se arma un barullo general de felicitaciones, todos nos levantamos de nuestros asientos y hacemos cola para besarlos y compartir su alegría. Es el tipo de noticias que en el momento adecuado, son bienvenidas y se convierten en motivo de celebración.

Veo a Sara dar palmas en su sillita, al ver a todo el mundo tan contento y eso me hace recordar el momento en el que Adele me dijo que estaba embarazada y mi reacción. A pesar de que las circunstancias eran muy diferentes, es un recuerdo amargo y me hace sentir culpable cuando miro a mi hija.

Cuando nos volvemos a sentar, saco a la pequeña del carrito y la cojo en brazos, colocándola de cara a mí y le pido perdón con el pensamiento; la beso en la frente y aprovecha para estirarme del pelo y reír cuando me quejo.

Miro a Adele, que me está observando y me acerco a besarla. Todo el mundo está hablando en voz alta y ella me susurra al oído.

—¿Ocurre algo? Te noto tenso.

—Solo he recordado el momento en que me diste la noticia de tu embarazo y le estaba pidiendo perdón a Sara.

—Yo ya lo he olvidado —me acaricia la nuca y me besa el cuello —los inicios fueron duros, pero no lo hemos hecho mal del todo.

Creo que tiene razón. Al final, las cosas han salido bien y es hora de dar otro paso adelante, es el momento de seguir avanzando. Solo debo pensar en lo que más deseo, hacerlo realidad y esperar que sea su mayor deseo también.

EPÍLOGO

ADELE

Ha llegado mi cumpleaños, hoy hago treinta y seis. Oriol ya cumplió los suyos en verano o sea que le sigo llevando tres. Inamovible, siempre voy a ser mayor que él. No es algo que me preocupe especialmente, pero cuando veo jovencitas babeando delante del escenario en sus actuaciones, me encantaría poder quitarme unos cuantos de encima. Aunque soy injusta pensando eso, en honor a la verdad, puedo decir que no se las mira. Al menos, no demasiado.

Como le he dicho a Oriol que no quería celebraciones, he quedado en que cenaríamos fuera él y yo, pero si cree que me ha engañado con la preparación de mi cumpleaños, es que no me conoce; huelo una fiesta sorpresa desde muy lejos, me he ocupado de unas cuantas, por algo dirijo una empresa de eventos y tengo mil ojos que lo controlan todo.

Ha intentado disimular todo lo que ha podido, y Xenia y Evelyn le han ayudado, incluso han reservado el local que tenemos en los bajos y que cada fin de semana está ocupado. El día que pillé a Evelyn diciéndole a un cliente, que no podía reservarle el local para hoy y comprobé que no había ninguna reserva, solo tuve que sumar dos más dos.

No he querido gafarles la sorpresa y me he callado, pero me hace gracia ver sus intentos por llevarlo en secreto. Sobre todo Oriol, que parece un crío que ha hecho una trastada.

Evelyn se acerca a mi mesa a mediodía.

—Adele, voy a aprovechar la hora de comer para ir a ver un piso de alquiler. El precio me conviene y si me gusta, me trasladaré pronto. Ya he podido ahorrar en estos meses y creo que puedo mantenerme sola.

—¡Pero Evelyn! No es necesario, ya lo sabes —alza una mano para hacerme callar.

—Adele, te has portado de maravilla conmigo, pero tienes una vida con Oriol y, quieras o no, yo estoy un poco en medio. Ya sé que se queda a dormir la mayoría de las noches contigo, pero hace poco que estáis juntos y me siento mal. No solo lo hago por ti, también por mí. Necesito valerme por mí misma, luchar por mi vida. Tú me has dado una gran oportunidad, pero he de saber

aprovecharla y seguir adelante. Como el trabajo es estable y no vas a dejarme en la calle, creo que es el momento idóneo para irme de tu casa.

—Eso puedo entenderlo, de verdad. Pero no te precipites y mira unos cuantos pisos, si quieres puedo acompañarte.

—¡No hace falta! Creo que has quedado para comer con Xenia ¿no?

—Si, Oriol me ha dicho que estaba ocupado hoy, pero no se que visita tenía... ¿Lo sabes tú? —veo como le suben los colores, seguro que tiene algo que ver con mi fiesta.

—No tengo ni idea... —se escapa con la excusa de que llega tarde.

Lo que me sabe mal, es que mis padres querían venir para estar conmigo hoy y quedarse unos días, pero no podrá ser. Mi madre me llamó ayer muy acatarrada, estaba con fiebre y mucha tos y el médico le ha dicho que es una gripe y que no salga de casa en unos días. ¡Mala suerte! Aunque ha prometido que en cuanto se recupere, cogerán el primer vuelo que encuentren. Me ha llamado esta mañana, a primera hora para felicitar me y casi no la entendía, de lo ronca que tenía la voz.

Salgo pronto por la tarde, para que me dé tiempo a arreglarme para la supuesta cena con Oriol, que sigue desaparecido. Me ha enviado un mensaje, para avisarme de que está ocupado con un cliente y me viene a buscar a casa a las ocho.

Encuentro en casa a la canguro que se ocupa de Sara mientras trabajo, una señora de casi sesenta años, amiga de una vecina, que se ha quedado en paro con muy mala edad y le va bien quedarse con la niña, con la que se lleva de maravilla.

Se marcha a su casa y casi se cruza con Xenia, que parece que ha salido detrás de mí del trabajo, en teoría para llevarse a Sara y que yo pueda cenar tranquilamente con Oriol.

Estoy pensando que si ella, por supuesto, viene a la fiesta sorpresa, no sé dónde piensan colocar a mi hija... ¡en fin! Espero que hayan pensado con la cabeza.

Por fin me quedo sola en casa y decido darme un baño relajante. Para la ocasión me he comprado un vestido especial. Me dio la locura hace unos días, al verlo en un escaparate y pensar en que ocasión podría lucir un vestido como ese. Es plateado, algo corto y ajustado, con cuello alto y mangas largas. Por delante parece muy recatado a pesar del color, pero la espalda está al aire, solo se abrocha el cuello por la nuca y desde los hombros hasta el final de la espalda está abierto en forma de uve. Una cadena de plata y pequeñas piedras

brillantes, se desliza por encima de mi columna. Hace un poco de cosquillas, pero me encanta como luce.

Me maquillo y me recojo el pelo, que ha vuelto a crecer bastante en un moño bajo. Los tacones hacen el resto y cuando me miro en el espejo, no puedo quejarme, los treinta y seis me sientan bien.

Lo mismo parece pensar Oriol, cuando pasa a recogerme. Como tiene llaves ha subido y acaba de entrar, para encontrarme ante un gran espejo que hay en el recibidor. Se queda clavado en el sitio y suelta un silbido de lo más significativo, mientras me repasa de arriba abajo.

—¿Vamos a cenar o nos quedamos en casa? —se acerca y antes de que me bese, me aparto levantando las manos.

—¡No me beses ahora! ¡Me acabo de pintar los labios! ¿Crees que me he vestido así para quedarme en casa? ¡Ni hablar!

—¡Pero es que estás para comerte! —se acerca y me coge por la cintura. Me mira con intención y su boca se aproxima a la mía —no te beso, solo quiero probar tus labios.

Sin cortarse ni un pelo, me pasa la lengua lentamente por el labio inferior, mirándome a los ojos. Mi respiración se agita y le paso los brazos alrededor del cuello. Al final soy yo la que me acabo acercando más.

—¡A la mierda el maquillaje! —nos besamos con pasión y sus manos aterrizan en mi trasero, para acercarme a él, que da un par de pasos y me aprisiona contra el espejo— ¡Oriol! Hemos de dejar esto para más tarde, ahora me tengo que retocar. Seguramente has reservado mesa ¿no?

—Tienes razón —por fin aterriza en la tierra y me suelta —ese vestido me ha alterado las neuronas. Aunque últimamente lo consiguen hasta tus trajes de oficina, por serios que sean.

—¿Nos vamos? —me acabo de retocar los labios y salimos a la calle.

Esta vez, por suerte, ha cogido el coche. En cuanto empieza a conducir y veo la dirección que toma, me entra la risa.

—¿De qué te ríes?

—Cualquiera diría que estamos volviendo a la oficina, este es el camino de todas las mañanas.

—Es un restaurante que está muy cerca, de hecho lo conoces.

Como no quiero chafarle la sorpresa, no digo nada más, hasta que llegamos y nos dirigimos al local de alquiler de fiestas.

—¿Has preparado algo aquí mismo? —intento mostrar sorpresa, pero algo se debe notar, porque me mira ceñudo.

—¡Ya lo habías imaginado! ¿verdad? No sé porque no me sorprende, eres medio bruja.

—¡No pasa nada, cariño! —le rodeo la cintura y le hago cosquillas —me hace la misma ilusión, de verdad.

Oriol abre la puerta, las luces están apagadas y como en cualquier fiesta sorpresa que se precie, se abren todas de golpe y un montón de gente grita ¡¡Sorpresa!!

Me echo a reír y en realidad estoy muy feliz. Hay más gente de la que esperaba y todo el mundo empieza a felicitar me, hasta aparecen ante mí, mis padres, con Sara en los brazos.

—¡Mamá! ¿Tú no tenías la gripe? —en eso si han conseguido engañarme — ¿De dónde sacaste la voz de camionero fumador, con la que me preocupaste ayer?

—Bueno, tuve que practicar un poco primero —se echa a reír y mi hija alarga sus brazos hacia mí. Ya ha cumplido cinco meses y está para comérsela.

Mi padre me abraza y se le ve muy contento también.

—Todo lo ha preparado Oriol, hasta la idea de la gripe, para que no sospecharas nada. Aunque seguro que algo te olías ¿eh?

Le doy la razón y empiezo a mirar el decorado. Es espectacular, se lo han currado bien. El techo está lleno de globos de colores brillantes, un gran cartel de feliz cumpleaños en dorado, ocupa una de las paredes laterales, el escenario está preparado con los instrumentos para una actuación y veo en el logo de la batería el nombre de Malentendidos, o sea que van a tocar. Hay mesas y sillas alrededor del local, con todo tipo de aperitivos y un aparador de comida caliente. Los arreglos de flores son preciosos y coloridos y en otra de las paredes unas cuantas cuerdas, muestran fotografías mías, desde mi niñez hasta la actualidad. Están sujetas con pinzas de maderas pintadas de colores y rodeadas por lucecitas de verbena y farolillos.

Un enorme pastel de tres pisos, centrado en una de las mesas atrae mi atención; es la cosa más original que he visto nunca: la base simula las teclas de un piano en vertical, en blanco y negro, la parte central, también blanca, luce un pentagrama, con claves de sol y notas musicales de chocolate y la superior está adornada con un micrófono y una guitarra comestibles y una vela de color rojo, con forma de clave de sol. Veo a Xenia hacerle fotografías y me acerco a ella. Oriol me sigue y me coge por la cintura.

—¡Este pastel es increíble! Xenia, pásame copia de todas las fotos.

—Tranquila, os voy a preparar un montaje con música que vais a

alucinar.

—¿Estás contenta? —Oriol me mira esperanzado —como no querías mucha celebración, me daba un poco de miedo.

—¿Estás de broma? ¡Esta fiesta es fantástica! ¡Gracias Oriol, eres un cielo! ¡Vamos a disfrutar de la noche!

—Cuando haya comido algo, me toca subirme al escenario, ya ves que está preparado.

—Sí, pero da igual, me encanta verte ahí arriba y oír vuestra música. La que no se si aguantará es Sara.

Mi hermano está cerca y contesta enseguida.

—Por eso no te preocupes, papá y mamá se vienen a dormir a mi casa y si quieres, se pueden traer a Sara. Y Evelyn, me ha dicho que duerme esta noche en casa de su amiga. Tenéis toda la noche para vosotros solos, que lo sepáis, pareja.

Paso un buen rato disfrutando de la comida y hablando con la gente. Han invitado incluso a unas cuantas amigas, que hacía mucho que no veía. Las copas de cava y vino van cayendo una tras otra entre los deliciosos canapés, los mini bocaditos y los dulces.

Llega la hora de soplar las velas y Oriol enciende la clave de sol, mientras todos cantan el cumpleaños feliz, hasta que consiguen emocionarme. Gritan al unísono, que pida un deseo, pero antes de hacerlo, cojo a mi bailarina en los brazos y a Oriol de la mano, cierro los ojos y pienso...

“... que nunca eche de menos a mi lado, todo el amor que siento y recibo ahora, que la magia de los pequeños momentos, la de la música, la de las risas y sueños, nos acompañen durante el viaje y siempre encontremos un instante de felicidad, a veces efímera, con la que disfrutar de muchos presentes como este y convertirlos en recuerdos para el futuro...”

Soplo la única vela con los ojos empañados y todos aplauden, beso a mi niña, que parece más despierta que nunca con tanto alboroto y Oriol se acerca para besarme a conciencia, mientras Sara le tira de nuevo del pelo.

Los chicos del grupo ya están en el pequeño escenario, solo falta Oriol, que en seguida sube para coger su guitarra y ponerse ante el micrófono.

—¡Hola de nuevo a todos! Ya que estamos celebrando el cumpleaños de

Adele y todos los presentes la queremos y admiramos, hemos escogido las canciones del grupo, que a ella más le gustan. ¡Todos preparados para bailar!

Empieza la música y veo a Sara que se restriega los ojos, la pobre está cansada, ha aguantado mucho rato y empieza a acusar el cansancio.

—Hija —mi madre también se ha dado cuenta —si quieres nos llevamos a Sara a casa de Cody, creo que ya tiene sueño y hambre. Le damos un baño y la cena y dormirá como un lirón. Ya sabes que no te has de preocupar, nosotros la cuidamos esta noche.

—De acuerdo mamá —besuqueo a mi princesa, a la que se le empiezan a cerrar los ojos y se la doy a mi madre.

Cody los va a llevar en coche a su casa y volverá para seguir en la fiesta.

Una vez la preocupación por Sara, queda aparcada, me vuelco a fondo en mi fiesta y bailo y río feliz, rodeada de montones de gente querida.

Acaba una canción y Oriol se sienta en un taburete alto; eso es que viene una lenta.

—Después de tanto moveros, os dejamos descansar un poco, con una lenta. Esta canción es especial, la cantamos juntos en Londres Adele y yo. Cariño ¿Quieres subir y cantarla conmigo?

Ya me esperaba algo así, o sea que sin hacerme de rogar subo al escenario y me siento a su lado. Oriol compuso esta canción, pensando en mí y se ha convertido en algo de los dos, algo muy especial.

Todo el mundo se queda en silencio y la guitarra suena; nuestras voces parecen diseñadas, para acoplarse como dos mitades de un todo, cada una en sus tonos, en sus matices, se complementan y se completan. Primero canta un trozo él solo, después yo y llega la parte que cantamos juntos. Lo hacemos mirándonos a los ojos;

“... nací para amarte, cada día de mi vida, crecí para darte, la luna cada día,

sin ti me pierdo, buscando la salida, en este laberinto que solo tú iluminas,

contigo encuentro, la estrella que me guía, sin ti me olvido, del camino de ida,

contigo hablo el idioma de la vida, mi música es tuya, todas las melodías,

pasé noches solitarias, soñando una canción,

cada beso tuyo, es una inspiración...”

Cuando acaba la canción nos acercamos y nos besamos, mientras el conocido y querido público aplaude y silba. Y entonces llega uno de esos momentos, que incluso cuando está ocurriendo, sabes que recordarás, palabra por palabra el resto de tu vida. Oriol saca de su bolsillo una cajita de terciopelo cuadrada, que paraliza mi corazón. La abre ante mí, para mostrar un sencillo y precioso anillo. Lo miro a los ojos y adivino una seguridad que siempre he deseado encontrar, esa que hace que mi confianza se afiance, que despeja cualquier duda, que te ofrece... todo.

Las palabras que siguen a su gesto, confirman mis pensamientos, mientras mi corazón late alborozado.

—Adele, mi amor —habla con el micrófono conectado y el silencio se expande por todo el local; creo que esto ha creado un interés repentino — muchas veces he tomado decisiones de las que me he arrepentido, otras he vivido al límite de forma algo inconsciente, siempre he llevado por bandera mi libertad y siempre también, me ha faltado algo. No sabía lo que era, hasta que me acerqué a ti lo suficiente como para descubrirte, para conocerte de verdad y enamorarme. Sé que te cuesta confiar en mí, que te he dado motivos más que suficientes para que dudes y que si ahora me dices que no, lo seguiré intentando, mientras me quede un pequeño resquicio de esperanza. Pero antes de que me digas si puedo ponerte este anillo en el dedo, quiero que sepas, que nadie va a quererte tanto como yo, ni nunca podré sentirme más libre que amándote. ¿Quieres casarte conmigo?

Estoy tan impactada, que me he quedado con la boca abierta y noto como los ojos se me humedecen. En la vida hubiera pensado que Oriol sería capaz de hacer una declaración como esta con público delante y sin saber lo que le voy a contestar. Mi silencio y mis ojos clavados en los suyos, lo han puesto nervioso y diría que está empezando a sudar, el silencio que nos rodea debido a la expectación que está generando escuchar mi respuesta, me hace sentirme el centro de atención, pero no me siento nada forzada, cuando decido coger el

micrófono. Me tiembla un poco la mano y nadie se imagina la velocidad a la que late mi corazón, pero respiro hondo e intento relajarme un poco.

—Si es cierto que la vida te da siempre una segunda oportunidad ¿quién soy yo para negártela? Me has demostrado en los últimos tiempos, que puedes ser la persona que necesito, pero lo que me hace darte una respuesta a ese anillo y a esta sorpresa que no esperaba en absoluto, son mis propios sentimientos. Porque no puedo luchar contra algo tan grande, porque eres una persona muy especial, con la que quiero compartir mi vida. Porque te quiero —alargo mi mano— ¿Vas a ponerme el anillo? La respuesta es sí.

A partir de ese instante se crea un gran barullo, aplausos, vítores, mi anillo en el dedo y un beso de película, interminable, eterno, de esos que dicen más que mil palabras.

—Me has tenido en ascuas unos segundos infinitos —Oriol me habla al oído, aunque ya no nos escucha nadie y el grupo ha vuelto a empezar a tocar.

—Me has dejado tan sorprendida que no sabía reaccionar. ¿Estás seguro de esto Oriol? ¿Te estás atando a una sola mujer? ¿Tú?

—No me estoy atando cariño; estoy haciendo lo que más deseo, que es estar contigo. Ya sé que no será fácil a veces, pero intentaremos solucionar cualquier obstáculo que se nos ponga por delante. Juntos.

—De acuerdo, me arriesgaré. Nos arriesgaremos. ¿Te parece bien que vivamos en mi piso? Es más grande que el tuyo.

—Me parece bien, que vivamos dónde quieras. Tu piso es perfecto y tendremos espacio por si queremos tener más hijos.

—¡Oh! ¿Lo dices en serio? —ahora sí que estoy alucinando— ¿Has vuelto a tomar algo ilegal?

—¡No! —se echa a reír con ganas— pero tampoco me parece mala idea, ser padre me está dando muchas satisfacciones.

—Bueno, ya lo pensaremos. De momento hemos de programar una boda y en eso los dos tenemos experiencia.

—Pero está será diferente, será la nuestra.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta parte es muy difícil. A veces encontrar las palabras, cuesta mucho. Sabes la idea que quieres expresar, pero se te escapa entre las teclas, buscas desesperada sinónimos que digan lo que quieres que les llegue a los demás, pero las que pruebas, no te acaban de convencer. Hasta que decides utilizar las más simples, esas que lo dicen todo.

La más fácil en esta parte final, la más simple y la que más contenido tiene es GRACIAS. Un “gracias” con mayúsculas, a las personas que se interesan por esta nueva faceta en mi vida que me está dando momentos, que nunca hubiera imaginado, que leen mis historias y me comentan cosas. A todas las personas que conozco, amigos y familia y también a las desconocidas, esos lectores anónimos, que yo, que soy lectora desde siempre, se que están en algún lugar y que, quizás, con suerte, esperen un próximo libro.

Os agradezco infinitamente, que me deis vuestra opinión, comentarios o críticas a través de Amazon, son un estímulo para mí.

Anna, mi lectora cero, te seguiré enviando mis capítulos uno a uno, para que los sigas leyendo mientras haces cycling en el gimnasio. Besos.

Elena de la Cruz

Elenacruz62@gmail.com

https://www.amazon.es/s/ref=nb_sb_ss_c_1_23?__mk_es_ES=%C3%85M%C3%85%C5%BD%C3%95%C3%91&url=search-alias%3Daps&field-keywords=libros+elena+de+la+cruz&s_prefix=libros+elena+de+la+cruz%2Caps%2C171&crd=13MO69ZQV62GY